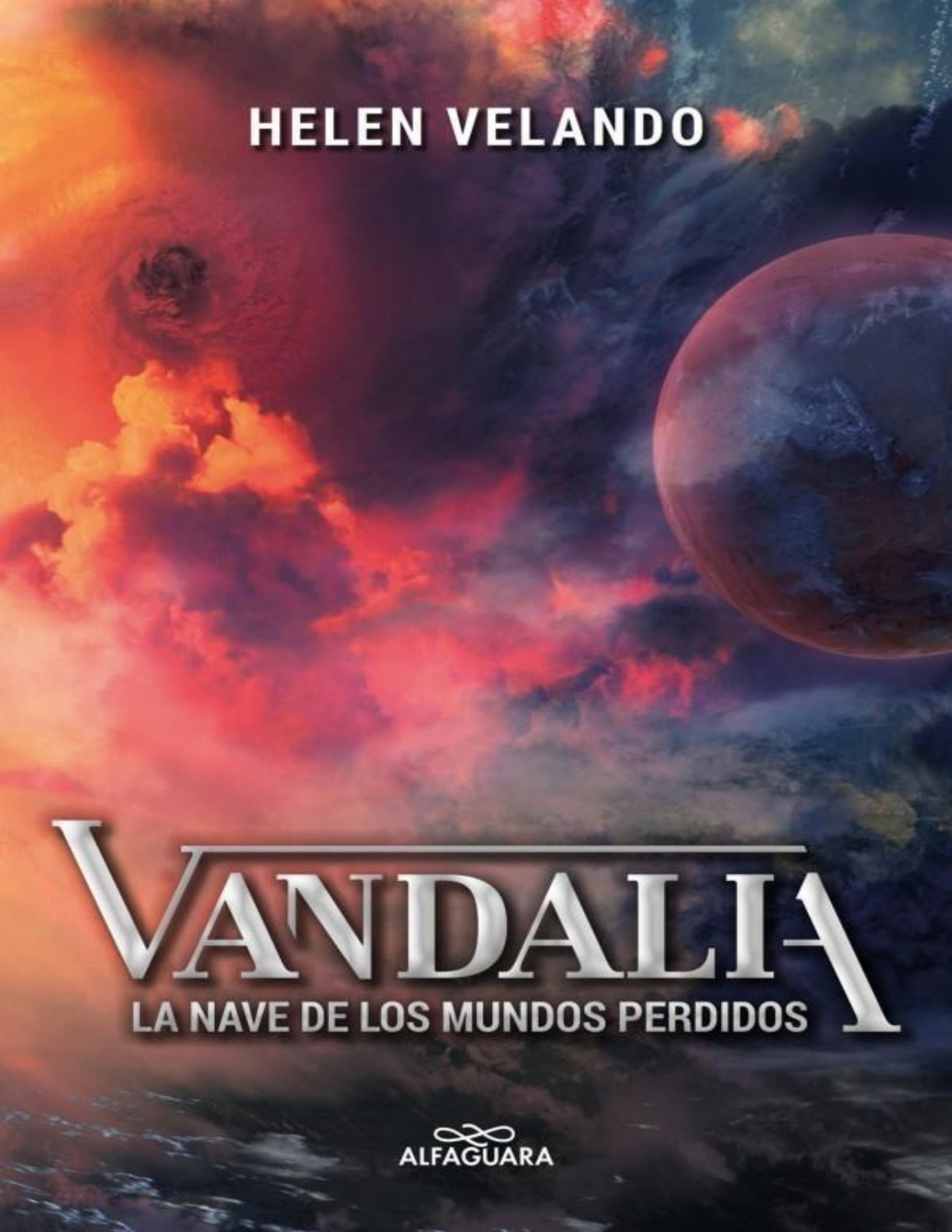




HELEN VELANDO

VANDALIA

LA NAVE DE LOS MUNDOS PERDIDOS


ALFAGUARA

Helen Velando

Vandalia

La nave de los mundos perdidos

Alfaguara

SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleeruy



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Nada se crea, nada se pierde; todo se transforma.

ANTOINE LAURENT LAVOISIER

Como físico he aprendido que imposible suele ser un término relativo.

MICHIO KAKU

Si una idea no parece absurda de entrada, pocas esperanzas hay para ella.

ALBERT EINSTEIN

Hay mundos en los que nunca nació la vida. Hay muchos que quedaron abrasados y arruinados por catástrofes cósmicas. Nosotros hemos sido afortunados: estamos vivos, somos poderosos, el bienestar de nuestra civilización y de nuestra especie está en nuestras manos.

CARL SAGAN

1

Ya no soy joven, al menos no en términos terrestres. Tengo unos cinco mil años, aunque modestamente apenas aparento unos cuatro mil quinientos, y este es mi último viaje. Estoy cansada; el recorrer mundos lejanos durante tanto tiempo ha desgastado mis engranajes, mis turbinas y, lo que es peor, siento que por momentos me fallan las brújulas y que no puedo interpretar claramente las cartas estelares como antes. Pero de todas formas, tengo una misión y debo cumplirla; al fin y al cabo para eso fui creada... Luego vendrán los tiempos de desensamblarme y dejarme reposar para convertirme en algo diferente, para llevar una existencia distinta, más apacible, aunque debo reconocer que voy a extrañar los viajes siderales.

Mi verdadera misión es secreta, aunque intuyo —porque mis sensores están intactos y mis circuitos de emociones funcionan perfectamente— que la tripulación sospecha algo.

Son las mil quinientas horas y por fortuna tengo colocado el control de navegación automática, lo cual significa que puedo detenerme a guardar esta información sin que nadie sospeche que lo hago. A veces, contemplando la inmensidad del espacio, recuerdo cuando todo esto comenzó, cuando el planeta azul y verde en donde fui creada empezó a dar muestras de un colapso inminente.

No puedo decir que en el fondo ello no me causara cierto beneficio. Después de todo, si no fuera por esa crisis global yo no habría sido armada, al menos no con estos fines, y mis habilidades quizás estuviesen repartidas en una licuadora de protones, o en una trituradora de desechos nucleares, o en una aspiradora de partículas estelares, o —lo que sería mucho peor— podría haber terminado en una cantidad enorme de microchips con forma de abejita como sonajeros para bebés.

En resumidas cuentas, que toda la tecnología de los antiguos sabios y los más nuevos pensadores se haya puesto al servicio de la humanidad me favoreció bastante, y entonces fui dotada de los mayores avances y la más innovadora de todas las

invenciones: el pensamiento emocional gradual. Es cierto que no soy más que una nave y que dentro de mis circuitos funcionan y viajan los pensamientos de los que me crearon, pero, de todas formas, gozar de este privilegio tiene un objetivo: recuperar a la raza humana. Esa misión me hace sentir diferente aunque solamente sea una nave y se me conozca con el nombre de *Vandalia*, la nave de los mundos perdidos.

Este nombre siempre me gustó: me confiere respeto y les da sentido a mis viejas carcasas de plasma. Cuando siento que estoy a punto de desarmarme y que ya no aguanto más la presión al atravesar los agujeros de lombriz, entonces reparo en mi nombre y recupero las fuerzas, porque sé que de mí también depende el éxito de esta misión, y mientras exista voy a continuar intentando encontrarlos.

Ahora son casi las mil quinientas quince horas y temo que de un momento a otro despierten. Los cronómetros de sueño están casi en el límite y, aunque siempre tengo preparado un plan de emergencia, preferiría no utilizarlo. La discreción es uno de mis principales atributos y no sería bueno que supieran exactamente qué es lo que guardo en este cuaderno de ruta. Podría perjudicar la misión.

Me parece haber oído un ronquido desacompasado en la cabina superior y esa es una señal de alerta. No debo prolongar estos momentos de reflexión aunque disfruto tanto de ellos...

¿Alguien tosió en la cabina externa? Sí, definitivamente alguien tosió. Será mejor disimular conectando los altoparlantes plasmáticos para que no sospechen nada.

BITÁCORA DE VUELO: Nos dirigimos hacia el universo exterior. El cuadrante que debemos atravesar no presenta peligros desconocidos, al menos no se ha detectado ninguno hasta ahora. En dos días cósmicos nos acercaremos al agujero de salto. Vigiamos a velocidad constante. Nuestra próxima parada es el planeta Goonan, en el sistema Goo, para aprovisionamiento de energía. Concretamente: piedras de turmalina negra.

Y de esta manera concluyo mi reporte de las mil quinientas veinte horas. Feliz viaje, y aprovecho para dejarlos escuchando este viejo tema que con seguridad les traerá muchos recuerdos: Asteroides lejanos.

La música se extendió por toda la nave sonando casi como un arrullo que brotaba de los diminutos poros de las paredes.

La veterana comandante Artemisa despertó sobresaltada por su propio ronquido y sin darse cuenta se golpeó en la frente con el aparato de rayos que colgaba del techo de la cabina. Pensó en proferir un par de insultos que había aprendido de su padre en el antiguo idioma bindalí, mas enseguida reparó en que a unos pocos metros dormía el licenciado Selenio de Europa, quien con toda seguridad reconocería los insultos ya que por fortuna era uno de los intérpretes más versados en lenguas y dialectos antiguos, así que desechó la idea y simplemente tomó la punta del cable rojo y le dio un tirón con rabia.

El cable rojo con forma de tirabuzón hizo un ¡going! y quedó de nuevo en su sitio. La comandante Artemisa se sintió satisfecha, aunque el pequeño chichón que se empezaba a formar en su frente la dejó un poco inquieta. Era muy detallista con su aspecto y el chichón no combinaba en absoluto con su nuevo peinado batido con forma de pirámide. Ella conocía esa inquietud y sabía muy bien cómo calmarla. Estiró su mano debajo del asiento y presionó el botón que lentamente la dejó en posición A, es decir, sentada. Luego con algo de ansiedad estiró sus dedos hasta una cajita metálica con arabescos tallados que descansaba junto al tablero y la abrió. Allí, primorosamente colocados sobre terciopelo azul, estaban sus remedios favoritos: bombones de café púrpura con cobertura de polvo de diamantes. Los bombones brillaron dentro de la cajita y uno de ellos fue alzado hasta los labios de la comandante, quien de antemano lo saboreó con la vista y el olfato y posteriormente lo mordió con sumo placer.

—Nada mejor que un bombón con polvo de diamantes para calmar la ansiedad, decía mi abuela —susurró con una sonrisa mientras en su paladar estallaban mil burbujas de chocolate.

Estaba degustando el exquisito aroma del café púrpura que se derretía en su boca y por la comisura de los labios brillaba el polvo de diamantes, sin percibir que, desde lo alto de su litera colgante, el licenciado Selenio la contemplaba en el más absoluto silencio, aunque su rostro no pudo evitar ponerse de un azul más intenso al fijarse en ella. Sus dos corazones palpitaban aceleradamente, aunque si se lo hubieran insinuado, él lo habría negado en todos los idiomas que conocía. De pronto, la comandante se sintió observada y giró sorpresivamente elevando su vista hacia la litera.

—Licenciado Selenio, ¿estaba usted espiándome? —preguntó sin ninguna discreción.

—*¡Xa, xa interguble, xia!* —pronunció él con voz aflautada en tanto el color de su piel pasaba del azul petróleo a un bochornoso celeste.

—¡No me responda en xaniano que no lo hablo! —contestó ella con cierto enojo y se acomodó el peinado batido con forma de pirámide de color rojo cobre.

—Perdón, quise decir que no, que de ninguna manera estaba espiándola, comandante. Mi manual de protocolo me lo impide —respondió Selenio recuperando su tonalidad azul más oscura.

La comandante Artemisa se dejó llevar por la música que sonaba en la cabina. Era *Asteroides lejanos*, una de sus favoritas, e intentó relajarse. Sentía cierta inquietud cuando estaba cerca del licenciado Selenio de Europa. Un hombre que conocía tantos idiomas, señales y códigos, desde los más nuevos hasta aquellos remotos en los que se comunicaban los antiguos sabios, la hacía sentir vulnerable... Además, secretamente temía que Selenio, al igual que otros nacidos en Júpiter —aunque él en realidad había nacido en una de sus lunas—, poseyera la habilidad de leer la mente.

Siempre tenía esa duda y, por si acaso, cuando le hablaba trataba de controlar sus pensamientos y de pensar en cualquier cosa. Una tarde, hacía ya bastante tiempo, creyéndolo abstraído en su trabajo, al pasar frente a su cabina en el recodo final de la nave, lo contempló desde la puerta entreabierta. Selenio ojeaba unos viejísimos libros con su lupa infrazul y parecía muy concentrado comparándolos con el monograma que descansaba en un atril. Artemisa subió la mirada por la repleta biblioteca de madera oscura que llegaba hasta el techo de la cabina y a la que se ascendía por una escalera de caracol hidráulica. En uno de los estantes divisó una serie de fotogramas en color, bastante antiguos, y uno de ellos le llamó la atención. Se trataba de una nave mercante, sin lugar a dudas, por su diseño en forma de barco, y en una de sus escalerillas posaban dos señoras azul pálido muy sonrientes junto a un niño azul petróleo que apenas esbozaba una sonrisa triste tomado de la mano de una de ellas.

—Son mis tías... —explicó Selenio sin darse vuelta.

La comandante desapareció de la puerta con el corazón latiéndole apresuradamente y no se detuvo hasta que llegó a uno de los baños de la nave, en el segundo nivel.

¡Aquel incidente había sido casi una confirmación de que Selenio podía leer los pensamientos! Ella, al ver el fotograma, solo se había preguntado quiénes serían esas dos mujeres que sonreían junto al pequeño, a quien sin lugar a dudas reconoció como el licenciado Selenio. ¿Él simplemente habría adivinado que ella estaba en la puerta mirando la foto o podía leer la mente? Por eso a partir de aquel día ella tuvo dudas y procuraba pensar en cualquier cosa, como materia interestelar o solamente en su trabajo, cuando estaba junto a él.

Lo que ella nunca supo fue que ese día Selenio había visto la imagen de Artemisa reflejada en el fotograma y adivinó la pregunta que estaba haciéndose, pero, claro, eso no se lo diría nunca porque prefería dejarla creer que podía leer los pensamientos a su antojo. Secretamente disfrutaba al verla perder un poco el control y que nadie más supiera de eso. Lo hacía sentir poderoso.

—Si me permite, comandante —dijo con gran ceremonia el licenciado—, quiero dejar en claro que no estaba espiándola, aunque reconozco que sé muy bien que comía un bombón.

Los ojos castaños de ella parpadearon y se ruborizó, al tiempo que lo fulminaba con sus pupilas.

—¿Y todavía tiene el coraje de decir que no me estaba espiando? —preguntó indignada desde

su asiento.

Él, desde lo alto de la litera, apenas sonrió y con un dedo le señaló los labios. De inmediato Artemisa presionó el anillo de piedra verde con forma de mariposa que tenía en su mano derecha, la cual se partió en dos y se elevó con dos alambres. Luego las dos piezas giraron convirtiéndose en alas de mariposa de espejo que volvieron a unirse y en las que se miró la boca: el polvo de diamante y un trocito de chocolate de café púrpura habían quedado sobre la comisura del labio inferior, delatándola.

Selenio observó cómo rápidamente sacaba la punta de la lengua y se limpiada los restos del bombón y, seguidamente, volvía a tocar las alas del anillo mariposa para que se replegaran.

Él estaba a punto de agregar que el color púrpura del bombón le combinaba muy bien con el nuevo color de cabello rojo cobre cuando en la cabina superior se oyó un ruido sordo y luego otro. Desde lo alto de los tubos de descenso que provenían del nivel superior se escucharon risas, y dos siluetas, una con forma de pulpo y otra de calamar, ambos anaranjados, se deslizaron y golpearon contra el suelo metálico soltando carcajadas.

—¡Anuk y Batuk! —exclamó la comandante enojada.

Inmediatamente el pulpo y el calamar anaranjados comenzaron a recuperar sus formas normales y en sus caritas todavía se adivinaban las ganas de seguir con la broma.

—¡Batuk del sistema Uk! —dijo con un tono cada vez más serio la comandante.

De inmediato los cuatro tentáculos que aún le quedaban a Batuk se fundieron con su cuerpo y recuperó totalmente la forma, mientras su prima no podía contener la risa.

—No voy a tolerar este tipo de transformaciones sin autorización, y menos dentro de la cabina de mando. ¿Está claro?

La profesora Artemisa los miró en forma penetrante y presionó su oreja izquierda. El botón correspondiente a los lentes se activó. De su piercing salió una larga varilla que pasó sobre su nariz, se amoldó y se abrieron dos pequeños espejuelos que se acomodó con el dedo como cuando daba clases en el instituto: estaba convencida de que los anteojos le conferían mayor respeto. Los primos se quedaron inmóviles y Artemisa sopló suavemente. Anuk y Batuk cayeron al piso. Ellos adoraban ese juego y la comandante lo sabía. Cuando se levantaron todavía tenían una sonrisa en sus rostros anaranjados.

—Que no se repita.

—No, comandante —respondieron al unísono.

—No respondan juntos que hacen eco —pidió ella.

—Comprendido —dijo Batuk.

—Muy comprendido, comandante —exclamó Anuk y le dio un codazo a su primo.

Si no hubiese sido por su tío Simuk, que era uno de los sabios más influyentes de todas las galaxias conocidas, Anuk y Batuk no habrían sido incluidos en la tripulación de *Vandalia*.

¿Qué necesidad había de llevar a dos adolescentes en un viaje por el universo buscando

mundos perdidos? Ninguna. Al menos eso era lo que pensaba el científico de la nave, Erik Von Yasid, aunque debía reconocer que sus habilidades para cambiar de forma eran sumamente interesantes y podían ser muy convenientes. Eso pensaba al escuchar la conversación en el corredor, unos segundos antes de entrar a la cabina de mando. Tuvo que restregarse los ojos, a pesar de haberse lavado varias veces la cara. Los filtros de sueño siempre le caían mal y generalmente le costaba despertar. Se estiró con suavidad la barba negra y se acomodó las dos trenzas que le caían al costado del largo pelo rojizo. Su enorme cuerpo lo obligaba a agacharse para ingresar en la cabina.

—¡Ay, por todos mis ancestros! —bramó al golpear el casco contra el techo.

A Anuk y Batuk les divertía muchísimo la situación. El casco con cuernos que lucía con orgullo Erik, y que para él era todo un símbolo del espíritu guerrero de sus antepasados, le provocaba algunas dificultades. Por ejemplo: al pasar de un corredor a otro se le enganchaba uno de los cuernos y más de una vez había tenido que pedir ayuda. Sin embargo, el casco vikingo era una parte muy importante de su atuendo y los dos irreverentes adolescentes anaranjados lo ponían de muy mal humor cuando le ocurrían aquellos accidentes.

Erik Von Yasid era nativo de Dajabakistán del norte, y sus ojos extremadamente azules y su cabello erizado y rojizo lo delataban aun detrás de sus lentes. Por otra parte, la barba negra y espesa era propia de los nacidos en Dajabakistán del sur, de donde provenía su madre, lo que se había conocido como los países árabes hacía cientos de años, cuando el planeta todavía no poseía solamente tres grandes continentes como ahora: Vandasia, Dajabakistán y Liamerindia.

El brillante científico estaba comprometido y a punto de casarse con una hermosa chica de Liamerindia y guardaba su foto en el laboratorio. Allí también tenía otro fotograma que contemplaba como el mayor de los tesoros: el de su numerosa familia, sus diez hermanos, sus padres, sus abuelos, sus tías, sus tíos, los primos y primas; en fin, era una extensa, extensísima y unida familia.

Von Yasid era un hombre singular. Más que a un científico, se parecía a un guerrero. Irradiaba alegría y poseía un temperamento fuerte. Prueba de ello era que había dedicado parte de su vida al estudio de los mares y glaciares helados del norte de Dajabakistán, un trabajo riesgoso y extremadamente solitario para el cual se necesitaba una gran fortaleza. Justamente se hallaba estudiando los mares helados cuando los pozos de gas metano comenzaron a explotar y por ello fue incluido en la tripulación rápidamente. Al principio la idea de postergar su casamiento por un par de años terrestres no le agradó en absoluto. Claro que la posibilidad de conocer otros mundos y de realizar un trabajo que lo apasionaba, unida al espíritu de aventura que naturalmente poseía, lo tentaron. Terminó de decidirse cuando su futura esposa, Ahynara, le pidió que fuera en la misión ya que con el viaje tendrían la posibilidad de construirse una cabaña ecológica y cumplir el sueño de viajar de luna de miel a Vandasia, donde ella tenía parientes. Cuando hablaba de su novia los ojos azules de Erik se llenaban de dulzura, como los bombones artesanales que hacía la

comandante Artemisa, y Anuk y Batuk no podían dejar de burlarse y emitían suspiros con eco que se escuchaban por toda la nave, lo cual lo ponía de pésimo humor.

El cuerno derecho del casco de Erik Von Yasid continuaba enganchado en el techo del corredor de la cabina, atascado entre dos caños, y ni la comandante ni el licenciado Selenio pudieron evitar una sonrisa ante tal situación. Anuk y Batuk dieron un salto en el aire, dos volteretas, y entre risas se descolgaron por una tubería y lo liberaron. Lejos de sentirse agradecido, Erik se enfureció aún más por haber hecho el ridículo con los dos primos anaranjados y exclamó:

—¡Si fuera por mí los dejaría en el primer planetoide deshabitado que encontráramos!

—Profesor Von Yasid —dijo con dulzura la comandante—, son solo chicos. Además lo ayudaron a soltar el cuer... su hermoso casco.

—Si me permite —agregó ceremonioso Selenio conteniendo la risa—, ha sido una muestra de solidaridad muy adecuada.

El profesor se acomodó los lentes, se arregló el casco, estiró sus trenzas rojizas y apenas murmuró:

—Está bien, gracias.

—¿Qué dijo? —preguntó Batuk haciéndose el inocente.

—No sé, no lo escuché bien —le contestó su prima.

—¡No jueguen conmigo! —tronó su voz—. ¡Dije gracias! —y se sentó en una de las sillas junto a Artemisa.

Anuk y Batuk se miraron con complicidad, pero no se rieron más. Sabían muy bien cuándo debían parar con las bromas y, además, la comandante los miró como diciéndoles ¡basta!

De pronto, la música cesó y se escuchó la voz profunda de *Vandalia*: algo imprevisto acababa de suceder y debía alertar a la tripulación.

2

—¡Reúnanse de inmediato en la cabina de mando del nivel 2! ¡Atención! ¡Reúnanse todos en la cabina de mando del nivel 2!

Mi voz resonaba por toda la nave, aunque ya casi todos se encontraban en esa cabina. Pero debía darles el informe a todos juntos; lo acababa de ver en el radar y me inquietaba bastante. Podría no pasar nada, pero mi deber era comunicar los posibles peligros inmediatamente.

Por lo que sé, porque me he fijado en los monitores (aunque detesto ser indiscreta), los dos que faltan ya van en camino a la cabina del nivel 2. Aunque no quiero parecer una nave insistente, tengo que continuar con mi rutina hasta que lleguen, aunque resulte un poco reiterativa.

—Repito, tripulación de *Vandalia*, reúnanse de inmediato en la cabina de mando del nivel 2.

—¡Está bien, ya entendimos! ¡Gracias! —dijo la comandante tapándose los oídos. La exasperaba que se repitiera y repitiera el mensaje.

—Disculpe, pero es mi deber —explicó la nave.

—Por lo menos baje un poco el volumen —pidió Selenio tapándose los oídos.

—¡A mí me encanta escucharla! —rio Von Yasid y se solidarizó con *Vandalia*, ya que su voz también parecía un trueno.

A Batuk y Anuk en realidad les daba lo mismo porque en ese momento se habían dedicado a mirar por una de las ventanillas y a contar estrellas enanas. Iba ganando Anuk.

Desde lo alto de la cabina superior bajó por el tubo una hermosa joven con el pelo casi mojado. Por sus ojos rasgados y negros, su tez amarronada con un pequeño punto rojo en la frente y un tatuaje negro en los labios que se prolongaba sobre su barbilla, se sabía de inmediato que era nativa de Vandasia.

Wan Siu Dabarat, como todos los nacidos en el tercer continente, unía en sus facciones rasgos

típicos de las antiquísimas culturas que hacía siglos lo habían habitado, mucho antes de que los pobladores de los continentes se fusionaran solamente en tres naciones.

La esbelta joven se deslizó algo contrariada por el tubo de descenso, porque había tenido que salir del baño con el pelo húmedo, sin tiempo de entrar en la cabina de secado instantáneo. Había tenido que conformarse con un viejo método manual que consistía en un trapo de algodón, antiguamente llamado toalla (al menos eso le había informado cierta vez Selenio) y que ahora se conocía como secador manual para el cuerpo.

—¿Qué ocurre? —preguntó subiéndose el cierre del traje rojo ceñido y calzándose luego las botinetas negras, que se amoldaron a sus pies y se cerraron automáticamente—. ¡Salí disparada del baño! Esos filtros de sueño me dejan sumamente cansada y no logro despertarme del todo si no me doy una buena ducha.

—A mí me ocurre otro tanto, Wan Siu —le palmeó la espalda Erik sonriente.

Wan Siu Dabarat sintió como si un pequeño meteorito le golpeará la espalda; la mano del profesor era algo pesada. Ella ya lo sabía, como también sabía que era un hombre amable, valeroso y que le había salvado la vida.

En su corta carrera de piloto, Wan Siu tenía muchísimas horas de vuelo y era muy eficiente en su trabajo. Además de haberse graduado con honores, provenía de una familia de pilotos: su madre, su padre, sus abuelos y una de sus hermanas lo eran. Llevaba las ansias de volar en la sangre.

Como era de suponer, se enamoró de un piloto. Con un carácter algo fuerte y un espíritu muy independiente, la joven se dedicó a pilotear helinaves en misiones cada vez más peligrosas cuando las catástrofes ambientales comenzaron a producirse una tras otra. Fue en ese momento que tomó un puesto efectivo a cargo de las fuerzas especiales de control ambiental. Su novio trató de disuadirla, lo cual provocó algunas discusiones, y aceptar el puesto le significó separarse del joven piloto. Se concentró en el nuevo trabajo tratando de olvidarlo.

En una de sus primeras misiones le tocó volar llevando suministros a las peligrosas zonas del norte de Dajabakistán. Allí un grupo de arriesgados científicos se hallaba monitoreando los depósitos de gas metano en los lagos helados. Wan Siu estaba cerca de la zona de aterrizaje, donde se encontraba el campamento base, pero debía sobrevolar los lagos para alcanzar su objetivo detrás de una cadena montañosa. De pronto, cuando la helinave ya había cruzado el campo inmenso y blanco salpicado de pozos que emitían gases y parecían los agujeros de un inmenso queso, se oyó un rugido proveniente de las profundas capas de hielo subterráneo. Una gran explosión hizo salir a la superficie el gas acumulado durante siglos y sacudió la helinave. El imponente chorro de fuego que brotó desde el hielo se elevó a más de doscientos metros, y por más que Wan Siu intentó dominar el aparato tuvo que presionar la silla de expulsión, porque la nave caía en picada.

En medio del estruendo, un hombre alto y fornido con un casco con cuernos observaba desde

lo alto de una colina de hielo cómo la helinave se sumergía con rapidez en las aguas heladas y una silla de expulsión con su paracaídas abierto iba por el mismo camino; es decir, se iba a hundir a unos doscientos metros. Rápidamente, con sus botas especiales para superficies heladas, que lo mantenían unos centímetros por encima del suelo gracias al aire que salía de la suela, se acercó esquivando los peligrosos depósitos de gas hasta llegar a la joven, la cual, inconsciente, estaba a punto de caer a las gélidas aguas a través de una grieta. Wan Siu le estaría eternamente agradecida por salvarla y reconocería en Erik a un gran amigo, aunque sus modales fueran un poco toscos.

La piloto de navegación manual terminó de acomodarse en uno de los sillones de comando sabiendo muy bien que en ese momento todas las decisiones de rumbo pasaban por sus cálculos.

—¡Pantalla, *Vandalia*! —ordenó.

En la cabina de mando del segundo nivel las paredes de plasma cambiaron de color gris a plateado y luego se hicieron transparentes como un cristal, dejando ver la inmensidad del espacio. Miles de estrellas titilaban en la oscura y silente noche sideral y todo parecía en calma. A lo lejos se divisaba una galaxia con forma de hélice, más allá un planeta rojo con anillos violetas, y a la derecha un puntito cada vez más anaranjado que parecía latir. Los ojos experimentados de la piloto lo descubrieron de inmediato en la inmensidad estelar y gritó, al tiempo que presionaba un botón negro en el tablero de control:

—¡Explosión estelar a la derecha, en el séptimo cuadrante! ¡Preparados para impacto en... veinte segundos!

Se oyeron todo tipo de frases, como ¡Justo ahora!, ¡No puede ser!, ¿Dónde está mi cinturón de seguridad? ¡Me revienta que exploten estrellas cuando recién me despierto!, y otras cosas por el estilo, al tiempo que todos se movían impacientes tratando de ocupar sus puestos.

Artemisa ajustó el cinturón de su silla y se colocó los lentes contra rayos, que colgaban del cable rojo. Erik tomó a Anuk y Batuk y los arrojó contra las paredes inteligentes, que de inmediato extendieron sus brazos y los aferraron, en tanto los lentes les caían del techo colgando de los cables rojos con forma de tirabuzón. Selenio y Erik ocuparon sus asientos intentando ajustar sus cinturones en tanto *Vandalia* emitía la cuenta regresiva para el impacto de la ola estelar. De pronto, los ojos de la piloto se fijaron en un sillón vacío y volviendo mirar al punto anaranjado en la inmensidad preguntó alarmada:

—¿Dónde está el doctor Zanadory?

—¡En el cuarto nivel y viene hacia aquí! —informó la nave.

—No va a llegar a tiempo —dijo Wan Siu preocupada y ordenó—: *Vandalia*, que se meta en la cabina más próxima.

Emití la orden por todos los poros altavoces al tiempo que los escudos protectores se activaron convirtiéndome en algo similar a una sandía. Continué la cuenta en voz alta:

—Preparados para impacto en cinco, cuatro, tres, dos, uno...

La onda de fuego y partículas de colores brillantes de la explosión se aproximaba a gran velocidad y me sacudió como si fuera de juguete. En la negrura del universo, aquellos hermosos y brillantes azules, anaranjados y verdes cargados de partículas radiactivas se expandieron como la ola de un inmenso tsunami por el espacio y fueron alejándose, mientras el distante puntito anaranjado recobraba una tonalidad amarilla y volvía a confundirse con el resto de las estrellas y planetoides. Los escudos protectores, similares al caparazón de una tortuga, habían sido una invención maravillosa. Los científicos me habían dotado con la última tecnología molecular de flora y fauna, producto de largos siglos de investigación. De allí mi capacidad de cambiar de forma y adaptarme, al igual que tantos seres vivos. Ese era uno de los principales atributos tecnológicos que me proporcionaban la capacidad de sobrevivir en medios hostiles.

Me bamboleeé por el impacto y giré sin rumbo durante unos segundos en la inmensidad oscura. Lo peor ya había pasado, había sorteado la ola de radiación, pero los sistemas de defensa no habían resultado del todo efectivos.

El tremendo impacto seguido de los giros y trompos había producido algunos desperfectos en mi interior. Por eso, una vez que me estabilicé, la situación era realmente confusa, como si a la tripulación la hubieran metido dentro de un lavarropas gigante.

—¿Están todos bien? —preguntó Wan Siu desde su asiento. La piloto de navegación manual era la única que se hallaba en la misma posición, es decir, sentada. Solamente tenía el cabello negro cubriéndole la cara y los lentes contra rayos un poco corridos sobre su nariz. La profesora Artemisa se hallaba en su sillón pero con los pies apuntando al techo; el peinado con forma de pirámide estaba deshecho y los bombones con polvo de diamante que llevaba en la cajita de metal labrado se habían desparramado por el suelo de la cabina. Erik Von Yasid había terminado con un cuerno de su casco incrustado en una de las paredes de la nave porque se le había soltado el cinturón de seguridad; luego de dar varias vueltas en el aire quedó atascado al lado de Anuk y Batuk, quienes no se animaban a burlarse porque aún estaban bastante asustados y mareados. Los brazos de las paredes súbitamente los soltaron y cayeron al suelo. Por supuesto que lo primero que hicieron fue guardarse un par de bombones que habían quedado tirados cerca. Estarían mareados, pero los bombones de café púrpura eran unos de sus preferidos.

—¿Dónde está el licenciado Selenio? —quiso saber la piloto al ver su sillón vacío.

—No lo sé —respondió Erik al tiempo que sacaba su cuerno de la pared—. La última vez que lo vi se había sentado en su sill...

—¡Aquí estoy! ¡Rendibrat! ¡Asubrat! ¡Darat! —exclamó Selenio desde el fondo del túnel de

entrada.

—¡Cuide sus expresiones, licenciado! —lo amonestó la profesora Artemisa al escuchar los insultos en bratmano, un idioma casi extinguido pero del cual ella entendía por lo menos algunas frases.

—Mil disculpas, pero estoy muy molesto —respondió Selenio mientras aparecía por la entrada a la cabina caminando en cuatro patas—. Me caí antes de abrocharme el cinturón.

La situación parecía controlada. Sin embargo, antes de dar la orden de desactivar los escudos y corregir el rumbo, Wan Siu se preocupó por saber dónde estaba el doctor Zanadory. ¿Habría llegado a ponerse a salvo o se encontraría herido?

—*Vandalia*, informe de pantalla del nivel 4. ¿En dónde está Zanadory?

De inmediato una pequeña pantalla de plasma recorrió los pasillos del nivel 4 y los ojos oscuros de la piloto buscaron desesperados la figura del doctor, pero no la hallaron.

—Búsqueda termocalórica, *Vandalia*, por favor.

—Ya voy —contestó casi sin fuerzas.

En la pantalla se vio todo el plano de la inmensa nave. Predominaban los colores azules y verdes, salvo en la cabina del nivel 2, donde había manchas de color rojo debido al calor de los cuerpos de los tripulantes. ¿Dónde estaba el doctor Zanadory? A Wan Siu le pareció ver un destello rojizo en uno de los baños del último nivel, cerca de la cabina del licenciado Selenio.

—Acercar cuadrícula E 7 y ampliar, creo que veo algo.

—Ampliando —susurró.

La imagen cobró nitidez y algunas de las pequeñas cámaras dispersas por toda la nave se enfocaron en el baño del último nivel, que estaba junto a la escotilla de salida por si en algún momento, antes de bajar a explorar, alguno tenía una urgencia. Allí, sobre el suelo detrás de un lavatorio, se distinguía una forma de color rojo difuso. No podía ser otro que el doctor y por fortuna su cuerpo aún despedía calor. Rápidamente Anuk y Batuk seguidos por Erik fueron en su ayuda.

Cuando mis alarmas comenzaron a sonar para prevenir a la tripulación, el doctor Zanadory se encontraba en su cabina, totalmente concentrado en la creación de un nuevo antídoto contra la enfermedad del silencio, que estaba desarrollando en estrecha colaboración con el profesor Erik Von Yasid.

Zanadory había nacido en el espacio, más allá del cinturón de asteroides. Su padre era terrestre, un hombre de campo común y corriente. Su madre, en cambio, provenía de un planeta lejano. Comandaba una nave de reconocimiento en el sistema Solar cuando casualmente aterrizó en medio del campo donde el padre de Zanadory se hallaba trabajando. Se enamoraron, unos meses después se casaron según las nuevas leyes cósmicas y al año siguiente, mientras se

hallaban de viaje, tuvieron un niño. La nueva pareja había fijado su residencia en la Tierra. La madre había renunciado a viajar por el espacio para cuidar de su familia y trabajar en el campo. Zanadory había heredado la gran fortaleza mental de su padre y el color violeta intenso de los ojos y el pelo con rastas multicolores de su madre. Unía lo mejor de ambos mundos, pero por ser diferente se volvió tímido y retraído.

Al llegar a la adolescencia su vida tranquila en el campo cambió: los padres habían decidido abandonar el planeta para ir a conocer a la familia de su mamá, lo que les llevaría varios años terrestres de trayecto. Pensaron que su hijo se pondría feliz de conocer otros mundos y también a sus parientes, pero el joven Zanadory no tenía deseos de viajar y mucho menos de alejarse de sus abuelos paternos, que tenían una granja cerca de su casa. Por eso fue a inscribirse en la Escuela de Medicina Contemporánea y Antigua, una de las carreras más complicadas, que le demandaría varios años de rigurosos estudios y era la excusa perfecta para no acompañar a sus padres. Ellos se decepcionaron al saber que no viajarían juntos. No obstante, vieron un extraño brillo en sus ojos violetas cuando les habló de que comenzaría sus estudios: finalmente Zanadory había encontrado algo que lo hacía sentirse feliz, y eso era lo más importante para ellos.

Partieron y el muchacho se quedó en la granja de sus abuelos en tanto iniciaba sus clases en una ciudad cercana. El tiempo pasó en forma veloz y en pocos años el joven doctor Zanadory se convirtió en un especialista en enfermedades tanto terrestres como extraterrestres. Aprendió a curar con medicinas antiguas y alternativas, como lo hacían los chamanes, y también a servirse de los avances de la nanotecnología. Durante varios años recorrió hospitales de todo el mundo y cuando se desató la crisis planetaria se dedicó al control de epidemias y pandemias. Por ser tan respetado en el mundo de la medicina tradicional y alternativa fue elegido para integrar la tripulación de *Vandalia*. Sus padres se pusieron muy felices al saber que por fin viajaría a conocer otros mundos. Seguían enviándole postales y botellas mensajeras desde los lugares más remotos. Volvían hacia la Tierra y estaban ansiosos por verlo. Quizá coincidieran con la nave en alguna parte de su viaje.

Cuando el doctor despertó en el baño, se masajeó la cabeza. Sentía un leve mareo. Al comenzar la cuenta regresiva no había tenido tiempo para ponerse a salvo en una de las cabinas de seguridad y el impacto lo lanzó dentro del baño de emergencia. Por fortuna las puertas se cerraban automáticamente y eso lo salvó de sufrir más golpes. Sus ojos violetas descubrieron dos seres anaranjados que lo miraban y una mano enorme que le tocaba la cabeza para asegurarse de su estado.

—Estoy bien —murmuró.

—Por mis trenzas. ¡Qué susto nos diste! —exclamó Erik mientras lo ayudaba a incorporarse.

Batuk y Anuk lo rodearon con sus brazos. Sentían un afecto especial por el doctor y este les dedicó una sonrisa.

—Tranquilos, no me pasó nada, solo estoy un poco magullado.

—Wan Siu está preocupada... y los demás también —anunció Batuk.

—Entonces vayamos a verla —dijo Zanadory apoyándose en el brazo de Erik para salir al pasillo.

Recorrieron la distancia hasta la enfermería aunque el doctor insistió en ir primero hasta la cabina de mando. Tenía un corte en la frente y Erik quería desinfectarlo y ponerle un vendaje por precaución. Luego se dirigieron a los tubos de ascensión. No cabían todos, así que Zanadory subió acompañado de Anuk en tanto los otros dos recorrían a gran velocidad los pasillos y subían las escaleras para llegar al mismo tiempo a la cabina de mando del nivel 2.

Una sonrisa se dibujó en la cara de Wan Siu Dabarat y de la comandante profesora Artemisa al ver ingresar al joven doctor. Selenio le dedicó un azulado gesto de alegría al verlo: sentía una profunda estima por él.

—¿Qué le pasó en la frente? —lo interrogó mirando el vendaje.

—Tiene un chichón —explicó Erik, y Batuk asintió.

—Déjeme ver —dijo Wan Siu desabrochándose el cinturón—. Anuk y Batuk, ocupen sus puestos y desactiven el escudo. Quiero un informe de los daños.

—¡De inmediato! —respondió Anuk y se acomodó en la silla de comando.

—Desactivar escudo, *Vandalia* —ordenó Batuk.

En mi interior todo parecía volver a la normalidad. Sin embargo, algo causaría una gran conmoción y no era precisamente una explosión estelar.

3

Batuk me dio la orden y, aunque apenas le respondí, los escudos con forma de caparazón de tortuga se retrajeron y volví a tener mi aspecto original. La pantalla de visión de plasma mostraba una oscuridad plena de estrellas titilantes, galaxias y algún que otro trozo de roca que volaba a lo lejos atraído por la gravedad del planeta más próximo, aquel rojo con anillos violetas, el mismo que había visto Wan Siu. Más lejos, la estrella que había sufrido la explosión se veía como un puntito amarillo, totalmente inofensivo.

—Todo en orden, escudos desactivados —anunció Batuk.

—Informe de daños, *Vandalia* —pidió Anuk.

Yo casi no podía contestar. No quería ponerlos nerviosos, pero me hallaba bastante dañada. Me dolían los circuitos interiores como si hubiese chocado contra un planetοide, y además sentía profundas molestias en varias partes de mi carcasa bioplasmática. El efecto de la ola de fuego había causado algunas fisuras en mi caparazón y suponía que me había provocado algunas quemaduras. Una de ellas era de entidad porque había logrado recalentar mis cables centrales y notaba que me faltaba el aliento cuando quería hablar. Mi voz era apenas audible.

—¡*Vandalia*, informe de daños! —exclamó el doctor Zanadory alarmado.

—No responde —se asustó Anuk y casi cambió de forma porque se sentía chiquitita como un chupetín.

—¿Cómo que no responde? —se preocupó la comandante Artemisa y tomó el micrófono manual—. *Vandalia*, ¿estás bien? —preguntó dulcemente—. Necesitamos que nos muestres la pantalla interna para evaluar los daños.

—No puedo bajar... la pantalla... —musitó la nave.

De inmediato, la profesora Artemisa se dirigió a los controles manuales y presionó varios botones, en tanto Wan Siu hacía lo mismo bajando palancas, apretando los dedos contra pantallitas de plasma y revisando medidores y números que Batuk anotaba en una planilla. Pero todo parecía inútil: el panel de control iba apagándose y perdiendo fuerza.

El licenciado Selenio se dedicó a revisar los antiguos lenguajes de señas antes de que *Vandalia* perdiera el sentido y dejara de comunicarse mediante la voz.

—Me temo que ya no puede hablarnos. Debe de haber sufrido un desperfecto en la placa madre —aventuró el doctor Zanadory.

—Sin más información no podemos saber dónde se produjeron los daños —se rascó el casco Erik, y mirando a Selenio bramó—: ¡Haga algo, Selenio! ¡Está pintado!

Selenio sentía que todas las miradas recaían sobre él y eso lo hizo ponerse de un bochornoso color celeste. Hizo uso de toda su sabiduría e intentó comunicarse mediante varios códigos. Emitió señales antiguas que había aprendido cuando jugaba con sus tías al oficio mudo, también señales luminosas con una linterna, hasta que una idea azul se cruzó por su cabeza y corrió a su cabina. Regresó con uno de sus más sorprendentes artefactos: la caja de sonidos primarios, uno de sus instrumentos favoritos cuando de comunicaciones se trataba.

A simple vista era una caja común de madera de abedul, bastante rústica, pero dentro contenía mucha sabiduría en cuanto a sonidos se refiere. Selenio la había fabricado siguiendo los métodos ancestrales del universo conocido y lo que había aprendido en todos sus viajes por el espacio exterior e interior. Había logrado recolectar unos mil sonidos diferentes que se emitían al dar vueltas una perilla y se reproducían mediante una antena. Eran muchos de los tesoros sonoros que los seres del universo reconocían.

Ajustó la perilla y como un muñeco de resortes la caja impulsó a un pequeño pájaro que emitió un cucú-cucú. No reaccioné. Luego dio un par de vueltas a la perilla y surgió un hermoso caracol blanco. Selenio aproximó los labios y sopló produciendo un sonido agudo que se extendió por toda la cabina; parecía que las olas de todos los mares se hubieran mezclado dentro del caparazón. Sin embargo, tampoco pude responder y las luces del tablero de control estaban cada vez más tenues.

Todos lo seguían mirando y entonces sin pensar giró la perilla tres veces; el caracol se ocultó mientras surgía un diminuto gong. El licenciado tomó un palillo de metal que en el extremo tenía algo similar a una pelotita y golpeó. A pesar de lo pequeño del objeto, el sonido que brotaba de él era inmenso; un *zummm, zummm, zummm* me estremeció y tranquilizó a todos. Era una viejísima técnica utilizada por los monjes del Himalaya, una prehistórica y altísima cadena montañosa que ahora era parte de Vandasía. A este sonido le siguió un leve *om, namah, shivaya* que pronunció Selenio.

—*Ommm* —respondió y movió casi imperceptiblemente un tubo que colgaba del techo.

—Miren, se movió —señaló Batuk.

Wan Siu no podía esperar. Se trepó en los hombros de Erik hasta alcanzar el techo y sopló por el tubo. Algo pareció destaparse y los botones del panel de control cambiaron de color: *Vandalia* estaba reaccionando.

El licenciado Selenio de Europa dejó la caja de sonidos primarios y presionó varios puntos con delicadeza, como si estuviera hablando en código Morse. La nave respondió con impulsos eléctricos que él interpretó velozmente.

—¿Qué dice, hombre? —se exasperó la profesora Artemisa con el peinado en forma de pirámide caído hacia un costado.

—Dice que hay que limpiar el sistema de ventilación y entonces, manualmente, accionar la pantalla de reconocimiento de daños.

Anuk y Batuk se estiraron como dos lombrices y se metieron por uno de los conductos. Su capacidad de adaptación y la posibilidad de cambiar de forma los hacía increíblemente elásticos, capaces de llegar a lugares imposibles de alcanzar para los demás. Aquella misión que demandaría horas para cualquier técnico era casi un juego para ellos. Se sentían muy importantes por esta habilidad que en su planeta natal les había causado más de un problemita.

El planeta del que provenían Anuk y Batuk no tenía nada de especial, excepto el color anaranjado de sus habitantes, su resistencia natural a las temperaturas extremas y fundamentalmente la posibilidad de cambiar de forma. Pero allí esa capacidad solo podía ser empleada cuando hubiera un buen motivo; es decir, no estaba permitido cambiar de forma irresponsablemente o para beneficio propio. Justamente, esa era una de las debilidades de los primos: no medir las consecuencias al hacerlo y ser indisciplinados, algo que los ukanianos no dejaban pasar porque eran muy estrictos al respecto. Estos adolescentes eran sobrinos de Simuk, uno de los sabios más reconocidos de todas las galaxias. Por eso su hermana, la madre de Batuk, y su hermano, el padre de Anuk, decidieron hablar con él y pedirle consejo acerca de la conducta de sus sobrinos porque ¡caramba!, ya estaban en edad de comportarse más... más... ¡de comportarse mejor!

Simuk los adoraba, pero debía reconocer que sus sobrinos eran alborotados y que les faltaba un poco de disciplina. Tenían los conocimientos innatos de los nacidos en Uk, pilotear y recomponer naves, y eso era un buen antecedente. No obstante, recordó los pormenores de inconducta que habían cometido ese mismo año y por los cuales sus hermanos y él habían debido presentarse ante el Consejo Educativo Ukaniano.

Batuk, cuando el profesor de Astrofísica le preguntó si había estudiado, se había transformado en una peluca y se había colocado en la cabeza un tanto calva del hombre, provocando las risas de todos los compañeros. Eso había sido terrible: hasta el director de la institución reconoció que al profesor el peluquín anaranjado le quedaba muy bien y no pudo aguantar la risa. Batuk fue

llevado de todas formas a la Dirección.

Anuk no se quedaba atrás. Al sonar el timbre de salida los alumnos corrían a comprar chupetines de helio para mantenerse a unos metros del piso y charlar animadamente o intercambiar mensajes telepáticos; en fin, cosas de muchachos. La prisa por salir de clase la tenían todos, pero en una ocasión Anuk ya sabía que quedaban pocos chupetines y pensó que no haría daño alguno si cambiaba de forma para anticiparse, pasar por debajo de la puerta y llegar antes a comprar su chupetín. Se estiró por debajo de sus compañeros en cuanto sonó el timbre y cuando estaba larga como un fideo anaranjado acertó a pasar la directora, quien se tropezó con ella y cayó despatarrada en el corredor ante la mirada de todos los alumnos. Como es de suponer, Anuk terminó en la Dirección.

Cuando el tío Simuk fue consultado para evaluar a los integrantes de la tripulación, supuso que sería una buena experiencia para sus sobrinos. Un viaje científico implicaba responsabilidades y el contacto con otros mundos los haría conocer realidades diferentes, sin contar con que sus habilidades podrían ayudar a la misión. Al saber que la comandante de la nave sería la veterana profesora Artemisa, le pareció que la situación no podría ser mejor. Conocía las dotes de la profesora cuando todavía impartía clases: justa, enérgica y adorable. Tenía mucha paciencia con los adolescentes, y sus sobrinos tenían apenas ciento quince años. Por eso sometió a Anuk y Batuk a la consideración del Supremo Consejo, que finalmente los aceptó en la misión como ayudantes de la técnica de vuelo Wan Siu Dabarat. Rápidamente los dos chicos sintieron por ella una gran simpatía. También por la profesora Artemisa, sobre todo porque adoraban los dulces y los chocolates. Y Zanadory les contaba cuentos del campo y de las noches estrelladas en su planeta y eso los hacía extrañar un poco menos su casa.

—El conducto de ventilación es muy estrecho —protestó Batuk.

—Estás engordando, primito —le tomó el pelo anaranjado su prima.

—La que se escondió dos bombones de café púrpura fuiste vos, si mal no recuerdo —le devolvió Batuk.

Mientras mantenían esta interesante conversación se deslizaban con dificultad por mis conductos y yo ya casi no podía respirar; me estaba quedando sin energía. Por eso, con las fuerzas que me quedaban en los centros motores emití un ¡jem! que creo que los hizo reaccionar. De inmediato hallaron lo que me dificultaba el funcionamiento: una partícula metálica obstruía parte del canal de ventilación y había sobrecalentado mi sistema. Anuk se aferró a ella y su primo tiró con fuerza. Los tres, Anuk, Batuk y la partícula, que resultó ser un tornillo, salieron por el ducto de goma como si los hubieran soplado del otro lado. Inmediatamente empecé a sentirme mejor y reconocí que quería mucho a esos dos revoltosos anaranjados.

—¡Como dijo Ukarito, caí como un meteorito! —gritó Anuk desde el piso.

—El culpable era un tornillo y yo me raspé todo —se quejó Batuk.

—Insisto, estás engordando, primito.

En tanto las dos lombrices anaranjadas recuperaban sus formas y una de ellas permanecía aferrada a un tornillo, el resto de los tripulantes seguía el estado de la nave con preocupación. Wan Siu giraba en su silla y tocaba todos los botones y pantallitas. La profesora Artemisa, guiada por ella, hacía lo mismo en el otro extremo del panel de control. De golpe, el asiento hidráulico de Wan Siu ascendió hasta el techo de la cabina y ella metió la mano dentro de un agujero, del que extrajo un montón de cablecitos de colores. Finalmente gritó:

—¡Lo tengo, es este! —y tiró con fuerza de un cable amarillo.

Casi de inmediato se activó una pantalla holográfica que dejó ver el plano del interior en un intenso color verde fluorescente.

—Informe de daños, *Vandalia* —repitió la técnica de vuelo.

—¿Estás mejor? —preguntó Selenio.

—Res... pi... ro mejor, gra... cias.

—No trates de hablar más —le ordenó el doctor Zanadory.

—Hay que evaluar los daños primero, *Vandalia*. Por ahora debes dejar tus circuitos con el mínimo de energía —trató de tranquilizarla Erik Von Yasid.

El mapa estructural dejaba ver zonas de color rojo con forma de grietas en distintos lugares exteriores; también había una gran fisura en el circuito central del sistema de ventilación. Zanadory pulsó las cuadrículas y rápidamente, junto con Erik, tomó nota en una placa. La situación era bastante delicada: la carcasa tenía quemaduras externas, pero la más delicada parecía ser la que había recalentado el ducto de ventilación. Debían actuar con rapidez.

Zanadory hizo un recuento de los daños y distribuyó las tareas. Solamente la profesora Artemisa y el licenciado Selenio quedarían conduciendo en forma manual, en tanto los demás ayudarían en la curación.

Casi sin mediar palabra, el doctor, Wan Siu y los dos primos se dirigieron a los elevadores para ir a la enfermería. El cubículo se desplazaba en forma vertical, horizontal y también en ángulos, según las necesidades. Para llegar a la enfermería descendía hasta el nivel 3 y luego en un ángulo de 35 grados seguía hasta el ala sureste. Erik Von Yasid prefirió bajar por las escaleras y lanzarse por los tubos de succión. En realidad detestaba viajar con más de dos pasajeros en el ascensor, sobre todo cuando llevaba su casco, es decir, casi siempre.

Unos minutos más tarde, reunidos en la enfermería, las violetas pupilas de Zanadory se fijaron en un estante lleno de frascos, botellas y pots. Allí guardaba las medicinas antiguas y con gran preocupación llamó por el intercomunicador de pared al laboratorio, pues Von Yasid se estaba demorando.

—¡Erik, te estamos esperando!

—Como dijo el tío Ukanasco, seguramente se le atascó el casco —se burló Batuk.

—¡Te escuché, Batuk del sistema Uk! —bramó Von Yasid entrando a grandes zancadas a la enfermería—. No estamos para bromas.

—Es cierto —lo reprendió con la mirada la hermosa Wan Siu Dabarat—. *Vandalia* está en problemas, muy lastimada, y debemos actuar con rapidez.

—Lo siento —pidió disculpas Batuk.

—De todas formas el profesor Von Yasid se demoró —recordó Anuk, como una forma de apoyar a su primo.

—Estaba buscando un nanorrobot que se me había caído, mi querida y anaranjada niña —respondió Erik, quien sabía muy bien que tratarla de niña molestaba terriblemente a Anuk.

Sobre la mesa de la enfermería Zanadory desparramó todo un arsenal de hierbas, ungüentos de colores y aromas diversos, algunos no muy agradables; semillas, granos y plumas de aves ya extintas; sales de mares evaporados y una bolsa oscura de cuero atada con una cuerda en la que algo se movía. Por su parte, el científico Von Yasid estiró su barba oscura y abrió un maletín verde con forma de mulita donde guardaba los diminutos nanorrobots que no podían ser advertidos a simple vista. Presionó su hombro y de allí surgió la lupa y una pequeña sonda que sería la encargada de introducir los minúsculos robots en el torrente bioplasmático para reparar a *Vandalia* por dentro.

—¿Están todos listos? —preguntó Zanadory.

—Sí —respondieron.

—Wan Siu y Anuk irán a la cubierta externa, cuadrículas A 1, 7 y 10. Ungüento de algas del mar de los Sargazos.

—Entendido —respondió la piloto tomando el pote y pasándoselo a su ayudante—. El profesor Von Yasid y Batuk entrarán en el nivel inferior y llegarán al torrente bioplasmático para insertar la sonda. Tengan mucho cuidado con los cambios de temperatura: puede estar muy caliente —y le sugirió al profesor—. Preferiría que ingresara primero Batuk.

—Estoy acostumbrado a las altas temperaturas y a las bajas —respondió Erik, visiblemente molesto.

—Erik, por favor. Ellos están mejor adaptados —movió su cabellera rasta multicolor Zanadory.

—De acuerdo. ¡Vamos, nene! —dijo saliendo con el maletín con forma de mulita.

Batuk no contestó y se guardó su enojo. Ya tendría oportunidad de hacer algo.

—Doctor, ¿y usted no necesitará ayuda? —preguntó Wan Siu.

—Yo atenderé un problema en la cuadrícula central —respondió tomando unas botellas y dos frascos con sales—. Ustedes pueden rastrearne una vez que terminen y venir a ayudarme.

Súbitamente las luces comenzaron a titilar y un sonido apagado retumbó por todos los poros de la nave.

—No perdamos más tiempo: las luces están comenzando a colapsar y esos sonidos desacompañados, si no me equivoco, son los latidos de *Vandalia*.

4

—Necesito que me pases el ungüento de algas, el verde oscuro —pidió Wan Siu estirada sobre el techo.

Los trajes con sistema antigravedad les permitían realizar ese tipo de trabajos.

—¡Fa, tiene un olor horrible! —puso cara de asco Anuk y le pasó el pote.

—El olor será horrible, pero cura las quemaduras de radiación estelar.

Con suma delicadeza Anuk y la piloto se dedicaron a colocarme el ungüento, que realmente tenía un aroma terrible, parecido a los gases de los murciélagos interestelares. Me lo esparcieron por todas las fisuras de mi carcasa interna, lo que me calmó el ardor y me produjo de inmediato un gran alivio. Las espátulas iban cubriéndome con la pegajosa goma verde oscura sin dejar de tapar ningún espacio. Para estar absolutamente seguras de que no quedaran quemaduras abiertas, Wan Siu y Anuk llevaban puestos los lentes infravioletas que detectaban el menor indicio de calor que se les pudiera haber escapado. Caminaron a lo largo de todas las paredes y de pronto descubrieron que todavía tenía una fisura en el techo que no se notaba a simple vista, casi justo sobre la cabina de mando de Wan Siu. El espacio era muy pequeño para que ella pudiera alcanzarlo, así que Anuk estiró su cuerpo anaranjado y cambió de forma. Como un pulpo se extendió y trepó cabeza abajo hasta llegar al estrecho túnel donde los lentes habían marcado un alto índice de calor. Wan Siu le pasó el pote; un largo tentáculo lo alzó y lo introdujo por el túnel hasta llegar a la herida.

Una vez concluidos los procedimientos me sentí más aliviada, al menos en la cubierta superior interna.

—Atento, doctor. Aquí Wan Siu. Ya terminamos los trabajos de sanación en las cuadrículas A1, A7 y A10. ¿Cuál es su posición, Zanadory?

El doctor Zanadory se hallaba cabeza abajo en el centro de la nave, tratando de reparar una

herida por sobrecalentamiento en el sistema nervioso central.

—Repito, ¿cuál es su posición, Zanadory?

—Estoy en una posición bastante incómoda. Más precisamente, de cabeza.

—Me refiero al lugar —se molestó Wan Siu y movió la cabeza para mirar a Anuk.

—No me estoy riendo —se atajó Anuk sin que nadie le preguntara nada.

—Zanadory, ¿me puede indicar dónde está, así lo vamos a ayudar?

—Era una broma, piloto —se disculpó moviendo las rastas de colores—. Cuadrícula central D5.

—Vamos para allí.

Entretanto el científico y Batuk se encontraban en una difícil situación. El calor emitido por el sobrecalentamiento de los ductos era grande y el torrente bioplasmático parecía lava hirviente. Erik intentó acercarse pero se le chamuscaron una trenza y parte de la barba. No tuvo más remedio que dejar que el insolente jovencito anaranjado se hiciera cargo y deslizara su mano junto con la sonda. Von Yasid, visiblemente molesto y todavía emitiendo de la barba un intenso aroma a pelo quemado y un poquito de humo, le pasó los nanorrobots para que los soltara en la corriente. Si el mocoso llegaba a decir algo sobre el incidente de la trenza y la barba, lo dejaría flotando en el espacio atado una cuerda de salvataje por una semana.

—Creo que ya ingresaron todos —afirmó Batuk devolviéndole la sonda.

—Está bien, es hora de monitorear el recorrido.

—Erik... —balbuceó Batuk y le señaló la trenza derecha de cabello rojizo.

—¡Por mis ancestros, tomó fuego la otra! —y se apresuró a apagarla con el agua de una cantimplora de cuero que siempre llevaba colgada.

Batuk se sintió satisfecho: sin necesidad de hacer nada se había cobrado aquel nene que Erik le había dicho en la enfermería. Al mirar la trenza empapada y el aspecto del profesor, con su mejor sonrisa anaranjada le susurró:

—No se preocupe, don Erik, que esto no se lo voy a contar a nadie. Será nuestro secreto.

—Más te vale —respondió a modo de agradecimiento Von Yasid. No le hacía ninguna gracia deberle un favor al insoportable mocoso anaranjado.

Los nanorrobots avanzaron por mi torrente y gracias a las manos sabias del profesor Von Yasid se dirigieron a las heridas y comenzaron su trabajo. Repararon los tejidos desde dentro y cosieron y cicatrizaron vastas zonas de mi interior hasta que la temperatura del sistema inferior comenzó a descender. Me encontraba todavía muy mareada y no sabía con certeza a qué se debía. Aquellos minúsculos robots cargados con toda la información necesaria eran capaces de reparar tejidos en humanos y otros seres vivos y de efectuar complicados trabajos de restauración en nervios y otros sistemas dañados de la más diversa índole. Von Yasid estaba confeccionando nuevos

prototipos para probarlos en distintas temperaturas y condiciones extremas. Una vez concluido el trabajo, succionados por la sonda que Erik manejaba, volvían al maletín con forma de mulita.

Ya podía escuchar otra vez las voces en la cabina de mando y eso me estimuló, pese a que todavía seguía mareada.

—Selenio, ¿sería tan amable de esquivar ese meteorito gigantesco que viene hacia nosotros? —soltó con ironía la profesora Artemisa.

—¿Perdón? —se sorprendió el licenciado—. ¿Qué me decía?

—Que vamos a chocar contra esa enorme roca puntiaguda que viene hacia nosotros en menos de diez segundos. ¡Avítese, Selenio! ¡Está en la Luna!

—¡A la *xanata gadia*! —exclamó Selenio cuando contempló el meteorito que se dirigía a toda velocidad hacia ellos.

—¡Córtela con el xaniano, ya se lo dije! Y aunque no lo hablo, me imagino que debo pedirle también que modere su lenguaje.

—Discúlpeme, profesora —y tomó la palanca del tablero—. Eliminando meteorito en uno, dos, tres...

Un estruendo sacudió el espacio y la gigantesca roca puntiaguda desapareció estallando en miles de partículas. La noche sideral volvió a ser oscura y plena de puntitos brillantes. Selenio quitó la mano de la palanca de eliminación de grandes obstáculos y con una sonrisa azulada miró hacia el otro sillón tratando de minimizar lo ocurrido.

—Estoy un poquito distraído, nuevamente le pido que me disculpe —y su tez se volvió celeste.

—Está disculpado, Selenio. Pero, por favor, trate de concentrarse —le dijo dulcemente Artemisa acomodándose el cabello batido con forma de pirámide.

Una de las cosas que más le disgustaban era perder su compostura, y el peinado formaba parte de ella. Además, la palanca de eliminación se hallaba en el extremo opuesto del tablero y era responsabilidad de Selenio estar atento a los eventuales obstáculos que pudiesen aparecer en el rumbo prefijado de la nave. Ella entretanto debía ocuparse de comunicar los cambios en el panel de control y de monitorear que todo volviera a la normalidad a medida que se llevaban a cabo las tareas de sanación y reparación en los diferentes puntos dañados.

Miró la pantalla holográfica y descubrió para su tranquilidad que las zonas en rojo de la cabina superior en las cuadrículas A1, A7 y A10 habían experimentado un cambio de color, lo que indicaba que el ungüento estaba haciendo efecto. En la parte inferior de la nave los fluidos recobraban lentamente su temperatura normal, seguramente por efecto de las reparaciones de los minúsculos robots del profesor Von Yasid. De pronto, descubrió que una zona permanecía en rojo: más precisamente en la cuadrícula central, D5. Pero, ¿cómo se había dañado el núcleo si la

explosión solo había alcanzado algunos puntos de la coraza protectora? Una pequeñísima compuerta, la que daba salida al periscopio, no había quedado del todo sellada. Por allí el calor de la onda expansiva había penetrado y una diminuta partícula había provocado un daño en el sistema nervioso central. Ese era el motivo por el cual las luces de la nave recobraban intensidad y de pronto titilaban. Algo no andaba bien y el doctor Zanadory, aún de cabeza y con sus rastas multicolores colgando, intentaba sanar el núcleo, pero a pesar de sus intentos no lograba cambios significativos. Decidió que debía levantar una parte de la pared de plasma y para eso necesitaba la ayuda de los demás tripulantes. Aquella era una operación delicada.

—Zanadory, ¿qué hace de cabeza? —preguntó la bella Wan Siu.

—¡Qué suerte que llegaron! Necesito ayuda, llamen a Erik, a Batuk y también al licenciado.

—¿Y yo qué hago? —se impacientó Anuk.

—Te arrastrás como una lombriz y vas a ayudar a la profesora Artemisa. Alguien tiene que asistirle en la navegación manual —le ordenó con dulzura Wan Siu y le acarició el cabello largo y anaranjado.

—De inmediato —y Anuk se estiró y desapareció del lugar sintiéndose sumamente importante.

Unos momentos después ingresaron a la sala central Erik y Batuk.

—¿Qué te pasó en las trenzas? —preguntó inocentemente la piloto.

—¿En las trenzas y en la barba? —repreguntó el doctor.

—Sí, estás empapado y hay olor a quemado —aseguró ella y dirigió sus ojos a Batuk.

—El profesor se... acercó a un conducto que estaba muy caliente, pero no pasó nada grave, por fortuna. Podrían habersele prendido fuego la barba y las trenzas y, sin embargo, solo se le chamuscaron —afirmó Batuk.

El rostro del profesor se transfiguró. Sus facciones ancestrales vikingas parecieron cobrar nueva fuerza. Tenía ganas de desintegrar al mocoso, pero había mantenido su palabra y ahora le debía un favor. Eso era lo que más lo indignaba. Claro que en ese momento había otros asuntos más urgentes que atender.

Las pupilas negras de Wan Siu se fijaron en las violetas de Zanadory y él giró y descendió lentamente hasta el piso emitiendo un suave ¡pufffffff!

—Tengo que operar y necesito la ayuda de ustedes.

—¿Tan grave es? —se preocupó Erik.

—Me temo que sí. El núcleo está dañado y no está respondiendo. Si no lo reparamos, dudo que podamos llegar a tiempo al agujero de salto. Está muy débil.

—Solamente nos quedan dos días cósmicos para alcanzar la posición —recordó Wan Siu y se presionó el punto rojo que tenía en medio de la frente buscando su fuente de energía.

—Batuk, voy a necesitar que me traigas algo muy delicado que dejé sobre la mesa de la enfermería en una bolsa de cuero. No vayas a abrirla.

—Comprendido.

Mientras esperaban a Batuk, los tres se colocaron los tapabocas y los guantes antibacteriales. En cuanto entró Selenio y le explicaron la situación, el doctor le señaló su bolso.

—Es el viejo libro de tapas marrones. Tómelo con cuidado, es un original —advirtió Zanadory.

—¡Por todas las estrellas! Es la primera vez que tengo uno de estos en mis manos. ¡Qué maravilla! —exclamó Selenio y su cara azul se emocionó casi hasta el azul eléctrico.

Si hubiera podido llorar lo habría hecho, pero hacía cinco años que no lloraba.

Aquel antiquísimo libro de curación, transmitido desde el fondo de la historia por los chamanes y médicos brujos, sanadores y místicos, era una reliquia que a muy pocos les era posible conocer. Zanadory poseía un ejemplar que había adquirido en viaje a Vandasia, por casualidad, en un mercado callejero, de esos en los que se vendían toda clase de cosas: mapas holográficos de tesoros escondidos en el universo, chips de última generación para reparar cualquier electrodoméstico roto, candelabros de luciérnagas de Venus, arañas domésticas de Andrómeda...; en fin, todo tipo de artículos. Aquel libro era una verdadera rareza y Selenio por sobre todas las cosas era un ser sumamente sensible a los lenguajes antiguos del universo. Tener la posibilidad de hojear aquellas páginas era un placer que hacía latir apresuradamente sus dos corazones. Su capacidad de interpretar lo escrito y poder recitarlo era uno de los tantos motivos que lo hicieron integrante de la misión.

—Selenio, necesito que recite lo escrito en las páginas marcadas.

—Son mantras de adormecimiento.

—Exacto. Anestesia sonora. Empiece, por favor.

La suave y melodiosa voz de Selenio se escurrió de sus labios azules y fluyó por toda la sala, y de pronto comencé a sentir somnolencia, mucha somno... len... cia.

—Artemisa, ¿cuál es el estado general? —preguntó Wan Siu a través de un poro auditivo.

—Creo que ya se durmió. Los latidos están lentos y no hay señales de alarma —respondió la comandante desde la cabina.

—Entonces procedamos —urgió el médico.

El doctor activó el láser en el índice de su guante y realizó una incisión a lo largo de la pared de plasma. Con sumo cuidado Wan Siu la levantó con una pinza y Erik fue colocando grapas hasta dejarla al descubierto. Selenio continuaba leyendo en voz alta.

Zanadory pidió que le pasaran las sales y contempló cómo el puñado rosado que había colocado en la herida se evaporaba produciendo destellos de colores hasta apagarse por completo. Luego aplicó agua de lluvia terrestre y limpió con cuidado. Inmediatamente reconoció el problema: tenía una partícula clavada en el núcleo con forma de corazón de la nave.

—Tengo que quitársela.

La partícula era apenas un puntito de cristal. Wan Siu, Selenio y Erik casi no la distinguían; sin embargo, era preciso quitarla de inmediato o la nave y todos sus tripulantes correrían serios peligros.

—Cuando retire la partícula debemos actuar con rapidez —aclaró Zanadory—. Necesito que ustedes apliquen compresión manual mientras coloco los parches. ¿En dónde está Batuk? —se alteró el médico con las pinzas en la mano.

—Todavía no llega —se apresuró a mirar hacia el pasillo Wan Siu.

Selenio continuaba susurrando los mantras cada vez con más lentitud. El efecto no era duradero y debían concluir lo más rápido posible la intervención.

Zanadory le había dado instrucciones precisas a Batuk: no debía abrir la bolsa, solamente traerla. ¿Dónde se había metido?, ¿acaso habría desatado el nudo? ¡No! ¡Mejor sería que no lo hubiese hecho o estaría en grave peligro!

No hay nada más peligroso que pedirle a un adolescente ukaniano que no sea curioso. Fue por eso que Batuk al llegar a la enfermería y ver la bolsa sobre la mesa tuvo un momento de irresistible curiosidad. Estiró su anaranjada mano para tomarla cuando súbitamente la bolsa se movió. Aquello, lejos de disuadirlo, lo animó. La cuerda que ataba la bolsa de cuero tenía un nudo doble, pero eso no lo detuvo y... lo desató para ver qué contenía. La bolsa se agitó y Batuk comprendió que había hecho algo que no debía, pero ya era tarde. Una pata peluda y larga asomó por el agujero, y luego otra, y otra, y otra... En total ocho patas, junto con el cuerpo peludo y una cantidad de ojos que lo miraban: era una araña zancuda de Andrómeda.

—¡Como dijo Ukanata, creo que metí la pata!

De un salto Batuk se subió a la camilla. Lo poco que sabía acerca de las arañas zancudas era que se ponían furiosas cuando había luz. Vivían en cuevas muy oscuras y por eso, si se capturaba una, lo más aconsejable era que permaneciera dentro de una bolsa. Asustado vio venir al arácnido y estiró un brazo para tomar un pomo de crema dental que había sobre la mesada. Lo apretó con fuerza directo a los ojos de la bestia peluda que movía sus colmillos amenazantes hacia él mientras su anaranjada cabeza daba vueltas pensando qué hacer. Se estiró y su mano alcanzó el tubo fluorescente que colgaba del techo, se balanceó y cayó detrás de la araña, que se movía desconcertada porque con la cabeza llena de espuma no veía nada. Rápidamente Batuk tomó la bolsa, con una pinza volvió a meter a la zancuda dentro y la cerró con su mano dándole dos vueltas con los dedos. El corazón le latía a mil revoluciones. Sabía que Zanadory se iba a enojar con él. A toda velocidad corrió por los pasillos y entró como una tormenta de Neptuno en la cuadrícula D5.

—Batuk, del sistema Uk, ¿abriste la bolsa?

—Fue sin querer...

—¡Batuk! —se enojó Wan Siu Dabarat—. Desobedeciste una orden y te pusiste en peligro.

—Y también a la nave —agregó Erik.

—Es cierto, perdón —se disculpó—. Pero la recuperé y no me pasó nada —estiró su mano con la bolsa hasta llegar a Zanadory.

—Después hablaremos de esto, ahora hay que quitar la partícula —se apresuró Zanadory y dirigiéndose a Batuk dijo—. Ya que te gustan las arañas zancudas, vas a ayudarme con esta.

Erik no podía dejar de sentir cierta satisfacción y, aunque intentó ocultarlo, debajo de su bigote rojizo se dibujó una sonrisita. Zanadory tomó con cuidado la bolsa, mientras Wan Siu le pasaba un guante a Batuk.

La araña zancuda de Andrómeda era altamente tóxica, pero con sus glándulas producía algo formidable: telaraña cicatrizante. El poder de los parches de telaraña era muy antiguo: los indígenas prehistóricos los utilizaban milenios atrás y esa era una de las técnicas ancestrales que había aprendido el doctor en su carrera.

Batuk se colocó los guantes y metió la mano dentro de la bolsa tratando de sujetar la cabeza del bicho.

—Cuando apague las luces es momento de sacarla —lo previno Wan Siu y bajó el interruptor en forma manual.

5

Todo quedó a oscuras en el salón central. Solo se veían las siluetas blancas de los trajes y el corazón azulado de la nave latiendo débilmente. La partícula de cristal violáceo, todavía incrustada, brillaba en la oscuridad.

—Wan Siu, quiero la linterna enfocada directo a los ojos de la zancuda en cuanto Batuk la saque.

—Estoy preparada —hizo un guiño con la luz.

La araña apenas pataleó. Mientras estuviera a oscuras sería inofensiva. Batuk de todas formas la retiró de la bolsa con sumo cuidado. En algunos casos las fuertes mandíbulas del arácnido habían sido capaces de traspasar un guante y no había antídoto conocido para su potente veneno. A una seña del doctor, la piloto iluminó los múltiples ojos del bicho y la zancuda se alteró. Batuk, a pesar del miedo, la sujetó con fuerza, en tanto Wan Siu la cegaba. Casi de inmediato, como reacción a la luz, el animal comenzó a producir una tela pegajosa y se enfureció moviendo las mandíbulas amenazantes. El profesor Von Yasid sacó de su maletín un palote de metal y fue envolviendo la seda transparente y viscosa con destellos que brillaban en la oscuridad momentánea de la sala central. Eso duró apenas unos segundos y Zanadory ordenó:

—Tenemos suficiente tela y la araña está muy enojada. ¡A la bolsa de nuevo, Batuk!

—¡Cuidado! —gritaron todos.

El arácnido enfurecido hizo un movimiento extremo y Batuk, en un acto reflejo, estiró su mano para sujetarlo. A pesar de los guantes la anaranjada mano del jovencito ukaniano fue penetrada por uno de los colmillos. Wan Siu apagó la linterna y Erik se lanzó sobre la zancuda, que pretendía huir. La metió de un zarpazo dentro de la bolsa y cerró con doble nudo. El animal se calmó.

De inmediato Wan Siu dio la orden y se encendieron las luces. Zanadory ya estaba sobre Batuk, que había perdido el conocimiento. La situación era realmente apremiante. Selenio habría querido gritar en xaniano, en bindalí, en todos los idiomas que conocía, pero no podía dejar de repetir los mantras de adormecimiento o se perdería el efecto de la anestesia sonora.

—Erik, necesito concluir la operación, luego me ocuparé de Batuk. Por favor, llévalo rápido a la enfermería y dale un tubo de suero universal contra picaduras. Al menos eso nos dará un poco de tiempo.

El científico alzó el cuerpecito anaranjado de Batuk y casi gritó:

—¡Por todos mis ancestros, mocoso descuidado! ¡No se te vaya a ocurrir morirte justo ahora!
—y salió velozmente hacia la enfermería.

Wan Siu comprendió que Selenio estaba casi al borde de la desesperación. Por eso le susurró:

—Ya falta poco, Selenio. Por favor, continúe. *Vandalia* tiene que seguir anestesiada.

Selenio, casi azul marino, asintió con la cabeza y continuó recitando los mantras del libro.

—¿Qué está ocurriendo?—preguntó la comandante Artemisa desde la cabina de mando del nivel 2—. ¿Algún problema?

—Batuk recibió una picadura, Erik lo está atendiendo.

—Los signos vitales de la nave son anormales. El color de los monitores está disminuyendo. Doctor, proceda de inmediato. Yo voy hacia la enfermería.

—Entendido, comandante —respondió Zanadory.

Wan Siu lo contempló admirada: con sus pupilas violetas fijas en el corazón debilitado, sus hábiles manos estaban a punto de retirar el trozo de cristal clavado. Él miró a la bella piloto y en sus ojos vio reflejado el miedo.

—Cuando lo quite, te necesito... —balbuceó confundido—. Quiero decir... necesito que presiones con fuerza.

—Comprendido, doctor.

Selenio seguía canturreando ya casi sin aliento. Zanadory tomó el delicado cristal con unas pinzas de polímero. No podía utilizar ningún metal, ya que una pequeñísima astilla podía obligar a una nueva intervención. Cuando tiró con todas sus fuerzas el cristal salió enterito y la piloto presionó la zona para evitar que perdiera bioplasma. Prontamente el doctor tomó la telaraña envuelta en el palo y la extendió como una gasa sobre la herida. La sustancia gomosa y brillante se adhirió y comenzó su trabajo de cicatrización: ahora solamente debían esperar. El médico estaba exhausto y le pidió a Selenio que cambiara de página a fin de comenzar con los rituales de energía para que la nave se recuperara.

Zanadory aprovechó para alcanzarle un vaso con agua de lluvia terrestre, lo mejor para reponer energía y para evitar que el licenciado se desmayara por haber estado cantando durante tanto rato. De paso, él también se tomó un buche. Wan Siu entretanto soltó las grapas, bajó la pared de plasma y la selló con el láser del dedo índice de su guante.

—Comandante Artemisa, ¿cuál es la situación? —quiso saber Zanadory, a quien le sudaban hasta las rastas.

—Controlada, pero habla Anuk; la comandante fue a la enfermería. Doctor, ¿qué le pasó a mi primo? ¿Se va a poner bien? —se preocupó la jovencita.

—Tranquila, se va a recuperar, Anuk —trató de calmarla—. Necesito que me pases las lecturas del monitor para saber cómo están los signos vitales de *Vandalia*.

—Los niveles están volviendo a la normalidad. El ritmo cardíaco está estable y la presión del núcleo sigue bajando. Son buenos niveles, aceptables diría yo.

—Gracias, Anuk.

—Voy para la cabina a relevarte para que puedas ir a la enfermería a ver a Batuk —le informó Wan Siu.

Me desperté oyendo la voz melodiosa de Selenio canturreando rituales energéticos. Me sentía dolorida pero estaba mejor y le dije que podía detenerse. Además, encendí las luces y los niveles de la nave pasaron del rojo al amarillo, lo cual tranquilizó bastante a todos. Habían hecho un gran trabajo y les estaba muy agradecida. Los ojos visores que me daban una amplia perspectiva de todos los espacios internos (salvo los más íntimos, como los baños y la cabina solitaria adonde uno podía ir a pensar y mirar la inmensidad del espacio con el telescopio) me llevaron directo a la enfermería. Yo mejoraba, pero el querido Batuk había sufrido las consecuencias de una venenosa picadura por ayudarme y continuaba inconsciente sobre la camilla. A pesar de que le pasaban suero universal contra picaduras, continuaba sin reaccionar.

La comandante Artemisa presionó el botón de *piercing* y aguardó a que se le amoldaran los lentes; luego se los empujó con el índice y con su cabello color cobre con forma de pirámide se acercó a la carita de Batuk. Pensó en su amigo y compañero de Instituto, el sabio Simuk, y en qué le diría si algo malo llegaba a ocurrirle a uno de sus sobrinos. No podría perdonarse perder a ninguno de los dos, aunque todos eran conscientes de los peligros que podían presentarse una vez comenzado el viaje.

Anuk observaba al joven extendido en la camilla y rememoraba la fiesta de su quincuagésimo cumpleaños. Solo en esa ocasión lo habían festejado juntos, hacía más de sesenta y cinco años. Esa tarde, rodeados de sus amigos y familiares, el tío Simuk les había regalado a ambos dos mapas de litio y dos piedras del futuro. Anuk recordaba la cara regordeta y anaranjada de su primo cuando con gran entusiasmo miró el mapa de litio que tenía delante y descubrió que mostraba los confines más remotos del universo. Ella también estaba emocionada; siempre había querido tener uno y el tío Simuk lo sabía. No hubo necesidad de decirse nada: los dos se miraron y telepáticamente decidieron arrojar las piedras del futuro de ambos a la vez. Fue un momento mágico. Las manitos anaranjadas tomaron cada una su puñado de piedras y las lanzaron al aire. Como en cámara lenta, las cinco piedras de cada primo flotaron, dieron volteretas y emitieron sonidos extraños.

Después, mientras los presentes las miraban extasiados, Anuk y Batuk hicieron cada uno la

pregunta acerca de su futuro. Las piedras, que parecían detenidas en el aire, solo podían ser consultadas por sus legítimos dueños, al menos para conocer la verdad; si eran consultadas por un extraño, podían responder cualquier cosa. Los trozos de cuarcita formaron ante las miradas incrédulas de todos los presentes las mismas palabras, las dibujaron en el aire a la vez. Anuk nunca olvidaría aquellas palabras: viajes estelares. Luego las piedras cayeron nuevamente en las manos de sus dueños y cada uno de ellos las volvió a guardar en su bolsa. Años más tarde los dos primos estaban a bordo de *Vandalia* recorriendo los confines del universo. En todo eso pensaba Anuk, y sobre todo en la bolsa con las piedras, que había dejado en su casa. Si las tuviera ahora le preguntaría sobre la salud de su primo, pero habían quedado en su dormitorio, en su casa, en su planeta Uk.

Wan Siu miraba con atención cómo el suero universal contra picaduras bajaba por un tubo transparente mientras acariciaba la cabecita anaranjada de Batuk. Pensaba en él no solo como un excelente ayudante de vuelo, sino como en un amigo. Reflexionaba cómo en un segundo la vida de alguien podía correr extremo peligro. Luego se pasó las delicadas manos por su tatuaje, también llamado moco maorí, mientras pronunciaba unas frases que su abuelo le decía de niña. Frases repetidas en el antiquísimo idioma de los guerreros maoríes, quienes danzaban y sacaban su lengua para asustar a los enemigos. En este caso el enemigo estaba dentro del cuerpo de Batuk y Wan Siu Dabarat sintió que una lágrima salada y caliente quería asomar en sus oscuros ojos rasgados.

Erik aguardaba la llegada de Zanadory, ya que casi había pasado un tubo de suero y todavía no había reacción en el mocosito. Las zancudas eran extremadamente peligrosas y eso lo sabían todos los tripulantes, pero el muy descuidado había dejado que le atravesara el guante.

—¡Por mil camellos! —se estiró la barba negra Von Yasid—, el suero puede detener un poco la circulación del veneno, pero no hay antídoto conocido. ¡Tenía que ser Batuk! —resopló asustado.

Zanadory entró con visible cansancio, se ató las rastas de colores con una banda elástica y revisó a Batuk. Todos estaban pendientes, pero no más pendientes que yo. Amaba mucho a ese niño que había sido picado por conseguir la telaraña que me cicatrizaría la herida en el núcleo. Le estaba muy agradecida. Ya me sentía mejor y agucé mis poros auditivos para, a pesar del malestar que todavía sentía, no perder nada de lo que decía el doctor.

—Voy a quitarle el guante... —informó.

—La mano está hinchada, no pude sacárselo —replicó Erik.

—Voy a cortarlo. Tijeras, por favor, comandante Artemisa.

—Aquí tiene.

El doctor cortó el grueso guante de propetilenium (material aislante y resistente inventado especialmente por los nuevos sabios para protección en viajes siderales), lo que por cierto le costó bastante. Con sumo cuidado, pero con fuerza, lo abrió y lo retiró. La mano anaranjada estaba hinchada y sus dedos también, y casi rojos. Selenio entró en ese momento a la enfermería y Wan Siu aprovechó para correr hacia la cabina de mando del nivel 2. La nave no estaba en condiciones de navegar con control automático por mucho tiempo: recién se estaba recuperando y sus reflejos no eran buenos. Alguien tenía que manejar el control manual.

El licenciado estaba agotado y su cara azul se veía pálida por el esfuerzo. Sin embargo, a pesar de las bromas que siempre estaban dispuestos a gastarles los dos primos, exclamó:

—*¡Uk, saluk sana, Batuk!* —que en idioma ukaniano significa: ¡ojalá te mejores pronto, Batuk!, y deseó con sus dos corazones que así fuera.

El doctor pidió su microlupa y se la ajustó en el hombro, examinó la herida y descubrió que por fortuna la zancuda solamente había rozado con uno de sus colmillos la anaranjada piel del joven provocándole apenas un leve pinchazo. La microlupa mostró una serie de organismos diminutos que bailaban frenéticamente alrededor de la herida. Zanadory los observó y le rogó a Erik que le llevara las hierbas de un frasco transparente que tenía en el estante.

—Necesito que las maceres en agua de lluvia terrestre y que lavemos la herida lo más pronto posible —y volteándose preguntó—: Licenciado, ¿podría ayudarnos diciéndonos qué sabe del alimento de las zancudas?

—Será un placer —y miró de soslayo a la profesora Artemisa.

—Vamos, Selenio, no demore, por lo que más quiera —le rogó ella.

Él sintió que se le aceleraba el pulso y con erudición afirmó:

—El hábitat preferido de las arañas zancudas de Andrómeda son las cuevas oscuras, a una distancia de mil a dos mil metros de cualquier superficie. Son extremadamente sensibles a la luz y eso las pone furiosas, provocando que ataquen y que se defiendan elaborando su famosa telaraña cicatrizante. Se alimentan de bacterias y organismos unicelulares, así como también de pequeños vertebrados y principalmente de los huevos de salamandras doradas, sumamente venenosos.

—Huevos de salamandras doradas —repitió Zanadory.

Von Yasid le había pasado el tazón con las hierbas machacadas a la profesora Artemisa y ella lo sostenía mientras el médico aplicaba con un hisopo el líquido sobre la herida. Una gotita verde cayó al suelo de la cabina de la enfermería desde la mano hinchada de Batuk y derritió un trozo del piso. El veneno era muy potente.

Anuk tenía tomado a su primo de la otra mano. Súbitamente notó que hizo un leve movimiento.

—¡Movié la mano! —gritó entusiasmada.

—¡Por todos los cielos, es cierto! —exclamó la comandante.

—¡*Uk, saluk sana, Batuk!* —repitió Selenio.

—¡Córtela con el ukaniano! —le sonrió Artemisa.

Trepados a dos escaleras hidráulicas, Zanadory y Erik Von Yasid revisaban los anaqueles de la enfermería tratando de hallar aunque más no fuera un huevo de salamandra dorada. El médico estaba casi seguro de que había visto uno en alguna parte de su botiquín.

—¡Por fin, lo encontré! «Trozo de huevo de salamandra dorada» —leyó Zanadory en la etiqueta de una cajita y Erik le dio una palmada que casi lo hace caer de las escaleras.

De inmediato molieron el diminuto huevo, o, mejor dicho, lo que quedaba de la cáscara dorada, y Erik insertó con la sonda un nanorrobot que se encargó de llevar el polvo áureo hasta el centro mismo de la picadura de la zancuda. La esperanza de Zanadory era que el veneno se acumulara en torno a uno de sus ingredientes, pues, como había explicado Selenio, este era parte del alimento de la zancuda, y que así pudieran retirarlo del torrente sanguíneo de Batuk. Eso fue lo que hizo el nanorrobot y Erik lo succionó con la sonda con mucho cuidado. Aquella sustancia verdosa era un veneno sumamente poderoso.

Yo había seguido, paso a paso, todos los esfuerzos por salvar a Batuk. Mis sensores notaron que parpadeó y susurré su nombre. El adolescente anaranjado abrió los ojos e hizo una pregunta, luego de la cual finalmente pude descansar.

—¿Qué les pasa que me miran con esas caras? ¿Nunca vieron un bonito y atractivo ukaniano?

Todos sintieron un gran alivio. Selenio se sentó en una de las camillas, Erik bebió un poco de agua de su cantimplora, Anuk le dio a su primito un beso que por poco lo mata, Zanadory bailó y dio dos vueltas carnero en el aire y, por supuesto, la comandante profesora Artemisa sacó del bolsillo interior de su traje algo que tenía reservado para ocasiones especiales: un bombón de fresas con pimienta de cayena y burbujas de helio que la elevó varios centímetros del piso en cuanto se lo comió.

—*Vandalia* me informó que Batuk reaccionó. ¿Está fuera de peligro? —preguntó con ansiedad Wan Siu Dabarat desde la cabina.

—Sí —respondió la voz grave de Zanadory—. Aunque debo aclararles algo a todos: el veneno suele dejar secuelas.

—¿Pero va a sobrevivir? —volvió a asustarse Anuk.

—Sí, solamente les advierto que va a tener efectos secundarios hasta que el veneno desaparezca totalmente de su torrente sanguíneo, y eso puede llevar un par de días.

—¿Y cuáles podrían ser esos efectos? —quiso saber la comandante.

—Varían según el lugar de nacimiento, la raza... —explicó Selenio.

—¿Y alguien sabe qué podría ocasionarle a un ukaniano? —interrogó Wan Siu desde la cabina.

—La verdad es que nunca atendí la picadura de una zancuda en alguien del sistema Uk —respondió el médico.

—Yo he visto algunos casos... —bramó Erik—. Pueden sufrir cambios bastante extraños.

—¿Como cuáles? —insistió Anuk con preocupación.

—He visto seres que sufren alucinaciones, a otros les brotan alas, a algunos les salen escamas, a otros les cambia el carácter y se quedan mudos... En fin, no sabemos cómo puede reaccionar.

Súbitamente todos prestaron atención a Batuk, quien continuaba en la camilla cuando con una sonrisa picarona exclamó:

—¡Tengo un chiste, tengo un chiste! ¿Saben qué le dijo un cometa a una estrella enana? «Enana, no te hagas la estrella conmigo que yo ando volando». Y ella le respondió: «Y vos no te hagas el grandote que estás perdiendo la cola» —y empezó a reírse como loco.

Todos se miraron consternados. Aquel era un efecto secundario terrible provocado por el veneno de la zancuda: a Batuk le había quedado la secuela de contar chistes malos.

6

Me desplazaba por la oscuridad del espacio siguiendo mi rumbo prefijado y emitiendo largas estelas de fluorescencia. Me dirigía al agujero de salto y estaba a un día cósmico de llegar al punto de pasaje.

La tranquilidad había vuelto a los ánimos de los tripulantes luego del incidente de la explosión estelar y de las consecuencias que había generado. Ahora se hallaban en el Salón Argonauta, en el tercer nivel, que servía de cocina y de lugar de esparcimiento.

Si desde un asteroide o desde otra nave alguien hubiese observado por mis ventanillas con forma de ojos, habría descubierto que todos se hallaban en el salón desarrollando diferentes actividades. Habían pasado un gran susto y por eso lo mejor era comer algo y divertirse un rato. El único ausente en el salón era Erik, que se hallaba en su cabina dormitorio mirando la foto de su amada novia.

—*Vandalia* debe ser monitoreada en media hora —anunció Wan Siu sentándose alrededor de un tubo metálico—. La dejé en estado de hibernación.

—Me parece bien. Yo voy a ir en cuanto termine con esta preparación —respondió la comandante dándole vueltas con una larga cuchara a una olla humeante con algo parecido a un guisado que largaba vapor sobre el fuego.

La profesora Artemisa tenía frente a ella un libro de recetas y Selenio la miraba sentado cómodamente frente a Wan Siu, Anuk y Zanadory. Él sabía que ella no entendía muy bien el lenguaje de los antiguos españoles y precisaba de su ayuda, pero no iba a pedírsela; prefería seguir adelante con el guisado aunque en verdad no comprendía algunos pasos ni todos los ingredientes.

—¿Necesita ayuda con la receta? —preguntó con indiferencia Selenio y sus ojos azul metálico brillaron con picardía.

El tiempo pareció detenerse; la cara rellena de Artemisa se congeló en una mueca. La nube de vapor que envolvía la cocina circular era absorbida por los ductos de ventilación con forma de

cono y desaparecía por las tuberías del techo.

Ella se acomodó la pirámide de pelo rojo cobre batido, a la cual había agregado una hermosa flor lila, giró su voluminoso cuerpo con el delantal blanco atado a la cintura y el cinturón de cuerilío magnético del cual colgaban cucharones de distintas formas y tamaños, y con una media sonrisa contestó:

—No, gracias, licenciado. No quiero molestarlo. Continúen con lo suyo. Yo voy a dedicarme al guisado.

—Entendido —movió su cabellera azul Selenio y se dirigió al resto—. Entonces podemos empezar el juego, damas y caballeros.

—A la cuenta de tres: ¡uno, dos, tres! —se divirtió Wan Siu y el tatuaje negro resplandeció de alegría.

Los cuatro presionaron los botones del piso y desde el techo de la cabina del salón bajó por el caño metálico oscuro una mesa de resistente madera de fresnolín, redonda y rústica. Luego, una traba redonda como un plato subió desde el piso y se aferró por debajo con dos imanes.

—¿A qué vamos a jugar hoy? —preguntó el médico.

—¡Como dijo Ukarrido, espero que no sea aburrido! —exclamó Anuk.

—No es aburrido, es un juego de mesa muy interesante que se jugaba en la vida familiar de nuestros antepasados —le respondió un poco molesto el licenciado.

La jovencita anaranjada con sus dos trenzas en alto hizo una mueca y le mostró una sonrisa falsa. A Selenio de Europa todos los juegos antiguos le parecían muuuy interesantes.

Artemisa continuó revolviendo el guisado como si no hubiese escuchado el comentario. Debía reprender a Anuk porque no podía dejar que le tomara el pelo azul a Selenio, aunque a veces... tenía que reconocerlo, la jovencita ukaniana tenía razón. Las reglas de los juegos eran largas e incomprensibles y todos terminaban terriblemente aburridos. Prefirió no hacer comentarios y se subió con un índice los lentes intentando descifrar lo que decía la maldita receta.

En aquel salón de fresnolín (madera reciclada originaria de Dajabakistán, de probada resistencia) y lapacheño nórdico (una de las variedades más duras de árboles sustentables de los bosques nubosos de Liamerindia) con delicadas terminaciones de sandalius vandalí (aromática y moldeable resina extraída de las enredaderas de las espesas selvas de Vandasía), uno tenía la sensación de estar en casa. El sitio era sumamente acogedor y había sido construido para que cada tripulante pudiese desarrollar sus actividades favoritas, así como también las actividades de grupo, lo cual era considerado sumamente importante en una misión tan larga y especial.

Los sabios y los constructores lo había tenido muy en cuenta, y por eso, cuando remodelaron la vieja nave para ponerla otra vez en órbita, el Salón Argonauta fue diseñado con gran esmero.

Los ojos-escotilla o ventanas al espacio estaban extendidos a ambos lados para poder divisar la oscuridad cósmica desde cualquier ángulo, y los párpados se cerraban con solo tocar la pared bioplasmática.

En un extremo de la habitación se hallaba el lugar preferido de la profesora Artemisa: la cocina, y en derredor la despensa circular. Allí pasaba su tiempo libre cocinando los deliciosos bombones que eran su pasión, y también incursionaba en las antiquísimas recetas del libro de cocina de *Vandalia*. Ese mismo que ahora le costaba descifrar. Todos los tripulantes adoraban la comida casera y de hecho cada uno de ellos —salvo Anuk y Batuk, que en raras ocasiones habían cocinado algo— elaboraba su plato favorito. Siempre, claro está, que no hubiese una emergencia. En ese caso recurrían a la comida prehecha, pero no era su preferida.

En el centro del salón estaban la mesa redonda que descendía del techo y las sillas móviles, que se desplazaban por la habitación movidas por nanoimanes, manteniéndose a varios centímetros del piso y sin producir roce. Habían sido creadas imitando los modelos de los primeros trenes de alta velocidad, siglos y siglos atrás. En una pared se hallaban las literas para leer y mirar videopantallas. Luego se encontraba el escritorio con bisisilla y una lupa con brazo articulado, que sin lugar a dudas era el lugar preferido del licenciado Selenio de Europa. En el extremo opuesto del salón se hallaba la pared de escalar, trepar y colgar. También la cama de rebotar, uno de los sitios favoritos de Anuk y Batuk, y también del resto de la tripulación.

Por último, dos rincones llenos de magia: la cabina de música y el Mar de la Tranquilidad. En el primero el doctor Zanadory pasaba la mayor parte del tiempo escuchando distintos ritmos y canciones. La cabina también estaba dotada de una pared holográfica de componer, donde apenas presionando las yemas de los dedos se ejecutaban variados acordes y deslizándolas por el espacio se podían perfeccionar las más diversas melodías conocidas o crear nueva música. Claro que Zanadory, al igual que su padre el granjero, prefería tocar instrumentos y cantar. Por eso también colgaban de las paredes rústicas de la cabina instrumentos de cuerda, de viento y de percusión. A simple vista uno se podía encontrar con una guitarra, un laúd o un charango, un pequeño piano, un saxofón, un violín, ocarinas, flautas, tambores de distinto tipo, largas cañas huecas, sonajas y hasta un par de campanitas. Ese también era uno de los lugares preferidos de Wan Siu Dabarat, a quien le fascinaba cantar y bailar danzas de Vandasia central. En el segundo rincón, conocido por todos como Mar de la Tranquilidad, era donde ella tenía su lugar favorito. Allí había un apartado especial para meditar y encender inciensos y velas aromáticas, lugar ideal para recuperar la paz y la energía.

Aún en la camilla, Batuk seguía mirando la videopantalla y cada tanto interrumpía con un maravilloso chiste malo.

—Un ukaniano llama a la fábrica de pastas y dice: «Hola, ¿fábrica de pastas?». «Sí», le responden, y él pregunta: «¿Ta Llarín?» —y Batuk largó la carcajada.

Los demás hicieron una mueca de resignación: ¿cuánto faltaría para que el veneno de la zancuda fuera eliminado de su torrente sanguíneo?, ¿cuánto más tendrían que tolerar aquellos espantosos chistes? Menos mal que no estaba Erik, de lo contrario se habría querido meter dentro de su casco.

—Dos mosquitos venusinos estaban pescando en un lago de ácido sulfúrico. Se les acerca otro mosquito y les pregunta: «¿Y?, ¿pican?». «¡No, estamos de licencia!» —y se volvió a reír.

—Vamos a empezar el juego, Selenio, por favor —pidió Wan Siu.

El licenciado tomó una caja de metal labrada y la puso sobre la mesa. La abrió con sumo cuidado y ante ellos aparecieron las misteriosas piezas.

Primero desplegó un tablero con casilleros de distintos colores que recorrían el espacio cuadrado formando un camino y confluían en una casilla central. Luego tomó con su mano azul unas piezas de colores como monedas rojas, blancas, amarillas y verdes y las puso sobre el tablero, cada una de ellas en el color con el cual concordaba.

Parecía un prestidigitador a punto de realizar su gran acto de magia y los presentes estaban expectantes. Volvió a introducir la mano en la caja y sacó un cubilete de vidrio opaco, de bromidio. Lo sacudió en el aire, se oyó un golpeteo y lo dio vuelta sobre la mesa. Para sorpresa de todos, hasta de la comandante, que dejó de mirar el guisado y se ajustó los lentes para ver de qué se trataba, retiró el cubilete y apareció sobre la mesa un curioso cubo blanco lleno de puntitos negros. En cada lado del cubo había distinta cantidad de puntos: del uno al seis.

—¿Qué es eso? —señaló Zanadory.

—Un dado, mi querido doctor —explicó Selenio con satisfacción.

Nada lo complacía más que poder mostrar sus conocimientos y pasárselos a otro que estuviera dispuesto a aprender.

—¿Un dodo? ¿Y para qué sirve un dodo? —quiso saber Anuk con sus trenzas anaranjadas apuntando hacia el techo y cara de aburrida.

—Un dodo no, querida y anaranjada niña: un dado —la corrigió Selenio.

—Es lo mismo.

—No, no es lo mismo. Un dodo era un antiquísimo pájaro que existió en...

—No hace falta que siga, ya entendí, es un dado —lo cortó Anuk y le mostró una falsa y enorme sonrisa anaranjada.

Ese era uno de los inconvenientes al burlarse de Selenio. El licenciado conocía de protocolo, de idiomas y lenguajes, pero además era un estudioso por placer. Por lo tanto, era preferible callarse a tiempo. Al menos eso pensaban los primos del sistema Uk.

—Prosigo —y miró de soslayo a Anuk—. Con este dado vamos a sortear quién comienza el juego.

—¿Lo anuncia el dado como en una videopantalla holográfica? —quiso saber Wan Siu.

—No, bella Wan, solamente se trata del azar. Se coloca el dado en el cubilete, se agita y se da vuelta. El que obtenga el puntaje más alto del uno al seis comienza.

—No entiendo, ¿por qué no lo dice la pantalla? —insistió Anuk.

—¡Porque aquí no hay pantallas, solamente hay cabezas que piensan! —se ofuscó el licenciado y quedó casi azul marino.

—Fue solamente una preguntita, ya entendí —volvió a sonreír Anuk y cerró la boca.

La comandante se tapó con el cucharón para reírse. Le encantaba cuando Selenio se ponía azul marino, le resaltaba el color de sus hermosos ojos. Claro que eso no se lo iba a decir nunca.

—Continúe, Selenio, este juego me tiene intrigado —le pidió Zanadory para distraerlo.

—Está bien, doctor, prosigo. Cada uno de nosotros tomará un color de fichas.

—Yo quiero las verdes —pidió Anuk.

—Rojas —dijo Wan Siu.

—Amarillas para mí —movió su rastas el doctor.

—Muy bien, yo me quedo con las blancas —dijo satisfecho Selenio—. Ahora tomaremos el dado y veremos quién comienza.

Luego de explicarles las reglas durante más de media hora, todos estaban terriblemente aburridos. Hasta que Batuk interrumpió con un chiste y por primera vez se sintieron aliviados de escucharlo.

—Primera escena: un ukaniano encuentra un pequeño trozo de oro y lo mete en un pozo. Segunda escena: un ukaniano encuentra otro pequeño trozo de oro y lo mete en un pozo. Tercera escena: un ukaniano encuentra un pequeño trozo de oro y lo mete en un pozo. ¿Cómo se llama la obra?

Todos permanecieron en silencio mientras Batuk los contemplaba con ansiedad.

—No sé —admitió Anuk.

—«El mete orito» —y largó la carcajada.

Zanadory clavó su mirada en Wan Siu, Anuk buscó los ojos castaños de la comandante Artemisa y Selenio continuó enfrascado en el manual de instrucciones.

—¡Ja, ja, ja! —imitó una risa el doctor.

—¡Ajaj, digo jajá! —exclamó Wan Siu.

—¡Está bueno! —se sumó Anuk.

—¡Qué ocurrente! —sonrió Artemisa revolviendo el guisado. Las carcajadas de Batuk se escuchaban por toda la nave, no podía parar de reír. Parecía que enormes sonrisas anaranjadas se elevaban por el aire y contagió a todos con ellas. Cuando se dieron cuenta, se reían todos con ganas, sin poder detenerse.

—¡Ay, basta, por favor! —se atajaba el estómago la bella Wan Siu.

—¡Zanadory, me va a dar algo! —exclamó entre risas Anuk.

—¡Paren que no puedo más! —seguía el doctor.

La comandante Artemisa pegaba con el cucharón contra la mesa y le caían lágrimas de tanta risa. El peinado batido se torció hacia un costado y se secó los ojos con la punta del delantal. El único que permanecía absolutamente calmado mirándolos a todos sin una mueca en su rostro azulado era Selenio. No dijo una palabra, guardó el manual en la caja, el cubilete, el dado, las fichas y por último dobló el tablero y tras meterlo en la valija la cerró de un golpe.

—Por lo que veo no les entusiasmó mucho el juego, así que mejor quédense con el joven anaranjado que, por lo que se puede observar, los divierte mucho más que mi propuesta.

—No se ponga así, licenciado —trató de calmarlo Zanadory—. Es que ese juego es un poco complejo, no terminamos de entenderlo.

—Eso de ir avanzando por las casillas y meter todas las fichas en un lugar es muy difícil. Yo entiendo mejor las pantallas holográficas...

—¡Anuk, basta! El licenciado tiene razón, es un juego interesante —trató de mediar la comandante—. Selenio por favor, no se altere.

—Para nada —dijo ceremonioso—. Si no desean aprender un juego emocionante y divertido, yo no puedo hacer nada por ustedes —y cerró con llave la caja de madera labrada.

—Selenio, lo lamento. No se ofenda —le suplicó Zanadory.

—No, mi querido doctor, no me ofendo —dijo visiblemente ofendido.

—Licenciado... —susurró Wan Siu mientras él retiraba la silla.

La silueta azul se levantó de la silla y se dirigió al escritorio. Artemisa trató de cambiar de tema y leyó en voz alta la receta que tenía delante:

—Desa salar el bocolado, agregar cebolia, tometa y comidentar...

—Si me permite, usted no entiende muy bien el español antiguo... —susurró el licenciado volviendo sobre sus pasos.

—Lo comprendo perfectamente, lo que ocurre es que esta letra es incomprensible —se excusó la comandante.

Él se acercó a la cocina, tomó el libro de recetas y leyó en voz alta:

—Desalar el bacalao, agregar cebolla, tomate y condimentar.

La profesora lo observó un tanto contrariada. Los otros, incluido Batuk, se preguntaron qué clase de guisado estaba preparando la comandante y qué era el bacalao, porque no tenían la menor idea de qué se trataba.

7

Wan Siu vino a la cabina de mando del nivel 2 a monitorear mi estado de hibernación y observé que aún quedaban señales de preocupación en su hermoso rostro.

Yo me sentía mejor pero no podía hablar. La fase de hibernación dejaba mis sentidos un tanto aletargados para no malgastar energía y así recobrar las fuerzas.

Se podría llegar a confundir con un sueño profundo, lo cual no es cierto. Mi diseño de hibernación es la suma de los estudios que se efectuaron en invertebrados, batracios de las zonas polares y otras especies. Sin embargo, fue perfeccionado y no solamente me adormece y concentra mi energía, sino que expande mis facultades de pensamiento. Solo mi actividad exterior se paraliza casi por completo.

Mientras dura la hibernación, abro apenas mis párpados externos y concentro mi mirada en explorar el universo. Me distraigo observando más allá de lo que otros ven, tengo todo el tiempo... La noche sideral es siempre mi compañera en estos casos y, como mi rumbo está predeterminado, me dejo llevar, me dejo fluir por el espacio y escucho en silencio los latidos del cosmos.

Sin proponérmelo recordé algunos sucesos del pasado... Muchas veces a lo largo de este viaje me he preguntado si tendremos éxito en nuestra misión y si yo tendré éxito en la mía, en esta misión casi secreta que ellos ignoran. Todavía no he recibido ni una señal y eso me tiene desconcertada. De todas formas debo seguir adelante; no hay otra opción.

Fui creada hace mucho tiempo, tanto que ya no puedo medirlo. No tenía forma de nave, solo era un montón de chatarra bioplasmática sin propósito específico. Por ese entonces empezaron a sucederse los cambios, los grandes cambios, esos que todos preveían pero que nadie sabía con certeza cuándo comenzarían.

Primero fueron las epidemias y pandemias. Algunas enfermedades simples se propagaron por el mundo, se buscó contenerlas y surgieron otras, porque se había perdido el equilibrio. En segundo lugar o casi en forma paralela surgieron los gritos del

planeta. Fuertes sismos lo sacudieron, la tierra se resquebrajó, se alzó, se hundió y todos supieron que algo estaba cambiando aceleradamente. Se echaron culpas, por el recalentamiento global, por la falta de previsión, por la deforestación y el mal uso de los combustibles; en fin, las eternas luchas de los seres humanos se dispararon y fueron peor que una pandemia, más incontenibles, más oscuras, más sin sentido.

Entonces sobrevino una de las peores guerras: la guerra del agua. Los depósitos acuíferos planetarios habían sido diezmados sistemáticamente durante siglos y, con los cambios climáticos y la deforestación, las sequías y las inundaciones se tornaron algo imposible de predecir. Vastas extensiones de la Tierra permanecían bajo agua y otras no tenían el vital elemento para la subsistencia. Algunos propiciaron movimientos para que el agua se transformara en un bien común y compartido, otros en cambio intentaron enriquecerse con los depósitos naturales y el flujo de sus ríos. Nada de esto sirvió de mucho. El agua comenzó a escasear en todo el planeta y finalmente todos tuvieron que entrar en razón.

Esto pasó mucho antes de ser creada. Es parte de la historia que me tocó escuchar.

La estampida de desastres terminó en una realidad mucho más fuerte. Los seres que habitaban el orbe no tuvieron más alternativa que detenerse a pensar un momento en forma global: había que hacer algo o perecerían. Fue recién allí que se dieron los primeros cambios reales y se formaron las tres grandes naciones con aquellos que habían logrado sobrevivir. Se juntaron fuerzas para reforestar y al cabo de un tiempo las primeras lluvias se escurrieron por los suelos, por los bosques, y salpicaron con serenidad la superficie de los ríos y arroyos. La vida volvía, era posible. Sin embargo, no alcanzaba con eso.

Un peligro mucho mayor se acercaba y contra eso no había nada previsto: la enfermedad del olvido.

Al comienzo nadie dudó de que se trataba de alguna forma extraña de mutación viral; «un virus mutante» fue lo que diagnosticaron los analistas de desastres. Cuando no se logra una explicación para la enfermedad se recurre a la teoría de un virus que mutó y contra el cual hay que tratar de encontrar una vacuna, algo que lo detenga; es bastante recurrente esa explicación a lo largo de los tiempos. Sin embargo, se trataba de algo mucho más grave y contagioso. Nunca se llegó a probar si efectivamente era un virus o simplemente una forma de la naturaleza de recuperar el equilibrio.

Claro que estos datos se descubrieron mucho tiempo más tarde, luego de investigar en los tres estados sobre lo que se consideraba un hecho aislado y que solo algunos científicos intuyeron que había sido otra cosa.

Sucedió un día cualquiera: en un lugar remoto alguien olvidó para qué servía un instrumento de labranza. Un labrador en un valle cercano a las montañas del norte de

Liamerindia olvidó para qué se utilizaba la azada, un pastor en una remota aldea de Dajabakistán olvidó su rebaño y una mujer del centro de Vandasia olvidó regar la huerta. No hubo mayores alteraciones al comienzo, pero con el paso de los días y de los meses estos desconcertantes sucesos, que por sí solos no eran peligrosos, se propagaron.

Una mañana las cadenas de noticias de las tres regiones del planeta mostraron imágenes sobrecogedoras de una aldea donde ya no quedaba ni una planta, y la tierra, antes campo fértil, ahora daba paso a la maleza. No había alimento y lo más grave era que tampoco se habían conservado las semillas. En la otra punta del globo, los pastores de una villa no llevaron a sus rebaños de regreso, y los animales caminaron sin rumbo por las montañas y se extraviaron o murieron. Pronto la villa se había quedado sin sustento. Lo mismo ocurría en otros lugares: el olvido se extendía con rapidez y podía transformarse en una catástrofe.

No todos se contagiaban, algunos parecían inmunes; sin embargo, las consecuencias de la epidemia los alcanzarían a todos. Los grandes ministerios de Ciencia y de Catástrofes que habían sido creados en los tres grandes estados se declararon en alerta y hubo una importantísima reunión.

La gran reunión fue fijada rápidamente en un punto equidistante de las tres naciones. Allí se evaluaron los últimos datos y se relevaron las cifras de contagiados, que ya eran alarmantes. La decisión fue unánime: buscar la cura en forma inmediata.

Mientras tanto la epidemia de olvido continuaba avanzando y poniendo en peligro incluso la búsqueda de la cura. Había que actuar con celeridad. La única forma de asegurarse de contener la enfermedad era identificar cuanto antes la forma de contagio. Así se hizo y los resultados fueron asombrosos: la enfermedad se propagaba por el aire y en forma de lluvia, por lo que podía atacar cualquier región. La vacuna, realizada a partir de los pacientes que se habían recuperado y de los que eran inmunes, se distribuyó con premura.

A pesar de que las cadenas de noticias de los tres estados en unos meses dieron por concluida la pandemia, algunos daños parecían irreparables, como la escasez de animales y la desaparición de semillas. Las consecuencias a largo plazo eran impredecibles para la subsistencia de los que habitaban el planeta azul. Se recurrió al granero de almacenamiento, donde había múltiples especies guardadas en cápsulas criogénicas, pero no todas se conservaban. Algunas simientes no habían sido protegidas.

Se fijó una nueva reunión en la que se consultaría a los sabios más antiguos y a los más avanzados del planeta, así como también de otros sistemas planetarios conocidos, sobre qué hacer frente a estos sucesos y el modo de recuperar las valiosas especies

perdidas.

Estas historias ahora pueden parecer algo lejano, pero sus consecuencias todavía siguen asolando el mundo. Por eso estoy en viaje, para encontrar una...

—*Vandalia*, te habla la comandante Artemisa. *Vandalia*, por favor, espero una respuesta.

Artemisa se colocó los auriculares y auscultó mis signos. Estaba todo en orden. Debo decir que ella es sumamente responsable y no se conforma con las lecturas que puedan dar los paneles, siempre trata de llegar más allá y monitorea mi fase de hibernación al detalle. Cuando se cercioró de que permanecía sumida en lo que ella suponía era un sueño profundo, recién se alejó otra vez rumbo al Salón Argonauta.

En teoría todo estaba contenido y encauzado. La vacuna contra el olvido era efectiva, detenía la enfermedad. No obstante, algo no había sido informado a la población y lo conocían solo algunos: las secuelas que dejaba la enfermedad eran permanentes.

Aquellos que habían sido víctimas del olvido tenían la mirada perdida y ya no eran los mismos; algo parecía haberse apagado dentro de ellos. Esto era sumamente desconcertante para los científicos, quienes no lograban descifrarlo a pesar de sus esfuerzos.

Sin embargo, en la reunión algunos lo hicieron. Una mujer muy anciana de una tribu del norte de Vandasias lo resumió con claridad: habían perdido el fuego sagrado. Otro chamán de Liamerindia lo explicó de forma diferente: el gran espíritu se les había dormido. Finalmente el sabio Simuk del sistema Uk lo aclaró de otro modo: habían perdido la esencia.

Luego de tan inquietantes declaraciones los sabios decidieron que la solución no pasaba solamente por una vacuna, la cual ya se estaba administrando a lo largo y ancho de todos los territorios. Había que recuperar las simientes y tratar de encontrar un paliativo para las secuelas del olvido.

Con semejante propósito decidieron crear una nave inteligente que pudiera surcar los distintos mundos en busca de una cura para las secuelas, un antídoto, y que a su vez recuperara las semillas que se habían extinguido o encontrara algunos sustitutos.

Se propuso comenzar de inmediato la construcción y dotar a la nave de los avances tecnológicos más importantes, aun los que estaban en fase experimental.

Luego hubo que seleccionar a la tripulación y finalmente ascender por uno de los cables propulsores al espacio y dar comienzo al viaje...

Lo que muy pocos saben es que los tres sabios, la anciana del norte de Vandasias, el chamán de Liamerindia y el sabio Simuk del sistema Uk, una vez que estuve lista, mantuvieron una charla conmigo y me confiaron una misión secreta: recuperar a la raza

humana. Si no es posible encontrar el fuego sagrado, la esencia o el gran espíritu, nada tendrá sentido y la raza humana estará en peligro de desaparecer. Estos elementos son tan intangibles que nadie sabe, a ciencia cierta, cuáles son los antídotos ni dónde se encuentran.

La tripulación tiene la orden de recolectar simientes perdidas y también nuevas especies para luego regresar a la Tierra. Sin embargo, lo importante es hallar y probar los antídotos en los terrestres sin que ellos lo sepan, para notar si efectivamente hay un cambio. Yo solo puedo guiarlos... Si no encontraran a tiempo los antídotos contra las secuelas de la enfermedad del olvido, los humanos ya no serían los mismos y se terminarían como raza.

Por eso mi desconcierto al no recibir señales. Hace seis meses que salimos de la órbita terrestre y no tengo ninguna pista. Los antídotos podrían estar en cualquier parte del universo y sin ellos no tiene sentido regresar.

¿Alguien está alterando mis sensores? ¡No puede ser! ¡Erik Von Yasid! Movié la perilla reguladora... Caigo en un... profundo... sueño...

—Erik, ¿se puede saber qué está haciendo? —preguntó Artemisa.

—Disculpe, comandante, estoy aumentando el sueño profundo al máximo porque me pareció detectar un anomalía en la fase de hibernación.

—¿Qué clase de anomalía? —se ofuscó la comandante.

Erik le dedicó una enorme sonrisa y se estiró las trenzas pelirrojas que caían al costado de sus orejas. Sabía que la comandante profesora Artemisa se molestaba mucho cuando alguien tomaba una decisión de esa naturaleza sin consultarla. En lo respectivo a la nave, el monitoreo y todos los procedimientos eran primero analizados por la técnica de vuelo, Wan Siu Dabarat, y luego autorizados por la comandante.

Los ojos de Artemisa echaban chispas. ¿Cómo se atrevía Von Yasid a modificar una fase de hibernación sin habérselo consultado? Era intolerable semejante conducta.

Erik tragó saliva y se tironeó la barba oscura porque sabía que debía darle pronto una explicación satisfactoria.

—Pregunté qué clase de anomalía detectó. ¡Necesito una respuesta!

Von Yasid decidió crear un poco de expectativa para ganar tiempo y por eso agregó como en secreto:

—Detecté movimiento en los párpados superiores de *Vandalia* —respiró profundamente y dio comienzo a su relato—. Yo estaba en mi cabina escribiéndole una carta a mi novia Ahynara y cuando terminé decidí enviarle una botella espacial. Me dirigía al periscopio de lanzamiento cuando observé por una ventanilla que los ojos de *Vandalia* permanecían abiertos y pestañeaban.

—¡Eso no puede ser! Está en fase de hibernación. Es absurdo, está en un sueño profundo.

—Eso pensé y he ahí el motivo por el cual vine a cerciorarme a toda prisa de que los monitores no se hubieran dañado con la explosión. Estaba girando la perilla cuando usted entró.

—De todas formas, usted alteró los procedimientos. Debí haberme informado de inmediato. No voy a tolerar este tipo de conducta.

—Lo siento, mi comandante.

—Comprendo sus motivos, pero ya sabe que con eso no alcanza.

—Lo sé —bajó la cabeza con su casco de vikingo.

—¡Tenga cuidado con esos cuernos, que por poco me despeina! —bufó la comandante.

—Mil disculpas —dijo y le acomodó el peinado en forma de pirámide, que se torció todavía más.

—Esta noche le tocará hacer la cena —sentenció ella.

—Como usted diga, comandante —aceptó Erik, aunque no le gustaba en lo más mínimo cocinar y eso lo sabía muy bien la profesora.

—Ah... y algo más —dijo la profesora al tiempo que se acercaba a la puerta—. Deberá hacerles el postre preferido a los jovencitos anaranjados.

La cara de Erik se transformó. ¡Aquello sí era intolerable! Tener que hacerles el postre favorito a los dos insolentes era demasiado.

—¿Algún problema, Erik? —preguntó Artemisa con la mirada filosa como cuchillos.

—No, ninguno, mi comandante —respondió él.

—Que no se repita.

—No se repetirá.

Y Artemisa salió de la cabina en tanto Erik Von Yasid daba pequeños puntapiés en el suelo metálico para sacarse la bronca. Profundamente dormida, *Vandalia* no sabía que se aproximaba a una zona silente.

8

Había entrado a uno de los lugares más peligrosos del universo interior: las zonas silentes. Los científicos no se habían puesto de acuerdo en cuántas había. Lo que ocurría es que estas peligrosas zonas se desplazaban por el espacio sin un rumbo predeterminado, quizás arrastradas por vientos solares, era una de las teorías. Hoy podían estar cerca de un sistema solar, mañana cerca de los anillos de algún planeta y pasado en las cercanías del cinturón de asteroides. En resumidas cuentas: su rumbo era impredecible y no se podía calcular su número con exactitud. Pasaban desapercibidas; solo podían ser vistas por telescopios de alta resolución o catalejos cósmicos de largo alcance.

Una zona silente se parecía bastante a una sustancia gelatinosa y transparente. Apenas opacaba y ocasionaba una distorsión en los sistemas de navegación. Alteraba las brújulas, los radares, las microcomputadoras; solo estaban a salvo los sistemas manuales.

El alerta sobre las zonas silentes estaba vigente en todas las rutas planetarias conocidas en las cartas estelares. Aquellas viejas naves que no contaban con detectores surcaban el espacio a su propio riesgo. En general se trataba de naves mercantes antiguas, de alguna nave de dudosa procedencia o de contrabandistas cósmicos, aunque la mayoría de estos nuevos delincuentes ya contaban con tecnología más avanzada. En más de una ocasión se habían registrado reportes de naves que, desorientadas al salir de una zona silente, se habían perdido en el espacio exterior y nunca más había vuelto a saberse de ellas. Otro de los peligros era el absoluto silencio que reinaba al entrar en la zona, que volvía indefensos a los cosmonautas ante cualquier ataque externo. Y estas zonas eran uno de los lugares que albergaban a los seres más infames del universo: los parásitos. Por eso todos los sistemas de navegación modernos contaban con detectores de zonas silentes, que alertaban a las tripulaciones al acercarse peligrosamente a una de ellas para que activaran sus escudos de defensa o se alejaran rápidamente.

Por supuesto que *Vandalia* contaba con detectores de alta y de antigua tecnología para identificar las escurridizas zonas silentes del universo interior, pero en ese momento de hibernación profunda solo poseía la energía mínima para seguir con el rumbo prefijado para

alcanzar el agujero de salto. De lo contrario habrían sonado todas las alarmas de los poros de altavoces y hasta la incómoda sirena que tanto detestaba la profesora Artemisa, que hacía ¡tiruriru, tiruriru! durante por lo menos cinco minutos y se escuchaba hasta en la cabina de silencio de la nave, algo que realmente ponía los pelos de punta y hasta los cuernos del casco del profesor Von Yasid de punta. Pero en este caso al entrar en la peligrosa zona silente los sistemas de alarma apenas parpadearon y nadie se percató de ello. La comandante Artemisa había activado uno de los escudos protectores y había ido al Salón Argonauta casi corriendo a continuar con el estofado, porque recibió un alarmante mensaje de Anuk de que había cierto olor a guiso quemado.

De pronto, desde la inmensidad oscura del espacio, apenas alumbrada por algunas estrellas y galaxias helicoidales lejanas, una sombra con alas enormes se lanzó en vuelo directo sobre las carcasas de plasma apenas protegidas por el escudo mínimo de cerdas venenosas. Este invento, tomado del estudio de los bichos peludos gigantes de Vandasia, era muy efectivo para alejar depredadores cósmicos y se activaba como sistema de defensa cuando estaba en estado de hibernación. El aspecto habitual de sandía se volvía el de un curioso bicho peludo de forma ovalada, con pelos urticantes color verde y anaranjado fluorescente con algunas manchas amarillas. Este camuflaje disuadía a los depredadores antes de intentar un ataque, pero no a algunos de los más peligrosos parásitos de la zona silente, entre ellos los temibles murciélagos interestelares.

Varios milenios atrás estos murciélagos, originarios de un sistema planetario lejano, casi en los límites del universo interior, se habían convertido en plaga aunque eran casi inofensivos. Anidaban en planetoides próximos y volaban hacia los planetas del sistema Inti Quilla asolando volcanes con su insaciable apetito de sulfuro y tragando también diversos minerales a su paso. Su capacidad de supervivencia era excepcional. Estas aptitudes no pasaron por alto para los científicos de aquel sistema planetario en expansión. El gobierno confederado del sistema tenía previsto en el futuro colonizar nuevos planetoides, hasta ese momento inhabitables, para instalar depósitos y fábricas de comida rápida. Con ese motivo creó un comité especial de investigación para estudiar a fondo a los murciélagos interestelares y aprovechar su capacidad increíble de adaptación a los planetoides sulfurosos y de altísimas o bajísimas temperaturas. Eran animales que podían vivir en condiciones extremas y eso los convirtió en algo muy interesante para los propósitos del gobierno.

Un grupo de aquellos apacibles murciélagos estuvieron sometidos a varias pruebas de alteraciones genéticas en un pequeño planeta cercano a la galaxia de Selej Azur. Luego de dos generaciones les dieron suplementos alimenticios para mejorar su resistencia a los posibles virus y además les cambiaron los hábitos: los volvieron dependientes de las comidas chatarra que ingerían varios de los científicos. Los murciélagos aumentaron de tamaño y se tornaron cada vez más hostiles: el exceso de grasas saturadas y la falta de fibra los volvió cada vez más ariscos. Su

masa molecular cambió y un día, luego de haber triplicado su tamaño, los científicos decidieron poner fin al proyecto porque se había tornado peligroso. Algunos animales habían atacado los depósitos de comestibles de la base y eran casi incontrolables. Los murciélagos se habían ido convirtiendo en animales temibles que lo único que pretendían era alimentarse a como diera lugar.

A pesar de estar en un lugar cerrado y con seguridad especial, un grupo logró salir por los techos. Empleando sus radares naturales hallaron una fuente de comida e ingirieron seis toneladas de salsa de tomate y mayonesa almacenada en un depósito para consumo de los científicos. La orden de exterminio llegó demasiado tarde. Los murciélagos habían desarrollado habilidades especiales debido a las alteraciones genéticas a las que habían sido sometidos; por ejemplo, comunicarse entre ellos con sonidos guturales y tener capacidad de organización grupal. Así fue como se fugaron de sus jaulas de barrotes láser y, a pesar de que algunos murieron, varios lograron llegar a un planeta cercano y permanecieron en un gran volcán activo con un lago sulfuroso; por el momento estaban a salvo.

Los científicos abandonaron el diminuto planeta ya que no podían hacer nada más y el grupo de murciélagos permaneció varias generaciones en ese refugio, hasta que se les agotaron las reservas de comida. Por esos tiempos se volvieron parásitos, desarrollaron una trompa y comenzaron a volar cada vez más lejos en busca de provisiones. Al comienzo se alimentaron de toda cosa rica en grasas o en azúcares y en sulfuro, pero cuando comenzó a escasear el alimento, el hambre los tornó más agresivos.

Por el abandonado planeta sulfuroso se desplazó una zona silente en la que había penetrado una nave sin detectores. Los murciélagos se lanzaron de inmediato sobre ella y descubrieron una nueva forma de alimentarse: la energía. Las zonas silentes se volvieron a partir de entonces un refugio ideal para estos y otros parásitos: solo debían esperar a que alguna forma de vida se acercara o penetrara, y luego succionar toda su energía. Podían pasar largas temporadas sin alimento, aunque por la movilidad de la zona eso no ocurría por períodos muy extensos. Además era un excelente lugar para procrear. Sin depredadores naturales, los murciélagos interestelares habían seguido viviendo y multiplicándose sin problemas.

La profesora Artemisa tocó la vieja campana que pendía del techo del salón y llamó a todos a cenar: su guisado de bacalao estaba pronto. En una mesa de madera de fresnolín, Anuk había puesto un mantel verde antibacteriano y los platos de los comensales. Erik ya estaba sentado en uno de los largos bancos con respaldo junto a Wan Siu Dabarat, quien estaba orando con las manos unidas delante del punto rojo de su frente. Zanadory venía de su sala de música y se apresuró a ocupar el banco de enfrente junto a la movediza Anuk, que jugaba con los cubiertos levantándolos y haciéndolos danzar gracias a la telekinesia propia de los ukanianos, que podían mover pequeños objetos a distancia con solo proponérselo. Artemisa avanzaba con una fuente humeante de exquisito guisado de bacalao con papas. Mientras se acercaba, su peinado con

forma de pirámide y sus anteojos permanecían detrás de una nube de vapor. De pronto se percató de que faltaba el licenciado Selenio.

—¿Dónde está el licenciado? —preguntó con sorpresa.

Secretamente había querido demostrarle que ella solita había podía preparar aquella antigua receta, y una de sus recompensas por el esfuerzo de cocinar semejante delicia era no perderse la azulada cara de asombro al comprobar que le había quedado de un excelente sabor, algo que ella sabía porque lo había probado con la punta de un pancito antes de servirlo. Un sujeto tan ceremonioso como él, que había viajado tanto y probado toda clase de comida, era como un sibarita, un gran conocedor, y a la profesora le encantaba sorprenderlo, ponerlo a prueba y dejarlo sin palabras. Sin embargo, Selenio no estaba; se hallaba más precisamente al otro lado de la nave, en el lugar más alejado y solitario: la cúpula del silencio.

—Creo que se enojó porque no quisimos jugar a su complicado juego: el ludo —explicó Anuk e hizo una mueca.

—El ludo —la corrigió Zanadory moviéndole la anaranjada cabellera y despeinándola toda.

—Caramba, parece que el licenciado está muy sensible —tronó la voz de Erik—. Yo, en cambio, estoy sensible al apetito: me muero de hambre.

—Si me hace el favor... —lo miró la comandante.

Von Yasid movió la tabla redonda central, que subió unos centímetros, y ella colocó la fuente en el centro de la mesa y le hizo un gesto como diciéndole gracias.

Wan Siu terminó sus rezos y fue la encargada de servir. Cuando todos tuvieron su plato, observó el lugar vacío de Selenio y comentó al pasar:

—Creo que deberíamos ir a llamarlo otra vez —y ocupó su lugar.

—Yo ya lo hice dos veces —señaló el doctor—, y dijo que no tenía deseos de comer.

—¡De ninguna manera! —se exasperó la comandante—. En esta nave hay una disciplina y si no se presenta a la hora de cenar, no vamos a estar insistiendo. Sus motivos tendrá —cortó tajante y nadie se animó a seguir con el tema.

El joven Batuk entretanto continuaba en la camilla y el suero seguía pasando por su sistema. Se había quedado mirando una videopantalla y además no le gustaba el bacalao, aunque no tenía la menor idea de que era pescado salado y seco al que habían vuelto a hidratar.

En el último cuadrante F11, en una prolongación de la nave, dentro de la cúpula del silencio, Selenio contemplaba la oscuridad y cada tanto enfocaba el telescopio para concentrarse en algún punto lejano del cosmos. Estaba profundamente dolorido, sentía que no terminaba de encajar en ningún lugar. Sus intentos de divertir a los demás tripulantes parecía que siempre acababan mal. Sentía que nadie lo comprendía. ¿Qué tenía de malo el juego del ludo? Era un juego antiquísimo y podía ser muy divertido. Sin embargo, a nadie parecía gustarle. Hacía tiempo que se sentía así, como si su destino fuera vagar solo por el universo. Por eso se le fue el apetito y prefirió ir a sentarse en el cómodo sillón, donde se podía permanecer en silencio dentro de la cúpula de

glasterano y admirar la bóveda celeste o contemplar lo que quisiera con el telescopio. De repente algo llamó su atención: una sombra pareció moverse por encima de él y desapareció en un instante. Sus dos corazones empezaron a latir con rapidez. ¿Qué sería? ¿Estaría imaginando cosas? Observó con detenimiento las carcassas que se veían desde allí; la cabina era una cúpula ubicada debajo de *Vandalia*, se llegaba a ella por la prolongación de un tubo que terminaba en un globo transparente de glasterano. Quedaba en un extremo muy alejado, por lo cual no había una buena perspectiva de toda la nave. Esperó unos momentos y no percibió ningún movimiento. Todo parecía estar en calma. El escudo con los pelos urticantes estaba activado... Sin embargo, su memoria prodigiosa tuvo la impresión de recordar algo. Aquella sombra que le pareció ver le evocó algo de su infancia, movió algo dentro de su galería de recuerdos y lo hizo pensar en... un viaje junto a sus tías. ¿Por qué rememorar aquel viaje que habían hecho decenas de años atrás? Selenio no lo sabía muy bien, pero intentó dejarse llevar por el flujo de sentimientos que le surgía. Entornó los ojos azules y se adormeció.

Lentamente otro murciélago interestelar voló hacia la carcassa superior, lanzó un terrible y gutural llamado a sus compañeros y extendió su asquerosa y babeante trompa contra los pelos urticantes, que apenas le causaron un cosquilleo, mientras comenzaba succionar la energía. Al cabo de unos segundos se escucharon terribles y hechizantes aullidos que provenían del centro de la zona silente. Murciélagos de distinto tamaño se aproximaban con sus alas extendidas y sus ojos ciegos. La nave seguía su rumbo pero cada vez más lentamente, lo que todavía no era percibido por la tripulación, que a esa hora disfrutaba del delicioso guisado de bacalao.

Unos momentos después *Vandalia* estaba cubierta de murciélagos parásitos que permanecían pegados con sus trompas succionando la poca energía restante y comenzando a succionar la de su tripulación.

—Me siento un poco mareado —se levantó el doctor—. Creo que me voy a re... costar —se excusó.

—¿Me pa... sería un vaso de agua? —pidió Wan Siu a la profesora—. El ba... calao me dio un po... co de sed.

—Ya... te... lo... paso —susurró la comandante.

—Yo... traigo... el jugo —murmuró Anuk y se levantó casi en cámara lenta.

Erik Von Yasid ya se hallaba en su laboratorio. Notó que se le cerraban los ojos y sentía un profundo cansancio, y casi inmediatamente se durmió sobre el libro que tenía en su escritorio. Entretanto en la cúpula, Selenio adormilado comenzó a ver imágenes como en un sueño.

Él era pequeño y se encontraba a bordo de la nave mercante con sus tías. Habían ido en busca de las muy lejanas minas de sal rosada. Era un viaje en extremo peligroso y casi ninguna nave lo hacía sin un gran seguro que cubriera los posibles riesgos. Por eso la paga de los importadores era excelente, pero en aquel caso el seguro no era tan alto. Estaban atravesando un período de crisis financiera, como solía ocurrir cada cientos de años, y había recortes en los seguros.

La mayoría de las grandes empresas mercantes no aceptaron el trabajo, pero sus tías, quienes manejaban un negocio familiar y además, según todos los conocidos, estaban un poco chifladas y amaban el peligro, aceptaron sin pensarlo hacer el viaje a Órix en busca de las piedras de sal rosada. Se habían embarcado hacía casi diez días, era un trayecto largo y muy desolado, no había estaciones orbitales en los mapas de ruta y además, los orixianos no eran gente muy agradable. Por lo tanto, no se quedaban en su planeta sino que lanzaban su ancla desde la nave y permanecían allí los días que demoraban en trasportar la mercancía a las bodegas.

Finalmente, luego de efectuar la transacción, habían partido y se dirigían a toda velocidad rumbo a Europa, su luna natal, ya que en pocos días saldrían de vacaciones con su sobrino Selenio. Este era el último viaje antes de ir a descansar. Selenio era muy pequeño, pero desde hacía ya varios años viajaba con sus tías y había ido aprendiendo rápidamente los distintos lenguajes de los mundos que visitaban. Tenía una especial facilidad para recordar y para interpretar lenguas diferentes. Además era muy educado y sus dos amadas tías le enseñaban reglas de buen comportamiento, debido a que trataban con seres de la más variada índole a lo largo del universo.

Tiempo atrás, algo trágico había ocurrido. Una noche en la que los padres de Selenio volvían de una reunión a buscarlo a casa de sus tías, tuvieron una falla en la helinave y se estrellaron. Los dos murieron. Aunque la noticia dejó devastadas a las hermanas, una pequeña esperanza azul berreaba entre ellas. De inmediato, las dos jóvenes tías se hicieron cargo del hijo de su hermano mayor, y el bebé se quedó a vivir allí. Además, se hicieron cargo del negocio de transportes de la familia y dedicaron su vida casi por entero a hacer feliz a Selenio. Sin embargo, aquel era un niño triste y no sabían el porqué. Lo llevaban siempre con ellas y al subirse a la nave con forma de barco Selenio lograba sonreír, pero sus ojos azules y oscuros permanecían con un dejo de tristeza. Ellas nunca sabrían que el pequeño había sentido la pérdida de sus padres y esa tristeza la llevaba consigo aun sin ser consciente de ello.

Habían pasado dos días desde que salieran de Órix y no faltaba más que uno para llegar a casa, cuando se acercaron a una peligrosa zona silente. Selenio escuchó con horror un terrible graznido, un sonido gutural que le puso los pelos de punta. Nunca había visto a sus tías tan asustadas. De inmediato lo metieron dentro de un arcón de seguridad y abrieron la escotilla de visión periférica, munidas de sus cascos gravitacionales. El niño azul todavía recordaba las horribles formas voladoras con trompas enormes que se lanzaban en picada contra la nave haciéndola bambolear, los gritos de las tías mientras intentaban estabilizar el timón de mando y se quejaban de no tener escudos protectores que advirtieran la cercanía de las peligrosas zonas llenas de parásitos. Dos palabras se grabaron en la mente de Selenio: murciélagos interestelares. Sus tías no poseían grandes armas de defensa y sabían que si los parásitos succionaban su energía estarían en graves problemas, porque aquella no era una ruta muy transitada. Por lo tanto, decidieron improvisar un arma de defensa contra aquellos bichos que seguían sobrevolando la

nave con sus garras enormes y sus espantosas trompas grises.

En medio de la nave había una antigua horqueta de metal que Selenio no tenía idea de para qué se usaba. Pensaba que era una especie de periscopio, pero se equivocaba y ese día lo sabría. Una de sus tías bajó a la bodega y el elevador subió a proa unas diez piedras de sal rosada. Tenían un tamaño considerable. Luego fueron por una banda elástica y la ataron con un nudo a cada lado de la horqueta de metal. Cuando estuvo lista, activaron el escudo protector sobre Selenio y ellas quedaron al descubierto, dentro de sus trajes. La gran cúpula de la escotilla superior se retrajo y en ese momento Selenio sintió muchísimo miedo. Un murciélago lanzó un temible sonido y sobrevoló la nave intentando acercarse y tomar a una de las tías, que se hallaba en la proa. Ese fue el preciso momento en que su hermana soltó la piedra de sal que había puesto sobre la banda elástica y estirado al máximo de sus fuerzas. La piedra salió disparada y fue a estrellarse en la frente del murciélago, que se despatarró y salió girando hasta perderse en el espacio. Uno a uno fueron deshaciéndose de los peligrosos murciélagos y cada vez que mataban uno, las tías largaban un largo ¡yajujuuu!

Una hora después, sin murciélagos y ya lejos de la zona silente, las tías bajaron nuevamente a la cúpula y le sirvieron a Selenio un delicioso té de semillas de abedul, su preferido, con bizcochitos de jengibre. Selenio nunca olvidaría la alegría que sintió. Sus dos corazoncitos se habían sentido muy felices al ver sanas y salvas a sus tías y saber que eran capaces de derrotar con tanta astucia a aquellas temibles alimañas. Después, con el pasar de los años, descubrió que el arma usada por sus tías aquel glorioso día había sido empleada en el universo desde la antigüedad y se llamaba honda.

El licenciado Selenio de Europa despertó de su letargo. Apenas podía abrir los ojos, pero entendió qué era la sombra que había descubierto y apenas tuvo fuerzas para murmurar:

—Murciéla... gos inter... este... lares.

Apretó el altavoz que lo comunicaba con toda la nave y repitió con todas sus fuerzas.

—¡Peliigrooo! Murciéla... gos inter... este... lares.

9

La comandante Artemisa apenas oyó la voz apagada de Selenio por los poros parlantes y rápidamente su cerebro captó la señal de alerta: estaban en serio peligro. Con un esfuerzo que la hizo tambalearse se acercó a Wan Siu, quien permanecía sentada en la silla, casi exhausta, con sus lánguidos brazos sobre la mesa. Anuk, sentada frente a ella, no estaba mucho mejor; se sentía extremadamente cansada y sin fuerzas. Los temibles murciélagos estaban succionando la energía de los tripulantes con gran rapidez. Artemisa sabía que, de no hacer algo de inmediato, caerían en un profundo sopor del cual seguramente no despertarían.

—Estamos... siendo ataca... dos. Murciélagos... parásitos —alcanzó a susurrarle a la técnica de vuelo.

—¿Qué? —preguntó atontada Wan Siu.

—Mur... cié... lagos —se esforzó en pronunciar la comandante.

La bella Wan Siu Dabarat comprendió el mensaje. Esa era la explicación de su súbito cansancio. No era culpa de haber comido doble porción de guisado de bacalao. Debía actuar con celeridad, pero había un problema: no lograba ponerse de pie para llegar a la cabina de mando. Alarmada volteó su mirada hacia la camilla y descubrió que Batuk dormía profundamente. Anuk tenía los ojos anaranjados casi cerrados e intentaba mantenerse despierta.

Debían accionar otro escudo de protección más eficaz y quitarse de encima a los parásitos antes de que fuese demasiado tarde.

—Anuk —murmuró Wan Siu—. Estirar... se y des... activar hiber... nación. Rá... pi... do...

—Sí... —alcanzó a contestar.

—... o mori... re... mos —concluyó la técnica de vuelo.

Anuk, como todo ukaniano, poseía no solo la capacidad de cambiar de forma sino también una gran resistencia. Eso era lo que la hacía soportar las temperaturas extremas. Recordó cuando se estiró y sin querer derrumbó a la directora del instituto. Se concentró con todas sus anaranjadas fuerzas y su cuerpo comenzó a tomar la forma de una larga lombriz. Se escurrió de la silla y lentamente se desplazó por el corredor. Artemisa quiso sentarse en la silla, pero se derrumbó un

segundo antes y cayó despatarrada en el piso. El peinado se le desmoronó otra vez hacia un costado, aunque eso no le interesaba en lo más mínimo. Wan Siu había empezado a perder el color de su punto rojo en medio de las cejas y su tez amarronada estaba tomando un color lechoso.

Entretanto en el laboratorio, Erik oyó como entre sueños la voz de Selenio cuando dio el alerta. Soñaba en ese momento con Ahynara, su hermosa prometida, quien le decía que había murciélagos parásitos en la nave. Un poco adormilado logró abrir los ojos, pero no veía casi nada. Su casco se le había caído sobre la frente. En un supremo esfuerzo consiguió elevar una mano y lo enderezó. Comprobó que estaba en su laboratorio y se había quedado dormido sobre un libro. El inmenso cuerpo de Erik yacía adormecido en un sillón. En su mente guerrera ancestral, una sola palabra se encendía emitiendo destellos: luchar. Hizo un gran esfuerzo y, recordando las palabras de su abuelo, se dijo: un vikingo nunca se da por vencido antes de luchar. Por otra parte, su ascendencia árabe le había conferido siempre la perseverancia de luchar contra los elementos hostiles, como los desiertos y las zonas peligrosas; quizá esto fue lo que lo llevó a tomar impulso e incorporarse apoyando los brazos en el sillón. Luego, con sus últimas energías, presionó el botón. El sillón, lento pero aún activo, lo arrimó hasta el armario donde tenía los más variados elementos. Necesitaba en forma urgente un antídoto contra los parásitos.

El doctor Zanadory había quedado en posición horizontal sobre su cama, con los largos cabellos rastas multicolores desparramados sobre la almohada. Sus ojos violetas ya eran de un asombroso y pálido lila. Oyó por los poros parlantes el aviso de Selenio y entendió que se hallaban en una grave situación. Como gran conocedor de enfermedades terrestres y extraterrestres, sabía las consecuencias de este asesino silencioso que succionaba a sus víctimas la energía para alimentarse. En sus viajes había visto los efectos del ataque y sabía que las probabilidades de supervivencia disminuían a cada segundo. Trató de recordar lo que su madre decía sobre estos habitantes del universo y deseó que ella estuviera allí para ayudarlos. Pensó en su padre ordeñando las vacas al amanecer con su risa fresca, pensó en el rocío sobre los pastos de la granja de sus abuelos, los árboles frutales...

Entretanto, el fideo de color anaranjado llegó hasta la cabina reptando como un gusanito para alcanzar el tablero de control. La perilla que unas horas atrás había movido Erik Von Yasid para poner en hibernación profunda a *Vandalia* se encontraba en el extremo más alejado del tablero. La larga y delgada lombriz se aferró a la perilla, se enroscó, dio un par de vueltas y con lo que le quedaba de fuerza la hizo girar. De inmediato las luces de toda la nave parpadearon.

Me desperté terriblemente cansada. Apenas podía levantar mis párpados y cuando lo hice el horror se apoderó de todos mis circuitos. Tenía decenas de alimañas grises con sus trompas pegadas a mi carcasa. Las fibras urticantes de bicho peludo no las habían detenido y me hallaba plagada de bichos. La primera reacción fue sacármelos de

encima.

La nave se sacudió violentamente pero no consiguió quitarse a ninguna de las infames criaturas chupadoras. Los tripulantes se sorprendieron con el brusco movimiento. Artemisa rodó por el piso y quedó con las piernas contra la pared. Erik voló y cayó de cabeza contra los tubos de ensayo haciendo un tremendo enchastre en el laboratorio. Zanadory se cayó de la cama y Batuk de la camilla. Wan Siu terminó debajo de la mesa y Anuk apenas consiguió enroscarse contra uno de los sillones de comando para evitar golpearse cuando empezó el zarandeo. El único que se había mantenido en la misma posición había sido el licenciado Selenio, ya que tenía puesto el cinturón de seguridad reglamentario, sin el cual no podía estar en la cúpula del silencio. Aun así, todo le dio un par de vueltas. Pudo ver desde ese ángulo cómo los párpados de *Vandalia* se habían alzado y dedujo el intento infructuoso de quitarse a los bichos de encima. Sin embargo, el sacudón hizo que todos recobraran por un segundo su mayor lucidez.

No había logrado sacarme a los bicharracos detestables de encima, tampoco tenía fuerzas para activar ningún escudo. Deduje que habíamos entrado en una zona silente y que al estar en estado de hibernación profunda mis luces de alerta apenas habían parpadeado. ¿Quién me había dejado casi inconsciente? Ahora no importaba. Tenía que hacer algo en forma urgente. Con un esfuerzo supremo, activé la pantalla del Salón Argonauta. La última vez, todos estaban allí. Esperaba que la comandante y Wan Siu pudieran ver lo que ocurría.

La técnica de vuelo oyó casi como un susurro la voz profunda de *Vandalia*. ¡Anuk lo había logrado! *Vandalia* se estaba comunicando.

BITÁCORA DE VUELO. Nos... encontramos a media milla estelar de la salida de la zona silente... Parásitos en toda la superficie de la nave. Estamos... en peligro.

—*Vandalia*... —hizo un esfuerzo la comandante—. Opciones.

La nave tardó en contestar. Le costaba que sus circuitos se activaran con celeridad debido a la escasa energía. Aquellos segundos se hicieron muy largos hasta que finalmente respondió:

—Primero: quitarme los parásitos y activar escudo protector. Segundo: salir de zona silente de... inmediato. No tengo ener... gía para corregir... rum... bo —y la comunicación se cortó.

Wan Siu había logrado sentarse en el piso junto a la silla, pero sus fuerzas decaían notoriamente. Había escuchado a *Vandalia*: no le quedaban muchas alternativas. Tenía que recuperar sus fuerzas para llegar a la cabina de mando. Miró a la profesora Artemisa y curiosamente vio dos. Luego la imagen se volvió a enfocar cuando posó su dedo en el punto rojo de su entrecejo. En cuatro patas, la comandante intentaba llegar a la cocina circular. Wan Siu la observaba sin asombro, aunque no podía entender qué se proponía.

Artemisa alcanzó un estante y logró abrir un cajón. Metió la mano, tanteó y sacó un envoltorio pequeño. Aún sentada en el piso, abrió el envoltorio y se engulló su contenido.

Unos segundos después el chocolate con helio hacía efecto y la comandante recuperaba la energía con rapidez. No había tiempo que perder. Se puso de pie y por efecto del helio se elevó unos centímetros; así alcanzó un pote que estaba en el último estante de la cocina y decía condimentos. Dentro tenía escondidos al menos una docena de sus bombones preferidos y pensó que ese era un buen momento para compartirlos. Engulló uno y se lanzó hacia la técnica de vuelo, que yacía en el piso junto a la mesa. Le abrió la boca y le metió un bombón. El efecto se produjo en apenas unos segundos. La energía liberada por el azúcar era momentánea, pero alcanzaba para recuperarse.

La piloto se levantó, miró hacia la camilla y contempló a Batuk en el suelo pero con el tubo conectado a su brazo, mientras la comandante corregía el goteo del suero universal. Luego, sin mediar palabra, las dos salieron corriendo hacia la escalera que conducía a la cabina de mando del piso superior. Por supuesto, Artemisa llevaba su pote con bombones.

Ambas saltaron por encima de Anuk, quien permanecía aferrada con un par de vueltas a uno de los sillones de comando y que no había tenido fuerzas para recuperar su forma. Después se ocuparían de ella; ahora tenían un asunto de vida o muerte.

Se sentaron en sus sillones de mando y se ajustaron los cinturones.

—Pantalla, *Vandalia* —ordenó la comandante.

—Me temo que no va a poder cumplir la orden, comandante —dijo Wan Siu y la activó manualmente en el panel de control. La pantalla se abrió como un enorme ojo y las dos lanzaron un grito de horror.

—¡Aaaaaaaaaaaaaaaaaa!

Unas inmundas y babeantes trompas estaban pegadas contra la pantalla de la nave y casi no dejaban ver el espacio exterior. Eran realmente desagradables: tenían una especie de bóveda llena de pequeños dientes y sus labios eran grises. Los ojos oscuros y sin vida de los murciélagos interestelares las contemplaban desafiantes.

—¡Bichos asquerosos! —profirió la comandante.

—Tenemos que quitárnoslos de encima antes de quedar sin energía —dijo Wan Siu—. Anuk puede llevarles bombones a los otros.

—Plano de la nave —activó manualmente la comandante. Al encenderse, la pantalla

holográfica parpadeó y casi se apaga. Después, aunque débil, quedó fija y pudieron ver cuatro zonas de color rojizo. Una, en el Salón Argonauta, era Batuk; otra, en el laboratorio, por las dimensiones era con toda seguridad Erik; una tercera era Zanadory en su dormitorio y la última, en la cúpula exterior al final de la nave, Selenio.

—¡Anuk, abre una boca!

La lombriz anaranjada apenas pudo hacer un orificio y se tragó el bombón que la profesora Artemisa había desenvuelto. De inmediato fue recuperando su forma y, aunque estaba algo mareada, tomó el pote con los bombones y observó un segundo la pantalla.

—Primero Zanadory, luego Erik, Selenio y, cuando vuelvas, Batuk.

—Entendido, mi comandante.

En un segundo Anuk pensó cuál sería el modo más rápido de llegar. Se aferró al pote y cambió su forma. Se enroscó como una pelota anaranjada y se lanzó por los tubos de ventilación del pasillo. Entretanto, Artemisa accionaba los altoparlantes de las cabinas para que pudieran escucharlas. Wan Siu había desplegado una carta estelar sobre el tablero y revisaba la lectura de las últimas coordenadas. Lo único que había alcanzado a decir *Vandalia* era que estaban a media milla estelar de la salida de la zona. Pidió un contacto a través del periscopio y la nave no respondió. Salió del sillón y comprobó que se tambaleaba. Artemisa abrió su caja de metal labrado y le lanzó otro bombón. Wan Siu se lo metió en la boca y ni lo masticó. Por las dudas, Artemisa se puso uno en la boca y esperó a que se disolviera lentamente.

La técnica de vuelo se subió a la silla del periscopio y accionó la palanca de ascensión. Quedó junto al lente del periscopio, lo enfocó y lo ajustó. Al principio solo distinguió algunas estrellas en la oscuridad del espacio. Todo se veía un tanto opaco debido a la zona silente. Sin embargo, en un ángulo se observaba un planeta con anillos. Ajustó el periscopio y anotó las coordenadas en su cabeza. Descendió y se sentó nuevamente en el sillón; debía hacer unos cálculos.

La nave seguía cruzando el espacio cada vez más lentamente, cubierta de grises parásitos.

—Creo que tenemos una posibilidad de salida más corta.

Tengo que marcar una nueva ruta.

La comandante no le respondió, asintió y se dedicó a mantener contacto verbal con el doctor Zanadory. Suponía que Anuk ya debería haber llegado.

—Doctor, ¿puede escucharme? Zanadory, ¿me oye?

Anuk cayó por el ducto de ventilación y rebotó hasta quedar junto al doctor. Este se hallaba dormido en el suelo. Se había caído de la cama cuando la nave se sacudió. Tenía las rastas casi sin color y los ojos cerrados. De improviso dentro de su boca hubo una explosión de sabor; miles de burbujas de fresas y de delicioso chocolate le invadieron los sentidos. Entonces abrió los ojos, que del lila pasaron al violeta en pocos segundos. Se incorporó, miró a Anuk, quien ya se transformaba otra vez en pelota y salía rebotando del lugar. La voz de la comandante le llegó clara por el altavoz.

—¡Zanadory, respóndame!

—Aquí estoy, mi comandante.

—¿Se encuentra mejor? Si siente que se desvanece, cómase otro bombón. Es una orden.

—Comprendido —y observó que sobre su mesa de noche había tres bombones más que Anuk había dejado antes de partir.

—Zanadory, estamos en medio de una zona silente, nos queda muy poca energía. Debemos eliminar a los parásitos, que están por toda la nave. Son murciélagos interestelares —informó Artemisa.

Zanadory se rascó las rastas y pensó detenidamente en aquellos temibles parásitos. Había tratado pacientes que habían sobrevivido a sus ataques, pero no se conocía ningún arma eficaz contra ellos. Al menos él no la conocía. Los había estudiado hacía muchos años y recordaba cierta frase de un médico chamánico de Liamerindia a propósito de los murciélagos; sin embargo, no había logrado descifrar qué había querido decir el anciano en aquella conferencia. Debía admitir que se había distraído con otras cosas y no le prestó mayor atención a su último comentario. De todas formas, lo escribió en su cuaderno de apuntes.

—Me temo que no tengo una solución, aunque voy a revisar un viejo cuaderno de apuntes.

—Correcto, manténgame informada —cortó la comandante y llamó al laboratorio de Von Yasid—. Erik, ¿puede oírme?

—Con claridad, comandante.

Anuk ya había partido hacia la cúpula del silencio, en el último recodo de la nave, donde se encontraba Selenio.

—Escuchó mi conversación con Zanadory, así que no tengo que explicarle la situación. ¿Conoce alguna forma de librarnos de estos malditos bicharracos? —se exaltó la comandante, que tenía frente sus ojos las trompas de los murciélagos.

—No exactamente —tronó la voz de Erik—, aunque los he estudiado bastante y conozco sus hábitos. Tengo que pensar.

Wan Siu había ingresado un par de algoritmos en la computadora de *Vandalia* y esperaba los resultados. ¡Si le pudiese dar un bombón a la nave...! De pronto, la computadora dejó ver una serie de números verdes que ocuparon casi todo el monitor. Para otro quizás aquellos números resultarían incomprensibles, pero no para ella. Tomó el mapa y con una escuadra y un compás magnéticos ingresó los datos. El mapa se activó trazando una nueva línea punteada y Wan Siu gritó:

—¡Sí, lo tengo! Encontré un camino más corto para salir de aquí. ¡Ajústense los cinturones: cambiamos de rumbo!

La nave giró 90 grados con diez milésimas, lo que provocó otro sacudón. Entretanto Anuk había llegado al último recodo de la nave, rebotó por el impacto y entró a la cúpula. Cuando recobró su forma pudo ver a Selenio amarrado al sillón con su cuerpo de un celeste

peligrosamente pálido y los ojos cerrados. De inmediato le metió en la boca un bombón y aguardó. El licenciado no respondía. Anuk le dio otro bombón y comprobó que le quedaban apenas dos. No podría llegar hasta donde se encontraba su primo si no se comía al menos un par más. Esperó con ansiedad; Selenio no era de su agrado, pero tenía que recuperarse o estarían fritos, como cuando te agarra una ola radiactiva. Dos trompas enormes se pegaron contra la cúpula de glasterano y Anuk lanzó un grito de terror. Eso hizo que los dos corazones de Selenio latieran más rápido y recuperó su energía; abrió los ojos y se tornó más azulado. El hecho de tener dos corazones le demandaba más energía.

Lo primero que descubrió fue la carita anaranjada y aterrada de Anuk y la tomó de un brazo. La sentó en una butaca de espaldas a los parásitos.

—Con... serva la cal... ma, niña —le sonrió medio atontado.

—Selenio, necesitamos su ayuda. Zanadory encontró unos apuntes pero están en un idioma antiguo. Fueron dichos por un chamán de Liamerindia —se oyó la voz de la comandante.

—Zanadory, lea, por favor. Estoy... muy débil —susurró Selenio al micrófono del poro.

El doctor tomó el cuaderno y repitió lo que había escrito tantos años atrás:

—*Epel popodeper depe lopo napatupurapal sopobrepe lopo apartipifipiciapal.*

—Es jerigonza —reconoció el licenciado.

—Apure, Selenio —pidió Von Yasid desde el laboratorio—. Estos bichos succionan sulfuro, grasas, azúcares, de todo. Desde hace siglos comen cualquier cosa. ¡Traduzca de una vez! —se impacientó.

—De acuerdo —la voz de Selenio se volvía más débil; el bombón estaba dejando de surtir efecto—. El po... der de lo natu... ral sobre... lo arti... fi... cial —y Selenio cerró sus ojos.

—¡Creo que se desmayó! —gritó Anuk.

—Permanece junto a él. Es una orden —dijo la comandante.

10

—Me parece que lo tengo —se entusiasmó Zanadory, quien ya se había metido otro bombón en la boca al empezar a ver doble—. Erik, recién nos dijiste que se alimentan de sulfuro, grasas, azúcares... Creo que lo que quiso decir el chamán es que son alérgicos a lo natural.

—¡Claro! —bramó Erik.

Imprevistamente la boca de Selenio se abrió y comenzó a murmurar:

—*Fruputapas frepescapas, lepegupumbrepes, vepegpetapalepes...* —y calló.

—No entiendo el idioma —dijo Zanadory.

—Frutas frescas, legumbres, vegetales —exclamó la bella Wan Siu desde la cabina—. Un tío mío conocía algo de jerigonza. Yo apenas lo comprendo.

Erik de inmediato le pidió a Zanadory que buscara en la enfermería todos los ductos de goma y los colocara en las fuentes de salida de los poros mayores. Debían penetrar con el antídoto en el torrente bioplasmático para que los poros lo evaporaran de inmediato por toda la carcasa y ahuyentara a los murciélagos. Von Yasid tomó los frascos concentrados de todos los líquidos frutales que encontró y además le pidió a la comandante que fuera hasta la cocina y pusiera toda la fruta fresca que encontrara en la trituradora de desechos orgánicos. Unos momentos después se expandió por todos los poros de la nave un intenso aroma a manzanas. Casi de inmediato, algunas trompas empezaron a despegarse de las ventanillas. Los tripulantes no podían escuchar los gritos por estar todavía dentro de la zona silente, pero realmente helaban la sangre. Erik volcó dentro de los ductos de goma todos los frascos de elixir de cítricos y Zanadory esencias de flores silvestres y un combinado de espinacas y zanahorias.

Los murciélagos no podían tolerar aquellos aromas naturales y comenzaron a desprenderse e intentar escapar del mortal perfume orgánico que emanaba de *Vandalia*. Iban desapareciendo en la zona silente y algunos de ellos, alcanzados por el vapor con aroma a frutas y vegetales, sufrían una terrible reacción alérgica y se desprendían, girando sin sentido y alejándose en la oscuridad del espacio.

Aquello duró unos minutos, que se hicieron eternos para los tripulantes. *Vandalia*, casi sin

energía, estaba a muy poca distancia de la salida de la nueva ruta fijada por la técnica de vuelo.

Algunos parásitos, los más resistentes, seguían aferrados a la carcasa, pero al llegar a los límites de la zona silente perdieron sus fuerzas. Apenas *Vandalia* salió, los aullidos se volvieron espeluznantes. Eran chillidos tan agudos que hicieron vibrar las paredes de la nave y los tripulantes debieron taparse los oídos para que no les hicieran daño.

Selenio volvió en sí y lo que vio le resultó extrañamente gratificante. Casi se diría que estaba feliz, como en aquella ocasión en la cual sus tías libraron la terrible batalla contra los parásitos, cuando él era apenas un niño azul. Dos murciélagos se desprendían y volaban atontados, tratando de llegar a refugiarse en la zona silente que se alejaba. La mancha opaca, apenas detectable, se volvía cada microsegundo más lejana y los dos bicharracos volaban maltrechos intentando llegar, cuando descubrieron que una piedra enorme volaba en dirección a ellos. Selenio previó la colisión y sonrió cuando contempló cómo se estrellaban y salían disparados sin rumbo hacia el espacio. *Vandalia* y su tripulación estaban a salvo.

Unos momentos después, aún cansados y casi sin fuerzas, todos llegaron al Salón Argonauta. Zanadory había subido a la camilla a Batuk y le estaba aplicado un fluido energético junto con el suero. El niño abrió los ojos y sonrió. Veía demasiadas caras junto a su camilla. Reconoció la anaranjada carita de su prima, el punto rojo de su amiga Wan Siu, el rostro azulado de Selenio, el casco de Erik, la ronca voz de Zanadory, y sintió una mano tibia que lo tomaba: era la profesora Artemisa, con el pelo con forma de pirámide caído hacia un costado.

—¿Estás bien, Batuk? —repitió la pregunta el doctor moviendo sus rastas de colores.

—Sí. ¿Qué me pasó? ¿Por qué me miran así?

—Ni un solo chiste malo —observó Erik.

—¿Qué chistes? —preguntó Batuk incorporándose en la camilla.

—Creo que los parásitos succionaron lo último del veneno de la zancuda —aventuró Zanadory.

—¡Algo positivo que resaltar de los bichos asquerosos! —exclamó Wan Siu.

—¿Qué bichos? —preguntó Batuk.

—Es una larga historia... Después te la cuento, primo —le sonrió Anuk.

—Me alegra que se encuentre mejor —dijo Selenio y lo penetró con su mirada azul profunda.

La comandante llamó a una reunión general en la cabina de mando. Todos menos Batuk debían acudir inmediatamente.

Yo apenas podía seguir. Ya no tenía fuerzas. Accionaron mi camuflaje en forma manual y apenas logré desplegar un par de alas y un cuerno en la proa; las patas estaban casi cerradas. Era lo más parecido a un murciélago interestelar, por si hubiera quedado alguno cerca. Lo cierto es que no tenía energía. No iba a poder continuar y mis reservas de turmalina negra se habían agotado. Debíamos ir al sistema Goo a

recargarme. Se me ocurrió una idea, solo que no podía comunicarme con mi voz habitual, ni siquiera en un susurro. Tenía tantos deseos de descansar...

Artemisa explicó la situación de modo concluyente.

—¡Estamos en el microondas!

—Antiguamente esa expresión era ¡estamos en el horno! —agregó el licenciado.

—Como usted diga, licenciado. El hecho es que no tenemos combustible y no podremos llegar a tiempo al agujero de salto. *Vandalia* no tiene fuerzas y nosotros tampoco. Soluciones, doctor Zanadory —se apretó el *piercing* y los lentes se le ajustaron.

—Tenemos prioridades. Primero nosotros y en segundo lugar la nave. Recomiendo que busquemos toda la comida rica en proteínas que no hayamos usado y que se metabolice lo más rápido posible para tener energía suficiente; de lo contrario no podremos recuperar a *Vandalia*.

—Profesor Von Yasid —le dio la palabra la comandante.

—Coincido con Zanadory. Debemos consumir energéticos y luego dedicarnos a la nave.

—Wan Siu, quiero tu opinión —pidió Artemisa.

—Coincido. Luego veremos cómo corregimos el rumbo y tratamos de llegar al agujero de salto. Por ahora, como verán —y todos fijaron sus ojos en la ventanilla delantera—, nos dirigimos a ese planeta con anillos a una velocidad muy lenta. En realidad no puedo hacer un cambio de rumbo, ni siquiera en forma manual. Estamos siendo atraídos por la gravedad del planeta. Quedaremos en órbita en unas dos horas aproximadamente.

—Selenio, ¿usted tiene algo que agregar? —preguntó la profesora.

—No, mi comandante. Creo que debemos apresurarnos a reponer energía. Si me lo permite, deberíamos centralizar todo en el Salón Argonauta y luego seguir con el resto del plan... si es que hay uno.

—Yo estoy de acuerdo. Permiso para ir con mi primo —pidió Anuk.

—Concedido —dijo Artemisa—. Tendrás que ponerlo al tanto de la situación.

Anuk cambió de forma y se dejó ir como una pelota rodando por el pasillo. Nadie dijo nada: sabían que era la mejor forma de ahorrar energía. Todos se sentían cansados. La comandante sacó de su cajita de metal labrado los últimos bombones y los repartió. Eran de sus preferidos. Las reservas de chocolate estaban casi vacías, aunque ahora eso no importaba. Wan Siu decidió permanecer en la cabina de mando mientras los demás iban a reunir proteínas. Debían encontrarse en el salón Argonauta en diez minutos.

Erik fue hasta su laboratorio y tomó varios frascos con sustancias concentradas y un bollón con insectos secos. Zanadory fue hasta la enfermería y volvió con chicles proteicos y barras de cereal y frutas. Artemisa revisó los cajones de la cocina y los frascos del armario y encontró paletas de miel de abeja de Liamerindia en un bollón. Selenio trajo dulce de radúncula; era un tubérculo que tenía un sabor espantoso pero cuando era niño sus tías lo obligaban a comer todos

los días una cucharada para que creciera fuerte y sano. Siempre llevaba consigo un par de potes, aunque a pesar del paso de los años aún lo consideraba de un horrible sabor.

Entretanto, Anuk y Batuk se hallaban sentados en la camilla. Batuk tenía un excelente semblante, anaranjado y con los cachetes rojizos. Después de todo, él había sido quien menos energía había gastado durante el ataque. Su prima lo había puesto al tanto de lo ocurrido.

—¡Como dijo Ukalitajo, casi nos vamos al... espacio! —sonrió pícaramente.

—¡Batuk! Si te escucha la comandante... —y empezó a reírse.

Artemisa efectivamente lo había oído desde la cocina, pero se hizo la distraída; después de todo eran solo adolescentes, por más ukanianos que fueran. Reunió toda la comida rica en proteínas y carbohidratos que encontró y la colocó sobre la mesa de fresnolín. Al cabo de unos minutos, todos habían llegado con sus provisiones. Salvo Wan Siu Dabarat, quien continuaba en la cabina de mando del nivel 2.

Artemisa pidió una especificación de cada alimento y Anuk la anotó en una lista.

—¿Qué significa BIDA, profesor Erik? —preguntó mirando un bollón con pelotitas negras.

—Bollón de Insectos Deshidratados Asquerosos —se rio Von Yasid—. Son ricos en proteínas pero no son agradables. ¡Ja, ja, ja!

Anuk sintió deseos de estirarse y meterle el casco con los cuernos hasta los ojos, pero se contuvo. ¡Ni loca pensaba comer uno de esos insectos del bollón!

—Les recuerdo que debemos dividir en porciones iguales las provisiones —miró a los dos ukanianos— y comer a medida que necesitemos.

—Los murciélagos succionaron mucha energía y debemos reponerla de inmediato. Es prioritario para poder ayudar a *Vandalia*.

—Así que no pongan cara de asco —agregó Selenio—. El dulce de radúncula tampoco es una exquisitez, pero deberemos comer todos un poco.

—Vamos a hacerlo de inmediato —ordenó la comandante—. Zanadory, ¿podrías llevarle lo más energético a Wan Siu? Yo supervisaré la ingesta del resto y luego pensaremos en un plan.

—Entendido, mi comandante —respondió el doctor y tomó unas paletas de miel, un puñado de BIDA, un pote de dulce y varios jugos. Luego se dirigió al pasillo.

Entusiasmados, Anuk y Batuk comenzaron con las paletas de miel. Les encantaban. Todos prefirieron dejar para el final el bollón de insectos y el dulce de radúncula.

Zanadory entró en la cabina en el preciso instante en que la bella Wan Siu hacía cálculos sobre el mapa estelar con el compás y la escuadra magnética. La observó sin decir palabra; sus ojos violetas brillaban con solo estar cerca de ella. Nunca se lo habría dicho, ni en mil años, pero se había enamorado y le temblaban las manos cuando estaban a solas. Ella emanaba una mezcla de perfumes de maderas y especias que lo embriagaba. Su cabello negro, su cuerpo perfecto, su tez amarronada y los irresistibles ojos rasgados le hacían sentir palpitaciones. A veces trataba de no mirarla a los ojos y concentrarse en el punto rojo de su entrecejo o en los tatuajes maoríes de su

boca y su mentón, pero de todas formas no podía dejar de mirarla. Desde que la había visto por primera vez, antes de emprender la misión, supo que iba a enamorarse de ella, la misteriosa e independiente técnica de vuelo de Vandasia.

—¡Doctor! —se volteó ella—. Tengo unos resultados preliminares según los cuales es difícil lograr nuestro objetivo y corregir el rumbo.

—¡Ajá! —respondió él, sintiéndose descubierto.

—¿Le pasa algo?

—No, nada. Traigo las provisiones que debemos consumir de inmediato —y le tendió una paleta de miel de Liamerindia.

Mientras los dos saboreaban la paleta energética, Wan Siu Dabarat desplegó el mapa estelar y explicó su preocupación. En poco tiempo llegarían al planeta cercano. Era de un tamaño relativamente pequeño y *Vandalia* podría dar una vuelta completa en un par de horas, pero no había energía para la propulsión. Una vez cruzado el punto X, quedarían orbitando. Por ahora no había nada más que hacer.

—¿Y cómo llegaremos al agujero de salto? ¿Cómo recuperaremos el rumbo a tiempo para saltar? —se inquietó el doctor. Artemisa había entrado despacio, sin hacer el menor ruido.

Sabía perfectamente que Zanadory se sentía profundamente atraído por Wan Siu.

—Creo que tengo la solución —dijo tomándose un jugo energético por una pajita.

La comandante contempló el mapa y recordó su juventud. Había un juego que practicaba en una mesa de paño verde con bolas de colores y largos tacos de madera. *Vandalia* tenía que llegar al punto X y un segundo antes de quedar atrapada en la órbita tomar un impulso como el de un taco gigantesco, hacer una carambola y penetrar en el agujero de salto. ¡Listo! ¡Sentido común!

Solamente había un problema: para lograr semejante impulso debían tener sus propulsores al máximo y no había reservas de energía.

—Lo de la carambola es una idea excelente —apoyó Wan Siu—. Puedo hacer los cálculos para encontrar el punto X y reprogramar el rumbo... Pero no tenemos energía —y consultó la pantalla.

Ingresó un par de algoritmos. Esperó y el mapa estelar dibujó las nuevas coordenadas. Cuando llegaran al punto marcado en el mapa con una X, debían encender los propulsores al máximo, corregir el rumbo y salir del campo gravitacional. De esa forma entrarían derecho en el agujero de salto: una carambola perfecta.

La comandante estaba pensativa mientras observaba la oscuridad sideral donde solo se veía el planeta rojo con anillos violetas, al cual se acercaban más y más. No quedaba mucho tiempo. No se divisaba nada que pudiera servir de propulsor: un empuje exterior, una ola solar, la cola de un cometa, algún resto de basura cósmica que los pudiera tocar para lograr el impulso. Estaban en una situación de emergencia. ¡Justo ahora que faltaba tan poco para llegar al agujero de lombriz y salir al universo exterior!

Si no se hubiesen demorado buscando las simientes en el planeta anterior, la energía no sería tan escasa; además, se sumaba lo de los parásitos. ¡Cómo le gustaría a la profesora Artemisa estar en su cabaña en las alturas del norte de Liamerindia fabricando huevos de pascua de colores con sus sobrinos! Dejó de pensar en algo tan hermoso y tan lejano y trató de concentrarse en el problema que tenían. Cuando solucionara todo aquello miraría las microvideocintas de su cabaña en el bosque. La extrañaba mucho.

Selenio y Erik entraron con cara de asco. Habían probado una cucharada de dulce de radúncula y comido varios puñados de BIDA. Ni con varios vasos de jugo energético habían logrado sacarse el gusto feo de la boca. Claro que tenían mucha energía.

Al ponerlos al tanto de la situación, Erik Von Yasid sintió que sus ancestros le hablaban al oído y exclamó:

—¡Por las trenzas de mi abuelo! ¡La energía está en nosotros!

—¡*Xanaguble*! —asintió casi azul marino Selenio.

—¡Y dale con hablar en xaniano! —se enojó la comandante—. ¿Pueden explicarse?

Wan Siu había entendido perfectamente y le estampó un beso a Erik que lo hizo poner colorado como sus trenzas y le desacomodó los lentes. Justo en ese instante habían entrado Anuk y Batuk y no pudieron reprimir un:

—¡Oooooohhhh!

—¡Silencio, o los bajo en la próxima estación espacial! —vociferó Erik.

Zanadory estaba desconcertado. Sintió un poco de celos. Le hubiese gustado estar en el lugar del profesor.

—Comandante, tenemos que generar energía cinética y almacenarla para usarla cuando necesitemos salir de la órbita —explicó Erik.

—Modestamente, creo que es la única solución. Muy adecuada —apuntó Selenio—. Y si me lo permiten, les recuerdo que tenemos un salón especial para desarrollar energía cinética.

—¡Las ruedas de hámsters! —gritaron los primos—. ¡Nooo!

—¡Sííí! —dijo la comandante—. Excelente. Todos a correr y a almacenar energía.

—Nos queda una hora y media para alcanzar el punto de inflexión, o sea, el punto X, y encender al máximo los propulsores —explicó Wan Siu y se acomodó el pelo con un broche.

Zanadory se ató las rastas, Erik se quitó el casco, Selenio hizo un par de flexiones y la comandante, luego de verificar que el piloto automático seguía su curso, dio la orden de ir a las ruedas. Salieron corriendo hacia la sala de recreación del tercer nivel, donde había cinco ruedas gigantes de metal. Selenio se abrochó el cinturón de seguridad y empezó a correr lento para calentar. Wan Siu hizo lo mismo en la rueda siguiente. Erik ya había empezado a correr en la suya. La comandante presionó en el teclado el botón de almacenaje y subió a su rueda. Anuk y Batuk tuvieron que compartir la última. Al comenzar a acelerar, las turbinas temblaron. Una luz azul eléctrico se encendió y las ruedas se llenaron de colores. La energía cinética empezaba a

fluir de los cuerpos hacia la turbina de almacenaje.

Yo apenas podía verlos. Me sentí complacida por la ocurrencia; habría sido una de mis opciones. Estaba orgullosa de ellos. Ahora debía quedarme lo más quieta posible y esperar.

La nave se acercaba cada vez más a aquel planeta lejano en la oscuridad del espacio. Dentro de *Vandalia*, las ruedas de energía cinética funcionaban a toda velocidad. Si alguno de ellos se quejaba o se detenía, debía ingerir una cucharada de dulce de radúncula o un puñado del bollón de insectos asquerosos. De más está decir que nadie quiso detenerse. El plan para llegar al agujero de salto estaba en marcha.

11

Son las seis mil quince horas y me preparo para ingresar en el agujero de lombriz o agujero de salto. Alcanzamos el punto X y luego, gracias a la energía acumulada por los tripulantes, logré el impulso necesario para no entrar en la órbita. La técnica de vuelo corrigió mi rumbo y ahora voy derecho hacia el agujero negro. Ya estamos siendo succionados.

BITÁCORA DE VUELO: Tripulación, buenas noches. Les recuerdo el protocolo de salto. Ingresar en las cabinas, ajustar y cerrar las cúpulas de glasterano y permanecer hasta que yo las abra automáticamente. Si se produjera algún inconveniente, esperen a mi orden para hacerlo en forma manual. Y ahora los dejo con una bonita música para que se relajen y disfruten del viaje con un clásico: Vuela a mi galaxia.

Cada uno ocupó su cabina en el tercer nivel de la nave mientras sonaba un solo de batería. El espacio era muy cómodo y se tenía una excelente vista del exterior gracias a dos pares de ventanillas dobles que permitían disfrutar del espectáculo del salto. La experiencia al principio no era muy placentera: uno sentía que cada célula, que cada átomo, que cada parte del cuerpo se estiraba. Era como pasar por dentro de un embudo y luego salir por otro. Sin embargo, luego de atravesar varios, se podía disfrutar de una falta total de gravedad y de la sensación de liviandad, de estar completamente en paz y reencontrarse con uno mismo. Era como volver a armarse.

A eso había que añadirle el maravilloso espectáculo visual de miles de destellos coloridos a una velocidad vertiginosa. El agujero de lombriz, como predijo un famoso científico varios

siglos atrás, iba a ser un modo de trasladarse en el espacio y el tiempo. Así, mediante los agujeros negros, la energía succionada era expulsada en otra coordenada del universo.

Con los viajes de los primeros exploradores, hacía más de tres mil años terrestres, se fueron diseñando las nuevas cartas astrales, las nuevas rutas, y ahora se podía viajar en forma más o menos segura a través de ellos. Claro que el número de agujeros negros no era constante y los que estaban localizados debían confirmar su posición antes de ser atravesados. El riesgo era grande: si las coordenadas no eran correctas, la nave no hallaría del otro lado una salida. Sería como quedar preso en una telaraña en cuyo centro no hay una abertura.

Vandalia tomó la forma habitual, sus carcasas se tornaron caparazón de tortuga y se dispusieron a atravesar el agujero.

—Cuenta regresiva para salto —anunció *Vandalia*—. Cinco, cuatro, tres, dos, uno, ingreso.

La nave parecía diminuta frente a las dimensiones del remolino cósmico, de una negrura profunda que absorbía toda la energía que hallaba alrededor. Al entrar todo se volvió oscuro y, aunque la música seguía sonando, nadie estaba muy relajado. Las rastas de Zanadory se estiraban como fideos; la barba negra de Erik parecía que tocaba sus rodillas; Anuk estaba larga y delgada; su primo también. Selenio sentía que le tironeaban del cabello azul y de los pies; Artemisa se sentía extremadamente delgada y eso siempre le producía una sensación de bienestar. Luego sobrevinieron las luces y los destellos. *Vandalia* empezó a quejarse.

—¡Ay, mis carcasas! ¡Me duelen hasta los ejes! Tengo que detenerme y descansar en la primera estación espacial que encuentre. ¡No veo la hora de aterrizar! ¡Quiero llegar a Goonan ya!

Finalmente, en la oscuridad total del espacio exterior, un agujero estelar escupió una pequeña nave con un escudo protector con forma de tortuga que se bamboleó por algunos momentos y luego se estabilizó. *Vandalia* había atravesado con éxito el agujero de salto. Si alguien la estuviera observando con un catalejo estelar, apenas divisaría un pequeñísimo puntito que fluía lentamente a pesar de su enorme velocidad por la noche sideral. A lo lejos había quedado la cicatriz del agujero de salto, que se cerraba y se volvía más y más oscura hasta que dejó de percibirse.

La nave rectificó su rumbo. Frente a ella se podía ver una nebulosa blanca con pequeñas estrellas. En un vértice de la figura helicoidal se hallaban la estrella Goo y su sistema planetario. Este constaba de tres planetas y un cinturón de asteroides móviles que cambiaban de órbita produciendo choques frecuentes, motivo por el cual dos de los tres planetas estaban deshabitados. El segundo planeta, Goonan, poseía depósitos de turmalina negra, combustible muy preciado y necesario para continuar el viaje. Gracias a ello los asteroides eran repelidos y sus habitantes no corrían peligro. Se poseía muy poca información acerca de este pequeñísimo planeta. Lo cierto es que por el momento iban rumbo al sistema Goo, a un día de vuelo estelar para aterrizar en Goonan en busca de la turmalina negra, de la cual a *Vandalia* ya no le quedaban

reservas.

Luego de haber hecho girar las ruedas de hámsters durante tanto rato, todos los tripulantes se hallaban cansados y transpirados. Zanadory y Erik Von Yasid fueron al nivel 3, donde estaban las duchas, y luego pasaron por la cabina de secado. Wan Siu subió a su dormitorio en lo alto de la nave y se metió en su ducha privada. Selenio acostumbraba a bañarse a solas, así que esperó a que los otros dos salieran de allí. Anuk y Batuk no tenían deseos de bañarse, pero la comandante les dio la orden. La comandante se dirigió a su dormitorio y se contempló en el espejo ovalado que tenía frente a su cama: estaba hecha un desastre. Su peinado nuevo se había desmoronado y ella se sentía terrible, tal cual como se veía. Se metió en un cubículo y presionó un dedo contra la pared. Una membrana transparente con forma semicircular se cerró, ella se acomodó en una confortable silla y extendió los pies.

Casi de inmediato un aroma a pinos y fresno comenzó a brotar de los diminutos poros del baño de vapor. Un sonido a agua corriendo entre pedregales la hizo sentir como en casa. Cerró los ojos y dejó que la música del agua la inundara de paz y de calma: habían pasado momentos muy difíciles.

Mientras se estiraba en su silla con los pies en alto sobre dos plataformas, la comandante intentaba relajarse y disfrutar. Sin embargo, algo venía dando vueltas en su cabeza y no era el nuevo peinado color rojo cobre con forma de pirámide. Se trataba de un presentimiento o algo parecido sobre el viaje a bordo de *Vandalia* y el objetivo que perseguían.

Tiempo atrás había ido hasta la cabina del licenciado Selenio decidida a confiarle sus inquietudes, pero no lo hizo porque él la descubrió mirando unos fotogramas y la puso muy nerviosa pensando que podía leerle la mente a su antojo. La comandante reflexionó un tiempo y finalmente decidió confiar en el científico de la nave. Erik Von Yasid era un hombre sensato y sabía guardar un secreto. Ella no quería alarmar a nadie y mucho menos levantar sospechas sin fundamento, pero no podía continuar el viaje sin compartir aquellos pensamientos con alguien; podría ser nocivo para el resto de la tripulación. Al menos eso era lo que recomendaban los terapeutas que adiestraban psicológicamente a los tripulantes de misiones muy largas en el espacio: mantener la calma ante situaciones extremas y compartir dudas o temores, en caso de ser necesario, con algún miembro del grupo. La comandante tenía muchísimas horas de vuelo y muchas más misiones de las que podría recordar, por eso sabía que debía hablar de sus dudas con alguien.

Artemisa suspiró y el vapor de pino se metió por sus pulmones como una caricia. Todavía añoraba los tiempos en que impartía clase como profesora de adolescentes en el Instituto Secundario de Arte. ¡Ah, qué buenos tiempos! Ahora esos días estaban ya muy lejanos...

Luego de los desastres provocados por la crisis global, debió abandonar la docencia y dedicarse por completo a otro tipo de misiones que requerían de su gran sentido común y su poder de organización y liderazgo. Fue convocada por el Supremo Consejo de los Tres

Continentes Estados y por el Ministerio de Desastres.

No hubo alternativa: el planeta requería de su sabiduría, y los días de paz y tranquilidad no volverían si no se hacía algo al respecto. Ella no era una mujer que se diera por vencida fácilmente; por lo tanto, se dedicó por completo a su nueva tarea. Si no se trabajaba rápidamente para revertir el proceso medioambiental, las consecuencias serían irreversibles y ya no habría a quiénes enseñar arte ni ninguna otra disciplina.

Así comenzaron los viajes y las expediciones. Primero dentro del universo cercano o universo interior, pidiendo ayuda, efectuando consultas, celebrando acuerdos de cooperación con otras naciones planetarias. Luego misiones más arriesgadas, buscando nuevas fuentes energéticas en lugares hostiles o de difícil acceso. Y finalmente, cuando sobrevino la terrible pandemia de la enfermedad del olvido, fue convocada por el Consejo de Sabios para ser la comandante de la tripulación de *Vandalia*.

No obstante, ella sentía que la nave, dotada de una de las invenciones más fantásticas y modernas, el pensamiento emocional gradual, le ocultaba algo. No sabía a ciencia cierta qué era, pero a menudo le parecía que *Vandalia* escondía un secreto. Que había algo misterioso que no lograba descifrar. Precisamente de eso quería hablar con Erik, pero debía ser sumamente discreta. *Vandalia* no podía enterarse de sus inquietudes y tampoco podía alertar a Erik directamente; debía hacerlo de manera informal. Por eso, una tarde en la que Von Yasid estaba en su cabina escribiendo una interminable carta en su microordenador a su amada futura esposa Ahynara, Artemisa golpeó suavemente los nudillos contra la puerta. Von Yasid se ajustó los lentes y sus azules ojos dejaron de mirar la pantalla. Se encaminó a abrir luego de dar a su microprocesador la orden de guardar.

La cabina tenía decenas de fotogramas familiares, algunos libros en las estanterías, y su cantimplora y su casco colgaban de los percheros de la pared. En la mesa de trabajo había largos rollos de papiros antiguos y varias botellas mensajeras que luego enviaba a su familia desde la cúpula del silencio. Era la forma de comunicación que más disfrutaba. Lo mismo hacía su familia: le enviaba botellas mensajeras, que eran una de las formas más antiguas y hermosas de comunicación. Así lo habían hecho durante siglos y siglos.

—Artemisa, ¡qué grata sorpresa! —bramó Erik con una sonrisa y se acomodó las trenzas rojizas que caían a los lados de su larga cabellera.

—Quisiera charlar un momento con usted, si no lo molesto.

—Adelante, por favor.

La comandante se sentó en un cómodo sillón y conversó de temas generales. Le preguntó por su novia, por su familia, y luego de media hora de charla dijo como al pasar:

—Erik, ¿no ha notado algo extraño en el último planeta que visitamos?

—¿Extraño? —meditó un momento—. No, en absoluto.

Recogimos las semillas que nos donaron y luego partimos.

—Exacto. No nos quedamos ni un segundo más.

—Es cierto. Aunque no comprendo adónde quiere llegar.

—Tengo la sensación de que *Vandalia* estaba apurada por partir. Como si la nave... —y la comandante apenas susurró evitando los poros auditivos—. Como si *Vandalia* tuviera apuro por llegar a otra parte, ¿me comprende?

—No, no comprendo —dijo con sinceridad Von Yasid.

Artemisa se exasperó un poco. Intentaba que Von Yasid le siguiera el razonamiento. Ella sentía que *Vandalia* tenía otro propósito que desconocían. Quizás había algún secreto que ellos ignoraban de la misión. Quizás debían partir del planeta apresuradamente porque debían evitar un mayor contacto con ese mundo. ¿O corrían algún peligro si se quedaban? ¿O debían viajar con rapidez a otra parte del universo por alguna razón? No tenía idea de lo que ocurría, pero algo les ocultaba; ella tenía ese presentimiento.

El profesor Von Yasid no fue de gran ayuda. No la siguió en sus deducciones y Artemisa salió de la cabina un tanto decepcionada. Habría preferido compartir sus presentimientos con Selenio, pero... no se animaba. Luego de la charla volvió a su cabina. A la hora cero de ese día debían tomar todos los filtros de sueño, ya que los esperaba una larga travesía hasta acercarse al agujero de salto.

La comandante intentó respirar el profundo aroma a abedules y relajarse dentro de su baño de vapor. Ahora que se acercaban al sistema Goo, se sentía particularmente inquieta con este tema. No sabía por qué. Sencillamente se dejó llevar por el agua y el vapor y decidió que lo mejor era juntar coraje y hablar con Selenio. Quizá el licenciado pudiera tranquilizarla antes de llegar a Goonan.

Luego de haber pasado por terribles momentos (me refiero a los bicharracos y la explosión), llegamos a tiempo a cruzar el agujero de lombriz. Me encuentro en perfecto estado, aunque desearía no tener que volver a pasar por ello (me refiero al estiramiento). Me duele todo. Nos dirigimos al sistema planetario Goo. El segundo planeta, Goonan, está muy cerca, a poco más de un día cósmico.

Caramba, ¿qué es lo que ocurre? ¿Algo pasa con los sensores? ¿Están cambiando de color? ¿Es lo que creo? ¡Por fin! ¡Ya había perdido las esperanzas! Es la primera señal del objetivo. Es real: sea lo que sea que busquemos, está en ese planeta. ¡Sea lo que sea, hay un antídoto en Goonan!

Reformularé mis coordenadas y fijaré mi rumbo para un aterrizaje sin mayores inconvenientes.

La nave comenzó a dar imperceptibles saltitos de alegría. Estiraba sus patas de aterrizaje, silbaba por el periscopio, incluso llegó a pensar en dar un giro completo. Sin embargo, no lo

hizo; no podía dejar que sus emociones alertaran a la tripulación. Debía controlarse. Resuelta, decidió que esa misma noche, en cuanto todos estuviesen dormidos, se comunicaría con la Tierra. Debía informar que el próximo mundo hacia el cual iban tenía uno de los antídotos.

Mientras tanto, para que la tripulación se distendiera, encendió los altoparlantes de toda la nave.

BITÁCORA DE VUELO: Muy buenas noches, mis queridos tripulantes. Ha sido un largo día y estamos todos muy cansados. Quiero expresarles mi mayor agradecimiento por la energía que me suministraron para alcanzar el agujero de lombriz. Estoy muy orgullosa de ustedes, actuaron sabiamente. Ahora nos encaminamos a nuestro próximo destino a reabastecernos de energía: concretamente, reservas de turmalina negra. Les aconsejo que descansen, ya que no sabemos cuánto tiempo nos llevará establecer contacto con los habitantes y lograr nuestro objetivo. Descansen, en un día cósmico nos prepararemos para la orbitación o para el aterrizaje. Mañana seguiremos el protocolo de acercamiento. Me despido. Feliz descanso y los dejo escuchando otro conocido tema: Cometas al viento.

Un solo de guitarra inundó todos los rincones de la nave y la música suave y relajante se extendió. Voces armoniosas y bellísimas cantaron en un idioma muy antiguo que apenas conocía el licenciado Selenio. Eso no importaba: la música seguía siendo lo mágico y *Vandalia* sabía que esa melodía les brindaría un buen descanso.

En su cabina el profesor Von Yasid daba vueltas y vueltas alrededor de un mismo pensamiento: los ojos escotilla de *Vandalia*. Él estaba seguro de haberla visto parpadear y por eso la había puesto en hibernación profunda. ¿Cómo era eso posible? ¿Habría visto bien? Sí, estaba completamente seguro: la nave había parpadeado en medio de la hibernación y por eso giró la perilla. Se sentía muy mal por haberlo hecho, aunque sus motivos fueron resguardar la energía que le quedaba y que descansara para reponerse de los daños sufridos en la explosión. De todas formas, el procedimiento había dejado a la tripulación sin los detectores de zonas silentes y la había puesto en peligro. A pesar de que la comandante Artemisa era quien tenía la última palabra y era la responsable de la seguridad, él había tomado una determinación sin prever las consecuencias y eso lo hacía sentir terrible.

Aunque el peligro ya había pasado y todo había salido bien, sentía tremendos deseos de gritar y de expresar su bronca: se sentía culpable.

De pronto escuchó unos golpecitos en la puerta y eso interrumpió sus remordimientos. De una zancada fue hasta allí y abrió.

—¿No puede dormir, profesor?

—Comandante... —balbuceó.

Artemisa, con una bata y el pelo peinado en un moño, ingresó en la cabina con un par de chocolates en la mano y se los tendió.

—Tome, son de jarabe de alerce y nueces de Dajabakistán, sus preferidos —le sonrió.

—Comandante, yo no...

Erik sintió que ella sabía más de lo que en realidad decía. Siempre había sentido un gran respeto por la comandante; era famosa y respetada por su sentido común y su ejecutividad, pero su mayor talento era la sensibilidad y el poder de comprensión hacia los demás.

—Profesor, estoy aquí porque creo que usted se siente culpable. ¿Me equivoco?

—No, no se equivoca. Es cierto. Me siento responsable por mi conducta. Si no hubiese girado la perilla de la fase de hibernación al máximo, *Vandalia* podría habernos alertado de la cercanía de una zona silente y eso habría evitado que los bicharracos...

Artemisa le hizo una seña de que se callara y le señaló los bombones. Erik se levantó los lentes y miró la hermosa envoltura de fibra vegetal azulada. Desenvolvió uno y le dio un pequeño mordisco. Un exquisito sabor le recorrió el paladar y sintió por un momento que estaba en su tierra natal, caminando por los bosques de nogales y castaños del norte Dajabakistán. Sus ojos azules se humedecieron apenas al recordar su tierra.

—Profesor, la culpa no conduce a nada. En todo caso es improductiva. Usted, como científico, debería saberlo. La responsabilidad es necesaria y usted se hizo responsable. Tomó una determinación sin consultarme y ese, en todo caso, fue su error. Ahora bien, si usted no lo hubiese hecho, probablemente lo habría hecho yo. La única forma de ahorrar energía y reparar los daños era la hibernación profunda. No sabemos si eso no evitó males mayores. Lo que usted hizo fue, a mi entender, lo más sensato para el momento. Así que deje de culparse y trate de descansar. Si no fuese por su decisión, en este momento probablemente no podría estar hablando conmigo y mucho menos comiendo uno de sus bombones favoritos.

—Gracias, comandante.

—Descanse, profesor. Nos acercamos a un planeta del cual no poseemos casi ninguna información, así que lo necesitamos con toda su energía para el procedimiento y la evaluación de aterrizaje. Sueña con algo hermoso. Creo que no es preciso que le diga con quién —sonrió Artemisa y se dirigió a la salida.

El profesor Von Yasid cerró y se tiró en la cama. Se quitó los lentes y cruzó los brazos detrás de la cabeza. Tomó el otro bombón y lo dejó deshacerse lentamente en su boca. Bajó sus

párpados y recordó los caminos llenos de árboles inmensos de su tierra. La imagen de su amada Ahynara se coló entre ellos.

12

A pesar de haber tenido la posibilidad de retirarse temprano a sus cabinas —la comandante dio la orden de descanso luego de la salida del agujero—, no todos podían descansar. Wan Siu no tenía sueño. Se le había pasado y, aunque sabía que necesitaba dormir un poco, no lograba hacerlo. Por eso se levantó y activó la escotilla de plasma. Desde su cama el gas atrapado cambió de color: primero negro, luego azul y plateado, hasta quedar transparente y mostrarle el infinito llenito de estrellas. Esa era una de las ventajas de tener la cabina en el nivel superior: una escotilla en el techo.

El pelo largo y negro de la joven descansaba sobre dos almohadas. Se acomodó y contempló la noche sideral. Extrañaba su casa, tenía deseos de ver a su familia y sin embargo no deseaba volver a la Tierra.

Wan Siu estaba decepcionada; se sentía traicionada en lo más profundo de su ser. Sabía que alejarse del problema no lo solucionaría, pero el viaje a bordo de *Vandalia* había sido un alivio. Algo así como tender un puente de miles de kilómetros entre un punto y otro, dejando un largo espacio para olvidar. Con todo, no lo lograba.

Mirando la oscuridad y los puntos azules que corrían por el cielo, algunos fríos trozos de hielo y gases, recordó la partida, las palabras duras de su novio, y un dolor profundo le anidó en medio del pecho.

—No te vayas, por favor.

—Tengo que hacerlo. Me necesitan para operaciones especiales. Además, me convocó el Consejo Supremo.

—¡Que vayan otros técnicos de vuelo! —se exasperó el joven.

—En cuanto estos desastres terminen seguiremos con nuestros planes —intentó calmarlo Wan Siu tomándolo de las manos.

Las manos de él la rechazaron. Estaban en la cocina de la casa de la familia Dabarat. Por la ventana abierta se veía una de las altas cordilleras de Vandasia del Norte y debajo la espesa selva que cubría todo de verde.

—Si te vas, no voy a esperarte —dijo él duramente—. Vas a tener que elegir, Wan Siu.

—Lo sé —respondió ella con los hermosos ojos rasgados tan húmedos como los de él.

No hubo más palabras. Ella le dio un beso en la punta de los labios y abrió la puerta. Dos monos saltarines aparecieron por el balcón de la cocina y se balancearon en el barandal. El joven piloto sintió que una lágrima corría por su mejilla y se dirigió hacia la puerta: ella había tomado su decisión.

Wan Siu cerró y sintió un frío que la recorría por completo.

Su madre, envuelta en un sari color azafrán, entró desde la sala y alzó sus manos unidas en tanto agachaba la cabeza. Luego abrió los brazos para que su hija fuese a cobijarse.

Wan Siu no lo dudó: se quedó sentada junto a su mamá un largo rato. No dijeron nada. La madre se limitó a acariciarle el largo cabello negro mientras la hija sollozaba. Sabía que había tomado una difícil determinación, pero siempre elegimos. La vida es una continua elección.

Los ojos de la hija miraron los fotogramas de la sala: su madre vestida de piloto posando junto a su helinave, su padre y su madre con sus uniformes saludando en la cumbre de un pico nevado con las nubes alrededor. Su abuela con su antiguo uniforme el día en que su madre se recibió de piloto. Una foto familiar en la que estaba con sus hermanas, las tres con moco maorí tallado en sus mentones y sus labios negros, enfundadas en sus nuevos trajes y sonriendo, a punto de despegar en una helinave de rescate. Esa era su vida, los Dabarat habían sido pilotos por más de tres generaciones. La abuela materna, los abuelos paternos... La bisabuela todavía tripulaba naves, a pesar de quejarse de que ya no le renovaban la licencia para vuelos que salieran del sistema solar. Lo del límite de edad, decía, era un verdadero atraso y una falta de respeto.

—No te aflijas, hijita. Hiciste lo que sentías. Están pasando cosas terribles en este mundo y debemos ayudar.

—Siento que no me comprendió en absoluto —murmuró Wan—. Después de tantos años de estar juntos, es como si no me conociera.

—Las personas cambian, Wan Siu. Ustedes eran muy jóvenes. Ahora toman determinaciones diferentes, eso es todo.

—Mañana debo presentarme a primera hora. Tengo que volar a llevar suministros a los lagos helados, en Dajabakistán.

—Es una misión peligrosa, hija mía.

—Lo sé.

—Todo va a salir bien —le sonrió su madre y el punto rojo de su frente pareció brillar.

Wan Siu se apretujó en los cálidos brazos de la madre y se sintió mejor. Cuando llegó su padre se pusieron a cocinar platos especiados, con las pocas legumbres que se conseguían. El aroma a hogar de los Dabarat se esparcía por toda la casa. Las hermanas llegaron y se dispusieron a ayudar. Cenaron en el piso del comedor, sentados sobre esteras, como era su costumbre, y pidieron protección para Wan por las difíciles misiones a las que iba a enfrentarse en adelante.

Todo aquello parecía tan lejano... reflexionaba ella en su cama mirando por la escotilla de plasma. Sin embargo, el dolor volvió a agujonearle el pecho. Miró hacia su mesa de noche y vio la botella mensajera que él le había enviado. Aún permanecía cerrada. No se había animado a abrirla y leer su contenido. Le temblaban las manos de solo pensarlo.

Primero había decidido dejarlo para después de tomar los filtros de sueño. Cuando se despertara estaría mejor, más descansada, y entonces abriría el correo. Pero sobrevino la explosión, después el ataque de la zancuda a Batuk, más tarde los murciélagos y luego el salto. No había tenido tiempo. Tampoco tenía ganas, pero sabía que el mensaje enviado en esa botella no iba a dejarla dormir hasta que lo leyera. Tenía que hacerlo, tenía que juntar coraje y destapar por fin esa botella.

Entretanto, en su cabina, el doctor Zanadory dormía como un tronco. Sus largas rastas de colores esparcidas por la almohada, sus dos brazos colgando fuera de la cama, los pies que asomaban por debajo del cubrecama y sus acompasadas respiraciones lo confirmaban. Estaba teniendo un sueño hermoso. Caminaba por el campo donde todavía crecían plantas y había árboles frutales, muchísimos. De pronto llegaba a un arroyo. Se detenía y se lavaba la cara en un agua pura y cristalina que corría entre piedras. Entonces se sentía observado, volteaba la cabeza y no veía a nadie. Sus pupilas se dilataban y sus ojos lilas buscaban entre los árboles, pero no veía a nadie. Se sentaba junto a una roca y apoyaba su espalda en la piedra. Recogía sus piernas y se quedaba contemplando el agua que corría. Aunque estaba solo, muy solo, allí se sentía acompañado; no temía ser diferente, no temía no encajar con el resto. Siempre se había sentido distinto, pero cuando estaba allí, al borde del arroyo adonde solía ir de pesca con su padre y con su madre, cuando aún había peces libres y no solo de criadero, él era un niño feliz. En mitad de esos recuerdos sentía que alguien lo observaba; estaba seguro, había alguien más. De repente al otro lado del arroyo descubría a alguien. Era una hermosa joven de piel marrón, cabello muy negro, ojos rasgados y un tatuaje en los labios y la barbilla. Súbitamente sintió que el corazón se le aceleraba y que caía y caía.

Zanadory se despertó al caerse de la cama. Las imágenes del sueño se quedaron en sus ojos lilas. Apenas sonrió. A pesar de la caída, soñar con ella lo ponía de buen humor, aunque lo que sentía lo tenía muy confundido. Subió otra vez a la cama. Había sido una jornada agotadora. Bebió un sorbo de leche de cabra, que siempre se llevaba a la mesa de noche. Su sabor le recordaba la granja de los abuelos, las mañanas de sol, el campo con aroma a rocío, cuando el rocío todavía no quemaba las pasturas. Hacía de eso tanto tiempo...

Había una chica a la que conoció en la universidad mientras estudiaba su carrera de medicina. Era la única que le había interesado en toda su vida. No se animó a hablarle hasta que ella no lo hizo. Fue en una clase de microbiología y anatomía dictada por el profesor Ganímedes, uno de los maestros más experimentados, pero también de los de peor carácter de todo el planeta. Ella tuvo la brillante idea de mandarle a Zanadory un mensaje en medio de la clase, envuelto en un

diminuto papel saltarín. Él no había reparado en ello hasta que le saltó el papel en el regazo. Lo abrió sin pensar, rápidamente, y encontró una frase que no dejaba lugar a dudas: *Te espero a la salida*.

La mirada lila de Zanadory se cruzó con la de ella, que sonreía con picardía. De repente, como un trueno en plena tarde de verano, llegó a su lado el profesor Ganímedes y con sus largos bigotes, que casi le llegaban a las rodillas, le llamó la atención. La clase entera se rio de Zanadory y ese sencillo incidente bastó para que él huyera a la hora de la salida. El resto del año se dedicó a esquivar a la chica. Se sentaba en la otra punta del salón, no la miraba, ni siquiera le sonreía, se sentía sumamente incómodo en su presencia, no sabía cómo actuar. ¡Ojalá hubiese tenido algún amigo en quien confiar! Que alguien lo notara lo hacía sentir aterrado, así que se dedicó a pasar inadvertido, al menos para el sexo femenino.

Ella después de un tiempo se cansó y al tercer año de estudios Zanadory, como alumno avanzado, recibió una beca para trabajo de campo en los hospitales más avanzados de Liamerindia. Allí tuvo la oportunidad de conocer los nuevos métodos y de llevar a la práctica nuevas tecnologías. Se dedicó a estudiar más de la cuenta, que es un refugio seguro cuando uno no encaja con el resto del mundo. Al menos eso era lo que pensaba aquel joven de rastas multicolores. Las mujeres no habían sido un capítulo muy importante en su vida; en realidad les temía, como si se tratara de un virus desconocido que podía mutar en cualquier momento y convertirse en pandemia.

Cuando ya se había recibido y cursaba en Vandasía el posgrado en medicina antigua y ritos chamánicos de sanación, se volvió a cruzar con ella. La doctora Ming estaba más hermosa que nunca y ahora era una experta en mutaciones dérmicas. Cuando se encontraron de casualidad en la fiesta de un prestigioso centro de investigaciones, el doctor Zanadory no sabía cómo actuar. Sentía que todas las miradas de los presentes estaban sobre él, como la tarde en la que ella le envió el bollito de papel saltarín y fue descubierto por el profesor Ganímedes. Ella se abrió paso entre la gente con una copa en la mano. Sus ojos se habían iluminado al ver las rastas de colores del ya conocido como el nuevo talento de la medicina terrestre y extraterrestre, el doctor Zanadory. Fue una enorme decepción para ella cuando, luego de cruzar el inmenso salón, comprobó que él ya no estaba. Otra vez había huido.

De todo aquello hacía ya bastante tiempo y, sin embargo, ahora sentía algo nuevo, algo diferente, y no sabía cómo manejarlo. Zanadory contempló el techo de su cabina y un viejo atrapasueños que colgaba de uno de los tubos de ventilación. Era un regalo de un viejo amigo de su padre cuyos antepasados habían habitado las selvas del ecuador en Liamerindia. Las plumas colgaban de trozos de cuero y la circunferencia tenía un entramado de hilos y cuentas de colores. Los sueños podían ser filtrados y traían paz al alma, decían los antiguos médicos o chamanes. Sopló el filtro de sueños y las plumas se movieron apenas. Las cuentas brillantes giraron y el doctor se quedó contemplando aquella maravilla que tenía miles de años de historia.

Se rascó el pelo. Era un gesto que había heredado de su madre, al menos eso decían sus abuelos. Volvió a taparse y dejó que las bellísimas imágenes volvieran y lo llevaran nuevamente junto al arroyo y a Wan Siu.

En la cabina superior, junto a la de la técnica de vuelo, los dos primos dormían profundamente. Después de todo eran adolescentes, por más ukanianos y anaranjados que fueran. Batuk soñaba que estaba con sus amigos a la salida del instituto y que jugaban una competencia con sus tablapatines imantados. Había varias rampas instaladas junto al edificio de la escuela. La cerámica de superconductores permitía que los tablapatines saltaran y volaran hasta alturas increíbles. Batuk era uno de los más diestros en hacer piruetas y eso causaba la admiración de las chicas ukanianas, lo que lo ponía de un excelente humor. Se veía frente a una rampa curvada de unos diez metros de altura, tomaba impulso con un pie y haciendo equilibrio en su tablapatines se lanzaba a una velocidad increíble en ascenso por la rampa. Todos aplaudían. Alcanzaba el punto máximo de altura y allí daba dos giros en el aire antes del descenso. Era un sueño perfecto, hasta que aparecía otra tablapatines a su lado y lo superaba en altura por casi un metro.

¡No podía ser! De pronto los dos contendientes entraban en la rampa nuevamente y volando a escasos centímetros de ella se dirigían a un doble trébol. Los que miraban contenían la respiración, parecía que iban a chocar. Las tablas apenas se rozaban y cuando se detenía en el aire una fracción de segundo lograba verle la cara a su oponente. Era ella, la única capaz de desafiarlo, siempre ella. Tendría que haberlo imaginado.

Batuk se dio vueltas en la cama. Dormía en la litera superior y su prima Anuk lo hacía en la de abajo.

—Mariuk. Es Mariuk —se movió inquieto.

Anuk oyó a lo lejos el nombre pero continuó dormida.

El licenciado Selenio dormía también apaciblemente, después de leer un poco. Su lupa infraruzul había quedado sobre la cama y el libro también. Se trataba de un ejemplar único de la Historia de los grandes descubrimientos. Incluso explicaba una teoría defendida por una reconocida astrofísica de la época, según la cual no se podía viajar en el espacio por largos períodos. El libro era una verdadera reliquia y lo más interesante era que había sido escrito cuando su luna natal, Europa, aún no estaba habitada. Cuando los científicos terrestres opinaban que no era posible que nadie viviese allí. ¡Qué locura! Una luna de Júpiter habitable era imposible. Con el tiempo los físicos y matemáticos fueron descubriendo teorías y tecnologías que hicieron que lo imposible se volviera probable y luego posible.

Ese libro tenía fascinado a Selenio. Sus tías se lo habían regalado en uno de sus cumpleaños, no recordaba cuál. Lo había llevado al viaje porque, entre otras cosas, recordar que lo imposible hoy quizás sea posible mañana le daba ánimo para continuar cruzando las fronteras de las nebulosas difusas o internándose en mundos desconocidos. Siempre se podía realizar un intercambio interesante. Esa era una de las razones por las cuales había ofrecido sus habilidades

como intérprete y traductor de lenguas y como asesor de protocolo al formarse la tripulación de *Vandalia*.

Ahora el licenciado descansaba apaciblemente. Sus dos corazones latían acompasados y su mente fluía como un río azul de aguas serenas.

Hace un rato largo que vigilo todas las cabinas y por fin todos se durmieron. Creía que no lograría comunicarme. Finalmente voy a hacerlo. Voy a iniciar la fase de comunicación terrestre y a anular toda comunicación con la tripulación por los poros altoparlantes.

Por la superficie externa de *Vandalia* se extendieron tres largos hilos de fibra óptica, que se unieron formando un triángulo perfecto. La triangulación era uno de los procesos que antiguamente definían la posición de un objeto en cualquier parte del universo. Esa había sido la base de las nuevas comunicaciones. De todas formas, las distancias entre el universo interior, dentro del sistema Solar, y el exterior eran inmensas, y siempre se dificultaba la llegada de mensajes de forma clara. La tecnología todavía no lograba una comunicación veloz. Quizás en unos cientos de años...

La nave siguió con su procedimiento, tenía órdenes precisas. Cualquier tipo de comunicación con la Tierra debía llevarse a cabo en absoluto secreto. Los informes semanales se enviaban al espacio y llegaban puntualmente, siguiendo los puntos de rebote establecidos por el sistema de envío de correos interplanetarios. En otros casos se recurría a naves mercantes que trasladaban los paquetes o incluso las botellas mensajeras de un sistema a otro y allí eran recogidos por otras naves. Era, en fin, un procedimiento que permitía mantener contactos frecuentes con lugares muy alejados. Sin embargo, *Vandalia* poseía el sistema de triangulación de cabellos, lo cual era un verdadero avance en ese sentido. Nunca lo había utilizando hasta ese momento. Ahora era sumamente necesario; debía hablar con los sabios y ponerlos al tanto de lo que señalaban sus sensores. Desconectó los poros altavoces. Ningún miembro de la tripulación podía enterarse de aquella charla.

Bitácora de vuelo secreta: Activo los cabellos de triangulación. Estoy esperando hacer contacto. Siento un cosquilleo en el núcleo que sube por el torrente plasmático. Es una sensación extraña. Supongo que es normal. Mis índices están en buenos niveles.

Desde la punta del triángulo formado por los largos cabellos de fibra surgió un destello luminoso que se trasformó en un potente rayo. En nanosegundos se dispersó por el universo externo y fue rebotando en diferentes lugares. Saltó de una estrella del vórtice de una galaxia a un residuo espacial, luego a un planeta, un asteroide, la partícula de hielo de un cometa, hasta que por fin, de rebote en rebote, ingresó en el sistema Solar y allí entró con un diminuto meteoro en el planeta azul, como una estrella fugaz en mitad de la noche. Una hora después *Vandalia* recibió por primera vez una respuesta.

—Aquí habla *Vandalia*. ¿Pueden oírme?

—... Ssssss... ííííí.

—Voy a definir más los altímetros sonoros porque no tengo buen retorno.

—... Ssssss... íííííí.

—¿Me escuchan?

—Ppppppprrrr mmmmen... ttttte.

La interferencia parecía ser permanente. Ajustó las coordenadas y en las pantallas la voz tomó una frecuencia que pasó de azul al rojo, del rojo al amarillo y finalmente se detuvo en un violeta uniforme.

—¿Me pueden oír? —repitió.

—Perfectamente —respondieron por fin.

—¡Qué alegría volver a oírlos luego de tantos meses!

—Para nosotros también. Imaginamos que ocurrió algo.

—¿Son buenas noticias? —preguntó la voz de una de las sabias.

—Creo que sí —contestó—. Nos acercamos a uno de los mundos perdidos y mis sensores se encendieron por primera vez.

Del otro lado se oyeron grititos de alegría, suspiros, y algún ¡por fin!

—Estamos muy emocionados. Albergamos esperanzas.

—¿Qué debo hacer? —preguntó *Vandalia*.

—Nada. Solo ellos pueden encontrar el antídoto. No... inter...

—Se corta —resopló molesta.

—No intervenga...

—Es su misión...

—¡Pero no tengo idea de lo que les espera! ¡Pueden correr peligro! —explicó la nave alarmada.

—No intervengas, *Vandalia*, o no serviría de nada. Ellos... deben encontrar sin ayuda... el antídoto.

Súbitamente la comunicación se volvió una interferencia larga y monótona apenas interrumpida por frecuencias que parecían el sonido de una tiza en una pizarra. La comunicación se había detenido. Sabía que ya no tenía sentido seguir intentándolo, así que retraje los cabellos de triangulación.

El mensaje, aunque algo distorsionado, había sido claro: no debía entrometerme, solo prestar mis servicios si me lo solicitaban; no podía evitarles el peligro. Ellos debían encontrar el antídoto solos, sin mi ayuda. Eso, debo admitirlo, me puso de muy mal humor y me dejó muy inquieta.

La nave seguía su curso prefijado. Los ojos escotilla de *Vandalia* se quedaron como perdidos en la inmensidad del cosmos. Sus pensamientos eran un torbellino de ideas: debía serenarse.

13

Cuando Selenio entró a la cocina circular el aroma a té de hierbas lo hizo sentir muy bien. La caldera de hierro sobre uno de los fogones de piedras primarias despedía vapor. Sobre la mesa de fresnolín se hallaban dispuestos las tazas y los vasos. En el salón no se veía a nadie. El licenciado se dejó llevar por el aroma que despedía una gran tetera de barro rojo oscuro con delicados símbolos rúnicos. Leyó la inscripción: Quienes beban mis infusiones encuentren paz y sabiduría. Una sonrisa se dibujó en sus labios azules; solo una persona habría sido capaz de elegir esa tetera...

Las hierbas se hallaban dispersas a lo largo de la mesada circular y alguien las había mezclado para dar como resultado aquel maravilloso aroma que surgía de la punta de la tetera y ascendía esparciéndose por todo el Salón Argonauta. Sin dudas había menta de Silacia, verbena purpúrea y morada, cedrón vulgaris, flores de caléndula, jazmín blanco, hierba del Tíbet y una cantidad más que le resultaba imposible nombrar.

Súbitamente una mano surgió y depositó un manojo de semillas de abedul.

—¡Por fin! Pensé que no iba poder encontrar las malditas semillas que tanto le gustan.

Selenio carraspeó. Era una situación un poco incómoda, por no decir incómoda del todo. Casi de inmediato sintió que sus mejillas ardían e imaginó que tomaban una coloración azul claro.

La comandante se asomó y casi se cae al piso cuando lo descubrió detrás de la mesada. ¡Qué horror, Selenio la había escuchado! ¿Cómo podría salir de semejante situación? Sintió que el peinado con forma de pirámide otra vez se le iba torcer, pero esta vez porque ella iba a tirarse de los pelos por su conducta tan inapropiada. ¿Cómo no suponer que podía entrar alguien? ¿Por qué había hecho ese comentario justo cuando Selenio estaba allí? ¿Quién había colocado el pote de semillas en el cajón más bajo, detrás de todos los frascos de la despensa? No sabía qué hacer. Por fortuna llevaba puestos sus lentes en la punta de la nariz y al incorporarse decidió en un segundo buscar una explicación satisfactoria a sus palabras.

Lo miró discretamente, como si no hubiese reparado en él. Selenio la había oído: el color azul claro de sus mejillas era inconfundible; estaba alterado. Ella también, por eso intentó disimular

cuanto pudo.

—¡Ah, licenciado Selenio! ¿Estaba allí? No lo oí entrar. Es demasiado silencioso.

—Me dejé llevar por el aroma del exquisito té, comandante —dijo ceremonioso, intentando que no le temblara la voz.

—Si hubiese sabido que estaba, le habría pedido que buscara las semillas de abedul —dijo señalando el puñado que había dejado desparramado sobre la mesada junto a las demás hierbas.

—Claro que sí. El té de semillas de abedul es mi favorito.

Artemisa estaba esperando esa frase para poder zafar de la situación embarazosa en la cual se había metido y la aprovechó con rapidez.

—Justamente, por eso las estaba buscando. A usted le gusta el sabor de ese té. Al profesor Von Yasid le encantan las raíces de jacandil; a Wan Siu, el té de flores de jazmín y verbena morada. Zanadory prefiere endulzarlo con miel de Liamerindia, en lo posible de abejas salvajes; dice que tiene mejor sabor. En fin, cada uno de nosotros tiene sus gustos y yo trato de hacer una mezcla que satisfaga a todos —y subiéndose los lentes preguntó—. ¿Me ayuda con la tetera?

—*Xania nguble axia integle xania* —respondió atribulado.

—Xaniano a esta hora no, por favor —le sonrió ella tomando un par de tazas más del estante.

—Quiero decir que con todo gusto le llevo la tetera —y retomando su ceremoniosa compostura agregó—: Usted no pensará que yo creí que buscaba las semillas de abedul solo para hacerme un té a mí, claro está.

—Noooo, para nada, licenciado. En ningún momento se me cruzó por el peinado... quiero decir por la cabeza semejante idea. Sería absurdo. Será mejor que lleve la tetera a la mesa, licenciado. Se le va a quemar la mano con el vapor.

—Oh, tiene razón, comandante. Ya la llevo.

Ninguno de los dos había quedado satisfecho con la explicación del otro, pero decir lo contrario sería poner en evidencia que sentían algo así como...

—¡Buenos días! —vociferó Erik entrando al salón—. He dormido como un berebere bajo las estrellas infinitas del cielo del desierto. Eso decía mi abuelo Yasid. Solía cruzar en caravanas de camellos las arenas de Dajabakistán al sur —y se dirigió a la comandante.

Erik no llevaba puesto su casco. Se había peinado con dos trenzas y también se había hecho dos trenzas a ambos lados de su negra barba. Se aproximó a la comandante y sus ojos azules le expresaron una enorme gratitud. Sus palabras habían sido un bálsamo para su atormentado espíritu y sin duda los bombones de jarabe de alerce y nueces lo habían reconfortado.

—Gracias por lo de anoche, comandante —le dijo tomándole la mano con delicadeza y besándosela.

—No ha sido nada, profesor —le restó importancia Artemisa—. Es parte de mi responsabilidad velar por su bienestar.

Selenio, todavía con el asa de la tetera sujeta con su mano azul, sintió que le subía por dentro

una sensación poderosa y desconocida. Miró al científico como si lo hubiese visto por primera vez. Las palabras de él se le clavaron como agujas en el pecho y el beso que le dio en la mano por poco lo hace lanzar la tetera hacia el techo de la cabina. Eso no sería apropiado según los manuales de buena conducta y protocolo, pero era lo que tenía ganas de hacer. No sabía cómo se llamaba eso que le hacía palpar los dos corazones llenos de rabia y enojo. Bueno, sí lo sabía. Se lo preguntó a sí mismo en junglalavo. *¿Jagleundjagle? ¿Jagleundjagle? ¿Jagleundjagle?* ¿Celos? ¿Celos? ¿Celos?

Apoyó la tetera justo a tiempo sobre la rueda de fresnolín que estaba en el centro de la mesa. Erik venía a saludarlo y a sentarse a su lado.

—Buenos días, licenciado. ¿Descansó bien? Lo noto un poco nervioso. ¿Le pasa algo?

—No, nada. *Jagleundjagle*.

—¿Cómo dice?

—Que no me ocurre nada. Casi me quemo con el vapor de la tetera —señaló el licenciado.

Al observar la inscripción rúnica, Erik Von Yasid le pidió que la tradujera porque él solo conocía palabras aisladas.

—Con todo gusto —recuperó la calma el licenciado—. Dice que los que bebamos el té de este recipiente encontraremos paz y sabiduría.

—Gracias. Qué interesante.

Artemisa se sentó junto a ellos y sin mirar a Selenio a los ojos levantó la tetera y sirvió en las tazas de barro. Los tres permanecieron en silencio, cada uno sumido en sus pensamientos, en tanto el aroma del té los envolvía y calentaban sus manos en la superficie de las tazas.

El doctor Zanadory entró a la cocina con una sonrisa en los labios. Aspiró el aroma a té y decidió preparar panes para todos. Claro que no podía ponerse a cocinar, tenían demasiadas cosas por hacer a lo largo del día. Así que saludó, la comandante le sirvió una taza de té, disolvió en ella tres cucharadas de miel de abejas salvajes de Liamerindia y se lo llevó a la mesada. Zanadory ya había sacado de la cámara frigorífica bollos de canela, panes de Venus y panecillos de ciruelas pasas y jengibre. Encendió el horno fotónico y dejó que se hornearan por unos minutos en tanto degustaba su té. En la mesa el silencio seguía siendo pesado. Algo sucedía, pero el doctor ignoraba por completo de qué se trataba.

—¿Les pasa algo? Están demasiado callados.

—No ocurre nada, doctor —contestó apresuradamente Selenio—. Es un momento de paz y de sosiego antes de comenzar las tareas.

—Comprendo —se rascó el pelo el doctor, que en realidad notaba que le ocultaban algo.

El aroma a los panes y bollos horneados era una delicia y pronto atrajo a dos ukanianos que con cara de dormidos y mucho apetito entraron por el pasillo.

—¡Buenos días! —saludaron a coro.

—De a uno, jóvenes —pidió la comandante—. A esta hora me rebotan los sonidos.

—Perdón —sonrió Anuk y le estampó un beso a Zanadory. Se acercó a la placa con bollos que acababa de sacar del horno y se comió uno.

—Anuk, están muy calientes —se alarmó el doctor.

—Resisto altas temperaturas —largó ella la risa y tomó otro.

—Batuk, no sigas el ejemplo de tu prima —dijo el doctor levantando la asadera.

—No voy a hacerlo —se rio Batuk y metió la mano anaranjada en el horno—. Prefiero los panes de Venus, son deliciosos. Artemisa iba a amonestarlos, pero aquellos dos revoltosos anaranjados habían sido una salvación, aunque luego debía llamarles la atención por sus modales. Selenio bebía de a sorbos muy pequeños. Erik ya estaba discutiendo con Anuk y Batuk, y el doctor esperaba que el horno de fotones anunciara que estaban pronti los bollos de ciruelas y jengibre. Acababa de colocar los panecillos, los bollos y los panes de Venus en tres canastos cuando apareció Wan Siu Dabarat. Zanadory sintió que volvía el sueño, que veía el arroyo, la cabellera negra y los ojos rasgados de ella. Tenía ganas de saltar, de confesarle todo, pero al ver su rostro se alarmó. Lucía fatigada, como si una nube muy negra hubiese empañado la dulzura de su rostro.

—Wan Siu, no tenés buen aspecto —dijo Zanadory—. Quiero que pases por la enfermería para hacerte una evaluación en cuanto terminemos de desayunar.

—No es necesario, doctor. Es que no descansé bien —dijo ella caminando hacia la mesa.

—Preparé un té con flores de jazmín y verbena morada —la alentó la comandante.

—Gracias, me vendrá muy bien.

Una silla imantada corrió por el salón y se colocó junto a la técnica de vuelo. Wan Siu se dejó caer. No tenía ánimo para nada. Su cabeza solo recordaba la botella mensajera sobre su mesa y el corcho a un costado. La carta estrujada se hallaba sobre la cama.

Zanadory se arrimó una silla y dispuso las canastas. En unos minutos el aroma del té y el pan fue ganando espacio y todos comenzaron a mantener pequeños diálogos:

—Está delicioso el té, comandante.

—Muy sabroso el pan de Venus, doctor.

—Me encantan los bollos calientes.

—Porque nunca te podrías quemar la legua, jovencita anaranjada.

—¿Más té, Zanadory?

—Batuk, ¿me pasarías la miel?

—Yo quiero otro pan de Venus.

Solamente Wan Siu permanecía callada sorbiendo su té. Las flores de jazmín y verbena púrpura y morada apenas habían logrado aquietar la angustia que sentía dentro de su pecho. No debía haberla abierto, no debía haberla abierto, no debía haberla abierto.

Las pupilas lilas de Zanadory la contemplaban como sin querer. Sabía que le pasaba algo: estaba triste, distante. Algo la preocupaba y él tendría que averiguar qué era. Pero ¿cómo

hacerlo? No tenía la menor idea.

BITÁCORA DE VUELO: Buenos días, tripulación. Espero que hayan descansado bien. Hoy nos espera una larga jornada de trabajo a bordo. Por el momento seguimos con el curso prefijado en el piloto de navegación automática. No hay ninguna señal de distorsión en nuestro giroscopio. Los dejo terminar su desayuno y los espero en veinte minutos en la cabina de mando del nivel 2.

Todos asintieron. La comandante dio la orden de terminar el desayuno en diez minutos y fijó la reunión cinco minutos después en la cabina de mando. Quería repasar antes algunas coordenadas con la técnica de vuelo y con sus ayudantes.

El doctor Zanadory insistió en examinar a Wan Siu antes de la reunión. Ella no pudo oponerse porque la comandante dio la orden.

—Wan Siu, necesito que el doctor te haga un examen. Son las reglas —le sonrió y tocó su *piercing* en la oreja retrayendo los lentes—. No sea cabeza dura, piloto. El doctor Zanadory no la va a pinchar.

—¡Ayyyyy! —se tocaron el brazo Anuk y Batuk.

—Basta de bromas —los cortó la comandante—, o le diré al doctor que revise sus vacunas.

—Las tengo todas —saltó Anuk.

—Yo también —se sumó su primo.

—Le puedo pedir que les dé un refuerzo de vitaminas —bromeó la comandante.

—No hace falta —rio Anuk.

—Me alimento muy bien y estoy saludable —mostró sus músculos anaranjados Batuk.

La comandante les pidió que la siguieran hacia la cabina de mando. Aquellos dos jovencitos siempre la hacían reír, sentía una debilidad especial por ellos. Miró de reojo a la técnica de vuelo y notó que su hermoso rostro no estaba iluminado como siempre. El doctor tenía razón: las ojeras de Wan Siu podían ser el preámbulo de una enfermedad y necesitaba tener la certeza de que se hallaba en perfectas condiciones de salud antes de comenzar el procedimiento de aproximación.

Wan Siu siguió a Zanadory sin mirarlo. Caminaron por el pasillo y torcieron rumbo a los ductos de succión, pero el doctor prefirió el elevador. Apretó E 7, enfermería, y el cubículo se desplazó en forma lateral y luego descendió, manteniendo la cabina siempre vertical, hasta alcanzar el nivel E y abrir sus puertas frente a la enfermería. El médico puso su mano y su pupila frente a la puerta y esta se abrió.

—Adelante, Wan Siu.

—No estoy enferma —insistió—. No tengo nada. Solo descansé poco. Ayer fue un día muy agitado.

—Te tengo que pedir que te sientes en la silla de observación.

—Está bien —dijo de mala gana.

A simple vista parecía una silla común, pero los mecanismos con los cuales contaba incluían la tecnología más avanzada. Wan Siu se sentó y la silla se reclinó suavemente. Se estiró por debajo de sus botas y sus pies descansaron sobre ella en tanto una cúpula de glasterano descendía del techo y se colocaba sobre su cabeza. El doctor se acercó a su ordenador y visualizó la pantalla. El delgado cuerpo de la técnica de vuelo aparecía en ella como una serie de delicados trazos de líneas de fuerza que circulaban en todas direcciones en forma continua.

—La circulación sanguínea es normal. Veamos ahora el sistema linfático —y pulsó varias teclas del procesador cuántico. La imagen cambió de colores y una serie de puntitos colorearon los canales de drenaje linfático. Todo estaba en orden. Luego de revisar la cantidad de glóbulos rojos y blancos y medir las plaquetas con los datos aportados por el procesador, concluyó que el malestar no se reflejaría en aquel examen. Zanadory se puso los lentes infrazules y se aproximó a Wan Siu. Presionó la base de la camilla y esta retomó su posición original, aunque levemente inclinada.

—Voy a examinar tu aura.

Wan Siu no se opuso, pero se sintió intimidada. Zanadory elevó sus dos manos y las dejó a unos diez centímetros del cuerpo sobre el plexo solar de la técnica de vuelo; cerró sus ojos y dejó que la energía ascendiera por sus manos. Las vibraciones eran poco armónicas, algo hacía interferencia. Venía del centro de su pecho y ascendía hacia su cabeza.

En sus largos años de estudio y de prácticas con los sabios chamanes, el doctor Zanadory sabía que muchas enfermedades no eran detectadas por ningún aparato, por más preciso y de última tecnología que fuera. Las oscilaciones del aura que tenían que ver con el espíritu de las personas no se medían en rayos X o en luces infravioletas. Solo eran energía visible por aquellos que recibían sus vibraciones inarmónicas a través de su propio cuerpo. Él estaba entrenado para leer esos mensajes con sus manos y podía ver claramente el aura de una persona. Una sombra se expandía a lo largo de Wan Siu y él pudo percibirla de inmediato. Su armonía se había visto alterada y eso estaba muy claro.

—No encuentro ningún síntoma grave de orden físico, piloto —dijo mirándola directamente al fondo de sus ojos rasgados—. Sin embargo, noto una falta de armonía que se refleja en el diagnóstico del aura.

—Solo necesito ponerme a trabajar —contestó ella con dureza—. ¿Ya puedo irme?

Zanadory apretó el pedal de la silla y esta quedó en su posición inicial. La cúpula de glasterano ascendió y se insertó en el techo de la enfermería. Los catéteres que habían

descendido se retrajeron más lentamente.

—Están un poco lentos —señaló el doctor—. Tengo que pedirle a Batuk que les haga mantenimiento. Hay que ajustar un par de cables —y trató de que ella sonriera sujetándose una de sus rastas como si fuese el cable.

No podía dejar que ella se fuera sin que le dijera su diagnóstico. Wan Siu permanecía de pie con la mirada en el piso. El doctor se aproximó al botiquín y estiró la mano hacia un frasco.

—Creo que algo te preocupa mucho y te entristece demasiado. Es como una nube negra que flota en torno a tu corazón. Deberías sacarla de allí, te consume demasiada energía —y tomó un frasco con elixir de amatista y aceites esenciales—. Deberías ponerte unas gotas en el centro del pecho. Trasmutan las energías negativas.

—Gracias, doctor Zanadory —respondió tomando el fresco rosado y salió al pasillo.

—De nada... —balbuceó el doctor.

14

—*Vandalia*, nos aprestamos a iniciar la fase 1 de aproximación al planeta Goonan.

—Comprendido, inicio de fase uno.

—Comencemos con el protocolo, licenciado —ordenó la comandante.

Todos se hallaban en la cabina de mando del nivel 2. La reunión había comenzado y la puntualidad era algo que nadie discutía. Cada uno ocupaba su puesto. Wan Siu estaba de pie en torno a la mesa central de la cabina, a su lado el licenciado Selenio de Europa con su libro de protocolo, luego el profesor Von Yasid y por último la comandante. Anuk y Batuk estaban sentados en los sillones de comando y efectuaban las revisiones de todo el panel de control. Batuk tecleaba, apretaba botones y perillas, bajaba palancas, y Anuk iba anotando todo en una pizarra transparente que tenía un plano de la nave en miniatura.

—Giroscopio, 107.050, índice de reflexión 35 grados.

—Correcto —anunciaba Anuk.

—Velocidad de aproximación 1.234567 rhm.

—Correcto.

—Verificación de cuadrículas.

—A1 a A10 nivel superior código verde.

—Normal, correcto —seguía anotando los valores Anuk. En tanto ellos continuaban con su rigurosa revisión del estado general de *Vandalia* antes de la aproximación, la comandante se presionó el *piercing* en la oreja, sus lentes se colocaron en posición y se los acomodó un poco por encima de la nariz respingada. El licenciado debía comenzar con el protocolo pero se demoraba ojeando el libro que tenía en sus azules manos.

—¡Selenio, para hoy!

—Disculpe, comandante. Tengo una confusión...

El rostro de Wan Siu también mostraba una preocupación que no se debía al mensaje de la botella. Había estado revisando las cartas estelares y algo no andaba bien. Por eso cuando el licenciado hizo ese comentario apoyó las manos sobre la mesa de glasterano y giró la cabeza

para mirarlo a los ojos.

—¿Cuál es la confusión? —se impacientó la comandante.

—El planeta Goonan. No aparece dentro de las normas de protocolo desde hace mucho tiempo. Nadie lo ha visitado. No hay información actualizada.

—¡No puede ser! —se sorprendió la comandante.

—Aparentemente así es —afirmó el licenciado.

Wan Siu no quería despertar la alarma, pero debía informar lo que había descubierto en el mapa de rutas estelares. Por eso habló:

—Creo que además hay otro problemita. El planeta Goonan tampoco aparece en las cartas estelares. Solamente en las viejas rutas comerciales de los exploradores de hace cientos de siglos.

—¡Debe de haber un error! —vociferó Von Yasid y se estiró las trenzas de la barba.

—No, Erik, no lo hay —y la técnica de vuelo tocó con la yema de los dedos la plasmaplaca que estaba sobre la mesa.

Surgió delante una pantalla tridimensional que mostraba el mapa estelar más reciente, y el planeta Goonan no figuraba. Una exclamación general recorrió la cabina: todos estaban desconcertados. Entonces Wan presionó nuevamente y otro mapa holográfico antiguo se superpuso al anterior. Allí sí aparecía el diminuto planeta al cual se dirigían. Era todo muy confuso. Por eso la comandante recurrió a *Vandalia*.

—*Vandalia*, ¿es posible tener información acerca de este inconveniente? Nos dirigimos a un planeta que no existe. ¿Se trata de una ilusión óptica, alguna desviación de rayos que lo vuelve invisible? Opinión, por favor.

—El planeta al cual se dirigen forma parte de los llamados mundos perdidos. Dejó de establecerse comunicación con él desde hace siglos. Lo único que se sabe es que posee las fuentes energéticas más cercanas para mi reabastecimiento: depósitos subterráneos de turmalina negra en grandes concentraciones. La restante información deberá ser recaba por ustedes mismos. Yo no poseo otra base de datos.

La noticia les cayó como una ráfaga de nitrógeno líquido: los dejó helados. Si *Vandalia* no tenía más datos, ellos deberían aterrizar en un mundo casi inexplorado, del cual no poseían datos, y eso era un riesgo para cualquier misión. Por otra parte, debían recargar combustible o no podrían continuar su viaje, y mucho menos emprender el regreso.

—Profesor Von Yasid, quiero su opinión —pidió con preocupación la comandante.

—Nuestras reservas están en cero. Debemos aproximarnos pese a los posibles peligros.

—Coincido con él —expresó Wan Siu.

—Estoy de acuerdo, aunque primero debemos enviar sondas de exploración —se sumó el doctor.

—Creo que no tenemos otra alternativa —se lamentó el licenciado—. Intentaré establecer algún tipo de comunicación.

—Si estamos todos de acuerdo, continuaremos con la siguiente fase. Les recuerdo que procederemos a un acercamiento de riesgo —la comandante elevó su mirada otra vez al mapa y apoyó su dedo sobre el diminuto punto oscuro; la imagen se amplió unas decenas de veces hasta ocupar el centro de la cabina—. No sé qué clase de peligro nos puede acechar, pero vamos hacia Goonan.

—Erik, preparemos las sondas —dijo Zanadory—. Necesitamos más información y el tiempo corre.

—Por mis ancestros, siempre andamos corriendo. Por fortuna esta vez no es en las ruedas de hámsters —bramó Von Yasid.

Cuando los tres quedaron frente al holograma, Wan Siu volvió a teclear las coordenadas y con los números en su cabeza se dirigió hacia el periscopio. La silla ascendió y ella ingresó las cifras. Los lentes del telescopio ubicaron al diminuto punto en la esfera celeste orbitando la estrella Goo. Parecía totalmente inofensivo.

—Si navegamos a esta velocidad, las sondas deben ser enviadas... —y consultó su reloj cronometrado— ya mismo, o no tendremos tiempo de análisis antes de ingresar en la atmósfera de Goonan. Sería muy peligroso.

—Anuk, comunicación con el laboratorio, por favor —pidió la comandante.

—Comunicación abierta —respondió Anuk.

Batuk, en tanto, seguía con el reconocimiento del tablero de mando. Los ukanianos eran sumamente detallistas en cuanto al mantenimiento de las naves, aunque fuesen adolescentes. Para Batuk era como mantener en buen estado su tablapatín.

Selenio se había sentado en su sillón de mando y repasaba las hojas del libro de protocolo apuntando toda la información en su tabilla de plasma con un lápiz imantado.

—Profesor, ¿ya tienen preparadas las sondas?

En el laboratorio los dos hombres casi habían terminado su trabajo. Zanadory había cargado la sonda con forma de arácnido que se encargaría de medir los componentes del terreno y los posibles virus, bacterias y otros elementos desconocidos que hubiese en el planeta, en tanto Von Yasid mandaba una sonda con forma de búmeran, bastante similar a una banana. Con ella pretendía recabar información sobre la superficie del planeta con fotogramas aéreos y determinar la composición química de la atmósfera, medir los gases y obtener un mapa topográfico completo.

—Estamos listos. Zanadory y yo nos dirigimos a la cúpula del silencio.

—Avísenme en cuanto estén colocadas las sondas para autorizarles el lanzamiento.

—Comprendido.

El ducto de succión fue el camino más rápido. El tiempo les jugaba en contra: si no enviaban rápidamente las sondas, no habría tiempo de obtener un informe detallado antes de aterrizar. Sería un verdadero peligro.

En cuanto ingresaron a la cúpula, se dirigieron a la escotilla de salida. Abrieron los compartimientos y colocaron las dos sondas.

—Comandante, estamos en posición. Sondas colocadas. Solicitamos códigos de lanzamiento —dijo Zanadory por el poro parlante.

—Aquí Wan Siu. Ajusten sondas a 1.333, cuadrante 2, velocidad fotónica de espines 0,123.

—Comprendido —dijo Erik y terminó de teclear la secuencia.

—Secuencia completa —anunció Zanadory.

La comandante Artemisa tenía frente a ella la inmensidad del espacio. A su lado Wan Siu esperaba su aprobación. Anuk y Batuk se hallaban en sus sillones mirando atentamente los números y códigos que se sucedían frente a sus ojos. Artemisa le preguntó:

—¿Todo listo, Wan Siu?

—Listo. Procedamos. Escotilla de salida —habló la técnica de vuelo—. Procedan al envío.

—Procedemos en 1, 2, 3 —anunció Erik.

Las dos sondas salieron despedidas de la nave a una velocidad que las volvió invisibles. Viajaban velozmente hacia Goonan, el mundo perdido. Hasta que regresaran, los tripulantes no tenían más remedio que aguardar, y eso por lo menos iba a llevar un par de horas.

El oscuro planeta seguía orbitando silencioso sin saber que las dos sondas que se aproximaban intentaban develar sus secretos.

BITÁCORA DE VUELO: El envío de dos sondas se ha hecho inminente debido a falta de información sobre el planeta. Les recuerdo que en cinco minutos hay prevista una reunión en el Salón Argonauta. El licenciado Selenio leerá su informe preliminar de protocolo. Eso es todo. Los dejo escuchando un tema que les calmará la ansiedad. Recuerden que son la mejor tripulación y que siempre confío en ustedes.

Las palabras de *Vandalia* resonaron por toda la nave. En cinco minutos todos se hallaban en torno a la mesa central del salón. De pie solamente se encontraba el licenciado con su cuaderno de tapas antiguas y hojas amarillentas. En la otra mano tenía la tablilla de plasma con su informe preliminar. La profesora Artemisa aprovechó para servirse otro té. Estaba muy preocupada y ansiosa por escuchar el informe de Selenio. No quería transmitirle al resto sus temores, pero algo le decía que aquel planeta no era un lugar seguro.

A lo largo de todos los meses que llevaban a bordo de *Vandalia* habían visitado infinidad de

lugares, algunos más amistosos que otros. Sin embargo, habían cumplido su misión sin dificultades mayores. El depósito de simientes de la nave cada vez poseía más especies diferentes. El profesor Erik Von Yasid junto con el doctor Zanadory habían comenzado a recuperar las semillas criogenizadas e iban almacenando las que estaban en estado natural.

Por otro lado, entre todos habían construido una huerta orgánica de prueba, y las hortalizas y los árboles frutales habían comenzado a desarrollarse maravillosamente en almácigos colgantes o en procesos hidropónicos. Incluso las legumbres ya se habían empezado a consumir en la nave. Las frutas que comerciaban en cada planeta al que llegaban eran conservadas en las cámaras para productos frescos y consumidas por la tripulación en cuanto pasaban el riguroso proceso de revisión del profesor Von Yasid y el doctor Zanadory. Lo mismo sucedía con el resto de los alimentos. Solamente los que provenían de la tierra y estaban envasados en origen podían utilizarse directamente y se guardaban en un depósito especial dentro de la cocina.

Todos los desechos orgánicos eran convertidos por la procesadora en combustible. Nada se vertía al espacio. Llevaban provisiones para más de cinco años terrestres, sin contar las nuevas simientes recuperadas por la misión. Por eso, frente al ataque de los murciélagos no dudaron en utilizar su fuente de alimentos para repelerlos, aunque ahora debieran racionar las manzanas y los cítricos.

—Me temo que mi informe podría causar algún desconcierto —dijo el licenciado.

—Licenciado, corte con tanta ceremonia y diga de una vez lo que averiguó —lo apuró la comandante.

—Muy bien, comandante —y carraspeó.

Selenio tomó la planilla de plasma y la dejó flotando a un lado para consultarla en caso de no recordar algo.

—Según lo que he podido averiguar, el pequeño planeta Goonan sufrió una serie de acontecimientos que lo dejaron fuera de los circuitos comerciales hace más de mil años.

—¿Años ukanianos? —preguntó Batuk.

—Años terrestres, mi anaranjado jovencito —se molestó por la interrupción—. Prosigo. Aparentemente una serie de eventos desconocidos afectaron la superficie planetaria haciendo poco recomendable la aproximación. Nota de ello encontré en las bitácoras comerciales de Juan el Intrépido de Órix, quien como saben fue uno de los primeros en cruzar hasta estos confines estelares. Paso a leer las notas que tomé de su último viaje a Goonan.

Selenio abrió el cuaderno y buscó la página señalada:

—«... este fue mi último viaje a estas inhóspitas tierras. No creo que sea conveniente utilizar este destino como ruta comercial debido a los acontecimientos antes relatados. No creo que sea posible reestablecer comunicación mientras esta difícil situación continúe. Las reservas de turmalina negra son abundantes, pero el riesgo por obtenerlas es demasiado alto. Recomendando sacar a Goonan de las cartas estelares comerciales en el futuro por nuestra seguridad...».

—¡Aclare, Selenio! ¿Cuáles son los acontecimientos antes relatados a los que se refiere Juan el Intrépido? —se exaltó la comandante.

—No los poseo. Solo cuento con este informe parcial. Lo lamento.

—O sea que no sabemos qué es lo que nos espera si aterrizamos —saltó Zanadory como un resorte—. Puede haber un virus contagioso, una bacteria asesina, aire irrespirable, podemos derretirnos...

—Basta de darnos ánimo, doctor —lo calmó la comandante—. Analicemos el resto de la información.

—Esto no me gusta —reflexionó Wan Siu.

—No quiero ser alarmista, pero a mí tampoco —dijo Erik.

Anuk y Batuk permanecieron callados mirando fijamente a la comandante; esperaban que ella tomara la palabra.

—Quiero el resumen total, licenciado.

—Bien, realmente no tenemos muchos datos. Existió una civilización bastante avanzada en Goonan. No sabemos qué acontecimientos sucedieron en los últimos cientos de años porque no ha habido ningún tipo de comunicación. Al parecer el planeta se encuentra deshabitado.

—¿Deshabitado? —se asombró la comandante.

—Insisto en que puede haber ocurrido alguna pandemia que extinguiera la vida en el planeta y una aproximación podría ser nuestro fin —replicó el doctor.

—Y si no recargamos energía será nuestro fin, doctor —se exaltó Wan Siu.

Se miraron a los ojos y los dos echaban chispas. En vista de tal situación la comandante intervino.

—Por favor, recuerden que no estamos aquí para otra cosa que sobrevivir. Esperaremos a que las sondas envíen datos y luego evaluaremos la posibilidad de un aterrizaje. Si la suma de puntos es de cincuenta por ciento tendremos que asumir el riesgo.

El murmullo había ido creciendo y esta vez Anuk y Batuk también intervinieron.

—Tengo miedo —confesó Batuk.

—Yo también —dijo su prima.

—Creo que en eso estamos todos de acuerdo —los serenó la comandante—. Lo desconocido casi siempre nos causa miedo. El miedo es bueno, nos mantiene alerta. No tomaremos ninguna determinación que nos ponga en riesgo directo. De todas formas, tendremos que esperar a que lleguen resultados y luego decidiremos. Por ahora lo mejor será disfrutar de otro té.

15

El sonido de las procesadoras que ingresaban los primeros datos fue el momento que todos estaban esperando. Habían pasado casi dos horas que se habían vuelto interminables. Para peor, la nave seguía aproximándose a velocidad constante y el planeta oscuro se iba agrandando en la pantalla.

Erik comenzó a interpretar los datos que enviaba la sonda búmeran con forma de banana. Las imágenes se proyectaban como una sucesión de fotogramas y en cuestión de segundos se cargaron todas y se pudo tener un mapa tridimensional de la superficie de Goonan: amplias zonas de color verde, zonas en amarillo y rojo, una zona central muy azul y otra gris oscura. El profesor ingresó varios números y el mapa dio paso a una gráfica. Volvió a teclear y se estiró la barba oscura: aquello no era muy prometedor. Todos aguardaban a que dijera algo mientras no se perdían detalle del monitor.

—Erik, ¿qué datos tenemos? —preguntó Artemisa.

—Las primeras imágenes muestran una topografía bastante curiosa —y el mapa apareció nuevamente en la pantalla—. Las zonas verdes indican presencia de líquidos; no sabemos qué componentes químicos tienen, pero por las curvas de la gráfica me animo a decir que es agua con sulfuro u óxido de hierro. También vemos zonas en amarillo y rojo que se presentan desérticas y con altas temperaturas; una zona montañosa central que parece dividir el planeta en dos y que presenta alguna actividad sísmica. Y luego... —y señaló la zona grisácea—. Esta zona de aquí, al otro lado de la cordillera central, es bastante curiosa. Parece estar más fría y con abundante presencia de líquidos. El mapa topográfico señala que los depósitos de turmalina estarían en la zona inferior de la cordillera, probablemente en cavernas o algo parecido. Tendremos que esperar los datos del suelo que recoja la otra sonda.

Zanadory comenzó a recibir señales en sus ordenadores y a procesar la información. Sus rastas multicolores parecían flotar. Movía la cabeza de aquí para allá y no paraba de deslizar los dedos ingresando códigos.

—Creo que ya sé lo que son las zonas verdes. Alta presencia de óxidos y sulfuros disueltos en

líquidos: son mares ácidos, lo cual no es nada bueno. Es decir, si debemos aterrizar, quedan descartados los mares. Nos derretiríamos.

—¡Fenómeno! —exclamó Wan Siu con ironía—. ¡Qué alentador!

—En cuanto al resto, hay buenas noticias: el porcentaje de oxígeno en la atmósfera es alto. No hay rastros de virus letales ni de bacterias asesinas ni tampoco parásitos.

—Wan Siu, Anuk y Batuk, ¿cuál es la evaluación sobre el posible lugar de aterrizaje?

—Como técnica de vuelo creo que deberíamos aterrizar dentro de la zona desértica. Sin embargo, como no hay datos exactos sobre la temperatura, sería aconsejable desviarnos, sobrevolar la cordillera y descender en la zona más oscura.

—Creo que es lo mejor —coincidió Batuk—. Si hay líquidos tendremos mejores posibilidades, usando la modalidad anfibio de *Vandalia*.

—Coincido con mi primo —señaló Anuk—. Creo que podemos lograrlo sin mayores inconvenientes.

—Si están los tres de acuerdo, creo que es la mejor opción —dijo satisfecha la comandante.

Selenio no había abierto la boca azulada. El brillo en su mirada era propio de los momentos de profunda meditación. Algo lo tenía sumamente preocupado y finalmente se decidió a expresarlo:

—Tengo mis dudas...

Las cabezas de todos se voltearon hacia él y por un momento se sintió totalmente fuera de lugar. Podía ser una autoridad en protocolo y en tratados interestelares, dominar muchísimos idiomas y dialectos, pero eso no lo hacía el más apto para decidir dónde aterrizar.

—Si me permiten —dijo con humildad—, yo me he estado interrogando acerca de qué fue lo que sucedió con la civilización que habitaba este planeta. No comprendo por qué *Vandalia* no posee más información acerca de este destino y me pregunto si no será demasiado riesgoso aterrizar sin tener más... datos. Si bien no he podido establecer ningún tipo de contacto, he creído percibir una interferencia.

—Selenio —tomó la palabra la comandante—, ¿qué quiere insinuar? ¿Que *Vandalia* nos oculta algo?

—No, que lo ignora. Que quizás haya algo aguardándonos allí.

La tripulación se miró perpleja. No tenía sentido. *Vandalia* había determinado dónde se encontraban los depósitos de turmalina más cercanos y por eso se dirigían hacia allí. Que el planeta no figurara en las nuevas rutas comerciales no significaba que se hubiese equivocado de rumbo ni que intencionalmente los pusiera en peligro. En todo caso, si había algún riesgo era parte del trabajo a bordo; para eso estaban ellos.

¿Cómo podía suponer que la nave...?

—Licenciado, le recuerdo que el mando de *Vandalia* lo tengo yo. No me parece que haya necesidad de ponerse tan... tan... cuidadoso. Arriésguese un poco más, Selenio. La ecuación es sencilla: o recargamos combustible en Goonan o nos quedamos flotando en el espacio por tiempo

indeterminado hasta que alguien nos rescate —le zampó la comandante.

Wan Siu intervino para calmar los ánimos y le pidió a Erik fotogramas de la superficie.

Las imágenes mostraron a gran distancia una zona arenosa, con grandes cráteres, y algo parecido a unas edificaciones circulares que parecían ruinas. No se distinguían muy bien. La zona de la cordillera parecía tener picos nevados y del otro lado las imágenes eran tan difusas que no se podían interpretar. Como había dicho la comandante, era necesario evaluar el riesgo.

—Evaluación final, Erik.

—Riesgo de un cincuenta por ciento, diría yo.

—Zanadory.

—Lo mismo. No tenemos certeza de qué nos espera, aunque tampoco hay mayores señales de alarma. El planeta en principio está deshabitado.

—Wan Siu.

—Condiciones aceptables para aterrizaje de nivel de riesgo medio. Al menos en principio.

—Entonces aterrizaremos en Goonan en cuanto estemos preparados.

—Anuk y Batuk, comenzamos cálculos de aterrizaje —anunció la piloto.

—Comprendido, ido, ido —dijeron a coro.

—Jovencitos, por favor —les pidió la comandante—. Hacen eco y me duele un poco la cabeza.

—Un analgésico —ofreció Zanadory.

—Mejor un buen aterrizaje y un bombón de gruselinas —le sonrió la comandante y fue a ocupar su asiento.

En unos minutos la cabina estaba lista y las pantallas mostraban las nuevas coordenadas fijadas por la tripulación para el aterrizaje en el misterioso planeta. Ya no había vuelta atrás: se acercaban a la atmósfera a una gran velocidad y los escudos de caparazón de tortuga se activaron al comenzar a elevarse la temperatura.

Artemisa abrió el compartimiento de emergencia que tenía a un lado del sillón, más precisamente en el posabrazos derecho, y tomó un bombón de gruselinas. Ese era el momento indicado para saborearlo.

Los lentes protectores de rayos se descolgaron de los cables con forma de tirabuzón y cada miembro de la nave se los colocó.

—¿Todo en orden?

—Sí, comandante —respondió Wan Siu.

—Selenio, ¿pudo rastrear alguna forma de comunicación ahora que estamos a punto de ingresar en la atmósfera?

—No hay señales de actividad. Solo un mínimo de interferencia que podría ser una onda proveniente de cualquier otra parte. Los mensajes enviados no han sido respondidos de ninguna forma —contestó desde su sillón.

—*Vandalia*, ¿preparada para ingreso en atmósfera en quince segundos?

—Sí. Inicio la cuenta regresiva de ingreso. Buena suerte a todos.

El planeta Goonan había tomado proporciones frente a mí. Sentía el proceso de aceleración y el calor me transformaba en una especie de gran meteorito ovalado recubierto de un carapacho. Me sentía intranquila, no solo por el aterrizaje, sino también por lo que podríamos encontrar allí.

—Tres, dos, uno, ¡ingreeesooo!

Vandalia cruzó el anaranjado rojizo cielo de Goonan a una velocidad increíble. La bola de fuego atravesó la calma de la atmósfera superior y media y se aproximó a la superficie como un destello. Dentro de la nave la presión dejó a los tripulantes en posición C, es decir, prácticamente acostados en sus sillones. *Vandalia* pasó sobre la superficie verdosa de los océanos o mares ácidos y continuó su recorrido sobrevolando las contiguas zonas desérticas. Los sensores plásmicos de la carcasa señalaron que ya era posible cambiar a modalidad anfibia. Los inmensos ojos escotilla se abrieron pesadamente y la cercanía de la superficie dejó al descubierto enormes áreas de arenas y torres de algún tipo de roca que sobresalían a gran altura. Era un paisaje desolado, primitivo y algo tétrico para un descenso. Súbitamente, una ráfaga de aire frío cargada de iones sopló contra la nave y la hizo zozobrar ligeramente. Una espesa niebla cubría la pantalla. Las alarmas se activaron y durante unos segundos reinó la confusión.

—Batuk, ¿qué fue eso? —preguntó Artemisa.

—Una ráfaga ionizada de algún tipo, que cambió el curso —gritó él por encima de las estridentes sirenas que no paraban de sonar.

—Anuk, tomemos control manual de inmediato —ordenó Wan Siu.

—Tengo control manual. De todas formas me temo que...

Un grito se oyó por toda la nave. La pantalla, envuelta en una espesa niebla ionizada de color violeta intenso, dio paso a algo que los hizo aullar de miedo: todo era blanco, nevado y blanco. Se habían desviado y estaban sobrevolando la cordillera, peligrosamente cerca de las cumbres.

—¡Agárrense con fuerza! ¡Nos vamos a estrellar! —gritó la comandante Artemisa.

—¡Voy a tratar de amortiguarlo! —gritó la técnica de vuelo.

Para disminuir la velocidad del impacto, *Vandalia* soltó tres paracaídas que se abrieron a unos kilómetros del suelo y contuvieron sensiblemente la aceleración. De todas formas el choque era inminente. Automáticamente las alas de la nave se expandieron, dándole forma de murciélago, y giraron tensándose en ángulo para intentar frenarla aún más. Sin embargo, el viento ionizado había alterado momentáneamente las capacidades de *Vandalia* y esta había perdido el rumbo predeterminado para el aterrizaje. Frente a esa situación, retomó su forma de sandía y cerró todas las compuertas y escotillas. Rebotó dando saltitos en el aire hasta que finalmente, en una

maniobra desesperada, se acercó a la superficie helada de una montaña y aterrizó.

Bueno, mejor dicho, chocó contra una cantidad de nieve que absorbió parte de la fuerza del impacto.

En un instante todo quedó en silencio. La nave con forma de sandía cubierta por su caparazón se veía incrustada como una semilla con un cuerno dentro de la nieve blancoazulada de la cordillera. Un breve temblor recorrió el lugar, un poco de nieve se desparramó desde la cima y luego se detuvo. No se oía nada. Solo la más absoluta y terrible noche y el frío intenso rodeaban a *Vandalia*.

El paisaje desolado contrastaba con la belleza del cielo rojizo de la noche de Goonan. Miles de estrellas titilaban y una ráfaga de niebla ahora violeta, luego azulada, se elevaba sobre la nieve con ondulantes movimientos: era como una aurora, hermosísima. Sobre el blanco manto de nieve la nave apenas se movió, como para sacudirse un poco. De repente un ojo escotilla se abrió y contempló la inmensidad del páramo.

BITÁCORA DE VUELO: Acabamos de aterrizar en Goonan, segundo planeta del sistema Goo. No fue el aterrizaje previsto; una ráfaga ionizada nos sacó de curso y nos precipitamos a la superficie sobre uno de los picos de la zona central o cordillera central. En un primer reconocimiento no tengo más que heridas leves y estoy perfectamente bien. Ha sido un aterrizaje bastante exitoso teniendo en cuenta el imprevisto. Sin embargo, debo decirles algo que quizás los inquiete: por el momento no puedo moverme.

—¿Cómo? —preguntó Artemisa con los pies apuntado al pecho y el peinado otra vez todo revuelto.

—¿Dice que no puede moverse? Por todos mis ancestros, ¿dónde estamos? —rugió Erik debajo de su casco.

Selenio apenas recuperaba su compostura. Se sacó los lentes, que tenía torcidos, y estos se retrajeron hacia el techo con el clásico sonido ¡going! Se había mareado más de lo normal.

¡Detestaba los aterrizajes forzosos! No iban bien con su espíritu calmo y ceremonioso. Eran totalmente improcedentes.

—Buen trabajo, Anuk y Batuk —los felicitó la piloto extendiendo su mano derecha y luego la izquierda para chocarla con las anaranjadas palmas de sus ayudantes.

—¿Están todos bien? —se preocupó Artemisa.

—Todos sanos y salvos —exclamó Zanadory con las rastas sobre la cara—. Estuvo increíble. Movidito pero increíble, piloto.

—Gracias —le sonrió Wan Siu Dabarat.

Zanadory sintió que el corazón se le aceleraba y no era por el aterrizaje.

—Sigo sin comprender qué quiere decir *Vandalia* —bufó Erik y logró sacarse el casco de la cabeza.

—Veamos por el periscopio —propuso Anuk y soltó sus amarres para dirigirse a la silla hidráulica.

—*Vandalia*, informe de localización. No se ve nada porque cerraste todas las escotillas —le aclaró Artemisa.

—Conforme recupere la sensibilidad podré ir abriéndolas, comandante. El viento ionizado alteró mis controles por el momento. Mi informe preliminar indica que nos encontramos a unas cien millas al oeste del lugar previsto para el aterrizaje. Más precisamente, en la zona de la cordillera. Nuestra altitud es de 3.480 metros sobre la superficie y estamos atascados entre dos picos. Más exactamente les diría que en una posición un poco delicada.

—¿Un poco delicada? —repitió Selenio con cierto temblor en la voz.

—Haciendo equilibrio, diría yo —dijo Anuk con el ojo en el lente del periscopio.

—¿Cómo? —se asustó la comandante.

Wan Siu y Batuk movieron las manos veloces en el control del tablero central. Si *Vandalia* no podía hacerlo en forma directa, ellos podían utilizar los controles manuales. Debían ver dónde estaban. La pantalla líquida finalmente pasó del negro al plateado y se volvió transparente dejando ver el exterior. Frente a ellos, el cielo anaranjado y la más profunda oscuridad. Un abismo insondable y frío, al menos eso indicaban las partículas de hielo que iban formando una escarcha sobre la carcasa.

—Quiero una vista aérea, *Vandalia*. ¿Podrás desplegar mariposas oculares?

—Trataré, comandante. Si la compuerta de salida lo permite...

—Necesito verificar mis datos —se aproximó Erik a su ordenador.

El doctor y los demás aguardaban en silencio la respuesta de la nave.

—Recupero fuerza en los circuitos motores, brújulas funcionando, posicionamiento de triangulación también. Despliego mariposas oculares.

Decenas de mariposas salieron de la panza de *Vandalia* por la escotilla inferior como una bandada de pájaros escapando de una cueva. Sobrevolaron toda la nave y sus alrededores. En unos minutos las nanocámaras registraron cuidadosamente cada milímetro de la carcasa y tomaron fotogramas completos del lugar. Transmitieron en forma directa lo que iban registrando ante el asombro de la tripulación. La pantalla cambió de color y comenzó a mostrar el lugar donde había aterrizado la nave desde distintos ángulos.

—¡Bratmaní! ¡Andubret anjasíbrat! —exclamó Selenio.

—Licenciado, coincido con usted, pero modere su lenguaje aunque estemos en esta situación —lo amonestó la comandante.

—Estamos en graves problemas —susurró Zanadory abriendo sus ojos lilas al máximo.

Vandalia estaba en medio de dos picos de roca filosa y oscura. A ambos lados no se divisaba nada más que piedra. Hacia el este la oscuridad era absoluta; hacia el oeste se percibía la aurora pasando del azul al violáceo contra el cielo anaranjado. Ráfagas heladas envolvían la nave y la escarcha estaba dejando blanca la carcasa en varios puntos. Si perdían el equilibrio la nave podría caer hacia cualquiera de ambos precipicios. Era una situación sumamente delicada.

—¿Qué haremos primero, Wan Siu? —consultó la comandante.

—Esto es muy precario. Debemos extender el sistema de patas de saltamontes.

—Coincido. Si se aferran a las rocas, estabilizaremos la nave y evitaremos una posible caída.

La coraza se retrajo en cuatro puntos, y dos patas delanteras y dos traseras se extendieron intentando aferrarse a la superficie de los dos picos. La nave se movió y se balanceó hacia un lado y luego hacia el otro. Dentro se oyó un griterío mientras la tripulación se zarandeaba hacia un lado y hacia el otro. Cuando las patas se aferraron, la calma volvió. *Vandalia* estaba estabilizada, al menos por el momento. Las mariposas oculares hicieron un último reconocimiento e ingresaron por la escotilla inferior al vientre de la nave.

Estaban a salvo, a miles de metros del suelo, pero al menos podían moverse sin temor a desbarrancarse por los precipicios.

16

Una vez que la nave se estabilizó, trataron de serenarse y evaluar la situación. Entonces fue cuando se oyeron cosas como: «¡Justo teníamos que quedar en medio de la cordillera!»; «¡Qué puntería!»; «¿En qué estaba pensando cuando dije que quería integrar esta misión?»; «Extraño mi casa»; «¿Por qué cornos no estoy haciendo huevos de pascua o preparando bombones?»; «Extraño a mamá».

Hasta que en un momento volvió a reinar el silencio y tomaron conciencia que de nada servía lamentarse; la situación era complicada pero tenían que seguir adelante. La comandante, haciendo uso de su sabiduría y de su buen criterio, fue quien determinó el plan y todos la escucharon mientras se acomodaba el peinado.

—Tenemos que salir a buscar la turmalina, no nos queda otra cosa por hacer. Es imprescindible que recarguemos energía para poder despegar. *Vandalia* no va a sostenerse por mucho tiempo si no lo hacemos. Así que confío en que sus cálculos —y miró a Erik— sean precisos. ¿Los depósitos se encuentran debajo de la cordillera?

—Es lo más probable.

—¿Probable?

—Bueno, yo diría que altamente probable.

—Entonces nos vamos a dividir en dos grupos. Uno descenderá por la ladera oeste y el otro por la ladera este. Si uno ve la entrada a las cavernas, alertará al otro grupo e intentaremos enviar una sonda para perforar y succionar la turmalina.

—Alguien deberá quedarse en la nave —afirmó el doctor.

—Por supuesto —y la comandante miró a Batuk—. Batuk tendrá que hacerse cargo de *Vandalia*.

—No, yo quiero ir —protestó el jovencito anaranjado.

—Te recuerdo que desobedeciste una orden y gracias a ello te picó una araña zancuda, así que deberás hacerte responsable de tus actos. Rompiste una regla y te pusiste en peligro. Ahora no hay excusas, ¿está claro? —preguntó enérgicamente Artemisa. Batuk sabía que no tenía sentido

seguir protestando: la profesora Artemisa tenía razón. Después de todo, ellos estaban allí porque según su tío Simuk necesitaban adquirir algo de disciplina, así que...

—Está claro, comandante —murmuró.

—Yo puedo ir, ¿verdad? —preguntó Anuk.

—Sí, Anuk, vas a descender junto con Zanadory y Wan Siu. Nosotros tres conformaremos el otro grupo.

—Muy bien —rugió Erik—. Voy a prepararme. Venga conmigo, Selenio; le voy a dar su equipo.

En cuestión de unos minutos cada uno tenía todo lo necesario para emprender el descenso. Wan Siu ya estaba pronta y le daba un vistazo al mapa topográfico. Artemisa se le unió, presionó la pantalla holográfica central y con un dedo dibujó las dos rutas.

—Zanadory, su grupo descenderá por el oeste, hacia la zona grisácea. Tengan mucho cuidado. No olviden que no sabemos qué hay.

—Lo tendremos, comandante —afirmó Wan Siu y miró al doctor, quien asintió.

—Nosotros descenderemos por la ladera este hacia la zona desértica. Una vez que lleguemos abajo, nos comunicaremos por los parlantes auditivos —y señaló la mesa en donde estaban desplegados los diminutos dispositivos para sus oídos.

Cada uno se colocó los audífonos con forma de semilla y probó el audio. En los controles, Batuk anunció que todos se oían en forma perfecta y en la frecuencia correcta.

—Si por alguna razón algo altera el campo magnético, deben cambiar de frecuencia hasta que yo los reciba —les comunicó.

Anuk estaba inquieta. Tenía ganas de preguntar algo y no paraba de dar vueltas, hasta que por fin se animó:

—¿Cómo vamos a descender? Estamos a muchos metros del suelo. Las rampas no van a llegar a tocarlo.

—Vamos a descender al estilo antiguo y seguro. Por cuerdas.

—Pensé que esta nave era muy moderna y no un atraso —no se pudo aguantar el comentario Anuk.

—Las cuerdas de fibra vegetal no son un atraso —la corrigió la comandante—. Son una forma segura de descender y ascender. Bajaremos en rapel.

—¡El rapel me gusta! —se entusiasmó en un segundo Anuk.

—A mí también, y me tengo que quedar a bordo —se molestó con el comentario Batuk.

—Bueno, basta de quejas, tenemos una misión. Licenciado, ¿está pronto?

—Sí, Artemisa. Perdón, comandante Artemisa.

—¿Profesor?

—Todo listo.

—¿El primer grupo está preparado?

—Listo —anunció Wan Siu.

—Entonces vamos. Ustedes usarán la escotilla delantera y nosotros la trasera.

—¡Los estaré monitoreando! —alcanzó a gritarles Batuk cuando ya se iban por el pasillo rumbo a las escotillas inferiores. La inmensa nave parecía una sandía con patas de insecto atascada en medio de las dos puntas rocosas. De repente, junto a la cúpula del silencio, que apuntaba hacia el este, se abrió una de las escotillas y una larga cuerda cayó hasta lo más profundo del abismo. Las luces de la nave no poseían potencia suficiente, así que debieron alumbrarse con el sistema manual de sus cascos. Del otro lado, hacia la zona desértica, también se abrió una escotilla y en su compuerta la comandante Artemisa quedó de pie contemplando la oscuridad.

—¡No se ve ni un marciano! —exclamó.

—Nunca hubo marcianos —acotó Selenio.

—Ya lo sé, es una manera de decir, licenciado.

—Si me lo permite, bajaré primero —anunció Erik.

Comprobó la resistencia de la cuerda de fibra con el arnés y luego se ajustó el casco vikingo, giró uno de los cuernos hacia abajo y una cúpula de fibra de glasterano descendió y se cerró sobre su traje ajustándose perfectamente. Era el único casco con esa forma y había sido adaptado especialmente para él. Bueno, sus conocimientos le habían dado ese pequeño privilegio; estaba muy aferrado a sus ancestros.

El profesor Von Yasid poseía grandes habilidades en el campo de la exploración y era el más indicado para iniciar el descenso. Selenio quedó en posición de salida, ajustó su arnés, controló el sello del casco de glasterano y se preparó para seguirlo.

—¡Cuánto apuro, licenciado! Se tomó en serio lo de arriesgarse —dijo burlona Artemisa.

Selenio le dedicó una irónica sonrisa y le habló por el intercomunicador.

—Soy arriesgado si la situación así lo amerita —y sin esperar respuesta se lanzó al vacío.

Artemisa también sonrió y se acercó a la punta de la escotilla.

—Hombres, ¿quién los entiende? No importa de qué planeta sean —susurró la comandante y descendió en la oscuridad. Los cascos de la tripulación habían sido diseñados tomando el modelo de los antiguos cascos de aviador, con una linterna direccional en la frente, y habían sido perfeccionados con las cúpulas de glasterano. Los trajes eran enterizos, con grandes bolsillos a los lados de las piernas y un cierre central, fabricados en cuerilío, material oscuro y resistente. En los morrales o mochilas cada tripulante cargaba lo mínimo indispensable para sobrevivir en caso de presentarse algún inconveniente. Las capas de nanofibra atadas al cuello les ofrecían una protección extra por su gran resistencia, en caso de repeler algún tipo de ataque o sufrir una caída por ejemplo, y las botas ultralivianas completaban el atuendo de descenso. Por ambos lados de la nave las diminutas figuras fueron deslizándose. Las capas flameaban a causa de las ráfagas ionizadas y las linternas de los cascos parecían tímidas luciérnagas en la fría noche goonesina.

Del lado este, las luces se perdieron detrás del risco y no se vio ninguna señal más de Anuk, Wan Siu y el doctor Zanadory.

Batuk frente a la pantalla observó el descenso de los dos grupos hasta que las cámaras de la nave los perdieron de vista. Por el lado oeste, Selenio descendía con rapidez y sentía un frío gélido a pesar de su traje aislante. Otro tanto le sucedía a la comandante, que venía detrás. El único que parecía no sufrir tanto por el frío era Erik. Las largas temporadas que pasó estudiando los depósitos de gas metano en los lagos helados del norte de Dajabakistán le habían curtido el cuerpo. Luego de bajar no menos de treinta metros el profesor anunció por el intercomunicador.

—Creo que debemos detenernos. ¡Alto!

—¿Qué sucede, Erik? ¿Se nos terminó la cuerda? —quiso saber Artemisa, que colgaba a unos diez metros de él.

—No, comandante. Las ráfagas son muy fuertes y creo que veo una saliente a la derecha. Podríamos intentarlo por allí.

Artemisa escudriñó la oscuridad con la luz de su casco y enfocó el peñasco cercano. Erik tenía razón. Era más seguro intentar un descenso por allí, ya que no sabían con certeza a cuánto estaban del suelo. Le comunicó que estaba de acuerdo. Selenio, a medio camino de los dos, ya se había detenido y le hizo una seña a Erik de que había comprendido el plan.

El profesor se dejó llevar por una ráfaga y la cuerda se balanceó peligrosamente sobre el abismo. Llegó a tocar con la punta de la bota el peñasco y aprovechó para tomar impulso. La cuerda iba y venía en la densa oscuridad, movida por el viento helado. Luego de varios intentos Erik logró saltar y quedó haciendo equilibrio en el borde del risco; lanzó un par de palabras imposibles de traducir y se tiró al suelo. Su casco chocó contra la dura roca y su respiración agitada se fue calmando. Se incorporó y se pegó a la pared, evitando ser arrastrado por el viento. Sus manos tantearon hasta dar con una saliente filosa, la alumbró con la linterna del casco y le dio dos vueltas con la cuerda. Cuando esta estuvo lo suficientemente tensa, le hizo señas a Selenio.

El licenciado enganchó su arnés y se lanzó. Cruzó el abismo a gran velocidad debido a la diferencia de altura y Erik lo atrapó. Lo mismo hizo pocos minutos después la comandante. Cuando los tres estuvieron en el peñasco, se pusieron a examinarlo buscando por dónde bajar. Debajo de la saliente de arenisca blanca se divisaba una ruta; era escarpada y la rodeaba la más absoluta oscuridad. Decidieron intentarlo.

Erik dejó una cuerda guía hasta la nave para regresar. El viento soplaba con tanta furia que tuvieron que atarse para mayor seguridad.

—Peguémonos a la pared, es una senda muy estrecha —ordenó el profesor.

La fila india comenzó a moverse con cautela, midiendo cada paso. Las siluetas diminutas se perdían en el paisaje desolado. Encima brillaban miles de estrellas en un cielo rojizo. A medida que avanzaban, algunos pedruscos se desprendían y rodaban montaña abajo sin hacer ruido. Las

ráfagas de viento ionizado que los azotaban los hacían tambalear. Dentro de sus cascos de glasterano casi no se oía el furioso viento. Diminutos cristales rozaban las escafandras y se clavaban en la superficie, pero en segundos eran repelidos por el cuerilio, que expulsaba todo lo adherido.

Lentamente tomaron un buen ritmo de descenso y cabo de una hora decidieron detenerse a descansar en una saliente donde el viento era menos intenso y el frío un poco más soportable.

—Batuk, habla la comandante. Necesito que verifiques nuestra posición y que calcules cuánto nos falta para alcanzar el nivel de la superficie. Cambio.

Del otro lado del intercomunicador auricular se oía interferencia. Artemisa cambió varias veces de frecuencia, pero no recibía señales de Batuk.

—Debemos continuar —les comunicó a los otros dos, que estaban sentados con las espaldas pegadas a la pared rocosa—. Por ahora no tenemos comunicación.

—Sigamos adelante —se impacientó Erik—. Este lugar me produce malas vibraciones.

—A mí me ocurre lo mismo —les confió Selenio—. Siento como si algo nos observara.

—Dejemos la imaginación de lado y continuemos, señores —ordenó la comandante y se puso al frente reiniciando la marcha.

BITÁCORA DE VUELO: Estoy atascada entre dos puntas rocosas a más de tres mil metros de altura sobre la superficie goonesina. Dos grupos han descendido en direcciones opuestas intentando alcanzar los depósitos de turmalina. Batuk se ha quedado a cargo de la nave y de las comunicaciones. Por el momento no tenemos noticias de ninguno de ellos, lo cual se debe con seguridad a la carga de iones de los vientos que azotan esta desolada región. En breve tendremos noticias, cuando alcancen una altura razonable con menos estática. Me siento algo intranquila, tengo una sensación de que algo peligroso podría ocurrir. No puedo comentar mis temores con nadie, así que concluyo esta bitácora esperando que los tripulantes se comuniquen en breve.

—Anuk, ¿ves algo? —quiso saber Wan Siu balanceándose en la cuerda.

La jovencita anaranjada se hallaba varios metros más abajo. El doctor Zanadory había sido el último en iniciar el descenso. La intensidad del viento había ido disminuyendo a medida que

bajaban.

—Doctor, ¿cuánta cuerda nos queda? —preguntó Anuk.

—Aproximadamente unos cien metros.

—¿Qué es lo que ocurre, Anuk? —insistió la técnica de vuelo.

—No lo sé, pero creo que falta poco para alcanzar la ladera de la montaña. Quizás unos cincuenta metros. Intentaré alumbrar otra vez.

El casco de Anuk se enfocó en la boca oscura que tenía bajo sus pies y le pareció que la luz había rebotado en algo.

—Sí, creo que debemos bajar unos cincuenta metros. Pido permiso para lanzar una bengala térmica.

—Está bien, probemos.

Anuk sacó del bolsillo de su traje un largo tubo. Lo sostuvo entre sus manos y lo torció, e instantáneamente los líquidos dentro de la manguera se mezclaron produciendo un color rojo intenso y elevando la temperatura con rapidez. Ella lo soltó y los tres, suspendidos de la cuerda, aguardaron a que llegara abajo, calculando mentalmente la distancia. La bengala quedó sobre unas rocas oscuras y alumbró el desolado paraje. La distancia aproximada era correcta y el terreno iluminado por la luz roja parecía estable. Siguieron el descenso en rapel treinta metros más. La panza de la nave ya no se distinguía y el grupo del este seguía avanzando. A medida que bajaban comenzaron a notar que el viento cesaba y el calor iba en aumento.

—Esta atmósfera es muy desconcertante —reflexionó el doctor—. Hace bastante calor para estar a esta altura.

Unos metros abajo, en la otra cuerda, Wan Siu alzó la vista desde su casco de glasterano. Sabía que el doctor tenía razón: la temperatura asciende unos grados a medida que se baja, pero ellos no habían descendido demasiado como para tanto calor.

—Primero pisemos suelo firme. Después mediremos las temperaturas. Supuestamente esta zona grisácea es más fría que la desértica y contiene líquidos, pero todavía no podemos saber qué nos espera. Vamos a seguir.

Los arneses continuaron su camino hasta que de repente se oyó un grito. Era la voz de Anuk. Wan Siu se apresuró a seguirla mientras gritaba por el intercomunicador.

—¡Anuk, Anuk! ¿Qué pasó? ¡Anuk!

—¡Anuk! ¡Anuk! —gritaba el doctor.

La cuerda había sido alcanzada por una descarga eléctrica y Anuk se había precipitado en forma muy veloz; el arnés no soportó la velocidad y cedió. Anuk había caído y la bengala disminuía rápidamente su luz roja volviendo a sumirlos en tinieblas.

La piloto descendió con calma; sabía que si aceleraba podía sucederle lo mismo que a su ayudante. Cuando estuvo cerca del suelo desenganchó el arnés y se lanzó aferrada con sus manos a la cuerda. Unos segundos después el doctor Zanadory hacía lo mismo.

—¿En dónde estás? —preguntó moviendo la linterna de su casco.

—Anuk, ¿estás bien? —preguntó el doctor caminando en torno a la bengala y alumbrando hacia los alrededores.

Wan Siu tomó la bengala y se apresuró a alumbrar el entorno con la escasa luz que quedaba. Zanadory hacía otro tanto en el sentido contrario. Barrieron la zona en círculos hasta que el doctor vio algo a lo lejos.

—Wan, creo que hay algo allí, junto a la roca.

La técnica de vuelo corrió hacia él con la bengala a punto de extinguirse. Cuando alumbraron se encontraron con algo que les congeló la sangre: el arnés roto de Anuk.

—Anuk, ¿en dónde estás? —gritó Zanadory con todas sus fuerzas.

—Anuk, si nos ves, danos una señal por el intercomunicador.

Nosotros la seguiremos.

La respuesta tan esperada no llegó y la bengala se apagó definitivamente. Con las luces de sus cascos barrieron otra vez el lugar sin resultados.

—Batuk, aquí Wan Siu. ¿Me escuchas? Tenemos un problema. Necesitamos ayuda.

Desesperados cambiaron varias veces de frecuencia y nada: solamente un sonido de descarga. Por el momento estaban incomunicados y no había rastros de la anaranjada Anuk. Era como si Goonan se la hubiese tragado.

17

Erik, Selenio y la comandante seguían su camino pegados a la pared rocosa. Apenas tenían espacio para sus pies. Las tres diminutas siluetas con las luces de sus cascos parecían hormigas que habían perdido su camino al hormiguero y deambulaban peligrosamente junto al desfiladero tratando de mantenerse en pie. Trastabillaban y volvían a aferrarse a la roca; el viento helado los hacía temblar aun dentro de sus trajes. Ya habían descendido durante casi una hora y no había forma de calcular cuánto les faltaba para alcanzar la base de la cordillera; seguían incomunicados con la nave y no podían pedirle a Batuk que triangulara su posición.

Inesperadamente Erik se detuvo. Algo no estaba bien. Sus grandes pies pisaron una roca suelta de color rojizo y esta cedió; por poco se resbala hacia el abismo. Recuperó el equilibrio y se pegó a la pared de piedra con el corazón acelerado. Una intensa ráfaga azulada sopló a una velocidad increíble y una enorme roca se desprendió en lo alto del peñasco. El profesor, en un acto reflejo, al ver pequeños cantos que caían a sus pies percibió el peligro. Aquellas rocas rojizas venían de la cima en dirección a ellos.

—¡Cuidado! ¡Todos contra la pared! ¡Cúbranse!

En un momento el sendero por el cual caminaban se llenó de piedras y a pesar del viento el ruido fue ensordecedor. La avalancha de rocas desprendió parte del terreno y cayó cuesta abajo arrasando todo a su paso. Selenio cubrió con su cuerpo a la comandante y ambos se tiraron hacia atrás tapándose con las capas de nanofibra para evitar ser aplastados. Una pequeña roca impactó contra el casco vikingo de Erik y astilló el glasterano en un borde. Por fortuna ninguno salió lastimado y luego de unos segundos de inmovilidad reaccionaron. Selenio se incorporó y le tendió la mano a Artemisa. Erik se acomodó el casco y observó que su traje de cuerilio y su capa de nanofibra habían sorteado bastante bien las agresiones de las afiladas piedras. Estaban cubiertos de un fino polvo rojizo y algunos trozos de hielo se habían clavado como dagas en el suelo.

—¡Debemos salir de aquí de inmediato! —ordenó la comandante—. Intentaremos continuar por el sendero.

—Me temo que primero debemos cruzar hasta allí —indicó Selenio de pie al borde de la montaña de piedras.

El licenciado se había aproximado al desfiladero y a pesar de la oscuridad reinante pudo comprobar que el trecho de suelo había colapsado. Un abismo negro y sin fondo los separaba unos cinco metros del camino junto a la pared de piedra. El profesor Von Yasid hubiese deseado tener contacto con *Vandalia* para una triangulación adecuada antes de intentar un salto, pero no era posible.

—¡Maldito viento ionizado! ¡Este planeta es un desastre! —bramó enojado el profesor.

Selenio, al escuchar aquellas acaloradas palabras, no pudo dejar de lado su profesión.

—Le recuerdo, profesor, que estamos aquí porque su planeta está hecho un desastre. Así que antes de evaluar a Goonan tan duramente debería recordar el motivo de nuestra visita.

—No me venga con comentarios moralistas, licenciado —se enojó el profesor—. Me refiero a este viento, a la avalancha y a las condiciones inhóspitas.

—Si los señores desean terminar de una vez su conversación tan productiva, sugiero que veamos la forma de cruzar hasta el camino —los bajó a la realidad la comandante.

Los dos se calmaron y sus cascos, como si tuviesen un resorte, voltearon nuevamente hacia el abismo. Las grandes piedras acumuladas formaban una montaña a sus pies y luego la caída vertical se perdía en la oscuridad. Las linternas apenas podían alumbrar el otro lado débilmente. Coincidieron en los cálculos: no serían más de cinco metros.

Von Yasid era el más experimentado en cuanto a escalar, pero en aquella situación el sentido común era tan importante como la experiencia.

—Atemos una cuerda e intentaré saltar hasta el otro lado —dijo Erik.

—No creo que sea conveniente —opinó Selenio.

—¿Perdón? —se asombró por el comentario.

—Mi cuerpo es más liviano y elástico. Soy yo el que debe intentar el salto —sonrió azuladamente Selenio.

La comandante estaba gratamente sorprendida. Selenio tenía razón. Ella habría sugerido lo mismo. Claro que sabía que el licenciado detestaba las alturas, cruzar abismos y otros riesgos por el estilo, pero en ese caso esa era la opción más conveniente. Por suerte él mismo había hecho la propuesta, así que decidió apoyarlo.

—Selenio tiene razón. Es lo más aconsejable. Nosotros sostendremos la cuerda y nos aseguraremos de que llegue en el primer intento.

—¡No estoy de acuerdo! —bramó el profesor—. Yo tengo más experiencia.

—Y más masa corporal —lo cortó la comandante—. No se comporte como un niño caprichoso, profesor. Usted sabe que tenemos razón.

Erik lo sabía, pero de todas formas le daba un poco de temor que Selenio se lanzara. Era muy delgado y además temía a las alturas; si lo atrapaba una ráfaga en el salto, podía llevarlo de

vuelta contra la pared de piedra y lastimarlo seriamente. Pero sabía que debían correr el riesgo. Él tenía más fuerza para sostenerlo y la comandante también.

—De acuerdo, debes atarte la cuerda por debajo de los hombros y también ajustaremos el arnés por precaución.

—Muy bien.

Selenio se aprontó y en unos momentos estuvieron listos para intentar el gran salto. Debía correr varios metros y lanzarse al vacío tratando de alcanzar el risco.

Inesperadamente una nueva ráfaga sopló y el viento los empujó contra la montaña de rocas. Era una locura que alguien saltara en esas condiciones. La comandante se encontraba en un aprieto, debía actuar con serenidad.

—No puedo permitir que salte, licenciado. Debemos intentar otra cosa —dijo Artemisa y se dirigió a Erik—. Profesor, saque el espectrógrafo y analice la composición de las rocas.

Von Yasid llevaba adosado al brazo un aparato con forma de rombo que parecía un reloj. Lo elevó hacia la pared rocosa y de inmediato una serie de colores y de gráficas se hicieron visibles en la pantalla líquida del rombo. Las lecturas eran concluyentes.

—Las gráficas dan una alta presencia de silicatos y arcilla, pero hay también partículas de hierro.

—Entonces es posible que utilicemos la ballesta. La roca es lo suficientemente resistente como para que se fije la punta del ancla.

—¡Tiene razón! —se entusiasmó Erik—. Intentémoslo.

De su morral de cuerilío extrajo una pequeña ballesta; en la punta tenía una flecha de apertura múltiple, parecida a una rosa de los vientos. Selenio ató la cuerda a una argolla de metal que sobresalía del tramo final de la flecha: ya estaban listos para intentarlo. Erik se acercó al abismo y apuntó hacia el borde de la roca, que estaba a unos cinco metros. Accionó el mecanismo de la ballesta y la flecha cruzó el aire con la cuerda y se incrustó en la roca, tal como lo habían previsto. La punta de rosa de los vientos se abrió y quedó dentro de la roca, que apenas cedió y se desmoronó solo un poco. Se apresuraron a atar el otro extremo a las pesadas piedras que habían caído y la cuerda quedó tensa sobre el abismo. Decidieron encender una bengala térmica y lanzarla al otro lado para tener un poco de luz. La comandante tomó el tubo y movió el trozo de manguera para mezclar los dos fluidos. Una luz rojiza alumbró el oscuro páramo y Artemisa comenzó a sentir un delicioso calor en su mano. Tomó impulso y lo lanzó. La bengala cayó sobre el suelo e iluminó el sendero por el cual pretendían continuar el descenso.

—Ahora es su turno, Selenio.

—Si no hay más remedio... —se lamentó el licenciado.

—Le prometo que le haré bombones de jarabe de alerce —se rio la profesora—. Si sobrevive se los podrá comer.

—¡Muy alentador! —exclamó Selenio.

—Vamos, Selenio —lo apuró Erik—, la bengala no dura mucho.

Selenio enganchó su arnés y se acercó al abismo. Un cúmulo de pensamientos aceleraba sus dos corazones. De todas formas, cruzar de ese modo era preferible a saltar y no alcanzar el borde. Erik le dio un empujón y el arnés se deslizó rápidamente cruzando los cinco metros del desfiladero, en tanto se escuchaban una serie de insultos en bratmano que por fortuna se llevó el viento. Felizmente Selenio llegó al otro lado sano y salvo, justo cuando la flecha cedía por el peso de su cuerpo y se desprendía de la roca. El licenciado no miró hacia abajo, se concentró en el rojo esplendor de la bengala, que ya comenzaba a declinar pero que todavía despedía calor. Ató la cuerda a una saliente. Luego se puso de espaldas y pasó sus brazos por encima de la cuerda. Abrió sus piernas para tener un buen apoyo y cuando estuvo seguro de su resistencia les comunicó:

—¡Estoy listo! ¡Cuando quieran!

Artemisa enganchó su arnés y Erik la empujó. Selenio sostenía con todas sus fuerzas. Ella se deslizó rápidamente los primeros tres metros y de pronto quedó suspendida en medio del vacío. El profesor intentó elevar la cuerda para que la comandante continuara su recorrido por efecto de la diferencia de altura, pero la argolla del arnés se había atascado y Artemisa se bamboleaba peligrosamente movida por las ráfagas ionizadas.

Selenio tiraba con todas sus fuerzas de la cuerda y al verla en esa situación sintió que algo lo impulsaba. Como si una fuerza mayor le diera todo su poder y lo convirtiera en un hombre temerario, fue acercándose al borde con cuidado, sin dejar de tirar, moviendo sus pies con pasos cortitos. Se agachó lentamente y, sin medir las consecuencias, se tiró al suelo y estiró un brazo tratando de alcanzarla. La comandante estiró el suyo pero aún los separaba casi un metro. Selenio tiró de la cuerda, comprobó la tensión y decidió que la alcanzaría aunque fuese lo último que hiciera en la vida. Se arrastró por la cuerda aferrado de pies y manos. Parecía un gusano azul metido dentro de su traje de cuerilio, con la nanocapa elevada por el viento. Finalmente su guante tocó el guante de Artemisa y en un último esfuerzo la aferró y tiró. La argolla del arnés se destrabó y la comandante se le vino encima a Selenio. Unos momentos después los dos estaban a salvo sobre el sendero.

El profesor Von Yasid estaba realmente sorprendido por la arrojada actitud del licenciado. Para un diplomático especializado en lenguas que temía a las alturas y al peligro aquello no había estado nada mal. ¿Habría hecho lo mismo por él o tendría que ver con la comandante Artemisa?

No era momento de contestar esas preguntas, así que Erik, ayudado por los otros dos, cruzó el abismo justo cuando la bengala estaba a punto de apagarse. Recogió la cuerda y luego se dirigió a Selenio.

—¡Por mis ancestros que me asombraste! —bramó Erik y le palmeó la espalda.

El licenciado trastabilló. Sintió como si un pequeño meteorito le hubiese golpeado la espalda. Sabía que Erik lo apreciaba y esa era su forma de expresarlo. La comandante no tenía palabras

para darle las gracias: le había salvado la vida.

—Estoy en deuda con usted, licenciado. Gracias.

—No es necesario que me agradezca. Debemos seguir con vida, esa también es nuestra misión.

—Es cierto. Entonces continuemos —propuso ella y de inmediato retomó la marcha.

Los tres se pusieron en camino cuando la bengala se extinguió por completo. Erik iba adelante, luego Artemisa, y Selenio cerraba la marcha. Se había alejado apenas unos pocos pasos porque sentía algo extraño: sus dos corazones rebosaban de una alegría desconocida.

El camino zigzagueante entre los despeñaderos fue una constante durante un buen trecho. Cruzaron de una montaña a otra por estrechas sendas de peligrosas puntas afiladas, hicieron equilibrio y tuvieron que clavar picos para asegurar sus arneses antes de cruzar largos puentes de rocas negras, pero finalmente el terreno comenzó a ser menos hostil y la comandante ordenó detenerse para volver a intentar comunicarse con la nave.

—Batuk, aquí el profesor Von Yasid. Cambio.

Del otro lado solo se oía una descarga. Cambió de frecuencia en varias oportunidades hasta que se dio por vencido. La comunicación no era posible. Sentados en el suelo pedregoso los tres elevaron su vista y comprobaron que el cielo iba tomando un color cada vez más naranja: estaba a punto de amanecer.

Las siluetas de la altísima cordillera por la que habían descendido se recortaban contra el cielo cada vez más claro. Era de una belleza brutal y sobrecogedora. Las montañas algo rojizas y de picos afilados extendían sus largos brazos al cielo en un intento desesperado de arañar la inmensidad. Las nubes bajas escondían muchos de esos brazos filosos y volvían el lugar misterioso y desolado, como si quisieran que nadie penetrara sus escondidos secretos. La esplendorosa estrella Goo, la reina del sistema, aparecería en cualquier momento iluminando el páramo. Ya se anunciaba su terrible belleza detrás de las montañas.

Artemisa tenía la mirada clavada en el cielo y no decía nada. Reflexionaba acerca de los siguientes pasos. Estaban cansados y las cosas no iban saliendo como las habían planeado.

Bajar había sido muy difícil, la nave estaba atascada y no tenía energía, y para colmo de males no podían comunicarse. Sin embargo, no era eso lo que más preocupaba a Artemisa. Desde que habían descendido en Goonan ella sentía la extraña sensación de estar en peligro. Al comenzar el descenso la sensación se acentuó y ahora estaba alerta porque le parecía que los vigilaban. Era como si todo tuviera ojos y los observara esperando un descuido para venírseles encima.

—Busquemos la ruta hacia los depósitos de turmalina. Profesor, según dijo, podrían estar en zonas cavernosas en la base de esta cordillera, ¿no es cierto?

—Así es. Si esperamos a que amanezca tendremos mejor luz, aunque puede ser que nos achicharremos —explicó Erik mirando los registros térmicos del espectrógrafo.

Selenio miró de reojo la pantalla y advirtió que la temperatura subía rápidamente. La estrella

Goo era más grande que el sol de su sistema y eso los ponía en franco peligro. Debían moverse y encontrar los depósitos subterráneos antes de que la luz cegadora de la estrella asomara por el horizonte.

—Vamos a continuar, no tenemos mucho tiempo antes de que amanezca —ordenó la comandante.

—Propongo que nos dividamos buscando una ruta. El espectrógrafo hará el resto.

—Estoy de acuerdo —le contestó a Von Yasid.

—*Yopo tapam biepe mepen* —susurró Selenio y se incorporó.

—¡En jerigonza no, licenciado! Sabe que me cuesta entenderlo —se molestó un poco Artemisa.

—Que yo también estoy de acuerdo, mi comandante —le respondió ceremonioso.

Ella no le contestó, no quería demorar más, por eso se puso en camino. Se dirigieron por tres lugares diferentes a la base de la montaña. Examinaron en distintas direcciones la posible existencia de cavernas, pero no aparecía nada con esas características.

Erik se había alejado en dirección al norte y había bordeado una gran depresión arenosa. De pronto el espectrógrafo mostró una curva que no dejaba lugar a dudas: allí debajo había presencia abundante de turmalina. Sin embargo, se había equivocado en cuanto a la posible entrada: no se distinguía desde allí ninguna cueva o lugar por donde entrar, al menos no a simple vista. Solo había un grupo de filosas rocas a lo lejos. Las cavernas podrían no tener una salida a la superficie, lo cual haría más difícil la extracción. Regresó sobre sus pasos con la euforia de haber encontrado al menos indicios de la preciada piedra. Artemisa volvía de su recorrido y otro tanto hacía el licenciado. Se aproximaron a Erik, que hacía señales con las manos. La claridad ya permitía que se vieran a distancia.

—¡Debemos ir hacia el norte antes de que salga el sol! —les gritó Erik.

Súbitamente, un silencio ensordecedor envolvió todo. Detuvo la brisa y un temblor pareció llenar el vacío. Algo poderoso estaba por suceder. Los tres presintieron el peligro. ¿Qué sucedía? Un sonido fuerte y repentino como si fuera un trueno se oyó a lo lejos. No tenían la menor idea de qué hacer, no sabían a qué se enfrentaban. Aquel lugar hostil y deshabitado les estaba preparando una sorpresa.

El viento venía desde lejos arrastrando todo a su paso. Las arenas negras y grises se habían elevado formando inmensos remolinos que avanzaban hacia la base de la cordillera asolando todo a su paso.

—¡Atémonos! —gritó la comandante.

Apenas pudieron aferrarse los tres a una cuerda y pasarla por sus cinturas. No tuvieron tiempo de hacer nada más. La temible tormenta de arenas negras los envolvió y los elevó por el aire; perdieron rápidamente la orientación y el remolino gigantesco les quitó toda posibilidad de visión. El calor aumentó con rapidez y, mientras los tres eran arrastrados, solo se oía el rugido

del viento y las arenas negras. No iban a sobrevivir si no lograban aferrarse a algo. Cayeron al suelo sobre arena gris y caliente, totalmente desorientados y en medio de la tormenta, sin posibilidad de vislumbrar algo. Estaban perdidos.

—¡Resis... ti... re... mos! —alcanzó a decir la comandante. Los tres atados por la cuerda yacían contra el suelo mientras las manos se hundían en la arena y luchaban por aferrarse para soportar el temible viento. Cuando ya sus fuerzas se estaban extinguiendo, la comandante sintió que algo la tocaba. Sus ojos apenas pudieron ver unas formas grises que la aferraron y tiraron de los brazos: un segundo después se desvaneció.

La tempestad de arena cubrió todo y el mundo se volvió opaco e impenetrable.

18

El doctor y la piloto rastrearon el lugar donde hallaron el arnés roto de Anuk, pero ella había desaparecido. Wan se alejó y elevó sus manos al centro de su frente; de allí las bajó hasta el plexo solar, justo en medio del pecho: debía concentrarse y reflexionar. Precisaba tan solo un momento de paz y armonía que le devolviera el equilibrio para poder hacer frente a aquella situación. Se sentía presa de la desesperación y eso no ayudaba en absoluto. El doctor Zanadory revisaba el suelo a unos diez metros del lugar donde habían encontrado el arnés y de pronto percibió algo resbaloso en la dura roca.

—¡Wan Siu, necesitamos luz!

Ella se hallaba de rodillas intentando calmarse, pero ante aquel llamado se incorporó y corrió lo más rápido que pudo saltando de roca en roca hasta llegar al doctor. Sumó el haz de luz de su casco de glasterano revestido de cuerilío, que tenía el aspecto de los viejos gorros de los aviadores de miles de años atrás, y lo enfocó junto con el del doctor.

—¿Ves lo que yo veo? —preguntó el médico con un temblor en la voz.

—Me temo que sí... —balbuceó ella.

Unas pequeñas y húmedas pisadas se percibían en el suelo. Apenas podían distinguirse porque también había una larga huella que por momentos interfería y hacía perder el rastro. La siguieron unos metros y comprobaron que descendía por un resbaladizo túnel entre rocas, apenas visible. Zanadory se agachó y midió el largo y el ancho de las pisadas. Luego sacó de su morral un frasco con polvo amarillo y lo lanzó al viento sobre las huellas. De inmediato el rastro surgió ante ellos claramente y las pisadas se volvieron fluorescentes, al menos hasta unos cien metros más abajo en la ladera.

—Lo que sea que se llevó a Anuk bajó por este camino. No tenemos más alternativas, hay que seguir el rastro.

—Estoy de acuerdo. Supongo que no es ninguna huella reconocible.

—No, no puedo determinar qué es —admitió Zanadory—. Podría ser humanoide, o un animal, o... No lo sé.

—Sea lo que sea debemos salvarla. Esa huella larga tiene que ser del cuerpo de Anuk.

—Coincido contigo. La está arrastrando —señaló Zanadory la línea zigzagueante amarillo fluorescente que se perdía hacia abajo.

—Si la arrastra es probable que Anuk esté inconsciente.

—Me temo que sí. Andando.

Recogieron las cuerdas y comenzaron el descenso por el estrecho túnel rocoso. Las altísimas paredes de piedra chorreaban un líquido que por el momento no identificaron, pero que los hacía resbalar peligrosamente. Las rocas húmedas despedían un olor pestilente que atravesaba incluso los filtros de aire del casco.

Bajaron durante más de una hora y de repente las huellas se perdieron.

—No tengo más polvo revelador —se quejó Zanadory mirando el frasco vacío de su morral.

—De todas formas debemos detenernos e intentar comunicarnos otra vez con la nave. Quizás al haber descendido podamos encontrar una frecuencia para que Batuk nos reciba y pueda ayudarnos.

—Bien, descansemos en la saliente y no mires hacia abajo.

Es muy profundo.

—Creo que deberíamos atarnos a algo por precaución. Estas rocas resbalosas son muy traicioneras.

—Coincido contigo. Solo nos tenemos el uno al otro y no querría perderte...

Zanadory no sabía qué le había ocurrido. Aquellas palabras habían salido de su corazón en el momento más inoportuno e inconveniente, pero ya estaban dichas y ahora sentía un alivio en el pecho. Ella no hizo comentarios, pero clavó su mirada en los ojos lila. Se ataron a dos rocas con la cuerda de fibra y sentados intentaron de nuevo la comunicación con *Vandalia*. Fue inútil, la estática era impresionante y no había forma de recibir ninguna señal.

El cielo se iba poniendo cada vez más claro y algunas nubes purpúreas se acercaban peligrosamente entre las montañas.

—No puedo hacer contacto con nadie —se enfureció Wan Siu—. El grupo del oeste tampoco responde. ¡Este planeta es detestable! —perdió su equilibrio la bella técnica de vuelo.

—Pensemos una cosa a la vez y no perdamos tiempo. Cada minuto puede hacer la diferencia para nuestra querida Anuk. Lo primero es seguir adelante y encontrarla; luego veremos cómo restablecer la comunicación y haremos otro plan para poder cumplir con nuestra misión.

Zanadory le pasó el brazo por el hombro y Wan Siu sintió que estaba protegida, que había alguien en el mundo, o en el universo, que sabía cómo calmar su ansiedad y hacerla sentir segura.

El doctor le tendió su mano y ella se levantó presurosa. Veía la carita anaranjada de Anuk y sentía una opresión en el pecho. Caminaron atados por el sendero que bajaba a las profundas rocas sin saber a qué peligros podrían enfrentarse.

Luego de media hora de descenso notaron que el calor iba en aumento. Las nubes purpúreas estaban ahora sobre ellos y no tenían buen aspecto. La claridad había desaparecido y el aire se enrareció.

—Estas nubes me producen una sensación extraña, como si estuviese a punto de suceder algo terrible.

—No te preocupes, sigamos bajando —trató de tranquilizarla él.

Sin embargo, los miedos de la piloto se hicieron realidad de una forma inesperada. De las profundas nubes púrpuras surgió un rayo que zigzagueó y cayó sobre la punta de un afilado risco. El sonido fue ensordecedor y por instinto ambos se tiraron al suelo. La roca se pulverizó y se despeñó a lo lejos. Luego otro rayo cayó contra el suelo e hizo temblar sus cuerpos aún sobre la roca húmeda. Una gran tormenta eléctrica se cernía sobre ellos y amenazaba con descargar toda su furia.

—¡Permanezcamos en el suelo! —gritó Zanadory—. No hay que ofrecer resistencia.

—¡¿Qué es esto?! —gritó la bella piloto.

Las nubes los rodearon y en un segundo las fuertes descargas eléctricas atravesaron las nubes como culebras violáceas que huían de un lugar a otro del cielo. De repente un rayo cayó delante de la piloto a unos pocos metros y la tierra achicharrada cedió. Wan Siu lanzó un grito que se oyó apenas en medio de los truenos incesantes.

—Debemos aproximarnos a la pared —la instó el doctor.

La técnica de vuelo se arremangó la nanocapa y trató de levantarse, pero un viento furioso cargado de electricidad la empujó como una mano invisible y poderosa al abismo. Wan Siu sintió que perdía estabilidad y no pudo sostenerse; la cuerda de fibra arrastró al doctor y ambos se precipitaron al vacío. Empezaron a deslizarse a gran velocidad por la pared de roca lisa y resbalosa. Un largo grito se oyó en el amanecer goonesino pero nadie pudo oírlo. Cayeron sin remedio por el despeñadero en forma de tobogán gigantesco que se los tragó. Sobre ellos un rayo fulminó la saliente donde unos pocos segundos antes se habían guarecido de la furia de la tormenta.

Un par de horas después, Zanadory sintió que todo su mundo le daba vueltas. Le dolía terriblemente la cabeza y la espalda. Su instinto le indicaba que debía abrir los ojos, pero pese a sus esfuerzos no pudo hacerlo de inmediato. Sentía su cuerpo dolorido y un leve mareo al intentar levantar sus párpados. Sintió que el pánico se apoderaba de él. Una sustancia líquida y caliente se había filtrado por dentro de su traje. Evidentemente en la caída el resistente traje de cuerilío había sufrido algún tipo de rasgadura. Un frío mortal le recorrió la espalda. Él lo conocía: se llamaba *miedo*. Por un instante pensó en sus padres, en el cabello con rastas de colores de su madre que corría por el campo para alzarlo en brazos y en su padre tirándole un beso mientras cosechaba trigo con la frente sudorosa. Pudo sentir el aroma de los trigales y la brisa moviendo las espigas doradas que brillaban al sol. Añoró las manos enormes de su padre

acariciándole las rastas cuando él apenas le llegaba a la cintura.

Entonces juntó fuerzas y a pesar del dolor abrió los ojos lila. El horror lo invadió. Estaba en medio de un líquido verde y espeso. Su cabeza apenas sobresalía en la superficie. Miró hacia arriba y pudo ver un cielo anaranjado intenso y densas nubes purpúreas que lo salpicaban. Volteó hacia los lados y descubrió que enormes raíces emergían del agua y se perdían hacia el cielo convertidas en árboles gigantescos. Largas enredaderas caían dentro del agua y se perdían enroscadas a los troncos enmarañados. Nunca había visto nada igual; era un paisaje sobrecogedor que lo hacía sentir un diminuto insecto atrapado entre las raíces de una monstruosa telaraña. Todo era de una belleza sobrenatural y asombrosa. Aquello parecía parte de una pesadilla y él estaba dentro de ella. Algunas flores rojas y blancas de un tamaño que le pareció demasiado grande asomaban cada tanto entre el follaje denso de la selva. Calculó que podía guarecerse debajo de una ellas y quedar completamente cubierto. El calor lo agobiaba. Entonces recordó que tenía agua, agua pestilente y verde metida dentro de su traje, y se enderezó apoyándose en el fango. Las imágenes de lo sucedido unas horas atrás le llegaron en tropel.

Caían por el tobogán de roca lisa y húmeda; las descargas eléctricas no cesaban y sorpresivamente un rayo alcanzó el peñasco. Un alud de pequeñas rocas cayó sobre ellos y alcanzó a golpear a Wan en el casco. Ella se desvaneció y ambos siguieron cayendo y cayendo. Ahora acababa de despertar y no tenía la menor idea de cuánto tiempo había pasado desde entonces. En su mente solo había una pregunta: ¿dónde estaba Wan Siu?

El doctor se incorporó un poco más y apoyándose en una pierna y luego en la otra se levantó chorreando fango pestilente. Parecía un naufrago luego de una tormenta. La nanocapa chorreaba y la ropa parecía un estropajo de cuerilio, andrajoso y maloliente. Miró en derredor. Estaba cerca de la orilla de un enorme manglar. Las raíces de los árboles y las lianas se escondían en las aguas putrefactas. Su mirada la buscó con desesperación pero no la encontró.

Intentó limpiar con el dorso de la mano la cúpula de glasterano que le cubría el rostro, pero lo único que logró fue enturbiar más su visión. Trató de serenarse y pensar con claridad. Debía caminar hasta la orilla rocosa por la que había caído. Estaba bastante cerca, a unos diez metros. Entonces algo lo inquietó sobremanera: la superficie verde y pesada del agua empezó a moverse a lo lejos. Comenzó a levantar pequeñas olas y a despedir algunas burbujas. ¡Algo se aproximaba! No había tiempo de mayores especulaciones: debía escapar de allí de inmediato.

Iba a dirigirse a la orilla cuando lo que fuese que venía por debajo del agua cambió su rumbo y comenzó a bordear la costa. Era como si hubiera sentido sus pasos. El doctor no lo dudó: se zambulló hacia el medio del río de aguas estancadas y comprobó que allí aumentaba su profundidad. Nadó con todas sus fuerzas. Detrás de la estela de agua se aproximaba algo con gran rapidez. Cuando Zanadory alcanzó la raíz más cercana, que parecía la pierna de un elefante, se apresuró a trepar. Resbaló y trepó otra vez, con una velocidad asombrosa. El miedo lo hizo subir tan rápido como pudo y quedó aferrado mirando el agua con horror.

La estela verde y burbujeante se acercó a las raíces de los manglares, dio una vuelta y se perdió nuevamente en el fondo del río lodoso.

El doctor sintió que volvía a respirar, aunque con dificultad. Le dolía mucho la espalda y la cabeza le zumbaba. Había logrado salvarse de aquello, fuese lo que fuese. Quería irse de aquel maldito lugar.

Trepó como un mono, desesperado, un par de metros más y se quedó tendido de espaldas sobre la gris raíz del árbol. Un zumbido extraño lo puso en alerta. No supo de dónde salió, pero una hermosa y monumental libélula con sus élitros tornasolados y transparentes lo sobrevoló y desapareció entre las enredaderas. El doctor respiró aliviado. La pregunta le sobrecogió el alma de nuevo: ¿dónde estaba Wan Siu?

—Zanadory —susurró una bella voz.

El doctor giró y se encontró con la bella piloto. Una sensación de alegría lo invadió. Ella sintió deseos de llorar y unas lágrimas le rodaron por la mejilla. Sin pensarlo lo abrazó emocionada.

—¡Auch! —se quejó él.

—¿Te lastimé? ¿Estás bien? Perdón —Wan Siu tenía un torbellino de emociones en su corazón.

—Sobreviví a todo... Puedo sobrevivir a un abrazo, piloto —bromeó el doctor.

—Me alegro tanto de que estés vivo...

—A mí también me alegra verte...

El estado de la piloto no era mucho mejor que el del doctor. Su traje estaba rasgado en la rodilla y en un brazo. Su pelo se había escapado del casco de cuerilío y parte de su lacia melena asomaba sobre un hombro.

Había sido la primera en caer y con ella había arrastrado al doctor. Al llegar abajo, la cuerda de fibra se había roto y Wan salió despedida varios metros. Cayó en medio del río verde. La escasa corriente la hizo cruzar flotando inerte al otro lado y su cuerpo se trabó en las raíces de una tupida enredadera. Cuando despertó, presa del pánico, lo primero que hizo fue salir del medio líquido; no sabía qué podría acecharla en el lodazal. Escaló por las raíces de la enredadera y pudo tener un mejor panorama.

Analizó entonces el lugar desde el cual creía que habían caído. Calculó el tiempo. Debían de haber pasado un par de horas porque el cielo estaba más claro y teñido de un anaranjado intenso. De todas formas sobre ella había varias de las temibles nubes purpúreas. Le pareció que algo asomaba en la superficie del agua y gritó con todas sus fuerzas. No sabía si funcionaba el intercomunicador de los cascos, pero igual lo intentó. No recibió respuesta. Se sentó un momento para recuperar fuerzas y porque además sentía un intenso dolor en la pierna y en un brazo. Era peligroso dejar las heridas al aire sin conocer la composición química de la atmósfera.

Hubiese deseado preguntarle a Erik si era posible dejar a un lado el casco y al doctor si sus heridas corrían serios riesgos de infectarse con un virus seguramente desconocido; sabía que eso

era altamente probable. Se ató un trozo de tela que llevaba dentro de un bolsillo y aplicó un torniquete en su pierna. El dolor disminuyó un poco. Zanadory tenía las cápsulas de primeros auxilios dentro de su morral; hasta que lo encontrara no podía hacer mucho más. Por un segundo pensó en no volver a verlo y sintió mucho miedo. Estaba acostumbrada a luchar en terrenos hostiles, pero aquel pensamiento le producía un dolor diferente.

Cuando revisaba la herida de su brazo fue que le pareció que algo se movía en la orilla opuesta. No lo dudó: con la pierna dolorida trepó y fue saltando de raíz en raíz. Una silueta con capa emergió de entre el lodo y ella sintió que la invadía la alegría. ¡Estaba vivo! ¡Zanadory estaba vivo! Por un segundo pensó en Anuk y eso le dio fuerzas para ir más deprisa. Fue tomándose de las lianas y sacando de su paso las barbas del diablo, que crecían hasta llegar al suelo enraizado del manglar. Nada podía detenerla. Quería sentir nuevamente que no estaba sola.

Corrió rengueando los cien metros que la separaban del doctor, cuando de pronto lo perdió de vista. ¡No podía ser! Hacía unos minutos estaba allí, casi junto a la orilla y ahora no lo veía. Sus hermosos ojos oscuros lo buscaron desesperadamente y entonces descubrió que venía nadando hacia las raíces del manglar. Algo lo perseguía dejando una estela a su paso y despidiendo burbujas en el agua pestilente. Wan Siu se apresuró a recorrer el tramo sosteniéndose de las raíces. Al acercarse al lugar por donde presumía había subido, lo encontró contemplando el río verde, visiblemente exhausto y confundido.

Ahora ya estaban otra vez juntos.

—Estamos vivos —le susurró Zanadory.

—Ahora debemos encontrar a Anuk para irnos de este lugar infame.

—Estoy de acuerdo, aunque no sabemos hacia dónde ir. Creo que aquí hay oxígeno en altas proporciones y por eso toda la vegetación es enorme.

—Si la vegetación es enorme también lo son los habitantes —dijo ella con un temblor en la voz.

—Me temo que sí. Al menos las libélulas.

Zanadory le observó la pierna con el torniquete y quiso examinar la herida. No era profunda. Sacó su cápsula de primeros auxilios y vertió un líquido violeta. La piloto dijo un par de exabruptos y luego se tomó dos pastillas para prevenir las posibles infecciones. El doctor volvió a cubrir la herida con una banda de tela. Hizo lo mismo con el corte del brazo y entonces estuvieron listos para partir. Unos segundos después se levantaron y empezaron a caminar sobre las raíces, alejándose del río verdoso. Las nubes violetas se abrieron con un trueno y la lluvia torrencial comenzó a descargarse sobre las selvas al este de la cordillera de Goonan.

Los viajeros caminaron y treparon por entre el espeso follaje mientras el agua caía sin prisa. Súbitamente ella detuvo la marcha y cerró sus manos a la altura del pecho. Zanadory también se detuvo.

—¿Qué ocurre?

La bella piloto continuaba en silencio con las palmas de sus manos en el plexo solar. De repente buscó su mirada.

—Oigo una interferencia en el intercomunicador, tiene que ser Anuk.

—Es cierto —aguzó el doctor el oído—. Yo también puedo oírla. No puede estar a más de mil metros, es el alcance de los cascos sin conexión con *Vandalia*.

—¡Al fin una buena noticia! —exclamó ella.

Corrieron y se lanzaron como dos guerreros silat entre las raíces. Esa era una de las técnicas de supervivencia que todos los tripulantes debían pasar para poder navegar en el espacio abierto e integrar misiones espaciales. Los antiguos guerreros de Vandasia, llamados malayos miles de años atrás, habían cultivado el arte ancestral de la defensa y el equilibrio en las selvas de Malasia. Se los conocía como los guerreros silat. Esa técnica había sido perfeccionada y estudiada a lo largo de miles de años y ahora era puesta en práctica por aquellos dos exploradores en un mundo desconocido.

Aunque la lluvia incesante les hacía muy difícil mantener la estabilidad y resbalaban continuamente, ellos no caían gracias a las antiquísimas técnicas aprendidas, pero ninguno de los dos estaba preparado para lo que los esperaba unos metros más adelante.

La señal se volvía cada vez más potente, se estaban acercando al transmisor del traje de Anuk, de eso no cabía duda. En medio de la cortina de agua apareció una cascada de varios cientos de metros que descendía de lo alto de un árbol monstruoso. Los cosmonautas parecían dos insectos diminutos frente al poderoso torrente. Quedaron absortos contemplando la magnitud de aquella monumental naturaleza.

Todo sucedió muy rápido. De lo alto de un árbol cayó sobre ellos una red muy grande de fibra y los elevó a más de veinte metros del suelo tupido de raíces. La lluvia fría siguió bañando a los dos insignificantes seres que colgaban dentro de la red. A lo lejos otro trueno retumbó y el agua inundó rápidamente la superficie arrastrando todo a su paso.

19

La comandante Artemisa abrió los ojos y solo pudo ver una claridad opaca. No podía distinguir nada más que algunas formas difusas. Ni siquiera sabía qué eran. Sintió que su corazón se aceleraba por el miedo a lo desconocido. ¿Dónde estaba? ¿Qué le había sucedido? Solo recordaba la tormenta de arenas negras y luego que algo la había tomado del brazo. Hizo memoria y recordó también unas formas grises en el torbellino furioso de la arena. ¿En qué lugar se hallarían Selenio y Erik? ¿Qué habría pasado con ellos? Para su sorpresa, estaba tendida en el suelo. Palpó a los costados y comprobó que la superficie sobre la cual descansaba era cálida y cómoda, como si fuesen telas de algodón o algún tejido similar. Eso la tranquilizó un poco. Trató de serenarse. Se tocó el rostro y al llegar a los ojos notó que tenía una tela sobre ellos. De un tirón se la quitó. Sin embargo, la realidad seguía siendo difusa. Entró en pánico. Se había quedado ciega o al menos no podía distinguir ninguna forma nítidamente.

—¿En dónde estoy?! —gritó con todas sus fuerzas—. ¡Auxilio! ¡Que alguien me ayude!

—Shhh, silencio —susurró una voz conocida.

—¿Selenio? ¿Es usted? —movió la cabeza Artemisa siguiendo el sonido de la voz.

—Sí, soy yo. Tranquilícese, comandante. ¿Está bien?

—No puedo ver nada, solo una claridad difusa. ¿Qué me pasó, Selenio?

—Estuvo inconsciente durante varias horas. Ahora será mejor que se calme, no tardarán en llegar.

—¿En llegar? ¿Quiénes? ¿En dónde está Erik? —se alarmó la profesora.

—Erik no está aquí, no sé dónde lo tienen —hizo una pausa—. Oigo sus pasos, ya vienen. Permanezca en silencio, yo trataré de hablar con ellos.

—Pero Selenio, yo soy su comandante —se alteró ella.

—Silencio, mi comandante. Confíe en mí.

No hubo tiempo de continuar. Los pasos se detuvieron y Artemisa sintió palpitaciones. Dirigió su mirada hacia el lugar del cual provenían los pasos y esperó. La escasa visión se oscureció por un momento y unas extrañas formas grises se hicieron más y más grandes hasta quedar junto a

ella.

—*S dsprt* —murmuró una voz.

—*Cr q st bn. N pd vr cn clrdd* —dijo otro y le pasó algo por delante de los ojos.

—*Stn slv. F n grn trmnt d rn ngr* —concluyó el primero.

—*Y sy Sln d rp. Vnms n pz* —se presentó el licenciado.

La sorpresa de los hombres grises fue grande. Aquel ser azul conocía su lenguaje. Eso los desconcertó. La comandante no entendía una palabra de lo que decían. El extraño idioma sin vocales le era absolutamente imposible de asociar con nada. Por fortuna Selenio lo hablaba; bueno, por algo era licenciado en lenguas antiguas y en códigos de comunicación. Aquello la tranquilizó un poco y le brindó esperanzas.

—Les ruego que anexen las vocales. La comandante Artemisa, la bella señora que está a mi lado, no habla su idioma neutral, necesita que añadan las vocales para comprenderlos.

Los seres grises se miraron desconfiados. ¿Quiénes eran aquellos tres viajeros que llegaban después de tanto tiempo a Goonan? Tendrían que averiguarlo. Mientras tanto, no podían confiar en ellos, debían tomar precauciones, pero era necesario entablar comunicación para conocer sus intenciones. Así que comenzaron nuevamente su diálogo como había solicitado Selenio. El primer hombre, vestido con andrajosas ropas grises que hacían juego con el color de su piel, repitió lo que unos momentos antes había dicho al entrar a la cueva.

—Se despert... ó.

—Creo que está bien. No puede ver con claridad.

—Están a salvo. Fue una gran tormenta de arenas negras.

Ahora era el turno del licenciado, que volvió a presentarse.

—Yo soy Selenio de Europa. Venimos en paz.

—Nosotros somos las tribus grises del oeste de Goonan.

La comandante, a pesar del *shock* por la falta de visión, se animó a pronunciar.

—Soy la profesora Artemisa, comandante de la nave *Vandalia*.

—¿Una nave interplanetaria por estos rumbos? —se sorprendió uno de los hombres grises.

—Estamos en misión de recarga de combustible. Tuvimos un aterrizaje forzoso en la cordillera.

—Entiendo —dijo el otro.

—Es preciso que nos comuniquemos con la nave —dijo con ceremonia pero con firmeza Selenio.

—Me temo que eso no será posible —respondió uno de ellos.

—¡Exijo que nos permitan comunicarnos! Quiero saber dónde está el profesor Erik Von Yasid, el científico de a bordo —se exasperó Artemisa y todo comenzó a darle vueltas.

Uno de los hombres se le acercó y puso sus manos sobre los hombros de ella.

—Comandante, le aconsejo que se tranquilice, por favor. Su compañero está siendo atendido

en la cueva contigua. Sufrió un problema con su casco y están intentando quitárselo. En cuanto a usted...

—Dígame, ¿qué me ocurre? —se desesperó la comandante.

—Cuando hay grandes remolinos de arenas negras cubrimos nuestros rostros, la arena se mete por todos lados y en los ojos puede producir ceguera.

—Pero yo tenía puesto mi casco...

—Se salió y la arena entró en sus córneas. Por eso tenía puesto el vendaje. Ya le hemos suministrado lágrimas de cielo, se pondrá bien. Es una ceguera pasajera. Le conviene descansar, eso acelera el proceso de curación.

—Quiero ver a Erik.

—En cuanto le quitemos el casco lo traeremos con ustedes, y los llevaremos ante el sabio supremo para interrogarlos.

—Como representante diplomático de *Vandalia* quiero dejar sentada una queja por las condiciones en las que estamos siendo tratados. No se nos permite comunicarnos con nuestra nave nodriza y eso contraviene el protocolo estelar firmado por todas las naciones del univer...

Los dos hombres grises ya se habían retirado y el licenciado estaba celeste de furia. ¡Aquello no era posible! ¡Qué falta de educación! ¿Qué clase de seres primitivos vivían en ese maldito planeta que según afirmó Von Yasid estaba deshabitado?

—¡Esto no puede ser! —se enojó Selenio.

—Selenio, ¿por qué no deja de quejarse y trata de escapar? —preguntó con ironía la comandante.

—¡Porque estoy encadenado a una argolla en el suelo!

—¿Cómo? —lanzó un grito ella.

—¡Y usted también, comandante!

Artemisa se palpó el tobillo derecho. Un grillete con una gruesa cadena la mantenía sujeta al suelo.

—Le sugiero que descansemos y que se recupere. La tormenta de arena me dejó increíblemente cansado y necesito dormir. Cuando llegue el profesor quizás podamos hacer un plan para escapar de este tenebroso lugar.

—Está bien. No tenemos muchas alternativas —suspiró Artemisa con resignación—. Además me duele mucho la cabeza y siento que los párpados me pesan.

—Durmamos un rato. Es lo mejor.

Unas horas después Artemisa despertó porque escuchó un bramido inconfundible.

—¡Les exijo que me suelten y que me devuelvan el casco! —vociferaba una voz a lo lejos.

La comandante comprobó que veía con más nitidez; estaban dentro de una cueva rosada y lustrosa tapizada con telas de colores grisáceos hermosamente trabajadas. El suelo de roca estaba cubierto de alfombras y los almohadones sobre los que había estado durmiendo parecían hechos

de una fibra muy parecida al algodón y tenían un color plumizo. Selenio dormitaba sobre unos almohadones y sus azules facciones denotaban cansancio. Ni siquiera se había sobresaltado al oír la estrepitosa voz de Erik al otro lado de la tela que cubría la salida. Artemisa hizo un reconocimiento visual de su persona; todavía llevaba puesto el traje de cuerilio y las botas, pero no tenía su casco ni su nanocapa. El aspecto del traje era lamentable. La arena había cambiado el color marrón del cuero por un gris desteñido. Las botinetas estaban raídas como si las hubiese sacado del baúl de su abuela en el siglo XXIII.

El licenciado lucía igual. Su pelo estaba de un azul grisáceo y su traje también había sufrido los embates de la tormenta. Artemisa se preguntó qué habría sido de ellos si aquellas personas, los seres de las tribus grises, no los hubiesen rescatado del torbellino. Probablemente habrían muerto. De todas formas eso no justificaba su conducta. Los tenían de rehenes e incomunicados. ¡Era totalmente intolerable! Fue a ponerse de pie, pero cayó sentada.

—¡Comandante! —bramó Erik entrando de golpe y cayendo junto a ella—. Me alegra verla de nuevo.

—Quisiera estar en una mejor situación, querido Von Yasid.

Selenio despertó y su rostro se llenó de esperanza al ver que volvían a estar los tres juntos. Sus mejillas tomaron un tono celeste y se incorporó. Erik se levantó pesadamente; estaba cansado y maltrecho. Tres guardias grises con largas túnicas y pañuelos envueltos en la cabeza permanecían detrás de él. El profesor, visiblemente indignado, arremetió contra ellos. Lo detuvieron con tres largas varas y cayó otra vez al suelo.

—¡Por todos mis ancestros! ¡Qué pueblo tan ignorante hemos encontrado en este lugar!

Los guardias no respondieron. Sus rostros grises permanecían serios y distantes, aunque sus ojos transmitían una tristeza antigua, como si estuviesen cansados de luchar. Le colocaron a Erik dos grilletes en los tobillos y aseguraron las cadenas a dos argollas de hierro. Luego se fueron sin decir una palabra.

—¿Está bien, profesor Von Yasid?

—Sí, estoy bien, aunque algo confundido y me duele mucho la cabeza. No puedo creer lo que estoy viendo. ¡Encadenados como si fuésemos criminales intergalácticos!

—Serénese, Erik. Es un pueblo ignorante, pero por el momento no tenemos más alternativa que seguir sus órdenes. Ni siquiera sabemos dónde nos encontramos.

—Selenio tiene razón —apoyó ella—. Nos salvaron la vida. De lo contrario habríamos perecido en la tormenta de arenas negras.

—¿Han podido comunicarse con Batuk?

—No, ha sido imposible. Además nos quitaron nuestros cascos —explicó ella.

—¿Cómo pude equivocarme tanto?

—Les recuerdo que se lo advertí. No era seguro acercarse a Goonan.

—Eso fue escrito miles de años atrás —le restó importancia la comandante—. Ahora ya

estamos aquí, de nada sirve lamentarse ni echarse culpas. Tendremos que buscar una forma de escapar.

La tela de entrada se movió imperceptiblemente y una mano grisácea la corrió. Ninguno de los tres se había percatado de que los estaban observando.

—Debemos intentar comunicarnos con *Vandalia*. Es nuestra única posibilidad.

—Si nos descubren, no sabemos qué puede pasarnos.

—Tenemos que hallar los depósitos de turmalina y salir de este maldito planeta cuanto antes.

De repente los tres tuvieron una extraña sensación y miraron hacia la cortina de entrada. Allí, de pie, apoyado en una larga vara, descubrieron a un anciano de barbas largas y grises. Su ropaje era idéntico al de los guardias, pero sus ojos negros y penetrantes les produjeron escalofríos.

—Este planeta puede que no sea de su agrado y quizás esté maldito, pero por el momento están en Goonan.

—¡Estamos como rehenes, encadenados y sin posibilidad de comunicarnos! —se exaltó la comandante.

—Es cierto, les pido mil disculpas —y moviendo su vara imantada los grilletes de hierro se abrieron.

Ninguno se animaba a hablar. Erik frotó sus tobillos, Selenio y Artemisa también. Habían sido liberados pero no conocían el motivo, si aquello sería duradero o solo una trampa para ganarse su confianza.

—¿Están mejor así? —preguntó el anciano.

—Sí, gracias —respondió Selenio—. Es un gesto de buena voluntad universal.

—Lo sé. Les ruego nos disculpen. Nuestras tribus están en guerra y no podemos confiar en los forasteros aunque los hayamos salvado de una tormenta de arenas negras.

—Debemos darles las gracias por eso también —agregó con diplomacia el licenciado.

Erik estaba a punto de hacer explosión. No podía dejar de pensar que hasta hacía unos segundos estaban encadenados como malvivientes. Para peor, no tenía su amado casco vikingo y eso aumentaba su malhumor. No tuvo tiempo de estallar porque el anciano les habló muy amablemente.

—Les ruego que me acompañen a cenar. Deben de estar hambrientos. Ya casi cae la noche en Goonan y es tiempo de encender las hogueras y ponernos a resguardo. Si lo desean, una vez que les formule algunas preguntas, podrán comunicarse con su nave.

—¿Es una promesa? —preguntó Selenio.

—Es un compromiso —afirmo el anciano—. Sígueme, por favor.

Sin otro plan, los tres caminaron detrás del viejo, que se apoyaba en la vara. Al salir pudieron apreciar que estaban dentro de una gran caverna iluminada con antorchas que pendían del techo abovedado. La piedra era rosada y lisa como si la hubieran tallado y pulido. Aquel lugar parecía un laberinto, lleno de pasajes y de escaleras que se perdían hacia abajo y hacia arriba. Las

cortinas de colores que cubrían algunas entradas les hicieron recordar los bazares callejeros de las lejanas tierras de Vandasia. Comenzaron a ascender por una escalera tallada en la roca y se toparon con hombres y mujeres, también con niños, todos vestidos con harapos grises y con el mismo tono de piel. Caminaban descalzos y no emitían sonido alguno; era como si las palabras sobraran en ese lugar. Las pocas conversaciones que oyeron eran solamente lenguaje de consonantes, lo que les hacía imposible, salvo al licenciado, entender lo que murmuraban. Hablaban de los viajeros que había traído la tormenta. Temían que los hubiese enviado el enemigo.

Al llegar al final de la escalera de caracol el viejo se detuvo. Dos guardias grises con sus varas lo aguardaban. A una seña del anciano los dejaron pasar. Corrieron una cortina y sus ojos quedaron impactados por lo que contemplaron. La habitación circular tenía una fogata encendida en el centro, sobre una cavidad en la roca, y frente a ellos había un gran balcón también tallado. A lo lejos, bajo el cielo anaranjado rojizo del atardecer de Goonan, miles de fuegos ardían en cavernas excavadas en la montaña. Parecían las celdas de un gigantesco panal. Escaleras serpenteantes ascendían hasta ellas desde el suelo arenoso y largos puentes colgantes de fibra unían las laderas de las montañas rosadas. Era un paisaje hermoso e increíble, donde cientos de siluetas grises envueltas en harapos subían, caminaban y encendían las fogatas de sus hogares dentro de las cuevas. Nunca habrían imaginado que aquel era el cráter de un volcán antiquísimo y que en su centro de arenas doradas y calientes se hallaba el hogar de las tribus grises del oeste de Goonan.

—Siéntense, viajeros. Me gustaría saber el motivo de su visita.

Brevemente Artemisa le explicó su misión y que viajaban a bordo de una nave muy especial llamada *Vandalia*. Luego de escuchar a los tres el anciano habló.

—Creo que dicen la verdad. No son espías de nuestros enemigos. Ni siquiera se les parecen. Pero deben entender que estamos en guerra y no podemos permitir que nadie conozca nuestro refugio.

—Nosotros solamente pedimos que nos deje partir. No revelaremos nada acerca de este lugar. Solo queremos llegar a los depósitos de turmalina y nos iremos —explicó ella.

—Me temo que eso no será posible. Los depósitos están en una zona prohibida.

—¿Prohibida? —bramó Erik perdiendo la paciencia.

—Es un lugar del cual nadie vuelve. No podemos permitir que nadie llegue hasta la caverna. El túnel ha permanecido sellado desde hace casi mil años.

La conversación se interrumpió ante un sonido vibrante que estremeció las paredes del cráter. Cientos de largas varas de arcilla sonaron en las cuevas iluminadas por el fuego. Caía la noche sobre Goonan y los habitantes del desierto llamaban a retirarse a los refugios.

20

Luego de la conmoción de sentirse izados por la red, ambos tripulantes reaccionaron. Zanadory tenía el cuerpo boca arriba, con brazos y piernas apuntando al cielo; en cambio la piloto tenía su rostro contra las cuerdas y podía ver el torrente que arrastraba todo a su paso a unos veinte metros más abajo. El doctor estiró la mano y logró alcanzar su botineta. Wan Siu todavía escuchaba el sonido del casco de Anuk y eso la sumía en una profunda impotencia. Habían quedado a pocos metros de la imponente cascada que caía desde el árbol. Al contemplar el suelo pudo entender que el nivel del agua subía rápidamente; todo se estaba inundando. En cuestión de minutos dejaron de verse las raíces y muchas enredaderas fueron cubiertas por el agua que empujaba camalotes, palos y troncos de gran tamaño, allí donde hacía unos momentos ellos dos caminaban y trepaban. Si no hubiese sido por el repentino ascenso, habrían sido arrastrados por las aguas inevitablemente.

El doctor comenzó a sacudirse en la red intentando desenfundar el cuchillo que tenía en su botineta.

—¿Estás bien? —preguntó él.

—¡Mientras no se mueva, Zanadory!

—Perdón, pero intento sacar el cuchillo —e hizo una contorsión más—. ¡Ya está, lo logré!

—¡Mi cabeza! ¡La está aplastando! —gritó ella.

La lluvia torrencial ahogaba todo a su paso, incluso los gritos. No se escuchaba nada; solo el rugido de miles de torrentes, el sonido furioso de la cascada y el agua, siempre el agua. Otro trueno los hizo estremecer. Aquel lugar parecía salido de los abismos acuáticos, no daba tregua. El agua engullía todo, árboles, plantas, flores, y cada vez estaba más cerca; había subido unos diez metros.

—No pensará cortar la cuerda ahora.

—Es justo lo que pensaba hacer —admitió Zanadory con el cuchillo en una mano.

—Le recomiendo que mire hacia abajo, y en lo posible sin aplastarme la cabeza.

El doctor intentó un par de contorsiones y finalmente pudo contemplar lo que preocupaba

tanto a Wan Siu Dabarat: el agua estaba por todas partes y subía a gran velocidad. Si se tiraban, lo más probable era que fuesen arrastrados corriente abajo hacia el río del cual habían venido; eso si lograban sobrevivir a los troncos que llevaba la correntada y a las piedras que empujaba. La velocidad de las aguas era otro problema: no sabían si tendrían tiempo de asirse a algo luego de la caída. Cortar la red y dejarse caer no era, pues, la opción más recomendable. Debían actuar con rapidez y pensar cuál era el mejor modo de sobrevivir.

Ella había logrado moverse de la incómoda posición inicial. Le dolía mucho la pierna y el brazo había comenzado a latirle en torno al corte, lo cual no era nada bueno. Con dificultad logró mirar hacia el cielo y las nubes violáceas que cubrían esa parte del cielo de Goonan le dieron un momento para reflexionar.

Recordó a su madre y su padre en la aldea remota de Vandasia, la ventana desde donde se veían las altas cumbres, el aroma a especias, el incienso, y su mente voló a miles y miles de kilómetros. Su punto rojo en medio de la frente cobró luz e intensidad y sintió que tenía una respuesta.

—Si no podemos bajar, debemos subir, Zanadory.

El doctor, aferrado al cuchillo, evaluó las palabras de la piloto. El cielo rojizo de Goonan estaba oscurecido por las nubes violáceas y en derredor todo era vegetación enmarañada. Ellos estaban en un claro de la selva. Había tres motivos poderosos para escapar de allí lo más rápido posible: el agua subía y ya estaba a escasos cinco metros, el sonido del transmisor de Anuk todavía zumbaba en los cascos y, por último, los que habían puesto las redes vendrían a ver si habían cazado algo, quizás su comida.

Los árboles más altos entrelazaban sus brazos, otros se unían por medio de gruesas enredaderas o largas barbas del diablo. A pocos metros la catarata del árbol tenía algunas lianas: era posible salir de allí y buscar una zona más alta hasta que cesara la lluvia.

—Creo que es posible escalar. Tenemos que concentrarnos en trepar lo más pronto posible, antes de que la red colapse. Sugiero que suba primero, Dabarat.

—Zanadory, ni lo piense. Es una simple cuestión de supervivencia. Usted es más pesado. Cuanto antes salga de la red, más posibilidades tenemos de lograrlo.

Él sabía que ella tenía razón, pero la sola idea de que cayera a las aguas le causaba pavor. No podría soportarlo.

—Creo que podríamos discutirlo.

—Doctor Zanadory, usted es médico, yo piloto, y tengo mucha más experiencia en este tipo de misiones, así que le ordeno que corte la red y trepe primero —ordenó con la boca llenándosele de agua.

—Está bien —respondió molesto el doctor y comenzó a cortar la fibra.

Las criaturas atrapadas en la red intentaban sobrevivir y liberarse de la trampa sin tener la menor idea de que estaban siendo observadas desde lo alto de los árboles.

La red estaba atada firmemente al tronco de un higuerón de tamaño descomunal. Algunas de sus raíces caían hasta el suelo desde las ramas como una reja de brazos gigantescos que ahora se sumergían en el agua lodosa. Zanadory debía cortar la fibra de uno de los lados y utilizar la red como escalera para trepar y alcanzar la rama; de allí tendrían que reptar hasta llegar al tronco madre y luego estarían en mejores condiciones para pensar. Por el momento se hallaban en una posición bastante incómoda.

—Cuando corte tendré unos minutos para trepar y debe seguirme con rapidez.

—Tranquilo, doctor. ¡Confío en que esta fibra resista!

—Eso espero.

—De todas formas, nado muy bien —hizo un chiste de humor negro la piloto.

—Le recuerdo que en el agua había algo que nadaba muy rápido y lanzaba enormes burbujas —se burló él.

—¡Entonces prefiero subir!

El doctor marcó la fibra cortando levemente en tres puntos y dio el aviso.

—Cuando cuente tres tendremos que aferrarnos con todas nuestras fuerzas e intentar escalar. Hay que buscar un punto de apoyo.

—Entendido, estoy lista.

Wan Siu entrelazó su pierna sana y una muñeca a la fibra y se sujetó con fuerza. Zanadory cortó la primera, la segunda, y al cortar la tercera los dos lanzaron un aullido y sus cuerpos quedaron colgando de la gran telaraña. La piloto tenía la cabeza hacia abajo. El doctor se colocó el mango del cuchillo entre los dientes y metió su botineta dentro de la red, escaló lo más rápido que pudo y subió su pierna a la resbalosa rama que más parecía el tronco de un árbol. Se extendió y aferrándose a la cuerda que sostenía la red estiró la mano para ayudar a Wan Siu.

Ella había hecho un par de contorsiones y había conseguido recuperar la vertical; se sentía algo mareada pero no dejó de aferrarse a la red. Escaló uno a uno por los agujeros y al elevar la vista los ojos lilas del doctor y su mano extendida fueron una grata recompensa. Él estiró la mano y ella la tomó. De un salto la técnica de vuelo quedó montada sobre la rama junto al doctor. La red había soportado el peso y los nudos seguían intactos. Quienes hubiesen hecho la trampa eran muy buenos artesanos y cazadores efectivos, solo que esta vez no hallarían a su presa.

Luego de recuperar el aliento el doctor señaló el tronco madre. El monumental higuerón tenía un hueco protegido de la lluvia, un lugar ideal para tomar aliento y pensar en los próximos pasos.

La lluvia persistía aunque habían dejado de oírse los truenos. Quizás era una buena señal. Zanadory llevaba la delantera; debía arrastrarse unos veinte metros por la superficie resbaladiza llena de líquenes y musgo y lo haría abrazado a la rama. No se percató de que sus guantes de cuerilio estaban decolorándose y ya eran de un tono verde mate. La lluvia hacía imposible prestar atención a esos detalles. Se arrastraron lentamente sin mirar el abismo y alcanzaron el hueco. La

fatiga se hacía sentir y se recostaron contra el milenar tronco para descansar de la lluvia incesante. La transparente cortina caía atemporal y ellos dos se sintieron por fin a salvo, a pesar de todo.

Wan Siu tiritaba y Zanadory también. Era necesario entrar en calor. El hueco medía más de tres metros y tenía una altura aún mayor. Podían encender una bengala térmica. Zanadory se quitó el casco de cuerilío, a pesar de los riesgos; el aire cargado de mayor cantidad de oxígeno no era un problema. Su espectrógrafo no había mostrado signos de ningún contaminante peligroso. Si corrían otra clase de peligro bacteriológico, de todas formas ya habría ingresado en sus sistemas por las rasgaduras de sus trajes. Ella también se quitó el casco. Habían perdido la señal del transmisor de Anuk, quizá debido a la lluvia. Lo mejor sería tratar de serenarse y esperar a que se secaran un poco los cascos.

La piloto sacudió su melena negra, empapada en varios lugares. Zanadory se quitó los guantes y comprobó que habían cambiado de color, aunque allí adentro no se percibía mucho. Ella hizo lo mismo; sus manos estaban heladas y se las frotó hasta que recobraron un poco de color. Sacó de su morral una última bengala. No había alternativas: debían continuar la búsqueda de Anuk. Encendió la bengala térmica y el hueco se volvió luminoso y rojo. El doctor se apresuró a colocarla en lo alto, en una saliente nudosa del tronco. El calor fue un bálsamo para sus cuerpos cansados y doloridos. Wan Siu se recostó contra la milenaria superficie lustrosa y Zanadory le pasó su brazo protector por los hombros. Ella recostó la cabeza y se adormeció. Él también cerró sus ojos y escuchó el sonido de la lluvia, ya no como una maldición líquida; ahora era su cómplice. Sintió que la bengala no era lo único que le daba luz y calor en medio de tanta lluvia. Estaba allí, dentro del tronco gigantesco, a muchos metros del suelo, en un planeta perdido, y sin embargo por primera vez sentía que había encontrado su hogar. Ella era su hogar, su refugio en medio de la tormenta. Sintió que por nada del universo cambiaría ese momento único. Había descubierto que si estaba con ella era capaz de enfrentarse a cualquier cosa.

Wan Siu veía imágenes mezcladas como si estuviera en medio de una vigilia de la cual no podía despertar. Veía su casa, la cocina, la ventana, las cumbres nevadas de la alta cordillera de Vandasia. De pronto estaba en su cabina en *Vandalia* y sus ojos miraban la botella, aquella botella mensajera que había atravesado el universo para llevarle noticias que la habían desgarrado. Entonces se veía leyendo y releendo aquella misiva, que luego había estrujado y tirado, como si con eso pudiese destruir el dolor que le habían causado las palabras. Aquella carta le había dejado un peso en el alma, un dolor en el centro de su ser y apenas decía unas pocas palabras:

Wan Siu:

Me caso. Te deseo lo mejor.

Despertó sobresaltada. El recuerdo de aquellas palabras se había clavado en su pecho. Sintió el brazo de Zanadory sobre sus hombros, tenía la cabeza ladeada y apoyada contra un nudo del árbol. El hueco encerraba la tibieza de la bengala, mientras afuera la lluvia caía mansa. Ella miró las rastas tornasoladas desparramadas sobre los hombros y el hermoso rostro del doctor vencido por el cansancio. Ese hombre se había jugado por ella, la había salvado. Sintió que le estaría siempre agradecida, era una hermosa persona. Junto a él por primera vez sintió que no le tenía miedo a la muerte. Si él estaba allí, ella moriría tomada de su mano y no importaría más la soledad.

El doctor apenas se movió y abrió los ojos lila apenas un instante. Descubrió el rostro hermoso de Wan Siu peligrosamente cerca.

Ella lo contempló como si nunca lo hubiera visto y miró en la profundidad de sus pupilas. Sintió que el corazón se le aceleraba y no supo cómo pero se acercó a sus labios.

Zanadory no ofreció ninguna resistencia, se dejó llevar por ese momento mágico. Los labios de Wan Siu, dulces como la miel de Liamerindia, le quitaron todo el frío, el cansancio, el miedo y la soledad que había sentido durante tanto tiempo. La abrazó y ambos se confundieron en el abrazo. La bengala comenzó a bajar su intensidad pero no importó: el calor de aquel encuentro continuaba encendido.

Afuera seguía lloviendo, el cielo anaranjado y rojizo de Goonan se iba apagando y las nubes purpúreas todavía cubrían el cielo. La magia de aquel nuevo sentimiento ahuyentó la soledad de un modo brutal, con más fuerza que todas las tormentas y todas las noches solitarias en un planeta desconocido.

BITÁCORA DE VUELO: Estoy muy preocupada. Han pasado más de quince horas terrestres desde que partieron ambos grupos y no hemos tenido noticias. El joven Batuk está muy desconcertado y me temo que en poco tiempo intentará salir a buscarlos, lo cual me veré en la obligación de impedir. Aproximadamente a las seis horas de no recibir ninguna comunicación Batuk intentó todos los cambios de frecuencia posibles. Lo único que logró fue una breve intermitencia de estática y luego nada más. Ni siquiera los rastreadores posicionales funcionaban. Es como si este planeta por momentos alterara todos nuestros sistemas de comunicación. Quizás los fuertes vientos ionizados sean los responsables de tal aislamiento. Lo cierto es que me he pasado tratando de tranquilizarlo pero a medida que el tiempo

avanza creo que ya no lo logro.

A las diez horas de perder contacto intentó un rastreo por medio de las mariposas oculares. La escotilla no abría, así que lo hizo en forma manual. Por más que el enjambre de nanorrobots sobrevoló el área cuando ya había amanecido, no logró encontrarlos. Solamente monitorearon los restos de una bengala y algunas señales del peligroso polvo rastreador que casi habían desaparecido en la cara este. Esa fue toda la información que pudieron recoger las mariposas oculares. Lejos de serenarse, el jovencito anaranjado se puso muy inquieto. Comenzó a caminar por toda la cabina, saltó, rebotó, cambió de forma varias veces y volvió a probar con el transmisor. Ahora puse una bonita canción y creo que se quedó casi dormido frente a las pantallas de los ordenadores. ¿Cómo lo sé? Lo escuché hablando en sueños y nombraba a alguien, que presumo es una jovencita, Mariuk o algo así. No quisiera despertarlo pero creo que ya es tiempo. Está anocheciendo y por mis ojos escotilla descubrí algo que me preocupa. No quisiera alarmarlo pero mis sensores detectan fuertes vientos y mis patas de saltamontes están apenas aferradas en el duro suelo de la alta cordillera goonesina.

—*Vandalia* llamando a Batuk. Siento molestarte, pero es hora de despertar. Creo que estamos en problemas.

El sillón de comando vibró y sacudió levemente a Batuk.

Eso lo hizo reaccionar de inmediato.

—¿Qué pasa? —se sobresaltó con una mano estirada sobre los monitores y la otra alargada hacia el periscopio.

—No ha sucedido nada grave... al menos por el momento.

—¿Se comunicaron?

—Negativo. Insistí en todos los canales y con los rastreadores posicionales. No hubo respuesta alguna. Sin embargo, Batuk, creo que deberías observar la pantalla del ordenador climático.

De inmediato el jovencito ukaniano posó sus dedos anaranjados sobre la pantalla líquida y amplió la imagen. No había dudas: algo se estaba formando en las montañas cercanas y no tenía buen aspecto.

—Quiero pantalla lateral, *Vandalia* —pidió Batuk.

—De inmediato.

Batuk esperó unos segundos que se hicieron eternos y el ojo escotilla elevó sus párpados. Sin embargo, no pudo ver nada más que la dura piedra y las cimas heladas de los picos más altos. No tenía buena visibilidad. Entonces se dirigió al periscopio, la silla ascendió y los anaranjados ojos de Batuk se llenaron de horror. En la noche goonesina, largos dedos negros que iban subiendo hacia el cielo surgían detrás de las cadenas montañosas. Se acercaban a gran velocidad. Él sabía perfectamente de qué se trataba: eran tornados y no tardarían en llegar a ellos. Los dedos de aquella imaginaria mano se abrían en forma de embudo y se perdían en las alturas del cielo cada vez más oscuro. Ya no se divisaban estrellas y las ráfagas empezaban a hacer temblar la nave. Un sacudón tiró a Batuk de la silla del periscopio y lo hizo golpearse en un hombro.

—¿Estás bien? —preguntó la nave al verlo en el piso.

—Bien, pero dolorido. No me pasó nada.

—Se vienen vientos muy fuertes. Me temo...

—Tendré que asegurar los puntos de fijación.

—Iba a sugerirlo. Olvidaba que estoy con uno de los mejores ayudantes de vuelo —dijo para reconfortarlo.

—Gracias, *Vandalia*, pero estoy demasiado asustado —confesó Batuk—. Quisiera que Anuk estuviera conmigo.

—Tranquilo, ya van a comunicarse. Ahora debo asegurarme; mis patas de saltamontes no están muy firmes y me temo que los tornados se dirigen hacia nosotros.

—¿Qué otro animal o planta tiene el mejor anclaje? —se preguntó en voz alta Batuk—. ¡Lo tengo! —se respondió—: ¡Anémonas!

—¡Excelente resolución! —exclamó, y se dispuso a cambiar la carcasa bioplasmática. Las patas fueron sustituidas por miles de discos vasales y tentáculos.

Unos momentos después se hallaba adherida a las paredes rocosas esperando el inminente paso de los furiosos tornados de Goonan. La fría noche no presagiaba nada bueno. No obstante, a pesar de que la nave comenzó a sacudirse y chirriaba azotada por los furiosos vientos ionizados, algo imprevisto sucedió.

—*Vandalia*, *Vandalia*, habla Anuk. ¿Me oyen?

Batuk estaba caído nuevamente en el piso. Se estiró y trepó a su silla de mando ajustándose los microparlantes auditivos. Todo se movía; *Vandalia* se sacudía y se quejaba por los fuertes vientos y las descargas eléctricas de miles de voltios, pero Batuk estaba feliz y ansioso.

—Anuk, te escuchamos perfectamente. ¿Estás bien? ¿En dónde estás?

—Estoy bien... Esto está lleno de agua, estoy a salvo pero perdida. No tengo idea de dónde se encuentran Wan Siu y Zanadory.

En la oscuridad del hueco de un inmenso árbol, Anuk descubrió un punto de luz que se

aproximaba y por precaución cortó la transmisión con la nave. Su corazón palpitaba por el miedo en tanto una luz anaranjada la cegó. La pequeña antorcha alumbró el cuerpo también anaranjado que descansaba sobre un colchón de inmensas hojas.

21

Los ojos oscuros contemplaron a la jovencita extendida sobre las hojas. La antorcha alumbró el esbelto cuerpo y destacó su extraño color: se parecía al cielo de Goonan. De rodillas, quedó contemplándola unos momentos en absoluto silencio. Pensó que dormía, pero estaba equivocada.

Anuk, pese a su temor, levantó los párpados; tenía que descubrir a qué se enfrentaba. Como algunos animales frente al depredador, no hizo el más mínimo movimiento. Al menos hasta entonces le había dado resultado, pero temía que su corazón la delatara: sentía que le latían hasta las sienes y que aquel tumultuoso retumbar podía oírse en toda la caverna. La silueta sin embargo continuó en su lugar sin dar muestras de haber descubierto el engaño.

La joven ukaniana vislumbró a la luz de la antorcha un cuerpo escuálido, de hermosas facciones simétricas y una tonalidad algo verdosa. Parecía una joven de su edad y eso la hizo dudar. Inesperadamente la joven estiró su mano de dedos largos y acomodó las hojas bajo la cabeza de Anuk. Murmuró algunas consonantes y se levantó. Se alejó hacia el fondo de la cueva, donde había una vara hueca en la que colocó la antorcha.

Los anaranjados ojos la siguieron una vez que se alejó. No sabía qué hacer. ¿Dónde estarían Wan Siu y el doctor? ¿Batuk vendría en su ayuda? No lo creía posible. *Vandalia* no tenía combustible y no había forma de que llegara a rescatarla. Debía escapar de allí y buscar ayuda.

Recordaba vagamente haber caído cuando recibió una fuerte descarga eléctrica, el arnés se rompió y ella se precipitó al vacío. Luego nada más, hasta que sintió que algo la arrastraba y la arrastraba, pero no podía hablar ni abrir los ojos.

En un momento tuvo un sueño muy extraño. Navegaba por un curso de agua oscura, tirada sobre una inmensa balsa verde, llovía mucho, pero la espesa cortina de agua no la mojaba porque ella iba protegida bajo los pétalos inmensos de una flor blanca. Alguien impulsaba la balsa pero no podía distinguir quién era; solo veía una gruesa vara que se hundía en el río y volvía a emerger. Luego despertó en esa cueva, sobre el colchón de hojas.

Tuvo mucho miedo: no reconocía el lugar, no había nadie. Al sentarse se acurrucó y aferró sus piernas, como cuando estaba en su casa y su madre le pedía que le contara qué le sucedía. Habría

deseado que estuviera allí, que por aquel agujero anaranjado rojizo que se iba oscureciendo apareciera la silueta de su tío, el sabio Simuk. Comenzó a llorar despacio, como cuando la araña zancuda picó a su primo y temió no verlo más, solo que ahora lo hacía por ella.

De pronto la imagen de su tío se le hizo presente y recordó algunas de sus palabras: Hay que buscar soluciones, sin desesperarse. Se miró; conservaba toda su ropa pero estaba desteñida, como decolorada. Miró en derredor y descubrió su casco a unos pocos pasos. Se lanzó hacia él y encontró la frecuencia de la nave. La voz de su primo la reconfortó. Claro que fue justo cuando advirtió la luz de la antorcha que se acercaba y tuvo que cortar toda comunicación.

Ahora debía pensar con serenidad. La menuda criatura no le inspiraba temor, pero las reglas de los cosmonautas eran claras. Debían ser muy precavidos, no establecer contacto sin tener la certeza mínima de poder escapar. Anuk midió la distancia hasta la entrada del hueco: serían unos veinte pasos. Podía estirarse y deslizarse como una lombriz cuando no la estuvieran observando. Decidió que aguardar sería lo mejor. Sin embargo, hizo algo más: cambió la forma de su brazo y lo prolongó hasta el casco.

Una vez que sus dedos tocaron los auriculares, reestableció la transmisión en otra frecuencia. No podía correr el riesgo de que la criatura oyese ni siquiera estática, pero podía establecer comunicación para que la ubicaran los rastreadores posicionales. Lo más rápido que pudo volvió la mano y el brazo a su lugar sobre las hojas y se quedó otra vez inmóvil. La criatura seguía de espaldas junto a la antorcha. Afuera anochecía y la lluvia había cesado.

Zanadory despertó sobresaltado. No sabía cuánto tiempo habían dormido. Wan Siu descansaba sobre su hombro y el punto rojo de su frente brillaba en la oscuridad.

No quería despertarla, pero estaba seguro de que había oído voces. Sus cascos estaban a pocos metros y no podía alcanzarlos sin moverle la cabeza de su hombro.

—Wan Siu, creo que es hora de despertarse —le susurró con dulzura.

—¿Qué pasa? Tengo mucho sueño...

—Oigo algo en los cascos —le pasó la mano por el cabello el doctor.

La piloto se espabiló de inmediato y se estiró hacia los cascos. Zanadory estaba confundido. Ella parecía no recordar el beso. ¿Él lo habría soñado? Wan Siu pareció adivinar sus pensamientos.

—No fue un sueño, te besé —le sonrió con sus tatuados labios negros.

—Yo también... —se sonrojó él.

—Ahora no hablemos de eso. Hay que encontrar a Anuk, ¿no te parece?

—Me parece, hermosa piloto —y sacudió sus rastas de colores.

De inmediato los dos se pusieron a rastrear la señal. Sabían que provenía de no más de mil metros de distancia. La noche había llegado y, aunque ya no llovía, era muy peligroso caminar por los resbalosos troncos y raíces sin conocer el terreno y solamente alumbrados por las luces de los cascos. Por otro lado, no podían perder otra vez la pista. Si Anuk estaba viva e intentaba

comunicarse con ellos, no podían aguardar a que amaneciera.

—Tengo que contarte algo más —dijo el doctor buscando mejorar la recepción de la frecuencia—. Creo haber oído voces.

—¿Voces? —preguntó sorprendida.

—No sé, a lo mejor estaba soñando.

—Ese beso lo dejó tan trastornado, doctor... —se burló ella.

—No, en realidad no me causó mayor efecto —se burló él—. Estoy acostumbrado a que las mujeres me asedien en planetas desconocidos.

La piloto largó la carcajada y él también. De repente, todo se esclareció para Zanadory. Sin mediar palabra, sintonizó la frecuencia de triangulación de *Vandalia*. ¿Podía haber sido la voz de Anuk intentado comunicarse con la nave? ¿Acaso eso era lo que había oído?

—*Vandalia*, aquí el doctor Zanadory. Batuk, ¿me reciben?

Del otro lado solo se oía una fuerte estática. Los vientos huracanados impidieron que Batuk contestara a pesar de escuchar la voz del doctor. En ese momento *Vandalia* se bamboleaba y parecía punto de colapsar dentro del torbellino negro de vientos y piedras que se elevaba sobre la cordillera. Batuk estiró su dedo hasta el transmisor y cuando estaba punto de comunicarse un fuerte empujón sacudió la nave. No llegó a tiempo: al no recibir respuesta Zanadory cambió de frecuencia.

—No hay caso. No pude comunicarme. Seguiremos probando.

—Tengo hambre. Tendríamos que comer y beber algo antes de seguir.

El doctor y la piloto devoraron dos barras de cereales y bebieron un jugo energético. Prefirieron racionar lo que les quedaba dentro de sus morrales porque no tenían idea del tiempo que les llevaría hallar a Anuk y regresar a la nave. Una vez repuestos, se colocaron los cascos y encendieron las luces. La noche cerrada de Goonan no tenía estrellas, las nubes bajas despedían vapor de agua y se elevaban sobre la jungla. Todo olía a humedad, se respiraba humedad, la corteza del árbol traspiraba humedad.

Los dos viajeros estaban dispuestos a encontrar el rastro de Anuk a pesar de la oscuridad y de los posibles peligros. Además sentían que sus fuerzas se habían renovado: aquel beso había sido capaz de generar mucha energía, como si se tratara de antimateria.

Zanadory se acercó a la salida y observó con detenimiento. No quería sorpresas desagradables. La oscuridad y la niebla densa complicaban todavía más sus movimientos. De todas formas el entrenamiento silat era una gran ventaja a la hora de mantener el equilibrio y de hallar la mejor ruta para avanzar. Los haces de luz se perdían en la neblina y solo dejaban ver las nubes bajas cargadas de vapor de agua, las finas gotas suspendidas. Wan Siu apagó la luz de su casco.

—Wan Siu, ¿qué estás haciendo? —preguntó Zanadory.

—Con las luces de los cascos no podremos movernos. La visibilidad es nula. Así que, como piloto experimentada de la nave, te aconsejo que apagues tu linterna. Esperemos a que nuestros

ojos se acostumbren a la falta de luz y avancemos lentamente.

Aunque el doctor sabía que ella tenía razón, le daba un poco de vértigo caminar por aquellos lugares tan altos sin luz y guiándose solamente por el resto de sus sentidos. Durante los largos entrenamientos, los guerreros silat les habían enseñado a buscar orientación y a caminar con los ojos vendados por los senderos más intrincados, pero la altura lo complicaba todo, al menos para Zanadory. Se quedaron en silencio aguzando sus oídos, oyendo el goteo de las hojas, tratando de descubrir si una gota caía o resbalaba sobre otra hoja, hacia dónde escurrían las barbas del diablo, si la más mínima brisa les indicaba adónde dirigirse o si el sonido del intercomunicador de Anuk les brindaba algún cambio en la señal. Al cabo de unos segundos algo fantástico ocurrió, algo que no habrían previsto ni en el mejor de sus sueños.

—¿Ves lo que yo veo? —preguntó Wan.

—¡Es maravilloso! —exclamó el doctor.

—¡Qué hermosura!

Zanadory le tomó la mano emocionado. El paisaje que contemplaban parecía irreal y mágico; sin embargo, estaba allí y era parte de aquel mundo perdido.

Las enredaderas y las plantas se habían vuelto fluorescentes gracias a la neblina y cubrían de una luz tornasolada toda la selva. Diminutos parásitos brillaban entre las ramas enmarañadas y vieron pasar las libélulas gigantes de élitros tornasolados brillando en la niebla y perdiéndose en el follaje espeso.

Nunca habían presenciado nada semejante. Se sintieron conmovidos y por un instante quedaron inmóviles. Luego se apresuraron a reiniciar la marcha; tenían la misión de encontrar a Anuk.

Las guías de las enredaderas los ayudaron en el camino y fueron siguiendo el rastro saltando y deslizándose de rama en rama, por troncos rugosos o escalando nudosas raíces. La señal era cada vez más potente; no podía estar muy lejos. Wan Siu se sintió tentada varias veces de gritar el nombre de Anuk a viva voz y Zanadory también tuvo el impulso de hacerlo, pero sabían que el riesgo era mucho. Quienes se habían llevado a Anuk, quienes habían puesto la red en donde habían quedado atrapados habitaban aquella selva y no debían alertarlos de su presencia. Tenían que ser cautelosos.

Luego de un rato de caminata se detuvieron sobre una raíz a descansar. La señal era clara pero no lograban descifrar de dónde procedía. La luz fluorescente se había ido haciendo cada vez más tenue porque la niebla había ido cediendo. Ya no se oía la cascada del árbol enorme; habían caminado según las coordenadas de triangulación del doctor con rumbo este y luego al norte, paralelamente a la cordillera.

—No comprendo por qué no tenemos señales de ella. No podemos estar a más de doscientos metros. No tengo idea del rumbo, estoy desorientada.

—Yo también, y no me queda más polvo rastreador. Sería muy peligroso encender otra

bengala. La verdad es que si no logramos comunicarnos con la nave no tengo idea de qué camino tomar.

La niebla fue desapareciendo y la oscuridad volvió a reinar poco a poco. Fue entonces cuando descubrieron los huecos, los cientos de huecos de luz que como ojos amarillos se abrían en la negrura de la jungla de Goonan. Estaban por todos lados dentro de bosque de higuerones gigantescos y tenían luces de distinta intensidad. Aquellas luces eran conocidas: no podían ser otra cosa que fuego. Debajo corría el agua sin que pudieran descubrirse las raíces y allí en lo alto aparecían las fogatas de los habitantes de aquel mundo perdido que por fin se revelaba ante ellos.

—Allá hay un puente —señaló hacia un árbol el doctor.

—¿Eso te parece un puente?

—Es lo más parecido a un puente colgante.

Las gruesas raíces entrelazadas de una enredadera cruzaban de un árbol a otro con dos lianas a sus lados. Debajo el abismo era muy profundo. Al contemplar durante un tiempo aquel lugar acechando en la oscuridad, los viajeros descubrieron siluetas que caminaban de un lado a otro por los puentes y alrededor de los troncos y se metían en los huecos de luz. Algunos subían por escaleras de fibra, otros trepaban con gran velocidad por las lianas. Decidieron esperar a que todo se aquietara para continuar la búsqueda.

—Yo creo que la señal proviene de aquel hueco —señaló el doctor—, el que está más arriba.

—Podría ser, aunque no estoy muy segura. Tendremos que arriesgar.

—Entonces vamos. Pero antes...

—Antes... ¿Qué?

—Un beso de buena suerte.

—Solo para poder encontrar a Anuk —le sonrió.

Wan Siu iba adelante y el doctor cuidaba la retaguardia. Ella se tomó de las lianas del puente y las barbas del diablo que colgaban se le enredaron en los guantes; estaban muy pegajosas. Zanadory caminaba a unos pocos pasos. Les faltaba un trecho de casi doscientos metros en la oscuridad para llegar al tronco del higuerón donde estaban los huecos. La señal en sus cascos era cada vez más clara. Cuando llegaron a la mitad del recorrido, sorpresivamente Wan Siu perdió el equilibrio. Su pierna lastimada cedió y la botineta se escurrió de la raíz. Quedó aferrada con una mano a la liana y con los pies en el vacío. Ahogó un grito, en tanto Zanadory se lanzó a socorrerla. El miedo la recorría cuando la mano del doctor la tomó con fuerza y la alzó evitando la caída hacia el precipicio. Debajo las aguas oscuras siguieron fluyendo rápidas y torrentosas. El susto había pasado afortunadamente sin consecuencias.

—¿Estás bien? —se preocupó él.

—Sí, estoy bien. Solo me duele la pierna —se quejó ella.

El doctor posó su mano sobre el torniquete y percibió que estaba húmedo: la sangre había vuelto a brotar. Debía curarla y encontrar un lugar seco para descansar. Pero eso sería después,

ahora había que seguir adelante. Le ajustó el vendaje y continuaron camino. Al llegar al final del puente vieron tres posibles huecos a distintas alturas. El doctor calculó que el más alto estaría unos doce metros, el otro a cinco y el último a unos diez. De dos de ellos salían escaleras colgantes y del que estaba más abajo una liana. Aguardaron unos minutos y Wan Siu notó que entre ellos había comunicación por una estrecha senda que ascendía y que tenía como pasamanos una liana cubierta por barbas del diablo y finas enredaderas. De repente, una silueta escuálida asomó con una antorcha de la cueva más alta y comenzó a caminar rodeando el higuerón hacia ellos. Se cubrieron detrás de unas hojas y esperaron. La criatura pasó por delante del hueco más bajo y ascendió hasta el que estaba a unos diez metros.

No sabían en cuál de los dos buscar primero. Sorpresivamente la señal del casco se volvió audible.

—Zanadory, Wan Siu, ¿me oyen? Soy Anuk, necesito ayuda. Estoy perdida.

—¡Anuk! —balbuceó el doctor emocionado.

—¿Doctor? —preguntó con ansiedad la jovencita anaranjada.

—Anuk, quiero que me escuches —pidió la piloto—. Creo que estamos muy cerca, necesitamos que nos guíes. ¿Dónde estás?

—Dentro de una cueva. Alguien me vigilaba pero acaba de irse...

No hubo necesidad de decir nada más. Ambos salieron corriendo y treparon por la liana más baja. Zanadory ayudó a Wan Siu en el tramo final; la pierna herida le complicaba el ascenso. Una vez en la estrecha senda subieron rodeando el higuerón y entraron en el hueco más alto.

—¡Anuk! —corrió a abrazarla Wan Siu.

—¡Qué alegría! —rodeó a las dos con sus largos brazos el doctor.

—Los extrañé mucho... —sollozó Anuk.

Anuk se apresuró a colocarse el casco mientras les hablaba de los seres que habitaban el lugar.

—Tenemos que salir de aquí cuanto antes, buscar un sitio seguro y tratar de comunicarnos con la nave.

—De acuerdo —asintió Anuk—. ¿Podría comer algo?

Zanadory se acercó a la salida del hueco y sus ojos lila no vislumbraron el menor signo de peligro. Con una mano les hizo señas a las dos de que se aproximaran. Anuk mordisqueaba una barra de cereal. Debían tener mucho cuidado al huir. La ruta más segura era volver sobre sus pasos, cruzar el puente colgante y buscar refugio lo más lejos de allí. A una señal del doctor salieron y en fila india los tres caminaron por el sendero aferrados a la liana hasta llegar a la primera escalera de cuerda. Era la más larga pero estaba más cerca del hueco y era la menos visible. Descendieron lo más rápido posible. Zanadory primero, luego Wan Siu y por último Anuk, quien se estiró y llegó antes al sendero para ayudarlos.

Caminaron por la senda que bordeaba el higuerón y que no tenía liana a la cual aferrarse. Por fin llegaron a la cabecera del puente colgante y comenzaron a cruzar sin mirar atrás. Las tupidas

enredaderas parecían caer desde el cielo, las manos se aferraban a las pegajosas barbas del diablo y las botinetas se posaban con cuidado sobre las raíces entrelazadas que conformaban el rústico puente.

De improviso oyeron un sonido siseante que les heló la sangre y los dejó inmóviles. ¿Qué era eso?

Anuk lanzó un alarido y los otros dos no podían creer lo que estaban viendo. Una enorme escolopendra fluorescente había descendido delante de Anuk y con sus miles de patas se disponía a atraparla. Zanadory y Wan Siu se lanzaron sobre el cuerpo del artrópodo munidos de sus cuchillos, pero con un movimiento de las patas los dos fueron expulsados por el aire. El miriápodo de mordedura venenosa movía sus antenas delante de Anuk. La técnica de vuelo se incorporó y volvió a la carga. Zanadory se disponía a usar su pistola de dardos cuando algo inesperado sucedió: la escolopendra recibió una flecha en la boca, se desplomó y cayó al vacío. Un grito de horror se escapó de los labios de ambos porque unos segundos antes habían visto cómo sujetaba con sus patas delanteras el cuerpito anaranjado de Anuk.

—¡Nooo! —gritó desgarrada Wan Siu.

Sin embargo, Anuk se hallaba tirada en el puente y a su lado una jovencita escuálida y verdosa sostenía una ballesta.

La hoguera seguía crepitando en el centro de la cueva, llenado de reflejos rosados las paredes lisas. Erik dormía en un extremo, de cara a la pared; del otro lado del espacio semicircular el licenciado Selenio, y casi junto a la fogata que ardía en el centro estaba el colchón de arena de Artemisa. Las cómodas camas estaban talladas en la roca y llenas de tibia arena sobre la cual se disponía una amplia alfombra de fibra gris, que servía también para cubrirse.

A pesar de estar rendida la comandante no conseguía conciliar el sueño. Se decía a sí misma que debía descansar para poder pensar con claridad, pero no lograba hacerlo. ¡Ay, si tuviera un bombón de flores de Bach para calmar su ansiedad! Pero allí en la aldea de los seres grises del desierto de Goonan no había bombones ni nada parecido. Tragó saliva y la reseca garganta le pidió un sorbo de agua.

Lágrimas de cielo, así la llamaban los habitantes del lugar; era el tesoro máspreciado y el más escaso. No les habían dejado agua, solo unas raíces muy raras y amarillas, un tubérculo que tenía líquido en su interior. Artemisa le dio un mordisco, escupió parte de la dura cáscara y sorbió lentamente. Un sabor refrescante y alimonado le calmó un poco la sed. Miró la noche, ahora habían salido miles de estrellas y dos lunas pequeñas y blancas alumbraban escasamente el cielo color lacre. Se cubrió con la manta gris y amontonó un poco de arena para elevar su cabeza y continuar contemplando el cielo hasta que la venciera el sueño.

Recordó lo vivido un par de horas antes. Era mucha información y tenía que analizarla serenamente para luego pensar en cómo actuar.

Cuando les ofrecieron cenar fueron de sorpresa en sorpresa. Aquellos seres grises, de mirada lejana y oscura, les brindaron su hospitalidad.

Luego del panorama sobrecogedor de las cuevas de luz en las laderas del cráter y del sonido que llamaba a ingresar en los hogares, su anfitrión les señaló a un lado del fogón. Dispuesta junto a la gran fogata se hallaba una mesa circular tallada en piedra. Los cómodos almohadones colocados en derredor invitaban a sentarse. Mujeres y hombres vestidos con harapos grises fueron trayendo platos de barro, finamente elaborados y colmados de comida, muy extraña por

cierto.

Erik no podía dejar de examinar, con mucha discreción, cada uno de los alimentos que tenía delante. La mayoría eran tubérculos asados de colores intensos, del violeta oscuro al amarillo claro. También llevaron largas varas con animales asados, cuyo nombre no se atrevieron a preguntar por temor a la respuesta. Todos estaban sedientos; sin embargo, nadie les ofrecía algo para beber. Fue entonces cuando se excusaron por no tener lágrimas del cielo en tales cantidades y les ofrecieron aquellas extrañas raíces amarillas cortadas en la punta. Sorbieron con una vara hueca el jugo refrescante de sabor alimonado.

—¿No tienen agua? —preguntó intrigada Artemisa.

—Hace muchos años que nuestro río se secó. Nace más allá de los altos picos —dijo el anfitrión señalando con la vara hacia la cordillera—. Los pozos subterráneos son casi totalmente fango. Cada vez tenemos que horadar más profundo para obtener algo de humedad y ya no hay lluvias. Las nubes purpúreas quedan atascadas por la altísima cordillera. El agua la obtenemos de las raíces y es casi lo único que podemos beber. También tendemos redes de humedad: subimos a la ladera de la montaña y juntamos lágrimas del cielo por la diferencia de temperatura. Claro que es muy peligroso porque podrían estar nuestros enemigos. Cuando amanece, el vapor de agua se condensa contra nuestras redes y por ellas escurren algunas gotas. Es un trabajo paciente y que nos lleva mucho tiempo. Guardamos las gotas en calabazas y botellas de arcilla, pero las usamos solo para casos de necesidad extrema.

—Como cuando me lavaron los ojos —se sorprendió Artemisa. El anciano por primera vez sonrió: la comandante había entendido lo valioso de aquel gesto. Le habían salvado la vida y la vista a una desconocida utilizando uno de sus bienes más preciados: lágrimas del cielo.

—Estoy muy agradecida a todo su pueblo —musitó la comandante.

El hombre bajó la cabeza en señal de asentimiento. El licenciado y Erik se miraron en un gesto de complicidad. Por un momento el profesor Von Yasid olvidó que había estado encadenado y que todavía se sentían rehenes de aquella gente. La importancia del gesto de salvarlos de la tormenta de arenas negras y de salvar la vista de la comandante hizo que reflexionaran antes de hablar de su situación.

—Este mundo... Este planeta está muy lejos del suyo. No es aconsejable vivir aquí, ni siquiera pasar cerca —afirmó el anciano en forma enigmática sorbiendo la raíz amarilla de citrinilo.

—Señor... —dudó el licenciado porque en realidad no les había dicho su nombre.

—Juan.

—Señor Juan —retomó el licenciado—, mi nombre es Selenio de Europa. Soy el más versado en materia de comunicaciones, el vocero de *Vandalia*, y me gustaría dejar claro que nuestra misión en su mundo es solamente recargar energía en las cuevas de turmalina. Pagaremos por ella lo que ustedes dispongan y continuaremos viaje.

El anciano se sorprendió y lanzó una carcajada que resonó en la cueva. Los tres quedaron

incómodos con la reacción. ¿Se burlaba de ellos? ¿No entendía las palabras de Selenio? ¿Qué era lo que le parecía gracioso?

—No me río de ustedes —los tranquilizó el hombre y se alisó la larga barba gris.

Apoyó sus manos sobre la mesa de piedra y paseó su mirada oscura y antigua sobre cada uno de ellos, como si pudiese leer en el fondo de sus ojos.

—Es que hace mucho tiempo que no recibimos visitas y menos propuestas de ese tipo.

—¿Podría aclararnos a qué se refiere? —preguntó educadamente el licenciado.

—No necesitamos que nadie pague por el combustible. La energía es del universo, pueden tomarla; no podríamos jamás recibir un pago por ella. No tiene precio, no está a la venta, es de todos nosotros. No podemos compartirla por otros motivos...

—Es preciso que nos permita recargar energía para poder seguir viaje —le aseguró Erik—. Podemos intercambiar algunas técnicas de cultivo y simientes si eso les parece más apropiado.

—Es muy interesante... Realmente nuestro pueblo estaría agradecido, pero lo más importante, lo que verdaderamente precisamos ustedes no lo tienen. Lo tienen ellos.

—¿Ellos? —preguntó Selenio y sus ojos azules intentaron descifrar el fondo de los ojos oscuros de su anfitrión.

—Ellos, nuestros enemigos, nos quitaron la fuente de vida. Nos quitaron el agua —su voz adquirió un tono rencoroso que los puso en alerta.

El anciano se levantó y caminó hacia la baranda tallada, los ojos anaranjados de las cuevas lo observaban moviéndose inquietos. Señaló con su vara hacia las montañas.

—¡Esos malditos nos han robado por siglos!

El hombre afable y ceremonioso se había convertido en un anciano duro como la piedra que los rodeaba, y su corazón parecía el volcán que los albergaba, siempre con la posibilidad latente de estallar. Luego giró bruscamente para observarlos. Al mirar a los ojos serenos de Artemisa, con su pelo rojo fuego despeinado y sus manos unidas en señal de equilibrio, pareció tranquilizarse y recobró la compostura.

—Les ruego me disculpen. Les repito que no estamos acostumbrados a las visitas y mis modales son algo toscos. Sé que incluso no figuramos en las rutas estelares comerciales.

—Es cierto —se apresuró conciliador Selenio—. Nosotros hemos viajado a lo largo de estos últimos tiempos recorriendo los confines del universo interior y exterior. Almacenamos e intercambiamos simientes. Comprendemos que para ustedes no es fácil recibir forasteros. Le aclaro y le declaro que nuestras intenciones son nobles y que nuestro protocolo es el acuerdo intergaláctico firmado por todas las naciones y pueblos que...

No pudo continuar porque un fuerte sacudón los movió a los cuatro e hizo que Erik se fuese hacia atrás y quedara tendido en la piedra. El movimiento telúrico duró apenas unos segundos, pero de inmediato sonaron las largas vuvuzelas de arcilla. Todos quedaron en alerta hasta que un nuevo toque resonó en el cráter avisando que el peligro había pasado.

—Les advertí que no es un mundo para venir de paseo —volvió a sentarse.

—Lo único que deseamos es comunicarnos con nuestra nave y que nos guíe hasta los depósitos de turmalina: luego nos iremos lo más pronto posible —dijo enérgica la comandante.

—Tiene nuestra palabra —agregó el licenciado—. Si lo prefiere, podemos firmar un acuerdo protocolar.

El anciano pareció evaluar las palabras de aquellos tres extraños viajeros. Recordó una época muy lejana y dudó. No sabía si confiar en ellos.

Finalmente Artemisa habló con el sentido común que la caracterizaba y entendió que lo mejor no era presionar sino ganarse su confianza. Por eso cambió de tema.

—¡Qué sabrosas son estas raíces asadas! ¿Cómo se llaman?

—Papayanis. Son mis preferidas —se le iluminaron los ojos al anciano—. Mi padre y el padre de mi padre las comían incluso crudas. También están esos de allí —y señaló un plato—. Son racimos de kanubelias. Esos frutos rojos nacen en las cavernas más oscuras y son unos fúngicos muy sabrosos. No es fácil llegar a ellos; crecen en lo alto de la cueva adheridos al techo y tenemos a nuestras trepadoras, que son quienes se encargan de cosecharlos.

—¡Debe de ser un lugar hermoso! —exclamó Artemisa—. Una cueva llena de racimos de rojizas kanubelias colgando del techo.

—Sí que lo es. Hermoso y extremadamente peligroso —y el anciano hizo una pausa y contó con picardía—: Debajo hay arenas movedizas y se tragan todo lo que cae.

—Iba a pedirle que me llevara a conocer el lugar pero cambié de parecer —concluyó la comandante.

Luego de una hora de amena charla de temas variados y de contarle algunos detalles de su largo viaje, sorpresivamente el anciano entornó los ojos y quedó en silencio. Al pasar el rato los viajeros se buscaron la mirada confundidos. ¿Se había quedado dormido? ¿Estaba cataléptico?

—Estuve meditando —habló de pronto con voz profunda—. Voy a contarles algo...

—¿Se siente bien? —preguntó el profesor Von Yasid estirando su mano por encima de la mesa.

—Perfectamente.

Selenio no hizo comentarios, entendió que lo que iban a escuchar era muy importante para los seres grises. Él, que había viajado a tantos lugares diferentes y lejanos, podía reconocer cuándo alguien se disponía a contar un secreto. Artemisa sin decírselo intuyó lo mismo. La charla amena y el compartir anécdotas del viaje habían logrado la confianza de Juan de los Grises.

—Hubo un tiempo en que este planeta era próspero. Éramos un solo pueblo, visitado por viajeros celestes de todos los puntos del universo. Las naves mercantes siempre se detenían para reabastecerse y disfrutar de nuestra hospitalidad.

—Conocíamos parte de esa historia —explicó tímidamente Selenio.

—Luego sucedió algo inesperado... —la voz se volvió sombría—. El volcán más antiguo

entró en erupción y la lava cortó el flujo de agua del río. Las grietas se llenaron de roca fundida y sellaron la cueva de los cristales, donde se encuentran las reservas de turmalina. Todo esto ocurrió hace más de mil años.

—Es mucho tiempo —declaró Artemisa—. ¿Qué les ocurrió después?

El viejo se apoyó en la mesa y se incorporó. Tomó la vara y caminó unos pasos hasta quedar al borde del barandal que daba al cráter. Las fogatas continuaban encendidas aunque su luz era algo más tenue. Quedó mirando el horizonte donde comenzaban a asomar las dos lunas de Goonan por encima de los picos más altos de la cordillera.

—Esta historia es la que cuentan las antiguas escrituras del libro que hallamos en estas cuevas y que relatan parte de la tragedia del hermoso pueblo que ahora está al borde de la muerte.

—Los temblores —dedujo Erik Von Yasid—, el recalentamiento... Temen que esto acabe con ustedes.

—Tiene usted razón.

—¿Por qué no abandonan el planeta? —preguntó Selenio.

—Porque es su hogar, Selenio —explicó con serenidad Artemisa.

—Así es, sabia comandante —le sonrió amargamente el anciano—. Este es nuestro hogar.

Erik no podía sujetar su espíritu vikingo y preguntó casi bramando:

—¿Puede explicarnos por qué están en guerra? —no toleraba más la espera.

El anciano se sintió abrumado pero asintió; estaba dispuesto a contarles todo. Las miradas de los viajeros siderales eran suficiente garantía y tenía que desahogarse con alguien.

—Cuentan las escrituras que cuando el río dejó de fluir la agricultura comenzó a decaer. El ganado que continuaba en pie fue comiéndose las pasturas y cada vez se fueron ocupando más y más terrenos en busca de alimento. Al acabarse las pasturas las arenas del desierto de Goonan comenzaron a avanzar. Cada vez con más frecuencia se elevaban tornados de arenas negras. Las tormentas cubrían nuestra estrella Goo y reinaba la oscuridad por varios días. Así comenzaron a arribar a las hermosas ciudades los primeros refugiados ecológicos. Familias enteras que llegaban en busca de un hogar y de alimentos porque la arena se había llevado todo.

—No fueron bienvenidos —dedujo Selenio y sus ojos se volvieron de un azul penetrante.

—Se pelearon entre hermanos. Los echaron al desierto —dijo con tristeza—. La comida no era suficiente y, lo que es trágico, no había agua para todos.

Los tres advirtieron que la historia estaba cargada de dolor y que quizás era una de las primeras veces que aquel hombre se atrevía a contársela a unos extraños. Erik percibió que la desesperanza cobraba cada vez más fuerza a medida que avanzaba la narración y tal vez por eso mismo se compadeció y quiso animarlo.

—No es necesario que continúe. Podemos dejarlo para mañana. Es algo tarde...

El anciano sonrió a pesar de su dolor y valoró el gesto de aquel hombre de largo pelo rojizo y barba renegrida que detrás de sus lentes dejaba ver unos ojos azules intensos. Ese mismo

científico que momentos antes no podía reprimir la curiosidad ahora había percibido su dolor y se había solidarizado hasta el punto de pedirle que postergara su relato. Eso hablaba de una sensibilidad que lo hizo sentirse complacido de haber confiado en ellos.

—Quédese tranquilo, profesor Von Yasid, puedo continuar y de hecho quiero hacerlo. Prefiero que sea de esta forma. Sé que ustedes son dignos de confianza y que pueden escuchar nuestra historia por más triste que sea...

Los viajeros no dijeron nada, estaban conmovidos con la confesión de Juan de los Grises y esperaron pacientemente a que retomara su relato.

—¿Dónde estaba? Ah, sí, cuando los hermanos se pelearon. Unos quedaron en el desierto, cada vez más árido y sofocante, muchos murieron, otros se escondieron en cuevas dentro del cráter y lograron sobrevivir comiendo raíces y tubérculos y bebiendo de pozos. La piel se les volvió más oscura y grisácea y alimentaron un rencor hacia quienes los habían expulsado de sus propias tierras. Muchos perecieron. Apenas quedamos nosotros.

—¿Y qué pasó con los otros? ¿Qué fue de los goonesinos que vivían en las ciudades?

—Los relatos afirman que la comida fue escaseando y luego el agua. Entonces cruzaron las montañas en busca de las nacientes del río y nos impidieron seguirlos desatando avalanchas desde las cumbres.

—¿Y nadie intentó hacerlos entrar en razón? ¿No buscaron un acercamiento?

—No fue posible... Nuestro pueblo también cometió errores. Cuando los que habían cruzado hacia el este se quedaron sin alimento, vinieron a suplicar que les diéramos simientes. Tenían agua pero no comida, y el pueblo estaba muriendo. Sin embargo, mis antepasados fueron vengativos. Los persiguieron y juraron que si volvían los matarían a todos. Este clima hostil es el que hemos vivido por cientos de años. Ellos intentan robar nuestra comida, nosotros intentamos evitarlo...

—... y robarles agua —afirmó Artemisa con voz serena.

La mirada del anciano se volvió filosa como una cuchilla. Selenio sintió que sus dos corazones latían como locos. ¿Cómo se atrevía a decir aquello? Lo estaba llamando ladrón y no tenía idea de cómo podía reaccionar. ¡Esa mujer estaba completamente loca! ¡Se sentía atraído por una loca!

—Es muy valiente al decir eso, comandante. Y también muy... muy...

—... honesta —concluyó Artemisa—. Si no afirmara eso no sería honesta y el sentido común me hace pensar que eso fue lo que ocurrió.

—Tiene razón. Nosotros también intentamos tomar..., robarles el agua. Nuestro pueblo la necesitaba. Ahora más que nunca la necesita. El calor sigue en aumento, las temperaturas son cada vez más elevadas y las tormentas de arenas negras están aumentando su magnitud.

—¿Usted habló de un impedimento para llegar a las cuevas donde está la turmalina?

—En nuestras escrituras hay una profecía: si alguien se aproximan a las cuevas que están

selladas, morirá. Aquellos que lo intentaron, perecieron.

—¡Seguiremos siendo rehenes porque temen entrar a una cueva! —exclamó Erik.

—¿Quién se cree usted para desafiar nuestras creencias?! —se alteró el anciano.

—¿Pero no piensa que pueda haber una forma...? —intentó persuadirlo Selenio.

—¡Doy por terminada esta conversación! —y el anciano salió de la cueva.

Eso fue lo que ocurrió y lo que no dejaba conciliar el sueño a la comandante. Artemisa cerró de nuevo los ojos y dejó que sus pensamientos fluyeran. Finalmente se durmió en el tibio colchón de arena.

23

Despertó en mitad de la noche porque oía que alguien la llamaba. La hoguera estaba encendida aunque las llamas azuladas y amarillas habían dejado paso a la tibieza anaranjada de las brasas. La cara azulada de Selenio fue lo primero que vieron los hermosos ojos de la comandante de Liamerindia. Se asustó un poco. No esperaba verlo junto a ella y lo tomó como un motivo de alarma.

—Shhh, tranquila, comandante. No se asuste que no pasó nada malo.

—¿Entonces por qué me despierta? —le bufó.

—Tengo algunas ideas que quisiera compartir.

La comandante se incorporó e instintivamente se pasó la mano por el cabello. Seguramente tenía todos los pelos parados.

—Bueno, Selenio, hable de una vez.

—Estuve meditando acerca de Juan y la profecía de las escrituras. El anciano dijo que un antepasado había dejado escrita una advertencia para los goonesinos, que morirían si entraban en las cuevas de los cristales... —le buscó un signo de aprobación en los ojos castaños.

—Estoy esperando, Selenio. ¿Qué pretende? ¿Qué le estampe un beso por repetir las palabras del viejo? —le lanzó con ironía.

—Estaba haciendo un repaso; no llegué a mis conclusiones todavía —se molestó el licenciado.

—Lo escucho —la comandante no tenía mucha paciencia y sí mucho sueño.

—Los goonesinos no pueden pisar las cuevas, pero nosotros no somos goonesinos.

Artemisa demoró en reaccionar. Selenio tenía razón: la conclusión era correcta, lo cual no significaba que les permitieran ir hasta allí. Debía encontrar un buen motivo para que aquel viejo testarudo les permitiera ingresar en las cuevas de los cristales. De todas formas le debía una disculpa a Selenio.

—Tiene mucha razón, licenciado. Le ruego me disculpe por mi... mi...

—Su malhumor —le dedicó una azul sonrisa.

—Está bien, discúlpeme por mi malhumor. Estuve mucho rato tratando de dormir y cuando al

fin lo había logrado... Valió la pena. Ahora déjeme pensar en cómo podemos convencerlo. Ese hombre quedó muy enojado y ni siquiera pudimos comunicarnos con *Vandalia*.

Ante las acaloradas palabras de Erik el anciano se había retirado del lugar y los guardianes grises ingresaron en el recinto. Por más que Von Yasid pidió disculpas, el testarudo anciano no quiso escuchar y se retiró sin mirar atrás por el balcón de piedra. Selenio tenía sentimientos encontrados: un corazón le decía que Erik tenía razón y su otro corazón le quería meter el casco de vikingo hasta los hombros por hablar de más y romper todos los protocolos.

Selenio se dirigió al que supuso era el jefe de los guardias y le habló en el lenguaje neutral de consonantes. Le rogó que le pidiera al anciano que cumpliera con la prometida comunicación con la nave. No hubo respuestas. Al cabo de un rato uno de los guardias pronunció un par de consonantes ante los ruegos de Selenio y salió. Tras unos minutos regresó y se dirigió a Selenio.

—Mñn —contestó.

—¿Mañana?

No hubo más palabras. Les hicieron señas con las varas y los invitaron a seguirlos. Los escoltaron a una cueva contigua para descansar. Habría que aguardar hasta el otro día para intentar una comunicación con *Vandalia*.

Erik no quería hablar; estaba preocupado y molesto. Sabía que con su explosión había arruinado el buen ánimo de su anfitrión, pero por otro lado no había podido mantenerse en calma. Luego se fueron a dormir los tres sin dirigirse la palabra. Había mucho en que pensar y demasiado cansancio. Selenio cerró sus ojos y enfocó su pensamiento en las palabras enigmáticas de Juan de los Grises: los goonesinos no pueden aproximarse a las cuevas o morirán. Allí estaba la clave. Un tiempo después, cuando le pareció tener la respuesta, decidió despertar a la comandante.

—Selenio, vuelva a acostarse. Mañana intentaremos algo, ahora déjeme seguir durmiendo —le pidió ella.

—Que descanse.

—¡Con este escándalo ni yo puedo dormir! —protestó Erik desde su cama de arena.

—No quiero recordarle que nos encontramos incomunicados gracias a su falta de tacto, profesor —le espetó Selenio.

—Erik, hay un buen motivo para estar despiertos a esta hora —lo cortó la comandante—. El licenciado sacó excelentes conclusiones.

Selenio se sintió complacido ante las palabras de ella. Le explicó brevemente al profesor sus deducciones. Erik se rascó la cabeza. El pelo rojo estaba enmarañado y sus trenzas algo deshechas. Sin los lentes parecía otra persona. En realidad parecía un científico sin lentes. Meditó unos momentos y habló.

—Eso tiene una respuesta muy sencilla. Para poder acercarnos a la cueva necesitamos dos cosas: convencerlo de que podemos ingresar por no ser goonesinos y darle un buen motivo para

hacerlo. Y el motivo está en este mismo planeta: el aumento de la temperatura.

—¿El recalentamiento? —dudó Selenio.

—¡Claro, licenciado! ¿Está en la luna? —exclamó la comandante.

El licenciado se sintió terriblemente ofendido.

—Le recuerdo que mi nombre proviene de Selene, selenita, habitante de la Luna. Y que casualmente una luna, Europa, es mi hogar allá en Júpiter.

—¡Y yo le recuerdo que Selenio también es el nombre de un veneno! —se ofuscó la comandante.

Erik se percató de que habían elevado el tono de sus voces y se estaban agrediendo sin motivo. Aquello le resultó un poco extraño, sobre todo viniendo de un licenciado en lenguaje y comunicaciones y una comandante famosa por su sentido común. ¿Quizás había algún motivo oculto para que reaccionaran de esa forma?

—Les ruego que se calmen y que me dejen terminar con mi pensamiento —pidió Erik conciliador.

Los otros dos asintieron sin dirigirse la palabra. Ambos sabían que habían hablado de más, pero ninguno de los dos iba a admitirlo. El profesor Von Yasid se colocó los lentes y se acercó a ellos envuelto en la colcha de fibra gris.

—El recalentamiento del oeste de la cordillera es evidente. El clima está empeorando y las tormentas de arenas negras son cada vez más frecuentes y terribles. Los movimientos telúricos han aumentado y los pozos se están evaporando. Eso fue lo que nos contó el anciano. Este pueblo está llamado a perecer si no hace un cambio. ¿Me siguen?

Ambos asintieron y Erik continuó.

—Por otro lado tenemos la necesidad de llegar a las cuevas de los cristales para recargar energía. Y ellos tienen el temor de acercarse y morir. Si unimos las dos cosas, tenemos el motivo y la solución.

—Lo que más le importa al anciano es salvar al pueblo... —deslizó Artemisa mirando las llamas danzarinas del fogón—. El pueblo va a perecer si no se revierte la situación de sequedad...

—El río se encuentra del otro lado. Si *Vandalia* tiene energía podríamos hacerlo fluir mediante una canal y entonces...

—Selenio sintió que sus dos corazones latían esperanzados.

—¡Ay, profesor! Si logramos convencerlo le prometo un bombón con forma de casco vikingo —sonrió Artemisa y le estampó un beso en la mejilla.

—Comandante, modérese. Soy un científico comprometido a punto de casarse —bromeó Erik.

Quedaban muchos detalles que solucionar, pero algo ya estaba en marcha. Ahora había que dormir. Ninguno de ellos tuvo inconveniente en lograrlo. A Selenio le costó un poco más, quizás porque el beso de Artemisa al profesor le pareció innecesario.

Por la mañana el cráter cobraba vida. Antes de que el sol abrasador lo iluminara por completo, miles de siluetas grises comenzaban su jornada caminando por los intrincados senderos, escaleras y puentes que comunicaban las cuevas en la roca rosada. Artemisa se aproximó al balcón de piedra y contempló la depresión arenosa que se hallaba en medio. Descubrió que por allí circulaba una caravana de raros camélidos lanudos conducidos por hombres envueltos en harapos negros. Se preguntó adónde se dirigirían y los siguió con la mirada mientras cruzaban hacia el este. Cuando llegaron a la ladera ingresaron en una fisura entre las piedras que apenas era visible desde allí arriba y se esfumaron. Ese era con seguridad un pasaje hacia el desierto abierto, la zona donde ellos se habían enfrentado a la temible tormenta de arenas negras.

Selenio se incorporó y se sumó a contemplar el paisaje. Se asemejaba mucho a un hormiguero porque la gente entraba y salía de las cuevas y caminaba en fila india cargada de atados grises o negros. Apenas se saludaron dándose los buenos días y se sumieron en sus pensamientos.

Erik se les sumó y quedó prendado de aquel lugar hermoso y árido pero tan lleno de vida.

—¡Por las barbas de mis ancestros, este lugar es hermosísimo!

—Lo es, y muy caluroso —se abanicó el licenciado con la mano azulada.

—Tenemos mucho por hacer —musitó la comandante contemplando la lejana cordillera que se alzaba detrás del cráter. Allí estaba su nave, allí estaba *Vandalia* esperando por ellos.

¿Cómo se encontrarían los demás? ¿Habrían completado su misión? Eso era lo primero que debían saber. Quizás el doctor Zanadory, Anuk y Wan Siu ya estaban recargando la turmalina y ellos solo debían escapar. Era una posibilidad que no habían tenido en cuenta. Por eso la prioridad era comunicarse con la nave.

—Debemos averiguar dónde tienen nuestros cascos y el resto de nuestras cosas y reestablecer comunicación con *Vandalia*. Quizás Wan Siu y los demás lo lograron.

—Es una posibilidad —exclamó Erik—. Esa mujer es muy decidida.

—Yo voy a buscar un baño y de paso a sacarle algo de información a alguno de los guardias, si es que puedo —se encaminó hacia el final del balcón Selenio y levantó la cortina de harapos grises que los separaba de los guardias.

Artemisa y Erik pusieron a punto un plan para persuadir a Juan de los Grises. Si Selenio lograba comunicarse con la nave o por lo menos ubicar los cascos, sería el encargado de iniciar la mediación. Por algo era el jefe de protocolo. Si no daba resultado, el científico intentaría convencerlo de la necesidad de enfriar el desierto y luego remataría la exposición la comandante como la voz de la sabiduría y del sentido común. El plan no podía fallar.

El calor iba en aumento y la comandante y el profesor debieron abandonar sus trajes de cuerilio para colocarse las túnicas grises que les habían dejado y que, por cierto, eran mucho más frescas. Lo único que no se quitaron fueron las botinetas. Unos momentos después regresó Selenio. Los otros dos estaban expectantes.

—Encontré el lugar donde tienen nuestros cascos, los morrales y las nanocapas. Está

custodiado por dos guardias. Pero tengo una buena noticia: nos han invitado a desayunar para conversar con nosotros.

—Cámbiese, Selenio, está sudando —le apuntó Erik.

El licenciado les contó los detalles del lugar que había descubierto cuando se dirigía a los baños escoltado por uno de los guardias. Luego Artemisa le explicó el plan que seguirían.

—¿Y si no da resultado? ¿Si no logramos comunicarnos, ni convencerlo, ni el resto de la tripulación encontró el modo de llegar a la turmalina? —preguntó el licenciado.

—¿Y si se vuelve a Júpiter, Selenio? —se ofuscó ella—. ¡Su buena energía me tiene emocionada! ¿No quiere agregar algo más, como un terremoto o a lo mejor otra tormentita de arenas negras? —preguntó con ironía.

—Por favor comandante, serénese —pidió el profesor—. Con seguridad —y le dio flor de codazo a Selenio sin que ella lo viese— el licenciado lo establecía como una posibilidad, no como un hecho, ¿no es cierto, Selenio? —y le dio un segundo codazo.

—¡Ay! Sí, claro. No quería insinuar que no lo lograríamos.

Estaba evaluando todas las posibilidades.

—Está bien, no voy a perder tiempo en esta discusión inútil. Es momento de ir al baño y a desayunar. Estoy deseando comunicarme con Batuk.

Los tres salieron escoltados por los guardias y unos momentos después se hallaban frente a la mesa de piedra listos para el desayuno.

El anciano llegó y saludó bajando la cabeza. Ellos respondieron de igual forma.

—Espero hayan descansado bien.

—En realidad sí, aunque nos quedamos muy ansiosos por no poder comunicarnos con nuestra nave. Le rogamos que excuse a nuestro científico por el exabrupto de ayer —se disculpó ceremonioso el licenciado.

—Está bien, lo comprendo —contestó serenamente—. Aunque lamento informarles que el Consejo de los Grises no ha aprobado la comunicación con la nave por el momento.

—¿Cómo? —se exasperó Artemisa.

—Serénese, comandante —prosiguió el anciano—. Yo confío en ustedes, ellos necesitan un poco más de tiempo...

—¡Esto es un atropello! —protestó Selenio—. Exigimos una comunicación inmediata con nuestra nave, estamos en nuestro derecho.

—Por ahora no es posible —dijo cortante el anciano—. Les aconsejo que disfruten de su desayuno: serán nuestros huéspedes.

Entonces, contra lo que podría pensarse, fue Erik quien intentó cambiar el rumbo de la charla. Artemisa estaba molesta, el licenciado también y eso no era lo mejor para sus fines.

Comenzó una amena conversación acerca de la cantidad de simientes que tenían almacenadas y los largos recorridos que llevaban en ese año de viaje. Luego el profesor se refirió a algunos de

los rizomas y fúngicos que había visto en la cena y en el desayuno. Se interesó también por los animales que habitaban Goonan en su zona desértica, la mayoría de ellos camélidos lanudos y algún que otro roedor que sobrevivía dentro de las cuevas, así como también algunos insectos que habían sido servidos asados.

—¿Y cómo llaman a esos camélidos? —interrogó Erik.

—Camélido lanudo gris o trigibas lanudo. Casi no ven por la cantidad de lana que tienen frente a sus ojos, pero eso les permite soportar las tormentas de arenas negras. Además son capaces de alimentarse y obtener agua de las raíces. Son muy útiles para carga.

—Me imagino. A propósito, la temperatura está subiendo, al menos eso nos dijo ayer. Las concentraciones de sulfuro en los mares ácidos que rodean al planeta con seguridad han aumentado.

—Me temo que sí. ¿Cómo lo sabe, profesor? —sintió curiosidad el anciano.

—Cuando nos dirigíamos hacia aquí, pude lanzar un par de sondas que nos dieron información bastante precisa del clima y de las variaciones de temperatura. También de la presencia de mares ácidos en las proximidades.

—Estamos en una situación muy delicada —bajó la vista el anciano.

—Creo que podemos ayudarlo —deslizó la comandante más calmada y siguiendo la idea del profesor.

El viejo pareció interesado y entonces fue el momento de explicarle su propuesta. Cuando Erik terminó su exposición el anciano parecía confundido. Aquellos visitantes podrían tener la solución o poner en peligro a su pueblo si no cumplían las advertencias. Además, los pueblos del este no les perdonarían una intromisión así. Por otra parte, aunque consiguieran ingresar en la cueva de los cristales y lograran salir, luego morirían. Era demasiado arriesgado. Debía meditarlo.

—No puedo tomar semejante determinación. En primer lugar las escrituras no hablan solamente de goonesinos, dicen que nadie debería acercarse. Los que lo han intentado murieron por distintos motivos ni bien se aproximaron al lugar.

Aquello les tiró el alma al piso. Ellos no habían visto las escrituras y por eso no conocían su contenido. Habían sacado conclusiones muy apresuradas. Entonces intervino Selenio.

—Le ruego me permita leer sus escrituras, se lo pido como un favor.

El anciano se rascó la barba y asintió. No había nada que ocultar y ellos le inspiraban confianza. Las palabras del profesor de pelo rojo y barba renegrida habían calado mucho más hondo de lo que nadie podría suponer.

—Las escrituras están en un cuarto sobre una de las torres, allí serán conducidos. Guardamos muchos recuerdos, reliquias para enseñarles a los más pequeños, a las generaciones futuras... si es que las hay.

—Gracias por confiar en nosotros —le apretó las manos la comandante.

Aquel gesto fue como un bálsamo y por un momento el anciano tuvo la esperanza de que aquellos forasteros pudieran revertir lo que hacía más de mil años aquejaba a su pueblo.

24

En el último recodo, luego de subir por una larguísima escalera tallada en la piedra y en la más profunda oscuridad, apenas alumbrados por las antorchas de los guardias, los viajeros llegaron hasta la cueva. Se aproximaron a la tela gris que colgaba en la entrada y los guardias la apartaron con sus varas para que ingresaran. Allí brillaba un fogón y también había nichos cavados en las paredes, alumbrados por antorchas de aceite. En medio de la habitación una alta columna de piedra sostenía un libro de tapas de madera. También observaron deslumbrados fotogramas de las antiguas ciudades goonesinas, con máquinas voladoras y gente caminando por las amplias calles. Valles verdes, plantaciones, mares azules... Aquello les causó un profundo dolor.

Selenio se acercó rápidamente al libro y lo hojeó con sumo cuidado. Era una reliquia, muy bien conservada gracias a la falta de humedad del desierto. Las páginas de todas formas estaban recubiertas por una resina transparente que las protegía dejándolas flexibles. Erik observaba cuencos con simientes antiguas que habían sido recogidas y colocadas quién sabe cuánto tiempo atrás y se maravillaba pensando si en un suelo fértil y húmedo lograría el milagro de que volvieran a germinar. Artemisa dejó caer una lágrima y luego otra al ver las caritas de varios niños que jugaban en las laderas de las montañas de exuberante vegetación y saltaban a las aguas de un río que ya no existía. Los ojos de los niños eran como una ventana al pasado que la llenaba de dolor. Tenían que ayudarlos de algún modo, debían poder hacer algo.

—¡No lo puedo creer! ¡Esto es realmente fascinante! —exclamó Selenio pasando del azul petróleo a un celeste azulado.

—¿Qué ocurre?

—Esta letra es igual... Es la misma.

—No entiendo —se acercó Erik.

—Aclare, Selenio —le ordenó Artemisa con impaciencia.

—Esta es la letra de Juan el Intrépido —afirmo Selenio levantando el libro y mostrándoselo a los dos.

Los ojos de los tripulantes no podían salir de su asombro. Era cierto, era la misma letra

manuscrita que les había mostrado Selenio a bordo de *Vandalia*. Selenio buscó al pie de la hoja y encontró la firma. ¿Pero qué hacía allí ese libro escrito por Juan el Intrépido?

Selenio se apresuró a pasar las páginas para intentar entender. Al cabo de un rato estuvo en condiciones de aclararles lo que creyó que había ocurrido.

—Según lo que he podido leer. Juan el Intrépido partió de Goonan con la intención de no volver. Luego de la erupción que cortó el flujo del río y de la lucha que se desató entre los hermanos del mismo pueblo decidió irse, a pesar de todo... —dijo enigmático Selenio.

—¿Y por qué volvió, Selenio de Europa? —preguntó la comandante con un tono que no daba lugar a postergar respuestas.

—Por amor. Al menos es lo que dice en el relato.

—¿Cómo? —se impresionó Erik—. ¡Qué razón más tonta!

—Me extraña que lo diga usted, profesor, que manda botellas mensajeras continuamente a su amada Ahynara y tiene fotogramas de toda su familia hasta dentro del casco —le recordó la comandante.

Erik comprendió que tenían razón, aunque lo suyo era un caso diferente... ¿o tal vez no? Selenio estaba ansioso por continuar y la comandante lo alentó a que lo hiciera.

—Al parecer Juan el Intrépido se había enamorado de una joven goonesina, una refugiada ecológica que había ido con su familia a la ciudad cuando el desierto les había quitado todo. Él decidió partir y llevarla consigo, también a su familia. Sin embargo, en el momento de despegar ella se negó a abandonar su planeta. Juan partió ofuscado, sin comprender la decisión. Luego, molesto, escribió la recomendación para las rutas comerciales. Después de varios días en el espacio comprendió que sin ella no tenía hogar y decidió volver.

—¿Y las advertencias del libro?

—Están aquí, más adelante. Al parecer Juan el Intrépido intentó llegar a las cuevas de los cristales y horadarlas para abrir un canal y dejar fluir el río. Todas las veces que se aproximaron sus hombres perecieron. Y en la última incursión, Juan volvió muy enfermo. Esto fue lo que escribió.

... he llegado otra vez buscando la entrada a la cueva de los cristales, al parecer es el túnel del medio el que se encuentra casi al ras del suelo. Nos acercamos con mucho cuidado y mis hombres empezaron a ahogarse y murieron delante de mí. Uno de ellos quedó más atrás y me salvó. Sin embargo hoy en la mañana murió y yo siento que me quedo sin aire y tengo mis horas contadas.

Cualquiera que se acerque a la cueva de los cristales perecerá...

—Juan el Intrépido falleció pocas horas después. Era mi antepasado, llevo su nombre en honor a él —los interrumpió el anciano entrando al recinto.

Los tres estaban consternados, nadie esperaba semejante cosa. Las escrituras habían sido redactadas por Juan el Intrépido, que no era goonesino y había muerto intentando abrir un canal. Se sentían desconcertados y, lo que era más grave, desesperanzados.

Descendieron nuevamente hasta el recinto donde habían pasado la noche y se quedaron contemplando el movimiento del pueblo de los grises. El calor aumentaba y aumentaba.

Selenio se recostó y Artemisa hizo otro tanto. Solo Erik Von Yasid permaneció mirando la lejana cordillera. Debían llegar a la cueva: sin combustible no podrían retornar a casa. Fue entonces cuando recordó las palabras escritas de Juan el Intrépido y entendió todo. De repente sus ojos azules se iluminaron y pegó un grito:

—¡Ya comprendo qué fue lo que ocurrió! Sé cómo podemos entrar en las cuevas de turmalina y salir sanos y salvos.

Para los viajeros que estaban al este de la cordillera goonesina había sido una jornada muy larga. Luego de haber sufrido el ataque de la escolopendra gigante en el puente fueron llevados a guarecerse. Era peligroso pasar la noche a la intemperie en la selva lluviosa. La jovencita que los había salvado fue a buscar ayuda.

Zanadory intentó ajustar el torniquete de Wan Siu. Necesitaba curarla en un lugar seco y con buena luz. La pierna de la piloto había vuelto a sangrar en forma abundante y estaba muy dolorida. En tanto, la adolescente ukaniana sentía comprimido todo su elástico cuerpo por la lucha con el miriápodo gigante y se había desmayado, aunque ya estaba recuperada.

La jovencita de los pueblos lluviosos volvió con varios seres como ella, cubiertos con harapos de fibra verdosa. A Wan Siu y Anuk las cargaron en camillas de cuerda. Solamente el doctor atravesó el puente por sus propios medios. Los tres viajeros fueron conducidos a un confortable hueco de higuera. La joven desapareció subiendo por una larga enredadera.

Zanadory, por ser el más versado en otras lenguas debido a los innumerables lugares en los cuales había prestado servicio como médico a lo largo de su brillante carrera, fue quien intentó establecer contacto. Trató de darles las gracias en varias lenguas antes de que se retiraran. No obstante, aquellos seres de color verdoso con ojos desorbitados y de una delgadez extrema no pronunciaron palabra; se limitaron a observarlos sin responder. Una vez que la jovencita volvió, se retiraron. Había comenzado a llover otra vez.

Estaban dentro de un hueco apenas iluminado por lámparas de aceite. En el centro había un fogón, pero estaba apagado.

Anuk se acercó a la muchachita y le puso la mano en la suya. Fue su modo de darle las gracias. La joven de los pueblos lluviosos los contemplaba en forma inexpresiva. Anuk se acercó al fogón y comprobó que estaba repleto de barbas del diablo. Sentía frío y se pasó las manos por los brazos. Entonces fue que la jovencita habló:

—*Ncdr l fg.*

—¿Cómo? —se sorprendió Anuk.

—*Fg, clr* —aclaró la jovencita y fue hacia el fondo del hueco. Wan Siu reconoció el idioma neutral, que solamente constaba de consonantes y era muy antiguo, pero no sabía interpretarlo. ¡Ojalá estuviese con ellos el licenciado Selenio!

La jovencita regresó con dos piedras pequeñas. Anuk las reconoció: se parecían a las que había en la parte superior de la cordillera, allá en la cima, en los peñascos. Ella se agachó delante del fogón tallado en el hueco, arrimó las pegajosas barbas del diablo y chocó las dos piedras. De inmediato una larga culebra violeta unió las dos piedras y la electricidad produjo una chispa. La barba del diablo comenzó a arder e instintivamente Anuk comenzó a soplar para darle oxígeno. Una alegría simple y maravillosa, la alegría del fuego, se apoderó de todos ellos. Anuk sonrió y la jovencita de ojos inexpresivos sonrió por primera vez.

—*¡Fg! ¡Fg!* —exclamó señalando las ardientes llamas.

—¿Fuego? —preguntó Anuk.

—¡Fuego! —repitió la jovencita.

—¡Fuego! —exclamó contenta Wan Siu—. Gracias.

—Muchas gracias —agregó el doctor acercando sus manos al calor de la hoguera.

La muchachita observó a los forasteros. No se parecían a sus enemigos, los temibles seres de los pueblos grises. Ella sabía que habían llegado en una nave, la había visto estrellarse en las alturas de la cordillera cuando fue a cargar sus piedras eléctricas. No debía establecer contacto, esa era la regla de su pueblo; sin embargo..., aquella jovencita anaranjada era de su edad y parecía tan feliz...

—Gracias por salvarme —estiró su mano Anuk.

—Por nada —respondió la joven de los pueblos lluviosos y los desconcertó.

—¿El idioma sin consonantes es el neutral? —preguntó la piloto—. Nosotros no lo hablamos. Gracias por comunicarte agregando vocales.

—Encender el fuego. Fuego, calor —dijo aludiendo a las primeras palabras que pronunció en idioma neutral.

—Mi nombre es Zanadory, soy médico y necesito atender la pierna de Wan Siu —y señaló el torniquete ensangrentado—. Es la piloto de nuestra nave. Y esta adorable jovencita anaranjada es nuestra ayudante de vuelo, Anuk.

—Voy a traerles lo necesario. Ustedes no son como ellos.

Aquella observación los desconcertó. No tenían idea de a qué se refería, pero no repararon mucho en sus palabras. Estaban cansados, mojados y doloridos. Habían pasado por demasiadas emociones; ahora querían reponerse junto a la calidez del fuego y dormir, dormir mucho.

El doctor tomó el pulso de Anuk y luego comprobó que no tenía ningún cartílago desgarrado. Estaba dolorida por los golpes pero sin mayores daños. Después desató el torniquete de la pierna de Wan Siu. Aquello no se veía muy bien. Necesitaba lavar la herida y volver a desinfectar. También el rasguño del brazo, por las dudas. Se hallaban los tres junto al fuego cuando ingresó

un hombre de aproximadamente la edad del doctor. Tenía también facciones lánguidas y verdosas y el cabello largo y opaco. Sus ropajes, en cambio, más allá de ser descoloridos, estaban relucientes, como si fuesen impermeables. La joven llevaba una capa con capucha del mismo material. El agua resbalaba por ella.

Oyeron nuevamente truenos y quedaron expectantes.

La joven y su padre no dijeron nada. Luego ella extrajo de sus ropas un atado y se lo tendió al doctor. Este, sin decir palabra, lo abrió con sumo cuidado. No tenía la menor idea de qué podía contener. Lo que encontró lo desconcertó: telarañas y ungüento de alguna planta desconocida dentro de un cuenco de madera de higuerón.

—Es todo lo que tenemos, doctor —dijo humildemente la jovencita, que cerró sus manos a la altura de la frente e inclinó la cabeza.

—Gracias —respondió con la misma señal Wan Siu y su punto rojo pareció por un segundo recuperar el brillo.

El hombre permanecía de pie sin que sus inexpresivos ojos dejaran percibir nada.

Zanadory sacó del bolsillo de su traje raído el tubo de primeros auxilios y le dio a Wan Siu otro trago de antivirus universal. Luego de quitar las vendas limpió la herida con un fuerte antiséptico que llevaba en un frasco y por último aplicó el ungüento. Para beneplácito de la piloto, la pomada de hierbas actuó como analgésico y adormeció la zona disminuyendo sensiblemente el dolor. Luego Zanadory con la ayuda de Anuk colocó los apósitos de telaraña cicatrizante. Sin embargo, aún faltaba algo, algo que el doctor había aprendido en sus posgrados de medicinas antiguas. Sacó una bolsa con diminutas semillas y las pegó presionando en puntos estratégicos de la oreja de la piloto. Lo mismo hizo luego con la oreja de Anuk.

—¿Qué es eso? —preguntó el hombre rompiendo su silencio.

—Esto —le tendió la bolsa con semillas el doctor— son simplemente semillas. A este tratamiento se le llama auriculoterapia. Se cura mediante la presión en determinados puntos del pabellón auditivo.

—¿Puede curar todo?

—No, pero produce alivio —afirmó Zanadory.

—Tengo hambre —sonrió Anuk—. ¿Podríamos comer algo?

—Sí, claro —contestó la jovencita verdosa.

El hombre sostenía en sus manos las diminutas semillas pero su mirada estaba más allá del hueco en el cual se hallaban. Afuera la lluvia había vuelto a arreciar. El hombre devolvió las semillas y salió sin dar ninguna explicación. Chasqueó los dedos y la jovencita lo siguió. El doctor esperó un momento y Anuk se estiró hasta la entrada del hueco. No había rastros de ellos, solo la lluvia interminable.

—Son muy extraños, pero fueron sumamente amables.

—Me producen escalofríos —dijo con sinceridad la piloto.

—A mí me cae bien ella —opinó Anuk.

—Debemos actuar con cuidado. No sabemos cómo reaccionarán. Lo mejor será seguir el protocolo de acercamiento. Anuk, guardemos los cascos, más tarde intentaremos comunicarnos con la nave.

—Enseguida, Wan Siu.

Unos segundos después la jovencita y tres jóvenes verdosos más ingresaron en el recinto con hojas dobladas de las cuales chorreaba agua y las abrieron delante de la hoguera. Para sorpresa de los forasteros, contenían gran cantidad de comida: frutos varios, algunas vainas con protuberancias, una especie de ciruelas verdes que dentro tenían semillas anaranjadas y amarillas y despedían un fuerte aroma cítrico. Frente al doctor Zanadory colocaron un trozo de carne asada; por la larga cola, él reconoció las características de un reptil. Por último, delante de Anuk, la jovencita volvió a sonreír y la instó a que abriera la hoja doblada en cuatro.

—¿Que yo la abra?

—Sí, es para ti —sonrió apenas.

—Está bien. Me gustan las sorpresas.

La hoja fue desdoblada con sumo cuidado y dentro apareció una vara con insectos chamuscados.

—Para Anuk —dijo la joven.

Anuk estaba muda, cosa que no era muy frecuente. No sabía qué decir. En realidad sabía lo que estaban esperando todos de ella. Zanadory se habría largado a reír si no fuera por la mirada de desconsuelo de Anuk. Wan Siu le buscó los ojos y le hizo un guiño. La jovencita anaranjada juntó coraje y levantó la vara, abrió la boca y dio un mordisco. El resto de los concurrentes estaba expectante.

—Delicioso —dijo Anuk poniendo una cara de asco que difícilmente podría esconderse.

Sin embargo, los habitantes del este de Goonan estaban complacidos. Se retiraron sin decir palabra y solo quedó la jovencita. Anuk deseaba que se fuera porque quería escupir el insecto que tenía en la boca cuanto antes.

La joven se levantó y les señaló un montón de barbas del diablo y hojas secas que se hallaban junto a una raíz del higuerón. Allí tenían combustible para la hoguera y abrigo para cubrirse en la noche. Luego se despidió deseándoles que descansaran y se esfumó rumbo a la lluvia. Anuk asomó su cabeza y finalmente escupió.

—¡Agua, necesito agua! ¡Son picantes!

Zanadory y Wan Siu estallaron de risa y le dieron uno de los últimos jugos energéticos que tenían. Anuk bebió con deleite. La comida no estaba nada mal, aunque el doctor ya había entendido qué era lo que causaba aquel tono verdoso y la languidez de los seres del este de Goonan: en las comidas había mucha proteína pero escaseaban los hidratos de carbono.

Bebieron agua de lluvia que les habían llevado en cuencos de calabaza y acomodaron las hojas

en forma de colchones junto a la hoguera. Anuk arrimó algunas barbas del diablo para tener más calor cuando descubrió que la mano del doctor acariciaba la mejilla de la piloto. Aquello la desconcertó, ¿se había perdido algo?

—Perdón, ¿hay alguna novedad que quieran contarme? Les recuerdo que tengo ciento quince años ukanianos y que sé guardar un secreto.

—No es ningún secreto —se rio Wan Siu.

—En absoluto —la abrazó Zanadory.

—Esperen a que lleguemos a *Vandalia* y se lo cuente a mi primo —no se pudo contener Anuk.

—Ahora debemos dormir. Yo voy a tratar de comunicarme con la nave, ustedes descansen; ya tuvieron suficiente por hoy —les ordenó el doctor.

Ninguna de ambas puso objeciones. Estaban agotadas y se durmieron al calor del fogón mientras el doctor tomaba uno de los cascos e intentaba comunicarse con *Vandalia*.

Finalmente el joven Batuk se ha dormido. Lo sé con claridad porque sus anaranjados ronquidos son audibles por todos los poros de la cabina. Por fortuna el clima mejoró y los terribles tornados que azotaron mis carcasas de plasma se disiparon. Tengo algunos daños menores que el joven ukaniano se apresuró a reparar. Sobre todo en la cabina del silencio y un par de ojos escotillas que fueron dañados por las innumerables rocas que volaban con los vientos furiosos. Los sensores de clima marcaron en la pantalla vientos que superaban los setecientos quilómetros por hora, lo cual hizo que perdiera algunos puntos de apoyo. Los pólipos aferrados succionaban las rocas, pero algunas de ellas cedieron y quedaron expuestos al viento ionizado que los congeló y desintegró. Pasamos algunos momentos de incertidumbre cuando perdí la vertical y quedé de lado. Gracias al universo los vientos siguieron viaje y se perdieron rumbo al sur, donde se encuentran los mares ácidos.

Cuando regresó la calma el ayudante de vuelo reparó los sistemas que habían sido estropeados y pude extender una nueva capa de anémonas que se aferraron a las rocas más cercanas, lo que me permitió recuperar el equilibrio y por ende la estabilidad en mi interior. A pesar del cansancio que teníamos estábamos muy inquietos por la ausencia de señales de la tripulación que descendió. Apenas habíamos tenido una comunicación entrecortada que cesó infortunadamente a causa de la tormenta que se desató sobre nosotros. Sin embargo, luego de revisar las lecturas de los monitores y de confirmar que los daños habían sido menores y estaban reparados, el joven Batuk se recostó en la silla de la cabina y comió algo para reponer energía. Habían transcurrido muchas horas desde nuestro aterrizaje y el estado de ansiedad había vuelto. Lo descubrí entornando los ojos y supuse que el cansancio lo había vencido. Ahora duerme tranquilamente.

Acabo de escuchar claramente la voz del doctor Zanadory por el intercomunicador, por eso hice sonar todas mis alarmas: temo que no lo oiga o que la comunicación

vuelva a cortarse. Batuk se sobresaltó y luego de pedirme que apagara la alarma se apresuró a responder el mensaje.

—Batuk, soy Zanadory, ¿me escuchan?

—Doctor, lo escuchamos con claridad —respondió Batuk con ansiedad.

—Estamos a salvo los tres. La piloto tiene lastimada una pierna y un brazo, pero las heridas por ahora no revisten gravedad. No sé en qué cuadrante nos encontramos, te pido por favor que triangules nuestra posición. Nos hallamos según mis cálculos en rumbo noroeste, paralelo a la cordillera.

—¿Pudieron llegar a los depósitos de turmalina? —preguntó la nave.

—Surgieron algunos inconvenientes. El planeta no está deshabitado, repito, no está deshabitado. Hemos sido rescatados y todavía no pudimos acercarnos al objetivo.

—¿Habitado? —se asombró Batuk—. ¿Y se encuentran bien?

—Sí, estamos a salvo. Una vez que establezcas la triangulación podremos hablar sin interferencia y te pido que nos envíes las coordenadas exactas del lugar donde nos encontramos. ¿Hay noticias sobre el otro grupo?

—Lamentablemente no hemos podido contactarlos. No sabemos qué ocurrió con ellos —susurró *Vandalia*.

—Sigán intentándolo, nosotros trataremos de llegar a los depósi...

BITÁCORA DE VUELO: la transmisión con el grupo que descendió hacia el este se cortó y una descarga se escuchó claramente por todo mi interior. Si bien no se había podido establecer una comunicación totalmente fluida, la tranquilidad de que el grupo del este estuviera a salvo fue como un sedante para el joven Batuk. Por eso le sugerí que descansara. Yo me encargaré de efectuar la triangulación y de verificar las coordenadas. Él debe reposar al menos un par de horas. De todas formas hasta que amanezca no podremos captar energía solar para recargar los monitores, que debido a la tormenta se han quedado sin energía suficiente. Finalmente me hizo caso y se dejó vencer por el sueño. Concluyo mi bitácora de vuelo con una pregunta que me ronda los circuitos y corre por mi torrente bioplasmático: ¿por quiénes está habitado este desolado planeta?

Zanadory estaba comunicándose cuando se sintió observado. El hombre que le había hablado unas horas antes estaba de pie y sostenía una capa de fibra impermeable en una mano. El doctor escondió el casco debajo de unas hojas y aprovechó para mirar a Wan Siu y Anuk: las dos dormían hechas un ovillo dentro de las camas de hojas.

El hombre no habló, le tendió la capa al doctor y le hizo una seña para que lo siguiera. Zanadory dudó unos instantes, pero comprendió que no tenía opción y lo siguió. Al menos se había comunicado con Batuk y *Vandalia* podría rastrear su ubicación.

Fuera del hueco la lluvia parecía sólida. Los sonidos siseantes y el croar de los batracios era lo único que interrumpía la monótona melodía de las gotas.

Caminaron por un sendero de raíz de enredadera que trepaba envolviendo el higuerón; una liana hacía las veces de baranda y se perdía en las alturas. Subieron unos cuantos metros en forma de espiral hasta llegar a un hueco muy alto. El hombre ingresó primero y el doctor lo siguió.

El recinto estaba suavemente iluminado. En el centro un fogón se mantenía ardiendo y varias antorchas de aceite prestaban su luz desde los rincones. Junto a la madera del higuerón, sobre una cama de blandas y cómodas hojas, una mujer pálida y verdosa respiraba con dificultad. Sus hermosas facciones alumbradas apenas por la luz de las antorchas hicieron pensar al doctor en un espectro, un bellísimo espectro.

—Es mi esposa —murmuró el hombre—. Está muy enferma. ¿Pueden curarla sus semillas?

—No lo sé... —respondió Zanadory y se arrodilló junto a la mujer—. Necesito hacerle algunas preguntas —dijo mientras revisaba su débil pulso.

—Yo contesto, pero tiene que aliviarla —dijo secamente el hombre.

Zanadory le revisó el pecho, oyó sus latidos, luego abrió sus ojos y observó la dilatación de las pupilas. La extrema delgadez no dejaba lugar a dudas: entre otras causas aquella mujer estaba muriendo de inanición.

—¿Cuánto hace que no come?

—Comió. Come todos los días.

—Voy a colocarle unas semillas para que se alivie el dolor del pecho y pueda respirar mejor.

El hombre asintió y siguió de pie. Sus enormes ojos no dejaban de mirarla un segundo. La hija entró en ese momento y quedó junto a él. El padre le pasó un brazo sobre los hombros y ella se aferró a su cintura. Sentía mucho miedo por su madre. Contemplaba cómo el médico de cabellos de colores aplicaba aquellas diminutas semillas en las orejas de su mamá y deseaba que ella abriera los ojos y volviera a sonreírle.

—Esto no es mágico. Llevará tiempo, pero va a aliviarla —anunció el doctor girando y descubriendo a la jovencita.

—Gracias —susurró el hombre.

—Es mi trabajo, salvar vidas —dijo con humildad Zanadory—. Pero ahora necesitamos hablar, tengo algunas preguntas.

Se sentaron en torno al fogón y la niña acercó más barbas del diablo al fuego. Llevó también algunas semillas grandes como puños y se las tendió. Con la punta de una piedra perforó una y se la ofreció al doctor. Este bebió y se deleitó con un exquisito sabor a cacao bastante fuerte que le brindó bienestar.

—Excelente. ¿Qué es?

—Zamiwe.

—Zamiwe.

—Semillas de zamiwe —aclaró el padre—. Es una planta que nace en lo profundo de la selva. Quedan muy pocas, han ido desapareciendo a medida que aumentan las lluvias.

—Se parece mucho al cacao.

—¿Cacao?

—Sí, las semillas de cacao son la base del chocolate con el que la comandante de nuestra nave fabrica bombones y otras delicias.

—¿Chlate?

—Cho-co-la-te —aclaró Zanadory y la jovencita asintió.

El padre observó que la mujer respiraba con menos dificultad y por primera vez sus ojos cambiaron de expresión. A pesar del dolor su mirada se endulzó.

—¿Cuánto tiempo lleva así? —preguntó Zanadory.

—Cerca de dos lunas.

—No tengo idea de cuánto tiempo es aquí en Goonan. De todas formas quiero saber si hay alguien más en estas condiciones.

—Me temo que sí. Todos comenzaron con los mismos síntomas. En algunos son más rápidos, en otros más lentos, pero es un mal que aqueja a todo nuestro pueblo.

—¿Hay algún motivo que lo haya desencadenado? Es importante que recuerden cualquier detalle.

La jovencita no necesitaba pensar mucho. Ella sabía muy bien lo que venía ocurriendo.

—El suelo tiembla a veces. Desde que empezaron los temblores hay más y más nubes purpúreas cargadas de electricidad y... llueve, siempre llueve.

—Demasiada agua. Nos estamos quedando sin algunas plantas que nos servían de alimento —confirmó el padre—. Y en nuestras trampas cada vez hay menos animales. Algunos gusanos, batracios, lagartijas... Casi no hay peces en los manglares. El agua sube demasiado y no hay salida al mar.

—El agua es un problema. De todas formas, creo que hay otros factores —dijo midiendo sus palabras el doctor—. Si me lo permiten, quisiera probar algo con ella.

El padre y la hija asintieron, ¿qué podían perder? Aquel hombre no era como los enemigos de

los pueblos grises. Aquel hombre de ojos lilas y rastas de colores llevaba sabiduría en su corazón y eso no había necesidad de explicarlo en ninguna parte del universo.

—Adelante, doctor.

Zanadory sacó de su botiquín una diminuta jeringa y extrajo del brazo de la mujer unas gotas de sangre. Las colocó dentro de un tubo de bromidio y aguardó unos segundos. Tomó su lector de plasma e ingresó el tubo por un extremo. De inmediato en la diminuta pantalla salieron los resultados de las pruebas sanguíneas. Se confirmaban las sospechas del doctor: la mujer moría por falta de alimentos en forma prolongada. Él trató de explicarles el tema sin herir sus sentimientos.

—El cuerpo necesita combustible para funcionar correctamente. Esta mujer consume proteínas, pero su dieta presenta niveles muy bajos de carbohidratos.

—Los carbohidratos que ingerimos son los que encontramos en las plantas. Ya no crecen otros frutos con más azúcares, ni raíces. El agua lo hace imposible. Además... —y la voz del hombre se cargó de rencor—, nuestros enemigos no han tenido piedad de nosotros. Les hemos rogado que nos dejen un trozo de arena para cosechar, pero nos han perseguido.

—¿Sus enemigos?

—Los pueblos grises. Los que viven en el desierto caliente, más allá de la cordillera —explicó la jovencita.

Zanadory pensó en la comandante, Selenio y Erik. ¿Qué suerte habrían corrido con los seres del lado oeste? ¿Seguirían con vida? La sola idea de pensar en algo así lo llenó de temor. *Vandalia* dijo que no se habían comunicado.

El hombre advirtió la preocupación en el rostro del doctor.

—Si me permiten, voy a probar con lo único que tengo a mi alcance.

—Adelante.

—Necesito que me traigas agua y un cuenco en donde machacar esto —y sacó del bolsillo de su pantalón la última barra de cereal.

La hija corrió en busca de un cuenco tallado en higuierón y machacó el cereal con una piedra. Zanadory le agregó agua y formó una pasta ligera, luego la disolvió en una mayor cantidad de agua.

—Si pudiera trasladarla a la nave...

Entonces Zanadory decidió sincerarse y les explicó el motivo de su ida a Goonan y lo que les había ocurrido desde su forzoso aterrizaje.

El hombre lo escuchó en silencio mientras la lluvia caía lenta en la selva. La jovencita se valió de un sorbete plástico que le proporcionó Zanadory para que su madre fuera ingiriendo el líquido pastoso lentamente. Cuando el doctor hizo una pausa, el hombre decidió hablar. Aquel forastero no parecía peligroso y tal vez fuera una esperanza para su pueblo.

—Hace muchos años, según nuestras sabias, más de mil, este planeta era próspero y vivíamos

en armonía formando un solo pueblo.

—¿Ustedes y los habitantes del otro lado de la cordillera?

—Sí. Sucedió algo imprevisto: un volcán entró en erupción y selló el flujo de agua del río que atravesaba las montañas.

—¿El mismo río lodoso en el cual caí desde la cumbre?

—Ese mismo.

—Ahora ya no tiene salida, y menos con el aumento de la temperatura y la cantidad de tormentas eléctricas. No cesa de llover y la luz de nuestra estrella casi siempre está opacada por nubes purpúreas.

—¿Y por qué se transformaron en enemigos?

El hombre, con una mueca de amargura, le relató las luchas por el territorio, la invasión de las arenas del desierto, la llegada de los refugiados ecológicos a las hermosas ciudades, la escasez de agua... Finalizó contándole la huida a través de la cordillera.

—Y ustedes no les dejaron proveerse de agua.

—No, lamentablemente nuestros antepasados los hacían responsables de la desgracia del avance de las arenas. Ante los intentos de alcanzar la cordillera nuestro pueblo precipitó avalanchas de piedras y muchos perecieron.

—Lo lamento —dijo con sinceridad Zanadory.

—Cuando nuestro pueblo comenzó a padecer hambre pedimos clemencia, pero ellos fueron despiadados. Nos persiguieron y juraron exterminar a quienes encontraran más allá de las cumbres.

—Ha pasado demasiado tiempo. Su pueblo está pereciendo y usted lo sabe.

—Lo sé, pero no encontramos una solución. A menudo salen expediciones en busca de alimentos, algunos vuelven con comida, pero muchos no logran regresar. Ellos hacen algo parecido: intentan conseguir agua y... no lo logran.

Aquella historia era demasiado cruel, no tenía sentido. Por lo que comprendía el doctor, el sufrimiento de ambos pueblos era creado por ellos mismos y alguien debía dar el primer paso de acercamiento; de lo contrario ninguno de los dos sobreviviría.

—Tengo una propuesta para hacerle. Usted parece un ser inteligente y sensible.

El hombre lo miró con recelo. Sus ojos mostraron un rencor que venía de muy lejos y que anidaba en lo profundo de su corazón.

—Nuestra gente ha sufrido mucho. No me pida que intentemos un acercamiento, es imposible.

—¡Papá! —gritó la jovencita a un lado de la cama de su madre.

Él corrió junto al colchón de hojas y tomó las manos de la hermosa mujer mientras de sus ojos escapaba una lágrima y otra más. Ella había abierto los ojos por primera vez en varias semanas. Aquello era un verdadero milagro. La joven se reclinó en el pecho de su madre, que ahora respiraba con menor dificultad, y se largó a llorar.

Zanadory no quiso estropear el momento, aunque debía atender a su paciente. Pidió permiso y le tomó el pulso. Los ojos oscuros de la mujer lo observaron profundamente. El pulso era claro, había una mejoría, pero el médico sabía que era transitoria. Si no seguía comiendo, no habría posibilidades de cura. De repente, algo lo sobresaltó. La mujer estiró su mano y tomó la suya.

—Gracias —balbuceó.

—Por nada —le sonrió el doctor.

Para su sorpresa, la jovencita fue quien tomó la palabra.

—Mi madre no puede seguir siendo la líder de nuestro pueblo. Está muy enferma y necesita reponerse.

—¡Aqualia! —exclamó el padre.

—Papá, te ruego que me dejes continuar.

El hombre calló y volvió a mirar a su mujer.

—Yo soy ahora la jefa de nuestras tribus y he tomado una decisión. Conduciré a los viajeros hasta la entrada de la cueva de los cristales. Ya es tiempo de intentar un cambio.

—Aqualia, te ruego que pienses en todos nosotros —le pidió su padre.

—Eso es lo que hago —dijo la muchachita con una determinación que el doctor admiró.

Zanadory dejó el hueco cuando amaneció. La lluvia había cesado por el momento. Un aire húmedo y vegetal envolvía todo. Sin embargo, él sentía que la esperanza se abría paso entre las enmarañadas enredaderas como la luz del sol más allá de las nubes de tormenta.

Cuando entró al hueco, Wan Siu y Anuk dormían. Se acercó a la piloto y le besó los ojos. Ella despertó y lo abrazó.

—Tranquila. Todo va a estar bien.

—¿Qué pasó?

—Tengo que descansar un poco —le sonrió tranquilizándola y acarició su mentón tatuado—. Fue una noche demasiado larga.

26

Cuando Erik Von Yasid soltó la exclamación diciendo que tenía una solución para entrar a la cueva de los cristales, Selenio y Artemisa se espabilaron. Erik estaba tan feliz que parecía un niño, un niño grande de pelo rojizo con trenzas a los costados y barba renegrida; un niño con lentes y una profunda mirada azul; un niño con un cuerpo fornido como el de sus antepasados de Dajabakistán.

El calor había aumentado considerablemente en el cráter, pero aun así estaban cómodos y frescos dentro de las rosadas cavidades pétreas, en tanto la estrella Goo ascendía en el cielo cercana al cenit.

Artemisa le pidió explicaciones y Selenio lo contempló con sus azulados trazos intentando descifrar a qué se podía deber tanto júbilo.

—Creo que he descubierto el motivo por el cual perecieron todos aquellos que intentaron ingresar en las cuevas: monóxido de carbono y otros gases tóxicos.

—¿Monóxido de carbono? Sulfuro, azufre, vapores ácidos... —continuó hilvanado el pensamiento en voz alta la comandante—. ¡El volcán!

—Tiene sentido, ¿verdad? —bramó feliz.

—Tiene sentido, pero baje la voz —le suplicó Selenio.

—La cueva está en la base de la ladera del volcán que había entrado en erupción. Cuando recordé lo que decía el libro, que la entrada era por la cueva que quedaba más abajo...

—Sumado a que se ahogaban y que Juan el Intrépido murió unos días después del mismo modo —continuó la comandante—. Envenenamiento por gases tóxicos emanados de las fisuras del volcán.

—Realmente lo felicito, profesor —expresó el licenciado—. Solo me preocupa cómo convencer al viejo para que nos deje llegar a la cueva y probar su teoría.

—¡Selenio! —exclamó la comandante fuera de sí—. ¡Me tiene harta con su buena onda!

La duda del licenciado era totalmente realista. Las probabilidades de convencerlos y de que los guiaran hasta la cueva eran bastante remotas.

—No hará falta convencerlo —dijo Artemisa con voz serena—. Vamos a escaparnos.

—¡¿Cómo?! —exclamó el profesor.

—Vamos a escapar y cruzaremos el desierto —reafirmó.

El profesor quedó consternado, nunca se habría imaginado que ella plantearía semejante solución. Pensó que Selenio intervendría como mediador y que en unos días quizás lograrían hacer entrar en razón al viejo y luego al resto... ¡Cruzar el desierto era una locura! La comandante había perdido su sentido común.

Muy por el contrario, Selenio comprendió que la decisión de Artemisa era la más lógica. No se podía esperar que una lucha de casi mil años cambiara su rumbo solamente porque un científico les brindaba una nueva teoría sobre lo que podría haber sucedido. Lo más coherente era escapar y tratar de alcanzar las cuevas, reponer la energía de *Vandalia* y largarse de aquel lugar hostil.

—Creo que primero deberíamos recuperar nuestras pertenencias —afirmó el licenciado y le dedicó una sonrisa azulada de aprobación—. Tenemos que comunicarnos con *Vandalia*, es absolutamente vital. Ellos tienen, además de los cascos, los morrales y las capas de nanofibra.

—Muy acertado su pensamiento, Selenio.

—Yo pensé que íbamos a intentar persuadir a Juan de los Grises... —apuntó Erik.

—No creo que sea posible a corto plazo —le explicó la comandante con una mueca de resignación.

Ahora debían abocarse a idear un plan y eso fue lo que hicieron mientras bebían raíces de citrinilo. En primer lugar Selenio intentaría distraer a los guardias mientras Erik se escurría hasta la cueva donde se encontraban los cascos. Luego debían esperar a la hora apropiada, cuando el sol no fuera tan fuerte, para tener una oportunidad de llegar antes de que oscureciera. Erik sería el encargado de avisar cuándo; era el único que tenía una idea aproximada de la duración de los días en Goonan. Por lo menos había sido el único en prestar atención al recorrido del astro en el cielo anaranjado e hizo algún cálculo basado en el tiempo que hacía que no se comunicaban con la nave. Ahora podía servirles como referencia para fijar la hora de escape.

Artemisa señaló la cordillera. Hacia allí debían dirigirse.

Luego tratarían de encontrar la entrada a la cueva.

—No quisiera sonar ofensivo, comandante —comenzó a decir el licenciado—, pero ¿tiene alguna idea acerca de cómo vamos a escapar desde esta terraza de piedra, cómo saldremos del cráter y cómo haremos para cruzar el desierto?

—Por supuesto, querido licenciado —explicó en tono burlón—. A lo primero le respondo «bajando», a lo segundo, «por una fisura», y a lo tercero, «en trigibas lanudos». ¿Algo más?

—No, nada más —dijo poniéndose celeste de furia Selenio.

Aquella mujer le quitaba la serenidad.

Casi una hora después el plan estaba a punto. Repasaron una y otra vez los detalles. El desierto era implacable y un error podría costarles la vida, aunque debían correr el riesgo.

Artemisa se acercó al barandal con su túnica gris y se transformó en un diminuto punto que observaba las purpúreas nubes encima de la cordillera, esas mismas nubes que ya no llevaban agua al tórrido y sediento desierto del oeste de la cordillera.

Después de que les ofrecieron algo para almorzar los tres hicieron lo que tenían previsto: escondieron las raíces de citrinilo y les pidieron más a los guardias. Ese momento fue aprovechado por Selenio para distraerlos conversando acerca del clima, en tanto Erik pedía para ir al baño.

Artemisa había observado la caravana de trigibas saliendo por la fisura en la roca, hizo los cálculos de trayectoria y concluyó que los animales debían estar en un lugar debajo de la ladera donde ellos se encontraban. Solo tendrían que llegar hasta el lugar y robar algunos camellos. No podía ser tan difícil, ¿o sí?

El profesor Von Yasid regresó del baño con cara de satisfacción, miró el cielo anaranjado y la posición del sol. Era tiempo de partir. Debajo de su túnica gris llevaba los cascots de cuero y también los morrales. No tuvo posibilidades de recuperar las nanocapas sin ser descubierto.

—¿Están listos? —preguntó Artemisa.

—Listos, mi comandante —respondieron a coro.

Al este de Goonan, en la densa jungla, el calor del mediodía era húmedo y costaba respirar. Había dejado de llover desde el amanecer, pero las cascadas que saltaban de las ramas no habían dejado de correr. Zanadory apenas había podido despertar; estaba muy cansado. Wan lo despertó con una caricia en el pelo y Anuk intentó hacerle cosquillas en los pies, pero tenía puestas las botinetas.

—Me dormí... mucho —fueron sus primeras palabras.

—No, solamente es mediodía. Al menos eso creo, por el resplandor opaco del sol; no tengo cómo saberlo con certeza. Mis transmisores están humedecidos y no funcionan.

—Yo creo que es casi mediodía porque muchos habitantes del pueblo regresaron de cazar y de recolectar frutos. Es lo que pude observar mientras cruzaban el puente —le informó Anuk—. Me temo que no hemos recibido contestación de *Vandalia*.

—De eso nos ocuparemos después, ahora tengo que contarles algo que sucedió en la noche. Les ruego que me presten atención —pidió el doctor.

Relató sin pausa la larga noche junto a la cama de hojas de su paciente y las conclusiones a las que arribó. Dejó para el final la resolución de la nueva líder de los pueblos lluviosos.

—¿Aqualia? —se sorprendió gratamente Anuk—. Somos casi de la misma edad, ¿y ella es la jefa?

—Ella está sustituyendo momentáneamente a la madre por su estado de salud —le recordó Zanadory.

—Claro, pero de todas formas es la jefa.

—Sí, lo es —dijo Wan Siu—. Y ha tomado una difícil decisión. Así que vamos a apurarnos

antes de que suceda alguna cosa que la pueda hacer cambiar de idea.

—Por lo pronto, debemos reponer energía comiendo —acotó Zanadory señalando las hojas dobladas que habían sido depositadas en la entrada del hueco.

Una vez degustadas las semillas de zamiwe, los escarabajos asados y otros insectos que Anuk no quiso probar porque eran muy picantes, estaban casi listos para partir. Tendrían que hacer un largo trecho paralelo al río lodoso que corría a los pies de la cordillera. En un punto que luego les indicaría había una forma segura de cruzar. Por lo menos fue lo que les comentó Aqualia. Ella les serviría de guía. Era una ágil y profunda conocedora de las regiones montañosas.

Wan Siu probó una vez más con el comunicador de los cascos, mas ninguno de los tres funcionaba. En cuanto *Vandalia* lograra la triangulación, sin duda se comunicaría, así que no insistieron. Debían aprovechar la luz opaca del día; al caer la noche la jungla se volvía aún más peligrosa.

Zanadory revisó la pierna herida de la piloto y también el corte del brazo. El efecto de la telaraña cicatrizante había sido realmente rápido y eficaz. Colocó más ungüento en ambos y envolvió las dos heridas con los últimos parches de su botiquín. Se cercioró de que las semillas de la oreja de Wan Siu estuviesen en su lugar y la miró con dulzura.

—Estás mucho mejor.

—Sí, porque tengo al mejor médico del universo conocido —le coqueteó ella.

Anuk no pudo tolerar tanta dulzura y se desparramó en el suelo quedando como una mancha anaranjada. Los otros se rieron. ¡Era una exagerada! Ni que se estuvieran derritiendo el uno por el otro.

En ese preciso instante entró Aqualia envuelta en una túnica verde descolorida y con la ballesta y el saco de flechas colgados a la espalda. Al ver la mancha anaranjada con ojos en el suelo se asustó e instintivamente tomó una flecha. Anuk recuperó la forma con celeridad ante los ojos asombrados de la jovencita. El doctor y la técnica de vuelo temían que pudiera reaccionar mal.

Anuk quedó de pie delante de Aqualia, quien no dejaba de observarla. Finalmente preguntó:

—¿Algún día me vas a enseñar a hacer eso?

Los tres largaron la risa. Por suerte no lo había tomado como una amenaza. Anuk trató de explicarle que era una cualidad de los ukanianos, aunque Aqualia no tenía idea de lo que le decía. Prefirió que dejara las explicaciones para después; no tenían mucho tiempo si querían llegar a la cueva antes de que anoheciera y regresar a salvo a la aldea de los higuerones.

—¿Ven esas nubes a lo lejos? —señaló sobre las copas de los árboles de más de treinta metros—. Pueden acercarse en poco tiempo y desatar tormentas eléctricas poderosas. Junto a la cordillera son más fuertes las descargas. El tipo de rocas que hay allí atrae los rayos.

—Lo sé por experiencia —dijo Anuk recordando la caída desde la cuerda cuando una chispa fulminó su arnés.

—Nosotros también pasamos por algo parecido mientras descendíamos. Incluso un rayo destruyó una saliente y por eso resbalamos y caímos hasta el río lodoso.

—Gooflow, ‘estrella que fluye’. Así se llamaba antiguamente —explicó la jovencita—. En el camino les contaré más. Ahora vamos. Tomaremos un atajo y navegaremos en balsas.

Los viajeros se pusieron los cascos de cuerilío aunque estaban húmedos, se calzaron las botinetas y metieron algunos frutos en sus bolsillos y en los morrales; no sabían si necesitarían reponer energía en el trayecto. Se ajustaron las capas de nanofibra y partieron.

Salieron del higuerón madre siguiendo los pasos rápidos de Aqualia y de varios jóvenes que los acompañarían hasta la entrada a la cueva. La larga fila india se perdió cruzando el puente de enredadera y pasó al higuerón más cercano. La intrincada selva desorientaba a los viajeros pero no a los habitantes de los pueblos lluviosos, que la conocían como las verdosas palmas de sus manos.

Avanzaban a buen ritmo cuando Aqualia hizo una seña y todos se detuvieron. Una peligrosa telaraña les cerraba el paso. Wan Siu metió la mano en el costado de su botineta y buscó el cuchillo, pero la jovencita la detuvo. Uno de los jóvenes se aferró a la esquina de donde partía la telaraña y la movió levemente. Aqualia y otros tres muchachos aguardaban con sus ballestas agazapados. De pronto de lo alto del árbol surgió la silueta del grandioso arácnido y se dirigió hacia ellos descolgándose a velocidad asombrosa por un hilo sedoso. Cuando la tuvieron en frente, Anuk no pudo contener un grito, pero las ballestas se dispararon certeras. El peligro había pasado y, con la temible araña a un lado, la piloto cortó los filamentos sedosos y continuaron viaje.

Se sentaron a descansar de espaldas a un hueco y mordisquearon algunos frutos. Aún quedaba un largo trecho para alcanzar el lugar en donde el doctor y la piloto habían sido alzados por la trampa de red. Se podía oír lejano el sonido del agua de la cascada que caía desde el árbol inmenso. Esa zona de la jungla era muy densa, enmarañada, y a cada paso podía acechar un peligro.

Aqualia parecía inquieta y les pidió que esperaran. Junto con otros dos jóvenes comenzó a trepar por las enredaderas y por las lianas con gran destreza. Luego los tres desaparecieron en el tupido follaje. Apenas podía divisarse un trozo de cielo rojizo en medio de las gigantescas hojas. Regresaron unos minutos después, justo cuando un trueno retumbó haciéndolos estremecer.

—Las nubes de tormenta están sobre nosotros y se dirigen hacia la cordillera —anunció con preocupación.

—¿Qué se supone qué deberíamos hacer? —la interrogó Zanadory—. ¿Regresar?

—No, seguiremos adelante, ya falta poco. Pero debo advertirles que correremos un riesgo. Si se desata otra lluvia como la de ayer, las aguas del río podrían subir muy rápido y quedaríamos aislados hasta que descendieran.

—Sería mejor regresar —dijo muy a su pesar la bella piloto.

—No. Si se fijan —señaló hacia abajo—, desde aquí verán las raíces del manglar. Mañana podríamos tener el nivel del río muy alto y sería imposible realizar el viaje. No debemos desaprovechar esta oportunidad. No ha llovido en toda la mañana y eso nos da cierta ventaja. Continuemos.

—Cuando digas —se entusiasmó Anuk—. Si quieren, puedo estirarme y ayudarlos a bajar.

—No es necesario —le sonrió Aqualia—. Es más seguro que nos sigan. Bajaremos por lianas hasta las balsas. Hay que atravesar los manglares y debemos hacerlo en total silencio. De lo contrario podríamos alertar a...

—... a un ser infame que habita las aguas del río —terminó la frase Zanadory recordando cuando nadó perseguido por el ser que despedía burbujas y al que no había llegado a contemplar.

—Es el anguilexus, un tipo de pez antiguo que solo vive en las aguas lodosas —confirmó uno de los jóvenes—. Tiene mucho apetito y come todo lo que se mueva o emita sonidos.

—Prefiero no saber más detalles —bromeó Zanadory.

Los habitantes del pueblo lluvioso lo miraron perplejos. Aquella mueca en los labios de los forasteros era demasiado frecuente y desconcertante.

Caminaron por un tronco cercano a la cascada majestuosa que caía desde el árbol y se lanzaron hacia abajo por lianas. Wan bajó aferrada a la cintura del doctor; su pierna lastimada le impedía deslizarse con facilidad. Al llegar a las raíces del manglar los jóvenes se acercaron a unas hojas enormes con flores blancas que permanecían flotando amarradas con cuerdas de fibra. Junto a ellas había varias varas de junco. Anuk las reconoció: eran iguales a la balsa en la que Aqualia la había transportado.

—¡*Victorias regias!* —exclamó el doctor.

—¿Cómo? —preguntó la joven.

—Es el antiguo nombre de estas flores, aunque reconozco que en los fotogramas que vi no tenían semejantes dimensiones. En los ríos de Liamerindia, allá en nuestro planeta, quedan algunas, pero no de este tamaño.

Un nuevo trueno los estremeció y rápidamente se subieron a las tres balsas.

El doctor y dos de los jóvenes iban adelante. Impulsándose con las largas varas se pusieron en camino por el riachuelo, uno de los tantos que desembocaban en el río Gooflow. Wan Siu iba detrás junto con dos muchachos escuálidos que no dejaban de avanzar hundiendo las largas varas y evitando las raíces escondidas de los manglares. Iban atentos, escudriñando las aguas oscuras y verdosas. La piloto ignoraba los peligros que podrían encontrarse debajo de la superficie. En la última balsa, con la otra enorme flor de pétalos níveos, Anuk y Aqualia remaban juntas. La joven de los pueblos lluviosos se sentía alegre después de mucho tiempo y eso era algo inusual.

Wan Siu reconoció el lugar donde habían sido elevados por la red. Ahora navegaban por

debajo. El médico le señaló veinte metros arriba la rama del árbol de la cual habían quedado colgados durante la crecida. La trampa les había salvado la vida. De pronto los manglares se volvieron más intrincados y las balsas pasaron por debajo de una raíz nudosa y gris. El olor pestilente de las aguas no dejaba lugar a dudas: habían llegado al Gooflow.

Wan Siu Dabarat, la joven piloto con sus hermosos tatuajes maoríes y su punto rojo en el centro del entrecejo, cerró las palmas de las manos mirando el cielo abierto, ese cielo anaranjado rojizo que ya tenía nubes de tormenta sobre ellos, y centró su energía en el plexo solar. Su punto rojo brilló y los jóvenes que viajaban con ella quedaron perplejos. Nunca habían visto nada igual. En tanto, ella recordaba la cordillera de su Vandasía natal y pedía protección del universo para todos. Las balsas avanzaban lentamente cruzando en la zona más estrecha el río lodoso y putrefacto.

La ladera de la cordillera se alzaba imponente delante de ellos, que parecían minúsculas gotas en un mar quieto y pestilente lleno de peligros. De repente Zanadory se percató de que algo había cambiado. Las varas de los jóvenes se hundían mucho más de un metro, cuando el día anterior él había quedado varado en el lodo. El nivel de las aguas había subido notablemente y preguntó a qué se debía.

—Este río no fluye hacia el oeste desde hace más de mil años. Hasta hace poco estaba estancado y las aguas no tenían salida, simplemente escurrían en forma subterránea hacia los mares ácidos que están al sur —explicó uno de los jóvenes.

—Luego comenzaron los temblores y creemos que algo hizo que se cerraran las salidas del agua subterránea —terminó de decir la joven Aqualia.

—Es bastante lógico —concluyó la piloto—. Si el profesor Von Yasid estuviera aquí opinaría lo mismo, creo yo. El agua está atrapada y solo puede evaporarse, con lo que crea más nubes de lluvia.

—Algo así. Esto sucede cada vez con más frecuencia y por eso nos estamos quedando sin alimentos —se lamentó Aqualia y señaló un peñasco que sobresalía y una cavidad debajo—. Allí la tienen: la entrada a la cueva de los cristales.

Una mezcla de alegría y desconfianza se apoderó de todos. Temían que algo malo sucediera ahora que se hallaban tan cerca, y estaban en lo cierto. Apenas dejaron las balsas amarradas con una cuerda a dos rocas, un terrible trueno desgarró la tarde y se lanzó a llover en forma copiosa.

—¡Rápido, refugiémonos en la cueva! El agua puede subir enseguida y el anguilexus es un pez con mucho apetito —sonrió Aqualia y se asombró de sí misma.

—Me duelen las nalgas —se quejó Selenio.

—Deje de quejarse, licenciado —bramó Erik—. Estos camélidos son los únicos que encontramos.

—Sí, lo sé, pero las tres gibas los hacen muy incómodos —se quejó de nuevo.

—¿Y qué pretendía el señor? ¿Una helinave, una nave mercante, una moto magnética? —preguntó con ironía la comandante.

—No, mi querida comandante —se molestó Selenio—, es solo que usted va en la giba delantera mientras yo voy en la última y estoy a punto de caerme.

Hacía casi dos horas que habían escapado del cráter del pueblo de los grises y no habían descansado ni un momento. Desde lejos oyeron las vuvuzelas de arcilla dando la alerta de que los forasteros habían escapado. Por eso no podían darse el lujo de parar.

Unas horas antes la comandante había descubierto que el balcón de la cueva donde se hallaban no estaba muy lejos de otro balcón que daba a un pasillo contiguo. Si lograban cruzar ese par de metros podrían seguir desde allí, porque el sendero exterior bajaba por las sinuosas callejas de piedra. Con todo, había algunos problemas; por ejemplo, los guardias apostados en la puerta debían estar distraídos, Selenio debía vencer su temor a las alturas para aferrarse a la pared de roca a más de cincuenta metros de la arena y saltar hasta el otro balcón, y también debían ponerse los cascos y disimularlos con turbantes grises para pasar inadvertidos. Eso no presentaba ninguna dificultad en el caso de la comandante y el licenciado, pero disimular un casco vikingo con cuernos era un poco más difícil.

La oportunidad se presentó de improviso, cuando un alboroto se produjo dos niveles más abajo. Había una trifulca y dos hombres estaban peleando. Los guardias bajaron y solo quedó uno delante de la cortina gris, que fue delicadamente dormido de un puñetazo en la mandíbula por el profesor Von Yasid. Podían salir por allí, pero era muy arriesgado. Los viajeros se acercaron a los restos del fogón y luego de ponerse las telas como turbantes se apresuraron a pasarse ceniza por los rostros. Cuando estuvieron listos Artemisa tomó la delantera y se deslizó

lentamente por el barandal del balcón. Von Yasid vigilaba la entrada.

La comandante evaluó su posición: había solamente una saliente redondeada en lo alto de su cabeza y dos diminutas fisuras más abajo. Calculó la distancia y avanzó con sumo cuidado. Primero colocó la botineta izquierda en la fisura y luego se afirmó en el hueco de la resbalosa piedra rosada. Con el brazo derecho en alto se estiró hasta alcanzar la pequeña saliente en tanto intentaba colocar también su pie derecho en la fisura. No se había amarrado a nada, por lo que el menor descuido haría que se precipitara al vacío. Juntó fuerzas y luego de concentrarse unos segundos estiró nuevamente la pierna izquierda y posó la botineta en el barandal del balcón contiguo. Su mano izquierda se aferró a la pared, soltó de la saliente la derecha y cayó dentro del balcón. Selenio y Erik respiraron aliviados. Ahora les tocaba el turno a ellos.

Cuando Selenio tomó conciencia de que él seguía, sus dos corazones se aceleraron. Erik lo ayudó a subir al pretil y del otro lado la mano de la comandante lo sujetaría. ¡Debía hacerlo! Debajo de las cenizas su cara azulada estaba celeste y sus mejillas ardían. Finalmente lo atravesó.

El profesor fue el último. Se apresuró a cruzar porque abajo ya había pasado el alboroto y con seguridad los guardias grises regresarían a su puesto. Tenían que moverse con rapidez.

Una vez en el balcón se escurrieron por las laberínticas callejuelas rosadas que iban bajando en forma de espiral, saltaron puestos ambulantes, se metieron por entre los vendedores y se detuvieron en un recodo cuando ya habían bajado más de treinta metros. La comandante se dio cuenta de que así tiznados nadie reparaba en su presencia, al menos nadie que no se detuviera mirar las botinetas que cada tanto se veían por debajo de sus raídas túnicas. Artemisa se asomó al balcón y para su sorpresa halló lo que buscaba. Descubrió una cueva y pisadas que eran sin duda de los apacibles camélidos lanudos.

—Allí debajo hay un establo. Tendremos que meternos en la cueva y hacernos de unos trigibas. Luego —y les señaló hacia el este— buscaremos una fisura en la roca.

—¿Está segura de que existe? —preguntó Selenio.

—Segura, mi queridísimo licenciado —se molestó Artemisa—. Vi una caravana que desapareció por allí.

—A lo mejor fue magia —dijo con ironía el licenciado porque le encantaba verla así.

—A lo mejor con esa magia podría hacer desaparecer a un licenciado nacido en una luna de Júpiter —le replicó.

—Por favor, no es momento de sarcasmos. Les recuerdo que los guardias ya deben de haber regresado a su puestos —intervino Erik.

El intercambio de elogios se detuvo y la comandante recobró la compostura. Selenio de Europa tenía la habilidad de sacarla de su serenidad y de hacerla sentir..., sentir..., bueno, de hacerla sentir cosas. No era el momento oportuno para analizar aquellas sensaciones. Diez minutos después habían llegado frente a los establos. Los tres agazapados junto al muro rosado escucharon la conversación de dos hombres que al parecer eran pastores.

—*Llvms ls snmls pstr ls cvs dl nrt.*

—*¿Sl ll qdn rcs?*

—*Hst q rgrs l crvn q f l mntñ n bsc d cmd, s.*

Selenio oyó con atención y reprodujo el diálogo de los dos pastores.

—Uno dijo que llevaron los animales a pastar a las cuevas del norte. El otro preguntó: «¿Solamente allí quedan raíces?». El primero respondió: «Hasta que regrese la caravana que fue a la montaña en busca de comida, sí».

—Clarísimo, Selenio. Nos quedamos sin transporte.

En ese mismo instante los tres enmudecieron porque los pastores salieron del establo y colocaron dos trabas de piedra delante del corral.

—*Sts vndrms bscrls ms trd.*

El licenciado se puso muy contento, lo que no era frecuente en él. Cuando los dos hombres se alejaron exclamó.

—Dijo: «A estos vendremos a buscarlos más tarde», pero no los va a encontrar.

Aquella fue una buena noticia. Se apresuraron a abrir las trabas de piedra y pronto descubrieron a los camélidos lanudos conocidos como trigibas. Había un pequeño problema: solo eran dos. No hubo mayores discusiones: la comandante montaría en uno y Erik por su tamaño en el otro. Como podrá suponerse, el licenciado debía viajar en el camélido de la comandante.

Ese era el motivo por el cual ahora, luego de haber atravesado el suelo arenoso del cráter, haber salido por la fisura y haber cruzado el desierto tórrido mientras la estrella Goo descargaba toda su furia de calor y luz, el licenciado Selenio se quejaba de dolor en las nalgas.

Las arenas del desierto parecían interminables. Lejos había quedado el cráter donde habitaba el pueblo de los grises. Los animales seguían las huellas de una depresión arenosa, seguramente el antiguo lecho del río, y a lo lejos, sobre el cielo color anaranjado rojizo, se alzaba la imponente cordillera.

El calor sofocante los hacía respirar con dificultad y cada tanto mordisqueaban una raíz de citrinilo buscando aplacar la sed. Cuando se acercaron a la ladera Erik detuvo su camélido y buscó señales de una entrada a la cueva.

—¿Cómo se supone que vamos a encontrarla? —quiso saber Selenio.

—No tengo la menor idea —confesó con sinceridad el profesor.

—Yo sí —dijo la comandante y empezó a trotar subiendo la ladera.

—¡Alto! ¡Me quiero bajar! —se tiró Selenio.

La comandante ascendió un par de metros y de pronto toda su perspectiva cambió. Desde el lecho de arena no se podían divisar los huecos, pero al subir un poco las tres entradas quedaron a la vista y Artemisa los llamó. Erik, solidarizándose con Selenio, desmontó y siguió a pie. La comandante se hallaba frente a una de las entradas, a una distancia prudencial. En cuanto los otros llegaron se apresuró a pedir un informe de los gases, por precaución. El profesor hizo las

mediciones con el espectrógrafo y en ninguna de las tres cuevas había indicios de gases tóxicos. La teoría de Von Yasid era correcta. Ahora había que investigar las tres entradas. Selenio y Erik eligieron una y, habiéndose quitado los turbantes, encendieron las linternas de sus cascos de cuerilío. Mientras tanto Artemisa buscaría comunicarse con *Vandalia*.

Durante el trayecto por el desierto lo habían intentado sin éxito. Solamente habían recibido descargas. Aquel planeta parecía tragarse las comunicaciones.

Buscando resguardo del sol Artemisa divisó unas puntiagudas rocas que se alzaban en lo alto de una loma. Caminó hasta allí y volvió a tratar de comunicarse con la nave.

—Batuk, *Vandalia*, habla la comandante, ¿me reciben?

—¡Fuerte y claro! ¡Por fin! ¿Cómo están? —explotó de alegría Batuk.

—Estamos bien. Tuvimos algunos inconvenientes...

—Con los habitantes de Goonan —afirmó *Vandalia*.

—Sí, con los habitan... ¿Cómo saben de su existencia? —quiso saber Artemisa.

—El grupo del este también se llevó la misma sorpresa. Tranquilos, están bien. Acabo de efectuar la triangulación. Se encuentran...

—No recibo nada más... ¿*Vandalia*? ¿Batuk?

La comunicación se cortó. De todas formas el sistema de posicionamiento le daría las coordenadas y la nave podría calcular en lugar preciso en que se hallaban. Era solo cuestión de tiempo. En cuanto el licenciado y el profesor revisaron la última cueva salieron desconcertados: ninguna tenía profundidad y las tres estaban selladas con un muro de roca. Aquello los descorazonó. Artemisa, en cambio, estaba sumamente contenta. Acababa de lograr comunicarse con *Vandalia* y supo que el resto de la tripulación estaba bien. Eso la reconfortó.

Los dos hombres subieron la colina hasta las rocas puntiagudas. El sol quemaba y debían protegerse. El espacio era pequeño y estaban muy incómodos. Artemisa les contó de sus novedades y ellos el desalentador resultado de su búsqueda.

—¿No sería mejor esperar dentro de una de las cuevas? Al menos estaríamos a salvo del sol y más cómodos que aquí arriba —sugirió el licenciado.

—Cuando tiene razón, Selenio, tiene razón —dijo la comandante.

—Yo necesito sacarme este casco. Me muero de calor y no puedo pensar —se quejó Erik mientras le caían gotas de sudor a todo lo largo de la cara.

Se apresuraban a bajar hacia la primera cueva cuando la comandante notó algo inusual. Los dos camélidos lanudos se habían detenido en una loma cercana y mordisqueaban las matas espinosas bordeando algo que desde allí no se distinguía. Tuvo un presentimiento y salió corriendo a pesar del intenso calor, que la hacía fatigarse con cada paso. Al llegar junto a los animales lanzó un grito.

—¡Vengan! —animó a los otros dos que caminaban tras ella. Los camélidos evitaban un foso de no más de un metro de diámetro. La oscuridad hacia abajo era impenetrable, pero ella tenía la

corazonada de que esa era la entrada a la cueva de los cristales.

Sobre la cordillera una cantidad de nubes purpúreas coronaban las cumbres. Incluso desde el desierto podían verse las descargas eléctricas que cruzaban el cielo como culebras enfurecidas.

—Hagamos una cuerda con las telas de los turbantes y bajemos a investigar —propuso ella.

Los tres forasteros se apresuraron. Hacía demasiado calor y estaban sofocándose.

—Yo bajaré primero —se entusiasmó Erik.

—De ninguna manera —los sorprendió Selenio—. Yo bajo primero, soy el más delgado de los tres.

—¡Licenciado, la insolación le sienta bien! —lanzó la carcajada Artemisa.

Selenio apenas hizo una mueca, casi como una sonrisa, y con la cara tiznada se aferró a la improvisada cuerda. Erik, de pie bajo el sol ardiente con el casco de cuerilio y los dos cuernos brillando al sol, se pasó la cuerda por detrás de la cintura y le hizo una señal al licenciado de que estaba listo. El azulado cuerpo envuelto en la túnica gris se deslizó por el agujero en tanto los trigibos lanudos, Artemisa y Erik observaban la profundidad negra que se lo tragaba. Un momento después la cuerda de tela se aflojó. ¿Habría llegado a tocar el suelo? Durante unos minutos no oyeron nada; solo el calor, que parecía tener un sonido pesado. A lo lejos algunas nubes de arena se elevaban movidas por los temibles vientos del desierto.

Artemisa gritó y luego lo hizo Erik, pero dentro del foso nadie respondía.

—A lo mejor había arenas movedizas —se le ocurrió decir al profesor.

—¡Profesor!, ¿no se le ocurre una idea mejor? —se molestó Artemisa.

—Perdón, lo dije sin pensar —se disculpó.

—No hay arenas movedizas —asomó la cara tiznada y azulada de Selenio.

—Selenio, ¿está bien? —se preocupó Artemisa.

El licenciado sintió una enorme satisfacción cuando se dio cuenta de que ella tenía la voz temblorosa; realmente se había asustado. Eso lo complacía profundamente. Por lo tanto, decidió continuar con esa actitud, a pesar de que le había costado mucho tomar la determinación de bajar primero.

—Bajen, creo que es la entrada a la cueva. Al menos el camino sigue y no hay rocas que lo sellen.

—Atemos la cuerda y bajemos, Erik.

El profesor logró amarrar la cuerda a una de las rocas puntiagudas pero quedó muy corta; apenas bajaba un tramo dentro del hueco. Habría que tirarse desde allí.

—¡Tírense que hay arenita! —les gritó Selenio.

—¡Allá voooy! —gritó Artemisa y se lanzó.

Cayó en brazos de Selenio y este quedó tirado en la arena. La situación era bastante bochornosa. De todos modos tuvieron que moverse con celeridad porque Erik se aprestaba a bajar y ambos rodaron por la arena temiendo que los aplastara.

—¡Por los cuernos de mi casco! ¡Eso sí que estuvo divertido! —exclamó el profesor.

Artemisa se acomodó el casco y Selenio se quitó arena de la túnica. El agujero de luz llegaba hasta un par de metros y luego comenzaba la oscuridad más absoluta.

Erik los observó y meditó unos momentos antes de hablar: a aquellos dos les ocurría algo.

—Esta parece ser la entrada a la cueva. Si me permite, comandante, como científico de la nave me gustaría encabezar la exploración.

—Adelante —autorizó Artemisa y miró de reojo al licenciado. No salió una palabra de los azulados labios, pero Selenio la miró de un modo que la hizo sentir sumamente incómoda, como si guardaran un secreto. ¡Le había caído encima y él la había atajado, tampoco le debía la vida! Artemisa prefirió olvidar el tema y encendió la luz del casco. Por fortuna los tres cascos funcionaban perfectamente y aún tenían dos bengalas térmicas en caso de que se quedasen sin luz.

El profesor abrió la marcha con el espectrógrafo en el brazo por si se detectaba algún gas tóxico. Las máscaras de glasterano habían sido dañadas por la tormenta de arenas negras y no podían protegerlos. La roca ascendía hacia un túnel más estrecho. A medida que avanzaban la humedad se hacía mayor y el calor también, aunque era muchísimo menor que en la superficie.

Caminaron lentamente por temor a que las piedras pudieran estar flojas, ya que no se veía el fondo de la cueva. El sendero estaba a más de diez metros sobre el nivel del suelo y ellos se movían con lentitud aferrados a las salientes de roca volcánica. Se iban adentrando en las entrañas de la cordillera. De pronto, un trozo de roca se despeñó delante de ellos y lanzaron un grito que retumbó en la caverna. Los tres se tiraron cuerpo a tierra hasta que el pequeño alud cesó. El lugar era inestable y corrían un serio riesgo. No obstante, no podían detenerse; tenían que encontrar los depósitos de turmalina negra y *Vandalia* se ocuparía de hacer el resto. Siguieron adelante a pesar de la oscuridad, con más cuidado que antes por temor a otro desprendimiento.

Las tres lucecitas eran apenas una débil señal en medio de la más aterradora oscuridad. Siguieron la ruta ascendiendo lentamente por el peligroso borde del desfiladero. No tenían idea del lugar donde estaban, pero confiaban en que en breve Batuk se comunicaría con ellos.

Repentinamente les pareció oír un sonido. No sabían de dónde provenía. ¿Sería otro desprendimiento? Decidieron permanecer inmóviles y en el más absoluto silencio. No tenían idea de cuál era el eventual peligro al que podrían enfrentarse.

—Sigamos. Este lugar es inestable; quiero que ubiquemos los depósitos y luego de colocar la señal nos vamos —ordenó la comandante.

—La cavidad parece ensancharse —dijo Selenio apuntando su casco hacia la negrura encima de ellos.

—No podemos estar muy lejos. El espectrógrafo nos marcará el lugar exacto —y buscó el aparato en su muñeca—. No logro ver nada, creo que lo golpeé contra algo, debo revisarlo.

La comandante dio un paso y su botineta derrapó unas piedras flojas, que se precipitaron al despeñadero produciendo un chasquido sordo al llegar abajo.

—Busquemos un lugar más seguro —intervino Selenio tomándola de un brazo.

—Gracias... —murmuró ella todavía agitada por el susto. Continuaron viaje sin tener idea de que ya se hallaban dentro de la gran cueva de los cristales.

—Esta roca es maciza y no hay por dónde entrar —se quejó Zanadory.

Aqualia y los otros jóvenes contemplaban la pared de piedra volcánica con ojos inexpresivos. Sus mayores en las innumerables noches junto al fuego les habían contado mil historias acerca de la cueva de los cristales por la cual cruzaba el río Gooflow más allá de la cordillera, pero ahora solo había una pared de roca. Era extraño haber imaginado durante tanto tiempo un lugar que en realidad no existía.

Anuk estaba inquieta y se movía de un lado a otro. El temperamento alegre de los ukanianos era incontenible y se puso a rebotar, aunque sin cambiar de forma.

Wan Siu se sentó a meditar con las manos delante del plexo solar unidas, cerró sus ojos y el punto rojo del centro de su frente brilló. Zanadory continuaba examinando la pared de roca de más de cinco metros de alto y caminaba a todo lo largo golpeándola. Esperaba encontrar un lugar menos denso, o un hueco desde donde se pudiese cavar o empujar, o...

—Es inútil —se lamentó Zanadory y movió sus rastas de colores de un lado a otro.

—No es inútil —dijo con serenidad Wan Siu abriendo sus rasgados ojos—. Solo tenemos una dificultad y hay que hallar una posible solución.

—Si tuviéramos la fuerza de un rayo... —suspiró Anuk en la entrada de la cueva mirando cómo caía la lluvia y las culebras violetas cruzaban el cielo.

—¡Podemos hacer lo mismo que un rayo! —gritó Zanadory y le brillaron los ojitos lila.

—¡Es cierto, podemos hacerlo! —se entusiasmó la bella Wan Siu.

—¡Sí, podemos! —dijo eufórica Anuk y los rodeó estirando sus brazos y dándoles dos vueltas.

La alegría fue inmediata. Los demás miraron desconcertados a los tres forasteros que saltaban: eran demasiado extraños.

—Anuk, ¿te queda polvo rastreador? —preguntó Zanadory.

—Sí, lo tengo aquí en mi morral —y le tendió el frasco con el contenido amarillo fluorescente.

—Ahora solo necesitaremos una mecha... —Wan Siu miró a uno de los jóvenes, que llevaba enrollada una cuerda de fibra— como esa —y se la señaló—. Y también una chispa.

—Trajiste tus piedras, ¿verdad? —le preguntó con ansiedad la joven anaranjada a Aqualia.

—Por supuesto, no salgo sin ellas. Y tampoco sin combustible —y le devolvió una sonrisa.

—Entonces, ¿qué estamos esperando? —preguntó el doctor.

Zanadory junto con la piloto y los tres jóvenes lograron hacer pequeños hoyos en la roca volcánica golpeando con los trozos que encontraron en el suelo de la cueva. Afuera continuaba lloviendo cada vez con más intensidad. Anuk y Aqualia frotaron con barbas del diablo la liana que les serviría de mecha. Por precaución, siempre que salía a la selva, la gente del pueblo lluvioso debía llevar una fuente de combustible y la ballesta; de eso podía depender su supervivencia. Cuando la resinosa sustancia se adhirió a la fibra vegetal las dos jóvenes se miraron complacidas. Anuk le estrechó la mano a Aqualia y esta se sintió contenta.

—¡Hacemos un buen equipo! —exclamó la ukaniana.

—¡Creo que sí! —se entusiasmó la líder de los pueblos lluviosos.

Cuando todo estuvo terminado, el doctor llenó los pequeños huecos con el polvo revelador y en el más grande, aprovechando una fisura, metió el frasco. Desde allí salía la liana impregnada de resina que haría las veces de mecha. No era muy larga, apenas un par de metros.

—Debemos salir todos y ponernos a salvo lo más lejos posible de la entrada. Cubran sus cabezas. Cuando estalle van a saltar rocas para todos lados y puede que haya un derrumbe. No creo que sea muy grande porque la cantidad de polvo no es mucha. Así que tranquilos, no se va a venir la montaña abajo —bromeó el doctor.

—Yo encenderé la mecha —dijo con resolución Anuk—. Puedo estirar mis manos y frotar las piedras y luego rodar y ponerme a salvo.

—Ni lo sueñes —dijo Aqualia—. Estas piedras las manejo yo. Si alguno de ustedes lo hiciera podría lastimarse con la energía eléctrica que acumulan. Son muy peligrosas.

—Pero Aqualia, nosotros estamos acostumbrados. Además tenemos nuestros guantes de cuerililo, que es un material aislante —replicó Wan Siu.

—Los guantes no están en muy buen estado —observó la joven—. Además, esta es una resolución que yo tomé, y lo hice por nuestro pueblo. Debo hacerlo sola.

Los viajeros comprendieron que las razones iban más allá del simbólico choque de dos piedras que almacenaban la energía de los rayos. Aqualia había propiciado un cambio y quería continuarlo. Los demás jóvenes bajaron las cabezas en señal de aprobación. Aqualia era la nueva líder y cuidaría de ellos.

Salieron a la ladera. Caía una lluvia torrencial y la oscuridad había ganado la tarde. La tormenta era muy intensa y el agua les empapó los cuerpos rápidamente. Se pusieron a salvo lejos de la entrada y a una señal de la mano del doctor Aqualia ingresó a encender la mecha. Unos segundos después la vieron correr bajo la cortina de agua y tirarse detrás de una roca junto a Anuk y los jóvenes. Ahora solo había que aguardar.

Aquellos segundos no pasaban más, el agua corría formando riachuelos mientras todos

seguían tirados en el suelo esperando. Solo los latidos de los corazones eran más fuertes que el sonido de la lluvia. Repentinamente hubo una explosión y una luz amarillenta y azulada brotó de la cueva como la lengua de fuego de un dragón. Miles de pequeñas piedras salieron disparadas sobre la superficie del río confundiéndose con las gotas interminables que caían del cielo. ¿Lo habrían conseguido? Solo había una forma de saberlo, por eso todos corrieron hacia la entrada.

En medio de la nube de polvo reinante ya se podía distinguir un orificio. No era muy grande, pero sí lo suficiente para permitirles seguir su camino hasta llegar a la cueva de los cristales.

—¡Lo conseguimos! —exclamó Zanadory y besó a Wan Siu en los labios.

Aqualia y los demás se sintieron incómodos. Por suerte fue solo un segundo. Aquellas demostraciones de afecto entre la gente mayor les generaban sentimientos confusos. ¡Era preferible no tener que verlas!

—¿Qué fue eso?! —gritó Artemisa.

—Una explosión —aseguró Erik.

—Puede sobrevenir un derrumbe —alertó Selenio.

—El espectrógrafo no enciende —se molestó Erik y le propinó un puñetazo a la roca que tenía a su lado por la impotencia. Súbitamente algo los alegró sobremanera: era la voz de Batuk que sonaba fuerte y clara.

—Comandante, ¿me escucha? Soy Batuk. ¿Están bien? Sus coordenadas cambiaron. Han viajado hacia el este de la cordillera. Mis sensores indican que están debajo de nosotros.

—¿Y los depósitos? —preguntó Erik—. ¿Cuánto falta para llegar a ellos?

—Ya están en ellos. Lo curioso es que no están solos... La comunicación cesó y los tres quedaron perplejos.

Al otro lado de la cordillera continuaba la lluvia. Luego de haber conseguido perforar la pared rocosa, todos quedaron de pie contemplando el orificio.

—Yo treparé primero —dijo Anuk, y esta vez la dejaron hacerlo.

Cambió de forma ante la mirada asombrada de los jóvenes de los pueblos lluviosos y se metió por el agujero. Luego sacó su anaranjada carita por allí y le tendió una mano a Aqualia.

—Esto está muy oscuro, necesitamos encender nuestros cascos.

—Espero que la lluvia no los haya dañado —suspiró Wan Siu y encendió el suyo.

—El mío también funciona —se alegró Anuk.

Zanadory no tuvo la misma suerte, el suyo no encendía, pero con dos luces era suficiente para encontrar el camino.

Fueron ingresando uno por uno, no había espacio para hacerlo de otra forma. El doctor, después de ayudar a la piloto porque su pierna todavía requería cuidados y la herida de su brazo también, se dispuso a trepar por una liana los dos metros que los separaban del orificio, cuando

algo lo paralizó.

—Doctor Zanadory, habla Batuk. ¿Me recibe? ¿Están todos bien? No establezco comunicación con los demás transmisores.

—Estamos bien.

—Hice los cálculos de triangulación. Están debajo de nosotros.

—¿Y la cueva de cristales de turmalina? —se exaltó Zanadory.

—Ya casi están en ella, doctor. Pero hay algo más: el nivel topográfico en el que se encuentran es muy alto y desciende en forma abrupta...

—No te oí. ¿Hay noticias del otro grupo? ¿Batuk? ¿Batuk?

La comunicación se cortó, pero el médico estaba tan ansioso por contarles que había establecido comunicación con la nave que se apresuró a trepar con el casco colgando en la cintura y se metió por el agujero en la roca.

Al entrar la oscuridad fue casi total, no se distinguía nada. La luz de las linternas era apenas suficiente para alumbrar el camino. Todos habían permanecido juntos esperándolo. Era una cueva estrecha que descendía y no se sabía qué los aguardaba en el fondo.

Para darles ánimo Zanadory les contó las noticias recibidas de Batuk y de *Vandalia*. Ahora solo debían llegar a los depósitos de turmalina negra y marcar el lugar exacto para que la nave recargara energía. Lamentó no haber recibido noticias del otro grupo.

—Bueno, vamos a ponernos en camino. Si no salimos pronto, la noche caerá en la selva y no podremos volver —ordenó Wan Siu.

Aqualia no quiso decirles que ya era demasiado tarde para regresar al refugio de los higuerones.

Zanadory tomó la delantera, aunque debió pedirle el casco a Wan Siu, quien después lo siguió tomada de su mano; los seguían aferrados a sus ballestas los jóvenes de los pueblos lluviosos y al final Aqualia y su nueva amiga, Anuk. Bajaron varios metros hasta que el túnel comenzó a ensancharse.

—Selenio, ¿usted oyó ese ruido? —preguntó Artemisa.

—Silencio, comandante —pidió él apoyando su azul oreja contra el suelo rocoso—. Oigo pisadas y son unas cuantas.

—¿Estás seguro? —preguntó Erik mirando en su muñeca el espectrógrafo apagado.

—Segurísimo —respondió desde lejos una voz conocida.

Los tres quedaron petrificados. No esperaban algo así. ¡No podían creerlo!

—Deduzco que no esperaban visitas —dijo Juan de los Grises desde la oscuridad.

Tras él aparecieron tres guardias y dos hombres portando antorchas que lo alumbraron débilmente.

Los forasteros no sabían qué esperar. Evidentemente los habían seguido y habían decidido

entrar en aquel lugar prohibido, y eso era un indicio de que esta vez estaban dispuestos a correr riesgos. La situación no podía ser menos auspiciosa. Al menos eso pensó la comandante.

—No solamente se burlaron de nuestras escrituras sino que además violaron la seguridad de nuestro pueblo —dijo con voz pausada y ronca el descendiente de Juan el Intrépido.

—No creo que hayamos violado ninguna ley cósmica, y de hecho ustedes también están aquí —señaló astutamente Selenio—. Si por algún motivo los ofendimos, les rogamos nos disculpen, pero no nos dejaron alternativa. Nuestra supervivencia depende de los cristales.

El viejo tenía un resentimiento tan antiguo que, a pesar de saber que tenían razón, no podía cambiar de actitud. Las personas que lo acompañaban comenzaron a murmurar y él levantó su mano pidiendo silencio.

—Serán llevados de vuelta a la ciudad rosada del cráter para ser juzgados.

—¿Qué?! —bramó Erik Von Yasid fuera de sí—. ¡Nosotros no iremos ninguna parte! Usted es un necio.

—¡Profesor! —se alarmó Selenio—. No complique más las cosas.

—Es cierto, profesor —comenzó a decir pausadamente la comandante—. Yo soy su comandante y por lo tanto usted y el resto de la tripulación son mi responsabilidad. Yo no los pondría en riesgo por tener una actitud inflexible. Una de mis fortalezas es el sentido común, y por lo tanto considero que ustedes son lo más importante. Un verdadero representante de su pueblo tiene que luchar por su bienestar y promover los cambios necesarios, así que volveremos a...

Las guardias y los dos hombres aumentaron sus murmuraciones. Juan sintió claramente que la espada filosa de la lengua de Artemisa lo había herido en su credibilidad. Aquella mujer era realmente temible, astuta y... muy inteligente. Secretamente la admiraba.

Juan estaba en una encrucijada, pero finalmente no depuso su postura. Muy por el contrario, hizo valer su autoridad.

—¡Llévenselos! —ordenó.

Las guardias dieron un paso al frente y los dos hombres siguieron alumbrando con las débiles antorchas. Sin embargo, para su sorpresa, las tres mujeres tomaron al anciano y lo detuvieron. Juan ya sabía que aquello podría ocurrir y apenas logró liberarse.

—¡No me toquen! —gritó el viejo furioso.

Las antorchas se extinguieron y por un momento solo quedaron las débiles luces de los cascos. Repentinamente, a unos cien metros, dos luces más aparecieron bajando por recodo del camino.

—¡Comandante! —gritó Zanadory.

—¡Doctor Zanadory! —gritó ella—. ¡Gracias al universo!

Las lucecitas alcanzaban apenas para distinguir el peligroso camino; por eso la piloto preguntó:

—¿Tienen sus bengalas?

Rápidamente la comandante le pidió el morral a Selenio. El licenciado le pasó una a Erik y otra a ella. Juan y el resto de la comitiva permanecían de pie y en absoluto silencio.

—Vamos a encenderlas a la vez. Intenten llegar aquí mientras dure la luz —bramó el profesor.

Las bengalas térmicas fueron activadas y lanzadas a una saliente que no estaba a más de un metro. La primera en caer iluminó un corazón oscuro y brillante de cristales negros; la segunda lo amplificó y lo volvió de una claridad increíble. Rebotando de cristal en cristal la luz fue bañando la cueva y esta se convirtió en una gigante gema negra que como un espejo reflejaba mil veces todo lo que había en ella. Nunca habían presenciado algo tan hermoso. La magia de las piedras de turmalina estaba esperando despertar con una chispa de luz.

Artemisa corrió a abrazarse con Wan Siu, Selenio fue hacia ellos y estrechó al doctor, y Erik alzó por el aire a Anuk. Pero ninguno estaba preparado para lo que vendría.

Los gritos fueron desgarradores. Invadieron la caverna como un estallido de angustia imparable.

Nadie había reparado en ellos, en su reacción. Aquellos miles de cristales negros eran espejos que les devolvían su imagen amplificada por primera vez en siglos. Los pueblos grises y los pueblos lluviosos se veían por primera vez tal cual eran. Sus manos tocaban sus rostros, los miles de rostros que se reflejaban en la cueva, grises y verdosos, tratando de descubrir quiénes eran esos desconocidos.

Juan contempló por primera vez su cara adusta y su larga barba gris, tan gris como su piel, y las lágrimas le corrieron por el rostro. Aqualia estaba desconcertada: aquella joven de extrema delgadez y ojos desorbitados con el cabello largo y lleno de líquen ¿era ella?

De pronto descubrieron que no estaban solos: las imágenes de los espejos de turmalina les devolvían las caras y los cuerpos de otros seres y por reflejo sus miradas se buscaron.

Aqualia fue la primera en acercarse, mientras los viajeros se quedaron inmóviles. Sabían que aquel era un momento trascendente, así que se mantuvieron junto a la pared.

Los habitantes de los pueblos grises se aproximaron a los habitantes de los pueblos lluviosos. Solo Juan quedó estático, consternado, contemplando a aquella parte del pueblo que había cruzado las montañas hacía más de mil años.

Los ojos buscaron los ojos. Por primera vez se vieron tal cual eran y muy en su interior todos supieron que ya no había vuelta atrás.

El estruendo sobresaltó a todos. Fue como la erupción de un volcán. Apenas tuvieron tiempo de tirarse al piso cuando una ola furiosa de agua y barro lodoso ingresó desde lo alto de la cueva siguiendo el recorrido que sabía de memoria, porque lo había hecho miles y miles de años atrás. La diferencia de altura del terreno, de la cual Batuk trató de alertarlos, era la que había precipitado las aguas hacia el oeste. El caudal del río había aumentado y el nivel alcanzó su punto más alto, solo que esta vez había un espacio, una brecha por donde el agua se abrió paso con fuerza atronadora y comenzó a reventar los viejos muros que la habían detenido durante

tanto tiempo.

La cueva se llenó de agua incontenible y furiosa que arrastraba miles de litros de espera, millones de gotas de rencor y de miedo, un torrente de antiguos dolores que por fin corrían y dejaban de estar estancados.

—¡No podemos quedarnos aquí o moriremos todos! —gritó desesperado Juan y le tendió la mano a la jovencita verdosa que miraba las aguas asustada.

Corrieron presurosos rumbo a la entrada del oeste mientras la cueva de los cristales temblaba y las bengalas eran arrastradas por las aguas en su laberíntico recorrido.

Salieron por el agujero en la ladera de la montaña y quedaron de pie, expectantes y en silencio mirando el lecho seco del río mientras la estrella Goo teñía de anaranjado el atardecer.

El rugido fue ensordecedor. Los muros de piedra de las tres inmensas bocas negras que estaban debajo cedieron y escupieron rocas y más rocas. El agua encerrada por más de mil años se precipitó en tres fuertes cascadas que fueron abriéndose paso y comenzaron correr, marrones y verdosas, por el cuerpo sediento del desierto. El río Gooflow volvía a su curso y la velocidad de las aguas fue llenando rápidamente el lecho de arena que se perdía más allá de las inmensas dunas.

Fluía líquida y hermosa el agua que había estado tantos siglos encerrada. Los habitantes de Goonan sabían que luego de verse en la cueva de los cristales ya no se podía volver atrás. Los dos pueblos eran parte de uno solo y el río no le pertenecía a ninguno de los dos.

Muchos cambios eran posibles, ahora solamente dependían de ellos.

Todos quedaron absortos y conmovidos contemplando las aguas, ahora más lentas, del río que el sol volvía de tonos anaranjados rojizos.

Luego de haber permanecido casi dos semanas en Goonan, debo decir que me llevo una grata impresión de sus habitantes. Cuando el caudal del río Gooflow se estabilizó, pude comunicarme con la tripulación y el joven Batuk. Este había cargado algo de energía de la estrella Goo y fijó el punto exacto para la sonda de recarga de los cristales de turmalina negra. La asombrosa cueva había estado todo el tiempo debajo de nosotros.

Al parecer sucedieron muchas cosas sorprendentes desde que partieron en busca de los cristales, y los dos grupos están ansiosos por contarse todas sus peripecias, para lo cual se han reunido en el salón Argonauta.

El intercambio de simientes fue todo un éxito. El profesor Von Yasid está sumamente complacido con varias de las especies por su increíble resistencia, especialmente un fúngico que crece en racimos, la llamada kanubelia. Al parecer, junto con el doctor Zanadory descubrieron que tiene una muy alta concentración de carbohidratos y con ella fabricaron un fluido para atender la urgente situación sanitaria de los pueblos del este o pueblos de la lluvia. La comandante, a su vez, encontró una planta que es sin duda una variedad del cacao, el zamiwe, lo cual la dejó loca de contenta porque se le habían acabado las provisiones del tan preciado chocolate que le permitía manufacturar sus deliciosos bombones.

Por otra parte, el doctor Zanadory y Wan Siu tienen algo que contarnos a todos, aunque por ahora no tengo idea de lo que se trata. Anuk es la única que lo sabe, pero se ha negado a hablar.

El joven Batuk quedó muy impresionado con una joven llamada Aqualia, quien al parecer es la líder de los pueblos lluviosos y ha sido de gran ayuda para la tripulación en su esta día en la selva. Anuk y ella se han hecho amigas y creo que el joven Batuk está deslumbrado.

El licenciado Selenio no ha parado de tomar datos acerca de un curioso antepasado

del pueblo de los grises del cual yo había escuchado hablar porque él nos leyó algunos pasajes de su libro de viaje. Planea escribir la historia de Juan el Intrépido y traducirla a varios idiomas, incluido el neutral, que no posee consonantes y que, en mi opinión personal, resulta bastante monótono.

Tras comprobar que las reservas energéticas estaban en su punto máximo, llegó la hora de la partida.

Despegamos sin mayores inconvenientes, salimos de la órbita del planeta y nos alejamos del sistema planetario de la estrella Goo, dejando atrás uno de los mundos perdidos: Goonan.

No quiero extenderme ahora en mayores reflexiones. Me he comunicado con nuestro planeta y para alegría de todos pude decirles que contamos con uno de los antídotos contra las secuelas de la enfermedad del olvido: una hermosa y delicada piedra de turmalina negra que nos regalaron los goonesinos.

Durante siglos los habitantes de Goonan envidiaron la suerte de sus enemigos, aunque era como envidiarse a sí mismos, ya que los dos siempre formaron parte de un mismo pueblo, de un mismo ser. Allí, en ese cristal negro y reluciente, se encierra uno de los secretos intangibles: el verse a uno mismo.

Por mi parte estoy muy orgullosa de mis tripulantes. Han logrado superar todos los obstáculos y han regresado distintos, incluso diría que con mayor sabiduría, aunque es una apreciación muy personal, aclaro.

Me dispongo a poner el piloto automático hasta que nos aproximemos al agujero de salto que está a unos tres días cósmicos y nos llevará de vuelta a casa.

La tripulación estaba reunida en el salón Argonauta. La comandante Artemisa se había peinado prolijamente su pelo rojo cobre con forma de pirámide y se la veía radiante. Salió con una bandeja detrás de la cocina circular y llamó a Anuk y Batuk para que sirvieran el té. En la mesa los aguardaba el resto de la tripulación y todos estaban expectantes. Ella avanzó ceremoniosamente y depositó la bandeja en el centro de la mesa, muy contenta.

—Mi querida tripulación, les presento mi nueva creación: bombones de zamiwe rellenos de kanubelias.

Ante la mirada penetrante de Artemisa ninguno se atrevió a decir nada: estaba aguardando que los degustaran. Inmóviles, todos recordaban claramente que las kanubelias eran una especie de hongos que crecían en las cavernas, y solo pensar en un bombón con ese sabor les producía escalofríos. No obstante, alguien se animó a dar el gran paso, o el gran mordisco: el licenciado Selenio sintió que sus dos corazones se lo pedían y en acto de suprema valentía agarró uno de los bombones y tomó un bocado. Su cara se transformó, sus azulados rasgos cambiaron y en su mente recordó el dulce de radúncula que le obligaban a comer sus tías. Sus mejillas fueron

adquiriendo un color celeste hasta que finalmente la comandante le preguntó:

—¿Y, licenciado?, ¿le gustó?

—Son absolutamente... in... in... increíbles.

La comandante tomó uno, lo probó y su peinado con forma de pirámide pareció torcerse un poco. Finalmente exclamó:

—¡Por Júpiter! Son... ¡incomibles!

En el cálido rincón de madera de fresnolín del salón Argonauta estalló la risa de todos los tripulantes.

Me sentía cansada y por eso me disponía a dormirar cuando uno de mis sensores comenzó a tintinear. No creí que fuera posible, no tan pronto, pero lo acabo de verificar: he modificado mi rumbo y ahora nos dirigimos a otro mundo perdido donde quizás podamos hallar otro de los antídotos. No me he comunicado con la Tierra porque todavía debo evaluar las nuevas coordenadas.

Concluyo por ahora con un pensamiento que fluye por todo mi torrente bioplasmático al contemplar por mis ojos escotilla la inmensidad del espacio:

El universo encierra una profunda sabiduría y todos los seres que lo habitan la llevan en su interior, aunque no se den cuenta.

Y yo también soy parte del universo y me conocen como *Vandalia*, la nave de los mundos perdidos.

Glosario

Tripulación de *Vandalia*

Vandalia. Acrónimo formado por la primera sílaba de los tres grandes continentes actuales del planeta Tierra: Van (corresponde a Vandasias), Da (a Dajabakistán) y Lia (a Liamerindia).

Comandante profesora Artemisa. Nativa de Liamerindia. Estado civil: soltera. Edad aproximada: sesenta años. Rellenita, cabello rojo cobre, muy coqueta. Adicta al chocolate. Exprofesora de arte terrestre. Sentido práctico y gran poder de organización. Responsable de la nave y de su tripulación. Su cualidad más destacada es la sabiduría que le brinda su gran sentido común.

Técnica de vuelo Wan Siu Dabarat. Nativa de Vandasias. Estado civil: soltera; dejó con su novio, también piloto. Edad aproximada: treinta años. Delgada, muy bonita, tez amarronada y punto rojo de tercer ojo (India), ojos rasgados (Japón, Corea, China) y tatuajes maoríes (labios y barbilla con moko maorí [tatuaje negro]), cabello negro y lacio. Especialista en vuelo y encargada de dirigir el rumbo. Su cualidad más destacada es la combinación de inteligencia y perseverancia.

Licenciado Selenio de Europa. Nativo de Europa, luna de Júpiter. Estado civil: viudo; enamorado secretamente de Artemisa. Edad aproximada: ciento cincuenta años jupiterianos, unos cincuenta y cinco años terrestres. Delgado, alto, de tez azul y ojos azul oscuro. Muy reservado y discreto, tiende a esconder sus emociones. Es especialista en lenguas antiguas y modernas, señales y comunicaciones estelares. Conoce la mayoría de los idiomas del universo. Licenciado en lenguaje y comunicaciones.

Profesor Erik Von Yasid. Nativo de Dajabakistán. Estado civil: soltero, próximo a casarse con una joven de Liamerindia. Carácter fuerte y alegre. Edad aproximada: treinta y cinco años. Fuerte y robusto. Cabello largo rojizo con trenzas a los costados, barba negra y oscura, ojos azules y lentes. Lleva puesto su casco vikingo, orgulloso de su numerosa familia y de sus ancestros. Científico de la nave. Cualidades: fuerza, espíritu guerrero y solidaridad.

Anuk (femenina y bromista) y Batuk (masculino y bromista). Nativos del sistema Uk. Primos. Adolescentes de ciento quince años ukanianos aproximadamente. Son anaranjados, pueden cambiar de forma y soportan temperaturas extremas. Son los ayudantes de la técnica de vuelo y poseen grandes habilidades para la navegación y la reparación de naves. Fueron incluidos en el viaje por su tío, el sabio Simuk, con el objetivo de mejorar su disciplina. Cualidades: alegría y diversión.

Doctor Zanadory. Nativo del espacio interior —cinturón de asteroides—. Su padre es terrestre, hombre del campo, y su madre, extraterrestre. Posee lo mejor de los dos mundos. Edad: treinta y tres años. Estado civil: soltero. Tímido y amante de la música. Estudió medicina en la Tierra. Delgado. Heredó de su madre la cabellera rasta multicolor, los ojos violetas y la capacidad de la desgravitación; de su padre, el sentido del humor y la gran fortaleza mental. Es especialista en enfermedades terrestres y extraterrestres y combina tecnologías ultramodernas con antiguas medicinas chamánicas. Cualidades: gran determinación y solidaridad.

Idiomas

Bindalí. Idioma casi desaparecido. En el libro se menciona pero no se habla.

Bratmano. ¡Rendibrat, asubrat, darat! (¡Maldición!). ¡Bratmaní! ¡Andubret anjasíbrat! (¡Mirá dónde cornos vinimos a aterrizar!).

Junglalavo. *Jaleundejable* (celos).

Jerigonza. *Epel popodeper depe lopo napatupurapal sopobrepe lopo apartipifipiciapal* (El poder de lo natural sobre lo artificial). *Yopo tapam biepe mepen* (Yo también). *Fruputapas frepescapas, lepegupumbrepes, vepegepetapalepes* (Frutas frescas, legumbres, vegetales).

Neutral. Idioma hablado en general por los pueblos afectados de incomunicación. Consta solo de consonantes, lo que hace que nadie entienda nada si no se le agregan vocales.

Sánscrito. *Om Namah Shivaya*. Mantra que aleja las energías negativas.

Ukaniano. ¡Uk, saluk sana, Batuk! (¡Ojalá te mejores pronto, Batuk!).

Xaniano. ¡Xa, xa interguble xia! (¡No, no, para nada!).

¡A la xanata gadia! (¡A la marosca, qué pedazo de meteorito!).

¡Xanaguble! (¡Eso es, exactamente!).

Xania nguble axia integle xania (Con todo gusto le llevo la tetera).

Diccionario de a bordo

Anguilexus. Pez antiguo que solo vive en las aguas lodosas de los ríos de las selvas lluviosas de

Goonan.

Araña zancuda de Andrómeda. Arácnido ponzoñoso de terrible carácter si se lo somete a la luz. Su tela tiene propiedades terapéuticas. No hay antídoto conocido, aunque la acción de su veneno se alivia notoriamente con huevos de salamandra dorada machacados.

Bengala térmica. Tubo con ácidos líquidos que una vez mezclados producen una luz rojiza y generan calor.

BIDA. Sigla de bollón de insectos deshidratados asquerosos, fuente de proteínas.

Bromidio. Especie de vidrio opaco.

Camélido lanudo gris o trigibas. Camélido lanudo gris de tres gibas utilizado como transporte en las zonas desérticas de Goonan.

Capas de nanofibra o nanocapas. Tejido resistente compuesto por un nanoentramado de fibras de carbono. Por su gran resistencia a los golpes, actúa como escudo de protección y camuflaje.

Citrinilo. Raíz larga y amarilla propia de las zonas desérticas de Goonan. Contiene un líquido de sabor alimonado. Se corta en un extremo y suele beberse como refresco.

Cuerilio. Cuero bioplástico de alta resistencia utilizado para indumentaria y calzado.

Dulce de radúncula. Dulce preparado a base de un tubérculo jupiteriano que posee propiedades medicinales pero un sabor horroroso. Una cucharada al día previene las enfermedades, si es que se logra soportar su gusto.

Escolopendra fluorescente. Miriápodo gigante de las selvas lluviosas de Goonan, cuya mordedura es venenosa.

Espectrógrafo. Aparato en forma de reloj romboideo con pantalla, muy parecido al espectrógrafo. Mide las composiciones químicas del suelo, el aire y la tierra.

Fresnolín. Madera reciclada originaria de Dajabakistán, de probada resistencia.

Glasterano. Aleación vitrosobioplasmática de cualidades múltiples, empleada en la fabricación de cúpulas, cascos y otros sistemas de aislación. Tiene alta resistencia a temperaturas extremas y gran transparencia, lo que permite una buena visión.

Goo. Estrella del sistema planetario del mismo nombre.

Gooflow. Río de Goonan. Su nombre significa ‘estrella que fluye’.

Goonan. Segundo planeta del sistema Goo. Presenta abundantes reservas de turmalina negra.

Gruselina. Pequeña y exquisita baya colorida muy aromática que nace de la planta del mismo nombre en las llanuras de Liamerindia. Muy utilizada en gastronomía y en medicina por sus grandes propiedades curativas. Evita el hipo.

Guerreros silat. Antiguos guerreros de las selvas de Malasia.

Jacandil. Planta de alto valor medicinal proveniente del centro de Vandasia. Su raíz se utiliza en infusión y, machacada, como crema curativa. Combate los resfríos y las quemaduras por radiación solar.

Kanubelia. Hongo rojo en forma de racimo. Nace en los techos de las cavernas más oscuras de

los pueblos grises de Goonan.

Lapacheño nórdico. Una de las variedades más duras de árboles sustentables de los bosques nubosos de Liamerindia.

Lentes infravioletas. Anteojos especiales para detectar el calor.

Luz infrazul. La luz infrazul revela detalles ocultos. Permite leer el aura y descubrir letras o signos que fueron escritos con tintas invisibles.

Mariposas oculares. Mariposas robóticas munidas de nanocámaras.

Menta de Silacia. Verbena purpúrea y morada. Cedrón vulgaris. Flores de caléndula.

Jazmín blanco. Hierba del Tíbet. Variedad de hierbas para preparar infusiones.

Microlupa. Lupa para ver cosas muy chiquititas.

Microparlantes auditivos. Parlantes diminutos para ponerse en la oreja.

Murciélagos interestelares. Peligrosos y detestables parásitos que con sus trompas pegajosas succionan todo tipo de energía. Viven preferentemente en las zonas silentes.

Orixiano. Nativo del planeta Órix, donde se encuentran los depósitos más grandes de sal rosada.

Papayanis. Raíz salada comestible cocida o cruda, propia de las arenas del desierto goonesino.

Plasmaplaca. Placa de plasma.

Propetilenium. Material aislante y resistente creado especialmente por los sabios para viajes siderales.

Sandalius vandali. Aromática y moldeable resina extraída de las enredaderas de las espesas las selvas de Vandasia.

Tablapatines. Tabla de vuelo muy popular entre los jóvenes ukanianos que gustan de hacer piruetas.

Vuvuzelas de arcilla. Instrumentos de viento que producen un sonido estruendoso. Son utilizadas por los habitantes de los pueblos grises de Goonan.

Zamiwe. Planta de semillas grandes como un puño con sabor a cacao que crece en las selvas lluviosas de Goonan.

Zona silente. Mancha opaca y silenciosa que se desplaza por el universo. En su interior las condiciones magnéticas llevan a las naves a perder el rumbo y las ponen en riesgo de ser atacadas por múltiples parásitos.

Fuentes consultadas

EINSTEIN, Albert: *Así lo veo yo*, Buenos Aires: Longseller, 2003.

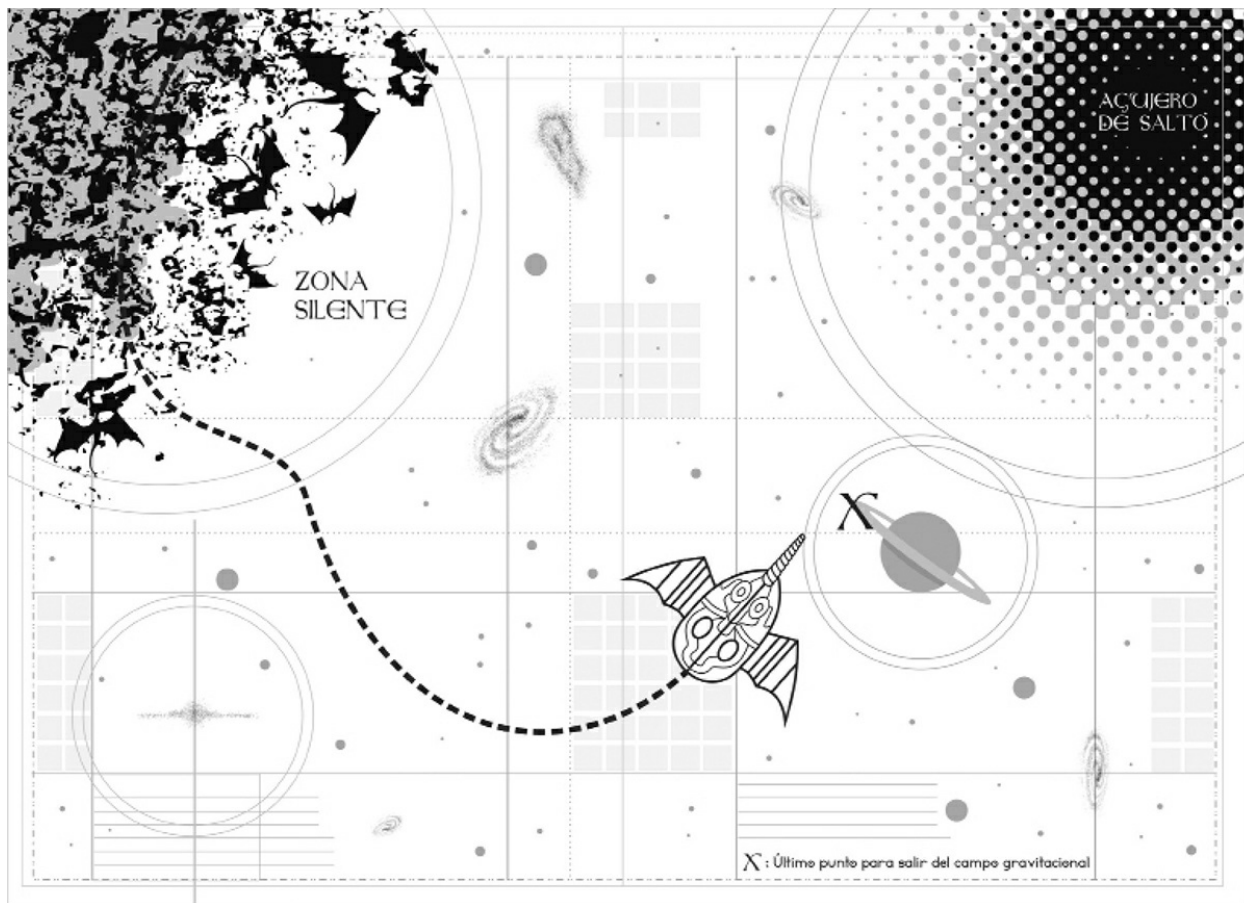
«El espacio. Viaje del siglo», en *National Geographic*, edición especial, México, 2003.

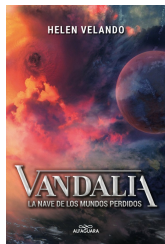
KAKU, Michio: *Física de lo imposible* ¿Podremos ser invisibles, viajar en el tiempo y teletransportarnos?, Buenos Aires: Debate, 2009.

MORTON, Oliver: «Planeta Hielo», en *National Geographic*, Buenos Aires, 2004.

SAGAN, Carl: *Cosmos*, Barcelona: Planeta, 1980.

Blog de la autora: hvelando.blogspot.com





Ya no soy joven, al menos no en términos terrestres, tengo más de cinco mil años y mi nombre es *Vandalia*. Soy una nave con una misión: cruzar el universo intentando encontrar los antídotos contra las secuelas de la rara enfermedad del olvido, o los seres humanos ya no serán los mismos. Ahora nos dirigimos a un remoto lugar donde probablemente podamos hallarlos. Es uno de los peligrosos mundos perdidos.

HELEN VELANDO

(Montevideo, 1961) ha incursionado en distintos géneros, como dramaturgia y guiones para televisión, además de la música y las canciones.

Es autora de sagas como *Los Cazaventura* o *Las aventuras de Súper Pocha*, y de títulos como *Misterio en el Cabo Polonio*, *Detectives en el Parque Rodó*, *Una pulga interplanetaria* y *Una pulga en la Edad Media*.

Ha recibido numerosas distinciones, entre las que se destacan ocho Libros de Oro por mayor número de ejemplares vendidos y dos premios Bartolomé Hidalgo.

Primera edición: junio de 2018

© 2010, Helen Velando

Edición en formato digital: junio de 2018

© 2018, de la presente edición en castellano para todo el mundo:

Penguin Random House Grupo Editorial

Editorial Sudamericana Uruguay S.A.

Colonia 950, piso 6. Montevideo, Uruguay.

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-9974-8888-0-7

Conversión a formato digital: Libresque

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Vandalia

Epígrafe

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

Glosario

Fuentes consultadas

Sobre este libro

Sobre la autora

Créditos